

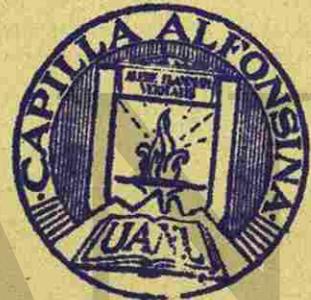
JUAN

UTÓNOMA DE NUEVA

AL DE BIBLIOTECA

SINUÉS
—♦—
LUZ
Y SOMBRA

RAID
P06567
.S5
L8

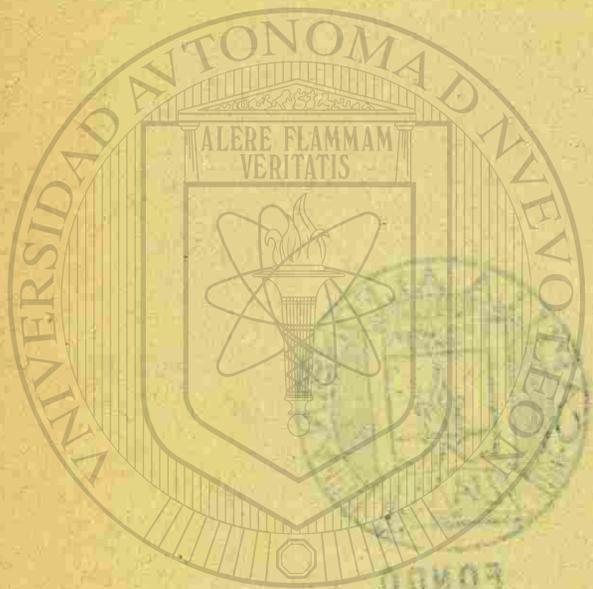


**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B.

ESTAS OBRAS
SE - VENDEN
EN LA
"LIBRERIA
DE ANDRES BOTAS"
VERGARA 18 MEXICO

OBRAS DE LA AUTORA.

REINAS MÁRTIRES.—*Primera serie.*—Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

REINAS MÁRTIRES.—Leyendas originales.—*Segunda serie.*—Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

PALMAS Y FLORES.—Leyendas del hogar; un hermoso tomo en 4.º, 4 pesetas.

GLORIAS DE LA MUJER.—Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

LAS ESCLAVAS DEL DEBER.—Leyendas originales. Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

CORTESANAS ILUSTRES.—Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

LAS MARTIRES DEL AMOR.—Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.—Primera y segunda parte.—Cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad.—Dos tomos en 4.º, 8 pesetas.

LA ABUELA.—Narracion escrita.—Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS MADRES.—Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS DAMAS.—Estudios morales acerca de la educacion de la mujer, segunda edicion.—Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

LA VIDA ÍNTIMA.—*En la culpa vá el castigo.*—Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

Núm. Clas. 56182

Núm. Autor. 34482

Núm. Adg. 8-

Procedencia

Precio

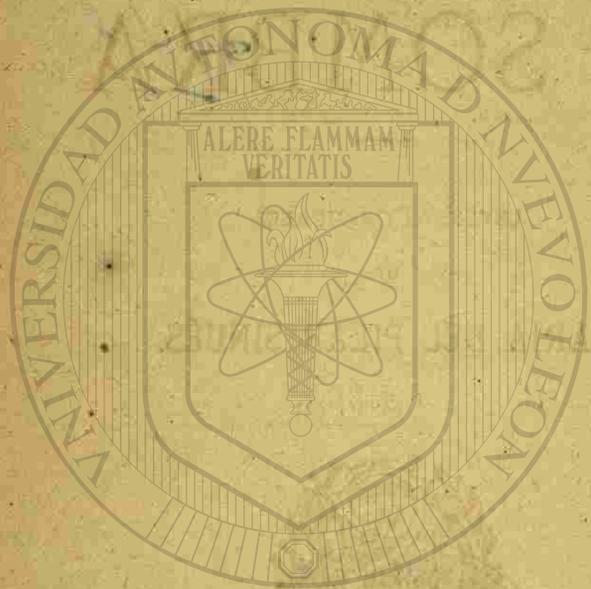
Fecha

Clasificó

Catálogo

LUZ Y SOMBRA.





LUZ
Y SOMBRA

LEYENDAS ORIGINALES

DE RICARDO COVARRUBIAS

MARIA DEL PILAR SINUÉS.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO



1879.

100508

34482

868
S



Es propiedad.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ65.67
55
L8

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMP. DE CALLEJA, CALVARIO, 19, 21 y 23.

SANTA ADELAIDA,

EMPERATRIZ DE ALEMANIA.

I.

Uno de los males que afean á nuestro siglo y á sus indispustables adelantos, es la creencia que cada día se arraiga más—en el sexo débil sobre todo—de que son incompatibles con la belleza, la elegancia y todas las gracias que atraen y que cautivan, el ejercicio y práctica de las virtudes cristianas, de la caridad, de la mansedumbre y del perdon.

Culpa es de esto la trivial educacion que se le dá á la mujer; sin pedir para ella una instruccion extremadamente seria, deseariamos más graves principios cristianos y más sólida moralidad, á la par que se le enseñase, como hoy, que la belleza y las gracias son armas muy útiles y de ningun modo prohibidas á nuestro sexo.

Si algunas mujeres se extravian en la senda de

la virtud, es por que suponen ó les dicen que el camino del vicio está sembrado de flores; pero si les dijese y les probasen que el que conduce al cielo las tiene más aromadas y más bellas, es indudable que preferirían éste, que las llevaria desde luego á un bien supremo; la paz de la conciencia.

La hermosa, santa y gloriosa Princesa cuya historia va á trazar hoy nuestra mal cortada pluma, es una prueba evidente de esta verdad, y siguiendo nuestra costumbre, emplearemos un ejemplo vivo mejor que los descarnados consejos que pocas tienen la docilidad de escuchar por lo mismo que su monotonía les fatiga.

Corria el año 946.

En medio de un bosque inculto y vírgen de la Borgoña, ese rico y fértil, pero frio país de la Francia, se elevaba hace nueve siglos un castillo feudal y soberano, rodeado de grandes fosos, sobre los que se tendia para entrar en él, un pesado puente levadizo sostenido por gruesísimas y pesadas cadenas de hierro.

Asentábase por la espalda aquel sombrío castillo en la ladera de una alta montaña á cuyo pié corria un claro y murmurante rio, y á la orilla de sus aguas, como el punto claro del oscuro cuadro que formaba el castillo y monte, se extendia una pequeña, risueña y graciosa aldea, del mismo modo que una alegre y linda doncella es la luz que se co-

loca al lado de unos encanecidos padres y de un decrepito abuelo.

Rodolfo, conde soberano de Borgoña, habia sido el dueño del castillo que habitaba con una niña, habida ya en una edad muy avanzada de su tercera y última esposa. Ambos dormian ya en su tumba desde hacia algunos años.

Adelaida—que este era el nombre de la jóven Princesa—contaba á la sazón quince años, y era de condicion suave, blanda y apacible como la de un ángel; era además tan bella, que su sola vista bastaba para alegrar á los pobres aldeanos, siervos del castillo feudal, á quienes el carácter áspero y duro del tutor de Adelaida imponia duras vejaciones.

Adelaida habia heredado de su padre los negros ojos, la carmínea boca y los dientes de perlas que en su juventud le habian hecho el idolo de todas las damas de la Borgoña, y de su madre la rubia cabellera, el cuello de cisne y la tez nevada.

Era alta sin demasia y esbelta como esas jóvenes palmeras que crecen en los países meridionales y que mecen al viento de la tarde su verde cabeza como un plumero do esmeraldas.

Cuando vestida con su castellana de lana blanca ceñida á su esbelto talle con un cordon de seda azul celeste, pasaba por las almenadas galerías del castillo señorial, creian ver en ella un ángel de consuelo los sencillos y piadosos montañeses.

Adelaida había alcanzado de su anciano tutor el permiso de dar audiencia los días festivos en un pequeño salón que pertenecía á sus habitaciones; allí sola—pues rehusaba para oír los infortunios de sus siervos hasta la compañía de sus doncellas—escuchaba las quejas de todos y aliviaba sus miserias con pequeñas sumas y con palabras de consuelo.

Ofrecía interceder con su padre para que les perdonase algún ligero retraso en el pago de los impuestos y para que moderase aquellos tributos excesivos.

Adelaida, en pie ante aquellos aldeanos toscos y curtidos por la intemperie, ante aquellos soldados rudos y llenos de cicatrices, ante aquellas pobres y escuálidas mujeres que estrechaban contra su pecho niños medio desnudos y ateridos de frío, estaba mil veces más hermosa que bajo el recamado dosel de su salón señorial.

Pendían sus cabellos en largas trenzas á lo largo de su talle, y semejantes á dos cadenas de oro, resaltaba sobre la blanca lana de su túnica su brillante matiz; sus negros ojos se llenaban á cada instante de lágrimas de ternura, y otras veces sus labios sonreían con la cándida dulzura de un ángel.

Teofrasto, aunque rudo y austero, amaba á aquella niña que le había sido confiada, como al último rayo de luz que el Eterno derramaba sobre su cana cabeza: era un anciano alto y corpulento, endurecido en las fatigas de la guerra, porque en aquella época

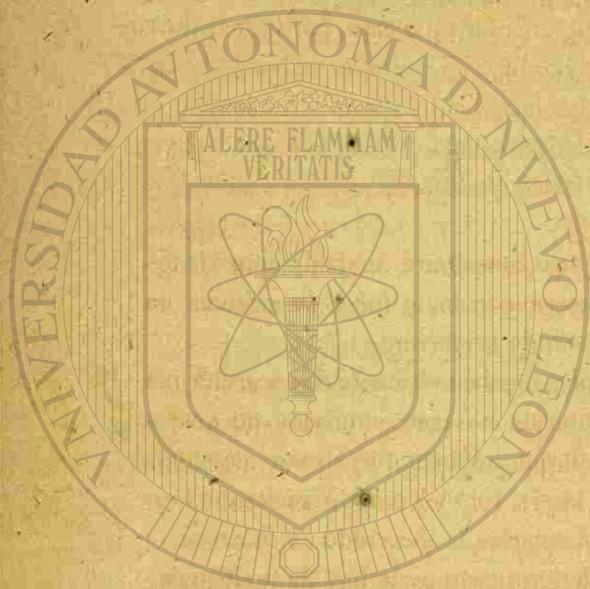
de intestinas discordias, los caballeros no desnudaban su cabeza del yelmo, ni se desembarazaban de la adarga y de la lanza, que volvía á ensangrentarse, después de una larga guerra, por la más insignificante querrela de vecindad.

Aún no había extendido la civilización su nivel por la sociedad, y sólo la espada, la lanza ó el venablo dirimía las contiendas.

Teofrasto, que ya contaba cerca de los setenta años, pensó en buscar un apoyo para su tierna é inocente pupila, y decidió casarla con Lotario, hijo de Hugo, uno de los soberanos más ricos de la Italia, en aquel tiempo en que los mismos reyes eran casi siempre pobres: este casamiento había sido dispuesto, desde antes de morir, por el padre de Adelaida.

Lotario, acababa de cumplir veinte años; pero la exesiva y delicada belleza de su rostro y de toda su persona le hacía parecer tan niño que los vasallos de su padre le llamaban *El joven*.

Rodolfo había mantenido guerra durante largo tiempo con Hugo, al que disputaba la posesión de sus dominios; pero cansado ya su brazo con las fatigas de los combates y con el peso de la ancianidad, se dijo que la paz era lo que más necesitaba, y que para adquirirla era lo mejor tratar el casamiento de su hija con el hijo de su contrario,



II.

Teofrasto quiso consultar á Adelaida ántes de tomar aquella determinacion, y fué á su estancia en una bella mañana de primavera.

Ya los árboles dejaban el manto de escarcha que les vistiera el aterido invierno; cubríanse de verdes capullitos que despues debian desplegar en pomposas hojas, y el rio, roto los puros cristales del hielo, empezaba á murmurar encerrado en su cáuce.

La alcoba ó dormitorio de la hija de Rodolfo daba á un gran terrado en el que habian plantado flores que la jóven cultivaba, y en el que cuidaba también algunas tórtolas y pajarillos, á los que la cándida doncella era muy aficionada.

Adelaida regaba las flores inclinada sobre ellas, cuando Gosvinta, doncella que ya habia servido á su madre, se acercó, avisándole la llegada del Conde.

--¡Señor! exclamó la jóven corriendo hácia él y como confusa; ¿qué, ¿estabáis aquí y yo no he adivinado vuestra presencia?

—¡Retiráos! dijo el Conde á las camaristas, que desaparecieron como una bandada de asustadas palomas.

Luego, volviéndose á su pupila, le dijo con su ruda voz que trató de dulcificar.

—Vamos á hablar de tu porvenir, Adelaida, y quiero que me prestes toda tu atencion.

—Ya os escucho, señor, respondió tímidamente la doncella.

—Has de saber, empezó el Conde, que me piden tu mano desde hace un año muchos jóvenes y apuestos caballeros.

Detúvose aquí Teofrasto y esperó la respuesta de su pupila, no sin alguna ansiedad; pero ésta, sin perder nada de su alegría á la par que modesta compostura, respondió:

—¡Y bien, señor!

—¿No amas á ninguno?

—¡Si no los conozco!

—No hace mucho viste á algunos de ellos en un torneo.

—No reparé en ninguno, ni recuerdo siquiera su rostro.

—¿De suerte que tu corazon está libre?

—Completamente libre, mi buen tutor.

—De esa suerte, hija mia, te casarás con Lotario, *el Joven*, hijo de Hugo, dijo el Conde brevemente.

—¡Cómo! ¿Dél enemigo de mi padre?

—Sí, por cierto; desde la promesa de tu enlace dejó de serlo.

La joven guardó silencio; su tutor prosiguió,

—¿Tienes algo que oponer á esta alianza?

—Nada, señor, respondió la Princesa; mi corazon está libre; es decir, que no amo á Lotario, pero tampoco amo á otro; sin embargo, si conviene á nuestros intereses, me casaré con él, y seré una buena esposa.

—¡Sí, lo serás, pues eres un ángel! exclamó Teofrasto; abrázame, hija mia; ahora no puedo dar mejor premio á tu obediencia que enseñarte el retrato de Lotario.

Adelaida se arrojó en los brazos de su tutor, feliz al verle satisfecho.

El viejo Conde sacó despues de su escarcela una cajita de plomo, la abrió y en su centro apareció un retrato de un hermoso joven.

Abundantes rizos negros guarnecian aquel rostro delicado y blanco como la flor de una montaña; sus ojos azules eran dulces, como la flor de la pervinca, aún no conocida en aquellos remotos tiempos; su boca, de labios delicados y coralinos, no estaba aún sombreada por el más ligero bozo; su talle, esbelto aún por lo poco que se podía descubrir, hubiera dado envidia á una doncella.

Adelaida le miró y se sonrió con una tranquilidad satisfecha.

Luego miró á su tutor, y le dijo:

—Os he prometido, señor que me casaré con Lotario y lo hubiera cumplido aunque su figura hubiera sido mucho más fea: disponed mis bodas para cuando sea de vuestro gusto.

—¿No te parece muy hermoso Lotario? preguntó el Conde.

—Me creo dichosa en alcanzar un esposo que tiene hermoso el rostro y el alma, respondió la jóven; pero si sólo hubiera tenido ésta, tampoco me hubiera llamado infeliz.

Teofrasto quedó contento con aquella respuesta y dispuso desde luego las bodas con la mayor ostentacion.

El mismo debia acompañar á su pupila á Italia y á los estados de Hugo, donde se verificaria el enlace.

En efecto, se mandaron preparar suntuosas galas para la infantil desposada, y muchas doncellas se ocuparon de sus confecciones y adornos.

—¿Para que haceis todo esto? preguntaba admirada Adelaida á una anciana sirvienta que presidia los trabajos; la que se casa ¿vá á buscar el aplauso del mundo ó la paz de su hogar? ¿Vá á ser admirada ó vá á labrar la felicidad de una familia? ¿Ha de ser elogiada por sus virtudes ó por sus trajes? Pero no importa; tejed mis velos; ornad de flores mis trajes; la esposa debe agradar al esposo; así lo dicen las escrituras; vale más que le parezca bella, porque el

dominio de la mujer ha de basarse en la dulzura y ha de empezar por el agrado de los ojos.

Dos meses despues de decidido el casamiento, salió Teofrasto de la Borgoña con su jóven pupila y pasó con ella á Italia, donde esperaban á la desposada y á su tutor, Hugo y Lotario, el feliz prometido de Adelaida.

El viaje fué largo y penoso; la jóven tuvo que hacerlo, ora montada en una blanca y mansa bacanea, ora en silla de manos, cuando las quebradas de las sierras no permitian á los brutos sustentar la carga; algunos villanos, déudos del conde y que formaban la escolta de éste y de su pupila, conducian las sillas y las caballerías hasta los parajes llanos.

Adelaida, á pesar de las fatigas del viaje, tan rudas para su delicada organizacion, iba alegre y contenta; sus pequeñas manos derramaban las monedas de oro en las encallecidas de los pobres; y más de una vez recibió en su falda los lindos ramilletes de flores y los racimos de roja fruta primaveral que le presentaban las aldeanas.

Una tarde, cerca ya del término de su viaje, Adelaida, fatigada de su caballo, bajó y se sentó en la húmeda yerba y á la orilla de un espumoso torrente; ya el sol cedia el paso á la luna, que aparecia llena y redonda en medio del azul del firmamento como la blanca soberana de la noche.

El Conde se sentó al lado de su pupila é hizo que

sus servidores sacasen las provisiones de boca que llevaban preparadas. Después de la comida, la joven Condesa mandó á una de sus damas que le trajese su laud que llevaba en una caja de ébano, y preludiando sus delicados dedos un armonioso ritornelo, cantó, con voz dulcísima y conmovida por una emoción profunda, una despedida á Francia, á donde su corazón le decia no debía volver jamás.

Toda la comitiva del Conde y de Adelaida quedó inmóvil escuchando aquellos divinos acentos, aquellos acordes de un alma que se exhalaba en una plegaria dulcísima y tierna como el canto de un ave en la enramada.

Las doncellas de honor prorrumpieron en copioso llanto; cada una se acordaba de sus padres, de su familia, de sus amigos, de todas las afecciones que dejaban en el suelo bendito de su patria.

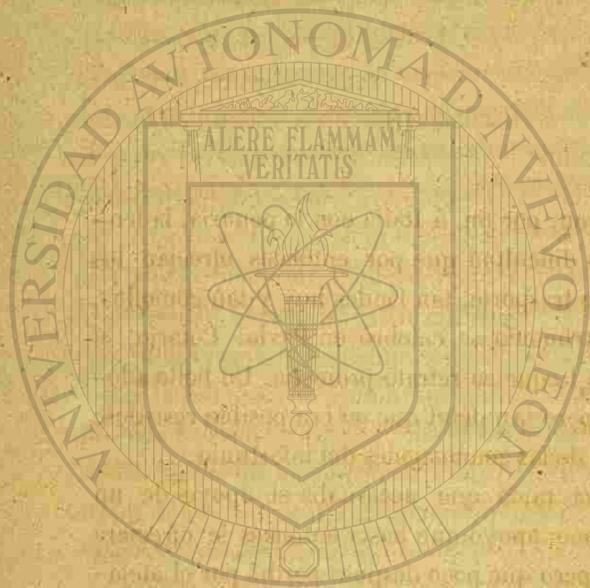
Por las rudas fisonomías de los villanos y de los soldados de la escolta, corrían también gruesos hilos de llanto; muchos montañeses de aquellas sierras acudieron á escuchar el canto de Adelaida que, sentada sobre una roca y con su bello rostro bañado por el resplandor de la luna, parecía el ángel del consuelo implorando al cielo en favor de los desgraciados de la tierra.

El mismo Teofrasto se sintió hondamente conmovido á pesar de su rudeza, y estrechó á Adelaida contra su robusto pecho.

—¡Oh! ¡Hija mia! exclamó; yo no sé, al escucharte, qué infortunio me predice el corazón! ¡Páreceme que la muerte me va á separar pronto de este mundo y que la desgracia va á descargar sus rudos golpes sobre tu cabeza inocente! ¿Qué harás tú, pobre corderilla, si vas á vivir entre algún rebaño de lobos?

—Padre mio, repuso la Princesa con la dulzura y calma que le eran habituales y que formaban ese hermoso conjunto que se llama dignidad; padre mio, ¿por qué os dejáis llevar de tan tristes ideas? Dios es el defensor de los inocentes y de los oprimidos; además, Lotario es bueno, noble, de carácter al mismo tiempo leal y cariñoso; ¿por qué, pues, habeis de temer por mí? Vamos, pongámonos de nuevo en camino; la noche promete estar hermosa y alumbrada por una clara y serena luna, y yo deseo que nuestro viaje termine lo antes que sea posible para que descanséis de tantas fatigas.

De esta suerte la joven Condesa consolaba todos los dolores, y, en medio de su debilidad, manifestaba aquella fortaleza, aquella conformidad que más adelante debían hacerla tan célebre.



III.

Llegaron, por fin, á Italia con la penuria, la lentitud y la dificultad que por entónces ofrecían los medios de transporte, tan fáciles hoy y tan cómodos.

El matrimonio se celebró en Pavia. Lotario, *el Joven*, era lo que su retrato prometía. Un bello adolescente, pero tan débil que no era posible resistiese á ninguna de las conmociones del infortunio.

Era una rama que necesitaba el apoyo de un fuerte tronco; apoyo que hasta entónces le ofreciera su padre, pero que poco despues perdió por el alejamiento de aquel á causa de las discordias del país.

Parecía muy enamorado de su esposa, y ésta le dedicó un amor tan tierno como exclusivo.

Las guerras intestinas desolaban hacia algunos años á Italia. «Tres viudas, dice un historiador (1), dominaban á la sazón aquel país con la fuerza de sus encantos y de sus intrigas; eran Berta, viuda del marqués de Toscana; su nuera Marozia, mujer y madre de Papas, viuda de Alberico, Marqués roma-

(1) Cantú.

no, y Hermengarda, marquesa de Ibreá é hija del duque de Toscana. Hugo, padre de Lotario, se casó con Marozia, la más poderosa de aquellas tres seductoras sirenas que ocupaba el castillo de S. Angelo y disponia á su antojo de Roma y del pontificado.»

Pero bien pronto la guerra, apoyada en disturbios de familia, encendió de nuevo su sangrienta tea. Marozia mandó un día á Alberico, hijo de su primer matrimonio, que sirviese á Hugo agua para lavarse; pero habiéndolo hecho de mala gana, Hugo, que era de carácter violento y desapacible, lo castigó con un bofetón.

Alberico vengó aquella injuria del modo siguiente: huyó de la casa materna, convocó á la nobleza, atacó el palacio que habitaban su madre, su padrastro y Lotario, hijo de Hugo, y se puso al frente del gobierno de Roma.

Hugo huyó á su patrimonio de Arlés y desde allí ordenó á su hijo Lotario que se presentase á la Dieta de Milan y que pidiese para sí la corona soberana, que él renunciaba.

«Tu prometida—escribia aquel Principe turbulento y cruel á su hijo—es digna de ese rango, y debes ocuparlo por ella y por tí. El mundo entero proclama la belleza y las virtudes de Adelaida, y esta coronacion y la adquisicion de esos Estados, son el mejor medio de apartar todas las rivalidades que te perjudicarán en su corazón.»

Lotario obedeció á su padre: presentóse á la Dieta; pero Adelaida llegó con su tutor algunos dias ántes de que se le concediese la corona que tenia prometida y que, al fin, ciñó las frentes de ambos esposos poco despues de celebradas las bodas.

Hubo en el país, así por la coronacion como por el casamiento, muchas fiestas y regocijos. Teofrasto, pasados éstos, y seguro de la dicha y de la tranquilidad de su amada pupila, se volvió á Borgoña, dejando al lado de aquella á sus doncellas de honor y á la fiel Gosvinta, que la acompañaba á todas horas y le dedicaba todos sus cuidados como una madre cariñosa y tierna.

Lotario, á pesar de su debilidad aparente, tomó para gobernar su reino medidas enérgicas, que sorprendieron á los intrigantes y pervertidos cortesanos; ninguno de ellos esperaba nada de aquel tierno y hermoso mancebo, que parecia haber nacido sólo para amar; ninguno creía que aspirase á más que á los goces de la corona, y todos pensaban que se cuidaria muy poco de desempeñar las árdas obligaciones de un soberano; pero Adelaida estaba allí, y su influencia se hizo sentir bien pronto en el espíritu débil y apocado de su marido.

La astuta Marozia, madrastra de su esposo, fué la primera que conoció de dónde procedia el mal; separada de su marido,—pues ya se ha dicho que Hugo se habia retirado de Arlés,—habia procurado

acercarse al hijo de éste, porque en su afán de dominio creyó que al lado de Lotario gobernaria fácilmente la Italia.

Sin embargo, halló imposible el mezclarse en los negocios de Estado, á pesar de sus intrigas; estrellábanse éstas contra la inamovible firmeza de la Reina, que, sin perder su prudencia y su decoro, sostenia el valor de su esposo contra las exigencias de su madrastra, y le hacia estar en guardia contra todas sus extratagemas.

Pronto, empero, un rudo golpe de la suerte hirió á Marozia, como si el cielo deseara ó quisiera castigar todos los crímenes y manejos de aquella cortesana; su esposo, aunque lejano de ella, la repudió y se casó con Berta de Suavia.

Un año despues de su enlace, Adelaida dió á luz una graciosa niña, á la que se llamó Eruma, y casó años más tarde, con Lotario, rey de Francia.

Otros dos años se pasaron en la paz y la alegría; la jóven Reina era adorada de todos sus súbditos; su mano, abierta siempre para el infortunio, se extendia á las más ocultas miserias.

Era el amanecer de un dia de invierno, cuando algunos soldados que andaban por una de las principales calles de la ciudad, vieron desembocar por otra callejuela oscura á una mujer vestida de negro y cubierta con un largo velo.

A pesar de lo oculta que iba, era su apostura tan

graciosa y elegante que aquellos hombres no dudaron de que era jóven y bella.

Apresuraron el paso y se acercaron á ella que, al sentirlos próximos, aligeró tambien el suyo como la gacela que se siente perseguida por los lebreles.

Los soldados, al ver que salia al campo por una de las puertas de la ciudad que acababan de abrir, se dieron por muy contentos diciéndose que, una vez en despoblado, seguramente no podria escapárseles la presa.

La encubierta caminaba con el mismo paso ligero hasta llegar á unas cuevas que se abrian al pié de un monte y que daban asilo á los indigentes que salian de dia á implorar en los caminos la caridad pública.

Algunos de aquellos desgraciados eran vecinos de las aldeas, asoladas por el vandalismo de las tropas y por esas mil tropelias que las guerras originan

Las cuevas, que se veian al pié de la montaña, las habian abierto ellos mismos para buscar algun asilo que les libertase de las iras de los elementos.

La velada dama entró en la primera de aquellas cavernas y algunos soldados asomaron tambien curiosamente la cabeza.

En el fondo de la cueva, cuya puerta, formada por una gran piedra se abrió al hacer una señal la recién llegada, habia una cama de heno seco, sobre la que se extendian limpias ropas; allí descansaba

una mujer anciana, pero no dormía, porque miró con ánsia hácia la puerta así que apareció en ella la incógnita.

Dos jóvenes de muy tierna edad estaban sentadas al lado de un hogar improvisado en el que, al calor de un escaso fuego, se preparaba un alimento sano y abundante; otra, más pequeña que ellas, era la que había abierto la puerta para dar paso á la misteriosa visitadora.

Cuando estuvo dentro, levantó su velo y dejó ver un semblante hermoso y dulce como la aurora de un día de Mayo; y los soldados, que miraban por la abertura que dejaba la piedra en su parte superior, se contemplaron unos á otros estupefactos.

—¡La Reina! murmuró uno.

—¡La Reina! ¿A qué vendrá aquí? se dijo otro: ¿Será traidora á su marido? ¿Vendrá á estas cuevas á promover una sedicion?

—¿Una sedicion con una vieja y tres niñas? repitió su compañero; por cierto que no lo entiendo; pero escuchemos.

La Reina—pues era ella, en efecto—se arrodilló ante el lecho de la anciana, que mostró una pierna vendada; descubrióla con sus delicadas manos y la curó con un frasco de bálsamo que sacó de un saquito de cuero que llevaba, así como vendajes y lienzo fino y limpio.

—¡Ah, señora! ¡Vos sois un ángel del cielo! excta-

mó la anciana que lloraba de gratitud; sin vos sin vuestra excelsa bondad, ¿qué seria de mí, qué seria de mis pobres hijas? ¡Viuda, pues mi marido murió en el campo de batalla, sola, enferma, desamparada, la miseria nos hubiese muerto á mí y á mis inocentes niñas si vos no nos hubiéseis tendido una mano salvadora descendiendo desde el cielo de vuestra grandeza á este purgatorio de dolor!

—Dios me ha dado los medios de aliviar vuestros dolores, repuso la Reina suavemente; y yo le bendigo por ello; dadle vosotras gracias á él y no á mí; porque yo soy tan débil criatura como vosotras, y nada podria por mi sola.

La Reina, despues de acabar la cura de la pobre viuda con el más solícito cariño y delicadeza, dió á las jóvenes algunas monedas y salió de la cueva para pasar á la inmediata.

La misma escena se repitió en ésta; la Reina llamó suavemente y la enorme piedra se separó para dejarle libre la entrada.

Allí gemia un pobre soldado, anciano también, que habia quedado ciego en el campo del combate; la Reina le consoló con dulces palabras y le dejó algunas monedas.

Cuando acabó de recorrer todas las cuevas, los soldados, que la esperaban, se postraron de rodillas á su paso.

—¡Dios bendiga á nuestra bella y santa Reina! ex-

clamaron con las manos unidas y los ojos llenos de lágrimas de entusiasmo y de admiración.

—¡Callad! dijo Adelaida, que, al recordar á los perseguidores que habia olvidado, llevada de su ardorosa caridad, se habia asustado algun tanto, nada digais, no hay mérito alguno en lo que yo he hecho, porque Dios nos manda socorrer á nuestros hermanos cuando padecen; el que alimenta á los pajarillos, ¿se olvidaria de sus hijos? ¡No! Y me elije á mí como el pobre instrumento de su paternal bondad; si me amais, no divulgéis lo que habeis visto y oido.

Dichas estas palabras se alejó aquella Reina ejemplo; pero los soldados, poseidos de entusiasmo no supieron ni quisieron guardar secreto acerca de las virtudes de su Reina, y bien pronto la fama de su generosidad se extendió por todas partes.

IV.

Al cumplir los tres años de su casamiento, Lotario empezó á padecer una dolencia misteriosa, terrible.

Una languidez dolorosa invadia poco á poco su cuerpo, y la palidez vistió sus animadas, correctas y dulces facciones; todo alimento, áun los más sencillos, producian en su estómago una angustia tan dolorosa, que el desgraciado Príncipe temblaba sólo á la idea de pensar en comer.

Adelaida creyó, durante algunos meses, que aquella dolencia procedia de causas que pudiesen combatirse y practicó con su esposo los remedios que se acostumbra en semejantes casos; pero aunque todos los medicamentos eran preparados por su mano, ninguno producía el más leve efecto, y la dolencia del Rey se agravaba del modo más alarmante.

Los hermosos cabellos de Lotario se desprendian de su cabeza en mechones; sus bellos dientes caian como heridos de una enfermedad oculta. Adelaida

clamaron con las manos unidas y los ojos llenos de lágrimas de entusiasmo y de admiración.

—¡Callad! dijo Adelaida, que, al recordar á los perseguidores que habia olvidado, llevada de su ardorosa caridad, se habia asustado algun tanto, nada digais, no hay mérito alguno en lo que yo he hecho, porque Dios nos manda socorrer á nuestros hermanos cuando padecen; el que alimenta á los pajarillos, ¿se olvidaria de sus hijos? ¡No! Y me elije á mí como el pobre instrumento de su paternal bondad; si me amais, no divulgéis lo que habeis visto y oido.

Dichas estas palabras se alejó aquella Reina ejemplo; pero los soldados, poseidos de entusiasmo no supieron ni quisieron guardar secreto acerca de las virtudes de su Reina, y bien pronto la fama de su generosidad se extendió por todas partes.

IV.

Al cumplir los tres años de su casamiento, Lotario empezó á padecer una dolencia misteriosa, terrible.

Una languidez dolorosa invadia poco á poco su cuerpo, y la palidez vistió sus animadas, correctas y dulces facciones; todo alimento, áun los más sencillos, producian en su estómago una angustia tan dolorosa, que el desgraciado Príncipe temblaba sólo á la idea de pensar en comer.

Adelaida creyó, durante algunos meses, que aquella dolencia procedia de causas que pudiesen combatirse y practicó con su esposo los remedios que se acostumbra en semejantes casos; pero aunque todos los medicamentos eran preparados por su mano, ninguno producía el más leve efecto, y la dolencia del Rey se agravaba del modo más alarmante.

Los hermosos cabellos de Lotario se desprendian de su cabeza en mechones; sus bellos dientes caian como heridos de una enfermedad oculta. Adelaida

veía esto yerta de terror, y en su alma inocente y pura se levantó una terrible sospecha.

¿Estaria acaso envenenado el Rey?

Tal fué la pregunta que se hizo la jóven Reina, que se acordó de que se hallaba en Italia.

Aquella sospecha se apoyaba en una terrible realidad.

Lotario parecia á impulsos de uno de los venenos más horribles y más seguros; he aquí por qué causa se arrojaba del mundo á aquel Príncipe desventurado.

Marozia, esposa repudiada de su padre, yacia en la oscuridad, con la que no podia conformarse á causa de su carácter dominante y ambicioso; para salir de ella, discurrió un medio que no por ser horrible y criminal la espantó, y lo puso por obra al instante, gozosa con la esperanza de recobrar su antiguo poder.

Hizo llamar á Berenguer III, margrave de Ivrea, y le ofreció todo su influjo para hacerle coronar Rey, si disponia la muerte de Lotario por cualquier medio que fuese.

El margrave no era un malvado, y retrocedió ante semejante proposicion.

Señora, respondió; yo tengo mis Estados y además soy sobrino del emperador Berenguer; vivo tranquilo en la córte de Oton, Rey de la Germania, donde me refugié huyendo del puñal de los asesinos; ¿por qué

he de cargar mi conciencia con un crimen que á nada conduce? ¿Acaso por contribuir á vuestra grandeza? ¡No lo espereis jamás!

—Marqués y Margrave de Ivrea, respondió Marozia friamente; yo os aseguro que, si el interés de la muerte de Lotario no nos fuese comun á entrambos, no me fiaria de vos; pero sé que sois en ella el más favorecido; os coronais Rey de Italia y casais á vuestro hijo Adalberto con la viuda de Lotario.

Berenguer quedó pensativo; la dicha de su hijo le preocupaba más que la suya propia.

—¡Qué porvenir para Adalberto! prosiguió la tentadora Marozia; ¡una jóven bella como los ángeles, rica y dotada además con una corona! Porque vos y vuestro hijo podeis partiros los Estados é imperar uno en la mitad del reino y otro en el resto.

—¿Y qué pedis para vos? preguntó receloso Berenguer:

—Pido la posesion de una ciudad en la cual sea soberana y pueda tener mi córte; dadme cualquiera que sea de vuestro agrado y consultadme en los negocios árdulos; esto es todo lo que os pido.

—¿Y podremos reducir á la Reina á que se case con Adalberto?

—¿Quién lo duda? ¿Qué será lo que no pueda conseguir el talento de Villa, vuestra esposa? Dejémosla sola y viuda, y ya vereis.

—Concededme algunas horas para pensarlo, se-

ñora, dijo el Margrave que ya tenía decidida en su interior la muerte de Lotario.

—Pensadlo; pero decidme cuándo sabré la respuesta.

—Mañana.

—¿Dónde?

—Aquí mismo.

—Está bien.

—Hasta mañana, dijo el Margrave, saliendo de la retirada estancia donde Marozia le había recibido.

—¡Lotario morirá! se dijo ésta; he leído su sentencia en el rostro de ese hombre; si, morirá y yo volveré á ser rica y poderosa.

Al día siguiente muy temprano, Berenguar llegaba á la puerta de la repudiada esposa de Hugo.

—¿Qué me decís? preguntó ella con ansia, á pesar de la seguridad que tenía en su cómplice.

—Digo que morirá.

—¿Y qué muerte habeis elegido?

—La del veneno es la más segura.

—Decís bien; es la que menos rastro deja, sobre todo, si se sabe elegir bien.

—Perded cuidado; soy en esto inteligente.

—A pesar de todo, observó Marozia, escuchad un consejo que os voy á dar; es muy importante.

—Hablad.

—Id á Roma y en una callejuela oscura que hay al lado de las ruinas del templo de Juno, buscad á

un judío anciano; es un florentino muy hábil en preparar toda clase de venenos; decidle que le remunerareis bien y pagadle al contado la mitad de la suma que penseis ofrecerle para ello; aquí teneis un bolsillo; ahora id con Dios, es preciso evitar que nadie sospeche lo que intentamos.

—Descuidad, dijo el Margrave.

Y guardando el bolsillo que le presentó Marozia, desapareció.

Dos días despues de esta entrevista, empezó á tomar el Rey en su comida, y sin que nadie tuviera de ello la más leve sospecha, el tósigo que poco á poco debía quitarle la vida.

El judío que indicó Marozia había servido á Berenguer.

Lotario sintió muy pronto el desvanecimiento, la angustia, la opresion de pecho que tanto le fatigaban, y Adelaida llamó á sus médicos.

Los dos estaban comprados por los asesinos.

No obstante, uno de ellos, expantado del crimen que se le quería hacer cometer, huyó de la córte, y dejó á su compañero el precio y el peso de aquel cobarde asesinato.

El doctor que quedaba propuso algunos medicamentos para el Rey, en todos los cuales iba envuelto el mismo veneno que le mataba.

La infeliz Adelaida, al ver los extragos que aquella terrible enfermedad causaba á su esposo, sintió

nacer en su corazón la primera sospecha, y desde entonces no pudo disfrutar un sólo instante de reposo.

Hubiérase resignado á perderle si esta hubiera sido la voluntad soberana de Dios; ¡pero dejarle asesinar cobardemente!... ¡No defenderle! ¡No castigar á los infames regicidas! Esto no era posible para aquella Reina ultrajada en sus más caros afectos.

Una noche en que rezaba en su oratorio por la salud del Rey, le vino á la mente con más insistencia que nunca, la idea de un envenenamiento; aquella idea, que hería con tanta fuerza su imaginación en aquel sitio sagrado, le parecía un aviso del cielo.

—¡Dios mío! dijo, conozco que es tu voz soberana la que manda que descubra á los culpables! ¡Dame fuerzas, pues, para conseguirlo!

Levantóse y pasó á la habitación del Rey que hacia pocos instantes habia abandonado.

Lotario huía de su lecho en el que se sentía abrasar por la fiebre, y se hallaba medio tendido en otro más pequeño formado de pieles, cubierto con tapices de púrpura de Tiro y colocado en un ángulo de la estancia.

Una lámpara de plata, que pendía del techo, alumbraba débilmente la cámara.

Apartados del Rey se veían algunos señores que miraban aterrorizados su cárdena palidez.

Ya no quedaba nada de Lotario *el Joven*; sin ca-

bellos, sin dentadura, espantosamente demacrado, el Rey parecía un cadáver galvanizado.

Sin embargo, en sus grandes ojos, claros en otro tiempo, tan bellos y tan dulces brillaba un resto de vida, y también una ráfaga de desesperación.

A los piés del lecho del Rey y cuidadosamente abrigada por su misma mano con un tapiz de seda, dormía apaciblemente la Princesa Eruma, entonces de dos años de edad.

A poca distancia del Rey y reclinado en un sitio gótico, pálido, mudo y sombrío, se hallaba el médico.

La Reina, poseída de un valor que era ficticio y quizá hijo de la sobreexcitación de sus nervios, pues hacia muchas noches que no dormía ni se separaba del lado del Rey, se arrojó en medio de la estancia; despavorida y trémula, queria buscar á los asesinos, ¿pero dónde estaban? ¿A quién podía señalar la inexperta mano de aquella niña de diez y ocho años?

Sin embargo, la valerosa Adelaida habia resuelto hallar á los criminales y esta idea fija, que habia exaltado su ánimo, fué la que también contribuyó á calmarlo.

Acercóse á su esposo, quien, al verla, fijó en ella una mirada angustiosa y triste.

El Rey se hallaba envuelto en una bata de tela de seda muy gruesa; su barba, color de castaña, crecida y descuidada, hacia parecer mayor la lividez y la de-

macracion espantosa de sus facciones alteradas por profundos padecimientos.

—¡Cuánto sufro, Adelaida! murmuró mirando á su mujer, y sin atreverse á tomar su mano por temor de molestarla con el abrasante calor de la fiebre que le devoraba.

La Reina fué quien asió su diestra y la estrechó con cariño entre las suyas.

—¡Hoy estoy peor! ¡Mucho peor! prosiguió el Rey con voz lenta y opaca; creo, Adelaida, que voy á morir muy en breve... Si, estoy seguro de ello y sólo siento perder la vida por tí y por nuestra hija... En cuanto á mi padre, es ménos lo que lo siento, porque él no se acuerda de mí.

—¡Bebed, señor! dijo el médico acercándose con una copa de oro llena de un brevaje que le administraba á cada instante, y que él sólo componia.

Adelaida miró maquinalmente al doctor; pero aquella cara pálida y sombría, que jamás le habia dicho nada, le inspiró ahora un temor invencible.

Apartó la copa, que ya iba á asir la mano trémula del Rey, y miró fijamente al médico.

—¡Desde que el Rey toma esa bebida, dijo lentamente, está peor! Veamos si en vos produce el mismo efecto, porque, segun vuestra palidez, debeis tambien estar enfermo... ¡bebed, doctor!

El médico, se hizo atrás lleno de horror.

—¡Bebed! repitió Adelaida.

El médico se retiró otros dos pasos livido y trémulo.

—¡Bebed! volvió á repetir la Reina con mayor autoridad.

—¡Por qué ese empeño, Adelaida? preguntó el Rey que se habia incorporado en su lecho; y viendo al médico que permanecia inmóvil y como fascinado con la copa en la mano, añadió severamente:

—¡No oís á la Reina que os manda que bebaís? ¡Obedecedla!

—¡Piedad, señor! ¡Señora, misericordia! gritó el miserable, dejando escapar la copa de su trémula mano y desplomándose de rodillas.

—¡Con qué no me engañaba! exclamó la Reina con amargura: luego, procurando ocultar al Rey lo que aquella escena significaba, exclamó:

—Sal al instante, y jamás vuelvas á entrar aquí, ni tú, ni tu maldito brevaje.

Dirigióse, despues de dichas estas palabras á uno de los cortesanos, y le dijo en voz baja y rápidamente:

—Que detenga la guardia á ese miserable.

—Comprendo, señora, observó el caballero saliendo apresurado y ántes que el asesino.

La cabeza debilitada de Lotario nada habia comprendido por entónces de esta escena.

—¡Me aburrían ya el médico y sus medicinas! dijo Adelaida; creo, señor, que eso os pone peor y no

tomareis más; desde ahora, yo os prepararé los remedios, pues ya sabéis que entiendo las propiedades de los simples que se emplean.

Adelaida se detuvo y miró á su esposo cuyo silencio é inmovilidad la admiraban. Lotario, á pesar de la piadosa estratagema de su esposa para ocultarle que habia descubierto que moria envenenado, lo habia conocido asi, por fin, pues estaba dotado de un talento muy penetrante y de una perspicacia muy fina.

—Adelaida, dijo, muero á manos de asesinos pagados y que sólo pueden haber comprado dos personas. Mi madastra, y el marqués Berenguer de Ivrea, al que arrebaté la corona y las esperanzas de reinar... ¡No importa! He sido demasiado dichoso ya en el mundo para quejarme de que me quiten la vida; pero poned en salvó la vuestra y la de nuestra hija... no vengueis tampoco mi muerte... Dios nos manda perdonar, y este cuidado se lo tomará mi padre sin duda alguna... Tampoco quisi a e que se lo tomase sobre sí... ¡Para ser perdonados arriba, debemos perdonar aquí abajo!...

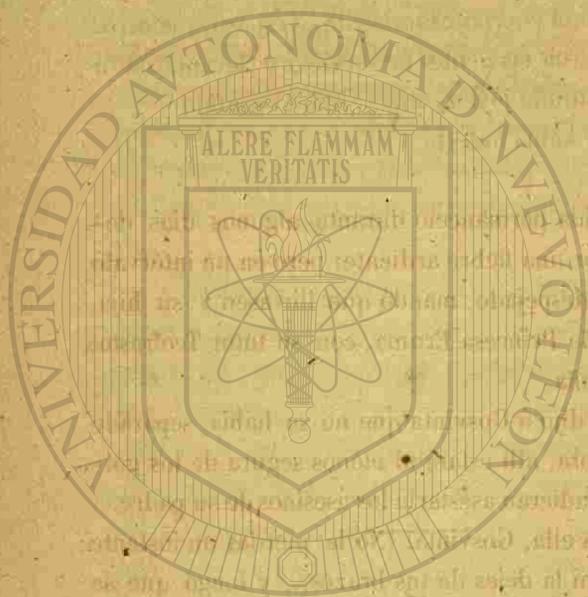
Lotario se detuvo; una palidez mortal cubrió sus demacradas facciones; tocaba el limite de la vida; los asesinos, viendo que su vida se prolongaba demasiado, habian aumetado mucho la dosis del veneno que ya habia desatado uno á uno todos los lazos de aquella frágil existencia.

Vaciló y cayó sobre su lecho sin voz y casi sin vida.

—¡Socorro! gritó la Reina, que se habia precipitado sobre el cuerpo exánime de su esposo; ¡socorro!

Acudieron las gentes de servicio y levantaron á la desventurada jóven, que perdió el sentido.

El Rey habia muerto.



V.

Adelaida permaneció durante algunos días devorada por una fiebre ardiente; pero en un intervalo que tuvo despejado, mandó que llevaran á su hija, la pequeña Princesa Eruma, con su tutor Teofrasto, á la Borgoña.

—Allí, dijo á Gosvinta que no se había separado de su señora, allí estará al ménos segura de los golpes que pudieran asestarla los asesinos de su padre... ¡Parte con ella, Gosvinta! ¡No la pierdas un instante de vista, ni la dejes de tus brazos... y luego que se halle segura bajo la proteccion de aquel noble anciano, vuelve cerca de mí.

Gosvinta partió, en efecto, y aquella doloroso separacion agravó de muerte el estado de la Reina, que volvió á perder el conocimiento de sí misma, posesionándose de nuevo la fiebre de su cerebro, ya débil por tantos dolores y tantas emociones.

Entretanto, los que habían dado muerte á Lotario, no perdían tiempo; Berenguer, que tenía tropas preparadas, se declaró Rey desde el día siguiente

del temprano fallecimiento de aquel Príncipe, y recorrió la Italia, llegando hasta Pavia; derramaba á manos llenas el oro, y ya con los beneficios, ya con las amenazas, fué ganando el pais, y logró hacerse coronar en aquella ciudad por rey de Italia en union de su hijo Adalberto, con el que queria compartir el mando supremo.

Miéntras aquello sucedia, tres personas se hallaban sufriendo una terrible tortura moral, aunque por muy diferentes motivos.

Hugo recibió entónces un mensajero que le anunció el fallecimiento de su hijo, pues la muerte que se habia dado al médico asesino, por órden de la Reina, y algunos rumores que circulaban, bastaron para descubrir el fin desastroso de Lotario. Hugo, al saberlo, quedó inmóvil de sorpresa y de dolor; fué á exhalar su sentimiento en gritos y sollozos; pero no le fué posible. El exceso de su emocion habia roto uno de los vasos de su pecho y un mar de sangre brotó de la boca del desgraciado padre, que cayó postrado con aquella dolencia terrible sin fuerzas y sin voz.

Cuando pasó el primero y más inminente peligro, quedó reducido á una debilidad extrema; y el varon fuerte, el fogoso guerrero, aquel hombre de carácter duro y turbulento, quedó reducido á una existencia miserable, poblada de visiones, pues una idea fija le atormentaba: se decia que, si él no hu-

biese inducido á Lotario á solicitar la corona y no hubiera repudiado á Marozia, no habria sido asesinado por la ambicion y la venganza.

En tanto que el desgraciado padre arrastraba una existencia lánguida, que debia ser muy corta, Marozia, la esposa que en mal hora habia despreciado, rugía en su palacio sedienta de venganza.

Berenguer no le habia cumplido ninguna de sus promesas.

Sola y pobre permanecia en su casa en Roma, sostenida solamente por las mezquinas dádivas de su hijo Alberico, que gobernaba entónces el imperio y que despreciándola, se acordaba muy poco de ella.

En vano habia enviado al usurpador, mensajero tras mensajero.

Berenguer se hacia el sordo.

En vano le acusó como asesino de Lotario. La desgraciada Italia, abrumada de vejaciones y malos tratos, sólo ansiaba la paz, porque la guerra desgarraba su seno desde hacia muchos años.

La culpable no consiguió el premio de su crimen; una mañana ya muy tarde, advirtiendo sus servidores que no se oía ruido alguno, entraron en su cuarto y la hallaron cadáver sobre su lecho.

Habia asesinado por medio del veneno, y su cómplice la asesinaba á su vez para hacerla callar, pues su ambicion engañada la hacia prorrumpir en denuestos conta Berenguer.

Mientras éste se coronaba en Pavía y Marozia moría en Roma, Adelaida permanecía en Milan sumergida en una somnolencia parecida á la muerte; durante aquellos días de debilidad y dolor, su alma se desprendió de todo mundano pensamiento, y á pesar de su tierna edad, se dijo que todo en la tierra es miserable escoria y que sólo el cielo promete y dá bienes positivos: la soledad que la rodeaba, el recuerdo de su malogrado esposo, la ausencia de su hija, todo esto la sumergía en una multitud de pensamientos graves, y se dijo que sólo Dios era el supremo bien y que únicamente debía aspirar á las recompensas celestiales.

Una mañana en que se sentía muy abatida la Reina Catalina, porque durante la noche habia aumentado su fiebre abrió los ojos y vió á su lado á una hermosa mujer, que la miraba con aire compasivo.

—¿Quién sois, señora? preguntó la Reina sorprendida.

—Soy Villa, respondió la dama, hoy esposa de Berenguer y Reina de Italia.

—¿Dios mio! exclamó Adelaida echándose hácia atrás con terror.

—¡Pobre niña! exclamó Villa, que era insinuante y dulce; ¡estais tan engañada como todos! ¡Creeis á Berenguer el asesino de vuestro esposo!... ¡No, no ha sido él! ¡Marozia ha sido la que le ha dado la

muerte! ¡Pero ella ha pagado ya con la vida su crimen!

—¡Dios mio! ¡Qué decis! exclamó Adelaida. ¿La esposa de Hugo ha muerto?

—Sí; por el medio que ella empleó; ha muerto envenenada.

—Pero, si era culpable, ¿por qué se le ha dado esa muerte oscura? exclamó la reina viuda; ¿por qué no se la ha juzgado y sometido al fallo de un tribunal?

—¿No sabeis, hija mia, que esa mujer era la madre del Papa Juan XI y que bajo su proteccion vivia en Roma? ¿No sabeis que pertenece á una familia poderosa?

—¿Y eso qué importa? ¡Era culpable y nada podia hacer su familia contra la equidad y la justicia!

—¡Ah, pobre inocente! ¡Y cuánto os compadezco! exclamó la astuta Villa. ¡Vos no sabeis nada de las intrigas de los poderosos! Creedme, Berenguer ha obrado para con vos como el mejor de los padres.

—¡Ciñéndose la corona de mi esposo! observó amargamente Adelaida.

—Para que no se la ciñera un enemigo vuestro, ha castigado á Marozia por sí mismo, porque le bastaba saber el crimen para haceros justicia: y ya que el crimen se habia consumado, ya que vuestra desgracia era irremediable, se ha dicho:— yo protegeré á esa desgraciada niña.

—¿De qué modo? preguntó Adelaida con una triste curiosidad.

—Casándoos con nuestro hijo Adalberto, asociado á la corona; ¡sí, hija mia! Todo el afán de Berenguer, todo mi anhelo, es que no perdais vuestro rango; Reina sereis ahora como lo érais al lado de vuestro esposo.

—¡Jamás! exclamo Adelaida con vehemencia; ¡jamás me casaré con Adalberto, señora! ¡Ah, ahora conozco el lazo que se me ha tendido! ¡Quereis comprar con este casamiento mi venganza y mis derechos al trono! Rehusó vuestra proteccion y la mano de vuestro hijo, y me ocuparé, no lo dudeis, en recuperar la corona que vuestro esposo ciñe por medio de un asesinato, y que ha arrebatado á mi inocente hija.

—Calmaos, Adelaida, repuso la esposa de Berenguer con hipócrita dulzura; en nada se os hará violencia; si no quereis casaros con Adalberto, permaneceréis viuda, ó dareis vuestra mano al que sea de vuestro agrado; si no quereis dividir el trono con mi esposo y con mi hijo, nadie os molestará; queremos á toda costa probaros que somos vuestros amigos y no vuestros contrarios.

Adelaida no respondió; lloraba en silencio su desgracia, porque aquellas hipócritas frases no alcanzaban á convencerla. Villa la contempló durante algunos segundos con profundo rencor, y despues,

conociendo que no convenia á sus planes hostigarla más, salió silenciosamente del aposento.

Tres días despues, Adelaida fué sorprendida en su cuarto y en medio de la noche, cuando rezaba por el alma de Lotario y por la seguridad de su hija.

Dos hombres fornidos sujetaron el delicado cuerpo de la Reina.

Otro ató á su boca un lienzo, y de esta suerte la sacaron de su palacio.

Montó uno y la tomó en sus brazos colocándola sin dificultad sobre su caballo, pues iba desmayada,

Otro tomó sobre el suyo á Gosvinta, maniatada tambien, y salieron cautelosamente de la ciudad.

El más profundo silencio reinaba; al amanecer, llegaron al lago de Garda, á cuya orilla se elevaba un castillo fuerte y almenado que llevaba tambien este nombre; uno de los tres hombres, que habia seguido á caballo á los dos que conducian á las prisioneras, llamó muy bajo, y la puerta se abrió dejando caer al instante el puente levadizo para que pasasen.

La Reina seguia privada de sentido; otro hombre de aspecto feroz, alumbró con una linterna y subieron de escalera que conducia al ala izquierda del castillo, que caia sobre el lago.

Abrieron una estancia oscura y desmantelada y dejaron allí á la Reina y á la fiel Gosvinta, que participaba de todas las desgracias de su ama.

Antes de salir los sayones, desataron el pañuelo que habian atado á la boca de la Reina, que permanecia inmóvil y pálida como la muerte.

Gosvinta se arrancó á su vez el que tambien le habian puesto por mordaza y se acercó á su señora, á la que prestó todos los socorros posibles en su triste situacion.

Las dos infelices mujeres quedaron solas; una pequeña lámpara de hierro alumbraba la estancia. La Princesa Adelaida, hija, hermana y esposa de reyes, quedaba allí prisionera con la única compañía de una criada, y sin nadie á quien volver sus tristes ojos en la tierra más que á aquel sér tan infeliz como ella.

Quando volvió en sí, se incorporó agobiada de espanto y de fatiga; pero el llanto, ese consolador de todos los dolores, no acudió á aliviarla; sus ojos secos y ardientes no tenian lágrimas; tantas y tan amargas eran las que en poco tiempo habian vertido!

VI.

No bien rayó la luz del alba, Gosvinta, que era curiosa, se puso á recorrer la prision con el fin de ver si hallaba algun indicio de salvacion ó de alivio.

En un rincon encontró una puertecita disimulada en el tapiz, pero que no pudo escapar á lo minucioso de sus pesquisas, y la sacudió para ver si estaba abierta; pero vió que, aunque débilmente, estaba cerrada por dentro.

Sacudió con mayor fuerza y cedió por fin á causa de lo viejo y oxidado de la cerradura, pues aquel castillo, aunque magnifico, se encontraba inhabitado por ser un sitio de recreo, y por dejar poco espacio para el solaz del animo los disturbios y escándalos de la época azarosa en que tiene lugar nuestra historia.

La estancia á donde daba salida aquella puerta, era cómoda y estaba ricamente amueblada, si bien la inercia y el olvido la habian vestido de una espesa y compacta capa de polvo.

Ricos tapices de Milán cubrian las paredes y los

muebles; el pavimento, de mosaicos, era magnífico, y una preciosa lámpara de plata pendía del techo.

Gosvinta, gozosa, hizo notar á la Reina su descubrimiento; pero Adelaida movió tristemente la cabeza como diciendo que para ella era del todo igual la prision, ya fuese dorada, ya oscura y miserable.

—¡Sólo desearia la libertad! murmuró derramando lágrimas la desgracida Princesa; pero no para volver á sentarme en el trono que tantas amarguras me ha proporcionado, sino para retirarme con mi hija á la soledad de una aldea, donde hiciese bien á los desgraciados y fuese amada de ellos como de una familia, que miraria como la mia. ¡Déjame, Gosvinta! Me quedaré aquí, porque tal vez mi resignacion desarmará á mis perseguidores.

En aquel momento se abrió la puerta de la prision y Berenguer, el asesino de Lotario, el usurpador de su trono, se presento á la vista de la Reina, que le miró aterrada y trémula como el débil pajarillo mira á la serpiente de cascabel que se dispone á devorarle.

La ruda fisonomía del nuevo Rey de Italia era dura y feroz; ya la vejez habia cubierto su cabellera larga y rígida con la nieve de los años; sus ojos verdosos estaban hundidos y huraños; su larga barba, crespa y dura, caía sobre su vesta de cuero con incrustaciones de acero bruñido; unas sandalias con delgadas correas calzaban sus piés y subian en tren-

zados, sobre sus piernas desnudas, hasta debajo de la rodilla.

—Adelaida, dijo el tirano, vengo á decirte que es preciso que des la mano de esposa á mi hijo Adalberto.

—¡Soy la hija de Rodolfo II, rey de Borgoña! dijo la ilustre prisionera irguiéndose con la altivez de la desgracia ultrajada. ¡La viuda de Lotario, rey de Italia, la hermana de Conrado que heredó y ciñe la corona de mi padre! ¡No olvides esto, Berenguer, margrave de Ivrea!

La Reina, que se habia levantado llena de majestad, volvió á sentarse al pronunciar estas palabras.

—Eres mi prisionera, respondió Berenguer con amarga sonrisa, hoy no eres nada más.

—Te engañas, Berenguer, contestó la Reina; soy algo más que eso, soy la victima de tu ambicion; pero soy además otra cosa más terrible para ti; he nacido, soy y seré tu señora, porque jamás seré la esposa de tu hijo.

—¡Piensa bien lo que dices! murmuró Berenguer con sorda cólera.

—Lo he pensado ántes de hablar, pues esa es mi costumbre.

—¿Conoces á Adalberto? preguntó el usurpador procurando reprimir su cólera todo lo posible para ver si el convencimiento podia más con la Reina que las amenazas.

—¡No! respondió Adelaida.

—¿Sabes que es el mancebo más apuesto de Italia?

—¿Y qué me importa?

—¡Entra! dijo Berenguer aproximándose á la puerta; y una especie de coloso entró en la prision de la Reina.

Era muy jóven á juzgar por la frescura de su color y el aspecto de su ruda persona; un bosque de cabellos rojos caian sobre su frente estrecha y estúpida; dos ojos grandes y salientes se abrian bajo unas cejas de color de ceniza; todas sus formas eran atléticas; su edad no llegaba á los diez y ocho años, es decir, que contaba poco más ó menos la misma que la Reina; pero á su lado, la esbelta y delicada Adelaida hubiera parecido un junco.

—¿Por qué venís á mi presencia, Príncipe? exclamó la Reina; ántes de veros os habia rehusado y ahora os rehuso de nuevo.

—El mal trato te hará ceder, dijo brutalmente Adalberto.

—No habrá poder humano que me obligue á llamarme tuya.

Un récio golpe que recibió en la cabeza cortó el aliento en los lábios de la Reina.

El brutal Berenguer, arrebatado de cólera, descargó su puño de hierro sobre aquella cabeza augusta que aún ceñia la corona de Italia.

Gosvinta, que durante la escena precedente habia

permanecido en un rincón yerta y muda de terror, corrió por un impulso irresistible hácia su ama, pero la mano de hierro de Adalberto la detuvo ántes de llegar.

—¡Bárbaros sayones! gritó la anciana sirvienta; ¡verdugos más que Príncipes! ¡Poco estará esta desgraciada jóven bajo vuestro poder! ¡Yo tomaré el báculo de peregrina é iré de córte en córte pidiendo socorros para ella!

Su apóstrofe se detuvo aquí; Gosvinta vió á Berenguer rodear las largas trenzas rubias de la Reina á su nervudo brazo; á su hijo abrir de un vigoroso puntapié otra puerta que ella no habia visto y que llevaba á otra estancia más húmeda y más reducida; y por último, á Berenguer que entraba allí arrastrando por los cabellos á Adelaida, quien, desmayada por la violencia del golpe recibido, no dejaba escapar un sólo gemido de sus descoloridos lábios. (1)

Gosvinta, yerta de terror, enmudeció, y en medio del silencio sepulcral que difundian en aquel triste recinto su angustia y el desmayo de su queri-

(1) Hé aquí lo que dice el presbítero señor Mazariegos en su arreglo del *Año cristiano* al referir la vida de Santa Adelaida:—«Este príncipe (Berenguer) puso á Adelaida en una prision donde padeció las mayores injusticias y penalidades.»

Por su parte el señor Canseco en su *Diccionario de mujeres célebres* escribe estas palabras:— Dicese que á veces la cojía de los cabellos (Berenguer) y la arrastraba de una habitacion á otra; que se complacia en atormentarla y darla golpes por espacio de horas enteras.

da señora, oyó la ruda voz de Berenguer que decia, hablando con su víctima.

—¡Aquí permanecerás, aborrecida criatura, hasta que consentas en ser la esposa de Adalberto!

Después de pronunciar estas palabras, hirió aún de nuevo con su ruda planta aquel cuerpo diáfano y perfecto, y salió del calabozo cerrando con doble llave; él y su hijo pasaron por delante de la desolada Gosvinta y dejaron asimismo la estancia en que ésta se hallaba, muda y temblando como una azogada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO
VII.

La desaparición de la Reina Adelaida del palacio de Milán no podía estar oculta ó pasar inadvertida durante mucho tiempo.

El pueblo la adoraba y los grandes de la corte le profesaban también una adhesión sin límites.

Además, ya se sabía que el rey Lotario, tan bueno, tan benigno, había sido envenenado por Berenguer, que se había ceñido la corona usurpada.

¿Pero dónde se hallaba el nuevo Rey que no iba á Milán? ¿Dónde se hallaba la esposa viuda que había desaparecido de Milán?

Hechas estas preguntas y conociendo á la Reina y al Margrave, fácil fué sacar la consecuencia.

La Dieta de Milán dió principio á las indagaciones, y se supo que Berenguer, su esposa Villa, y Adalberto su hijo, se hallaban en el castillo de Garda.

De Adelaida nada se sabía, pero la Dieta resolvió pedir cuentas de su augusta persona al mismo Berenguer y á su execrable familia.

da señora, oyó la ruda voz de Berenguer que decia, hablando con su víctima.

—¡Aquí permanecerás, aborrecida criatura, hasta que consentas en ser la esposa de Adalberto!

Después de pronunciar estas palabras, hirió aún de nuevo con su ruda planta aquel cuerpo diáfano y perfecto, y salió del calabozo cerrando con doble llave; él y su hijo pasaron por delante de la desolada Gosvinta y dejaron asimismo la estancia en que ésta se hallaba, muda y temblando como una azogada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO
VII.

La desaparición de la Reina Adelaida del palacio de Milán no podía estar oculta ó pasar inadvertida durante mucho tiempo.

El pueblo la adoraba y los grandes de la corte le profesaban también una adhesión sin límites.

Además, ya se sabía que el rey Lotario, tan bueno, tan benigno, había sido envenenado por Berenguer, que se había ceñido la corona usurpada.

¿Pero dónde se hallaba el nuevo Rey que no iba á Milán? ¿Dónde se hallaba la esposa viuda que había desaparecido de Milán?

Hechas estas preguntas y conociendo á la Reina y al Margrave, fácil fué sacar la consecuencia.

La Dieta de Milán dió principio á las indagaciones, y se supo que Berenguer, su esposa Villa, y Adalberto su hijo, se hallaban en el castillo de Garda.

De Adelaida nada se sabía, pero la Dieta resolvió pedir cuentas de su augusta persona al mismo Berenguer y á su execrable familia.

La primera diligencia de los Grandes fué elevar sus quejas al Pontífice Agapito II, que habia sucedido en la silla pontifical á Juan XI, y que ofreció acudir al socorro de Adelaida, cualquiera que fuese el punto en que se encontrase.

Otro mensaje fué enviado al rey de Borgoña, hermano de Adelaida y casado con la bella y virtuosa princesa Matilde.

El Pontífice cumplió su palabra; envió mensajeros por todas partes, espías á la corte, y, despues de muchas pesquisas; se pudo averiguar que la Reina gemia prisionera y martirizada en el castillo de Garda.

Agapito II se puso á meditar de nuevo á cuál de los soberanos pediria auxilio en favor de aquella desgraciada Princesa, y se decidió por Oton I, Emperador de Alemania, Príncipe bravo y caballeresco.

Pero conociendo que el Rey tardaria bastante en poner su ejército en estado de atacar á Berenguer y que lo mismo sucederia con Conrado, buscó con celo infatigable algun otro personaje más oscuro que librarse de su martirio á la infelz Princesa.

Un dia pidió hablar al Pontífice un humilde clérigo; recibiólo aquel porque se le dijo que traia noticias de Adelaida, y vió entrar á un hombre de edad avanzada y cuyo traje y calzado, llenos de polvo, anunciaban una larga y penosa jornada.

—Santísimo padre, dijo doblando en tierra una

rodilla; vengo á deciros que sé dónde se halla la Reina Adelaida, y que he descubierto además que es la víctima del más indigno tratamiento. He sido en Milán favorecido por su munificencia diferentes veces, y cuando supe que la habian robado de su palacio, pregunté, indagué, y mi celo infatigable alcanzó á saber que la habian llevado al castillo de Garda. Ansiando estar cerca de ella para ver si un dia ú otro podia serle útil de algun modo, partí, y habito una casita cerca del castillo que le sirve de prision y á orillas del mismo torrente.—Desde mi pobre asilo he oido muchas veces los gemidos de esa desdichada é ilustre víctima, y vengo á proponer á vuestra Santidad un medio que se me ha ocurrido para salvarla.

—¡El cielo te bendiga, hijo miol dijo el Papa con profunda emocion. Yo creo que él te envia para que nos saques del amargo trance en que nos vemos. Conrado, rey de Borgoña y hermano de Adelaida, se halla gravemente enfermo; Oton, emperador de Alemania, se halla organizando su ejército, que tardará en estar dispuesto para marchar contra Berenguer, y mientras tanto, Adelaida puede morir víctima del martirio que le impone su feroz tirano. Di ese medio, que desde luego considero bueno y humano.

—Pues bien, Santísimo padre, repuso el generoso sacerdote; ese medio consiste en interesar yo en favor de la Reina á los habitantes de aquellos pueble-

cillos y, despues que estén de mi parte, en abrir una mina subterránea para salvarla por allí.

—¡Pero eso os costará un trabajo inmenso!

--¡Nos recompensará el pensar que vamos á salvar á esa generosa Princesa!

—Pues bien, repuso el Papa despues de haber reflexionado durante algun tiempo; pon por obra tu proyecto, hijo mio; creo que podrás llevarle a cabo; para ayudarte, hé aquí oro; prodigalo para hallar quien te ayude en él, y si consigues libertar á Adelaida, sin perder un instante huye con ella hácia Alemania y ya estais en salvo; porque hallareis al Emperador en el camino, que va á su socorro, ó á lo ménos la dará amparo y abrigo en su córte.

Martin, este era el nombre del sacerdote, tomó de un arca que le habia abierto Agapito II algunos puñados de oro; besó su mano de rodillas y salió llevando impresa en el rostro la radiosa expresion del que va á llevar á cabo una obra buena y generosa.

Aquella misma tarde salió de Roma despues de haber comprado algunos instrumentos á propósito para la empresa que meditaba con toda la tenacidad y entusiasmo de su corazon sensible y agradecido, en el que estaban grabados todos los beneficios de la Reina.

VIII.

Adelaida, despues que sus bárbaros verdugos la dejaron en el estrecho calabozo á donde la habian arrojado, quedó por largo rato inmóvil y privada de sentido.

Gosvinta, en la estancia inmediata y arrodillada al lado de la puerta, la llamaba en voz baja y angustiada temiendo que hubiese sucumbido al rigor de los malos tratamientos de aquellos bandidos coronados por su propia voluntad.

Al cabo de dos horas, la Reina empezó á volver en sí á causa del frio que comunicaba á su cuerpo el húmedo pavimento.

Arrojó un profundo suspiro, y se incorporó penosamente sobre un brazo.

Entónces oyó una voz cariñosa y lejana que decia:

—¡Señora, mi querida señora!

—¿Quién habla por aquí? preguntó la Reina con acento débil.

—¡Soy yo... Gosvinta!

—¿Dónde estais?

—En la estancia inmediata.

—¿Te hallas también prisionera?

—Creo que sí, mi querida señora. ¿Y vos, cómo os hallais?

—¡Esto es un horrible calabozo! exclamó Adelaida con terror; sólo hay una piedra para asiento y en ella tendré que apoyar la cabeza porque no la puedo sostener de dolorida que la siento y carezco de lecho.

—¡Oh, que infames! exclamó Gosvinta alzando la voz en el exceso de su ira de un modo que no hubiera tenido nada de extraño que la hubiesen oído; y decid, señora, añadió; ¿os han golpeado además?

—¡No! respondió la Reina estremeciéndose ante el recuerdo del ultraje que había recibido, pero sin resolverse á confesarlo.

—Pues yo creí haber oído...

—Oíste mal, repuso la Reina con presteza; ahora, Gosvinta, voy á tratar de descansar un poco; tal vez el sueño aliviará esta mortal angustia que siento... No desesperemos, porque no somos culpables y Dios es el supremo consuelo de los afligidos y de los inocentes.

La Reina se retiró de la puerta y se arrodilló en un rícon de su lóbrega cárcel, elevando al cielo sus manos y sus ojos en una fervorosa oracion.

De esta suerte la han representado algunos célebres pintores, y los cuadros sobre tal asunto se llaman:—*Santa Adelaida orando en su prision*:—hemos

visto uno, sobre todo, de un mérito incomparable, en que la hermosura de la jóven Reina de Italia tenia una expresion completamente celestial.

El cuadro representaba á la Santa princesa vestida de blanco con manto azul; una corona de oro, lisa, sujetaba las hermosas madejas de sus cabellos rubios; sus grandes ojos negros, elevados al cielo, estaban llenos de ternura y rebosaba en ellos la más dulce animacion; sus blancas manos se unian con expresion de fervorosa súplica; de toda su figura parecian brotar raudales de luz, que iluminaban la lobreguez de su calabozo.

Aún se hallaba la Reina orando por la seguridad de su hija, por la eterna salud de su esposo y porque tuvieran fin sus males, cuando de un ángulo de la prision salió el agudo ruido de cerrojos y llaves y vió abrirse una puerta muy pequeña y cuya existencia no había sospechado.

Estaba como arrinconada en una de las paredes del calabozo, y era tal la oscuridad de éste y la angustia de la Reina, que no había reparado en que existia.

Aquella puerta dió paso á una mujer; detrás de ella quedaron dos rudos soldados que llevaban encendidas teas de resina para alumbrarla y para disipar la lobreguez del calabozo.

Villa—pues ella era la que llegaba—hizo una seña á los de las luces, que las colocaron en dos pie-

dras salientes del muro y se retiraron en silencio, entornando la puerta trás ellos.

La esposa de Berenguer se acercó á la Reina con el paso de gata que le era habitual y llevando en sus lábios una falsa sonrisa.

Todavía no hemos dado á conocer á esta mujer, y diremos dos palabras acerca de su persona.

Era Villa pequeña y obesa, y en ella estaba retratada perfectamente la falsa dulzura de la raza normanda; sus ojos eran de un azul tan claro que parecían blancos, y además eran muy pequeños.

Sus cabellos, rubios, tenían algo del gris de la ceniza; su boca grande, su nariz remangada, su frente pequeña la privaban hasta de un rasgo bello; tenía la tez vasta y encendida, el cuello corto y las manos grandes; mujer astuta y cruel, no retrocedía ante ningún medio para conseguir sus fines, siendo el más ardiente deseo que abrigaba el engrandecimiento de su hijo Adalberto, al que amaba con locura.

Había convenido con su esposo en que el maltrataría duramente á la régia prisionera y en que ella la trataría seguidamente con una dulzura estremada para ver cuál de los dos sistemas doblegaba la resistencia de Adelaida, ó si alcanzaban entre ámbos el resultado que esperaban.

Acercóse, pues, á la Reina—que al oír ruido había abandonado la humilde postura de la oración—

y la saludó con aire rendido y obsequiosa sonrisa, luego se sentó en la gran piedra del calabozo é hizo una señal á la jóven para que se sentase á su lado, lo que ésta hizo con bastante repugnancia.

—Princesa, empezó Villa con voz meliflua; no os puedo espresar con cuánta amargura veo el misero estado á que el carácter duro de mi esposo os ha reducido. ¡Dios mio! ¡Vos encarcelada; vos privada de la luz; sin lecho siquiera en que poder descansar! ¡Ah, esto es horroroso!

—Lo es, señora, respondió la Reina con calma y dignidad; pero paciencia; en todas las injusticias es más digno de lástima el que las ejerce que el que las soporta, no lo dudeis.

—¡Teneis razon! dijo Villa arrojando un hipócrita suspiro; yo sufro por dos motivos; por lo que vos padecéis, y por el que es causa de vuestras penas. Berenguer es mi esposo, y su injusticia me hace temer para él un severo y pronto castigo de la justicia celeste; por eso vengo, Princesa, á rogaros que no provoquéis más los ímpetus de su carácter fiero y avasallador... ¡Ceded; señora, ceded!

—¿A qué queréis que ceda?

—A lo que él os exige; á casaros con Adalberto.

—¡Jamás! respondió Adelaida; ¡jamás me uniré á los asesinos de mi esposo, á los usurpadores de su trono!

—Ved que, si no, os espondeis á mucho.

—¡Todo lo prefiero á casarme con Adalberto, todo!

—¿Por qué? ¿No es jóven gallardo? ¿No está enamorado de vos?

—Todo eso será cierto, señora; más no puedo dominar la aversion que me inspira.

—Pues bien, desgraciada; exclamó la esposa de Berenguer; ¡no hallareis piedad ni reposo, yo os lo aseguro! ¡Aquí perecereis agobiada de malos tratamientos! ¡Y para que veais una muestra de lo que os espera, tomad!

La feroz margravesa descargó, al decir estas palabras, un furioso bofetón sobre la delicada mejilla de la Reina.

—¡Tomad, tomad! volvió á decir aquella furia infernal repitiendo su bárbara correccion; ¡yo también ayudaré á mi esposo á vencer vuestra terquedad!

—¡No lo esperéis! repuso Adelaida sin descomponer su admirable dignidad de Reina, á pesar del agudo dolor que retrataban sus bellas facciones.

—¿Pensais resistir á todos nosotros?

—Sin duda.

—Os mataremos á fuerza de malos tratamientos.

—Dios me amparará.

—Será allá arriba, porque acá abajo no lo creo.

—¿Qué sabeis vos, mujer incrédula? exclamó la Reina; ¿qué sabeis vos de lo que es capaz su omnipotencia? ¡Yo confio en él! En tanto que me hagais padecer, confiaré en su piedad, en su justicia, y si vuestras crueldades me sacan de este valle de dolor, os perdonaré y os bendeciré porque me llevais á las regiones celestiales.

No podian aquellas dulces y nobles palabras ablandar el alma dura y helada de Villa; levantóse ésta con ímpetu salvaje y salió del calabozo llena de rábia y de deseos de venganza.

Desde aquel dia, la existencia de la desventurada Reina fué sólo un prolongado tormento. Todas las mañanas entraba Berenguer á renovar sus instancias, y casi siempre acababa maltratándola de obra y de palabra; por las tardes tocaba la vez á su esposa, que era aún más cruel, porque es sabido que, por lo que respecta á maldades y á ruindad de corazón, la mujer puede sobrepujar mucho al hombre.

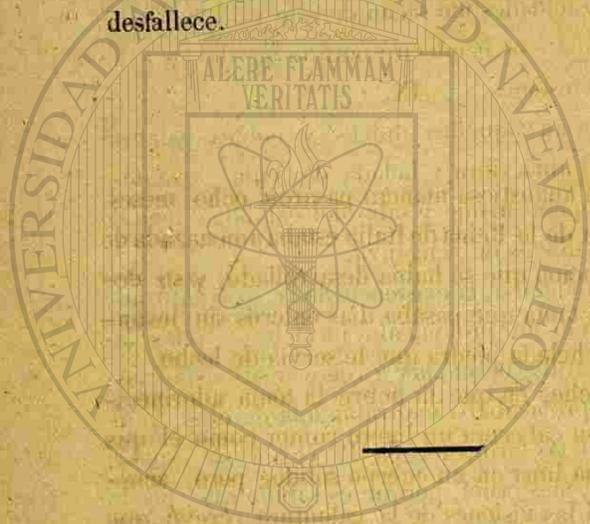
La vida de aquella desgraciada jóven no podia, pues, llamarse vida, sino un incesante é insufrible tormento.

Flaca como una sombra, pues sólo le daban pan negro y á veces se pasaban dias enteros sin que lo probara, agobiada de aflicciones; aquel corazón verdaderamente heróico, no desmayó en su resistencia; ni por un sólo instante tuvo la idea de ceder.

Tampoco desconfió un momento de la bondad de

Dios; cuando se veía más maltratada y afligida, oraba con fervor, y decía desde lo íntimo de su alma:

—Señor, hágase en todo y por todo tu santa voluntad, pero ten piedad de tu sierva que, como flaca desfallece.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX.

De esta angustiosa manera pasaron ocho meses.

La vida de la Reina de Italia estaba amenazada de una consunción que se había desarrollado, y su debilidad era tanta que pasaba días enteros sin levantarse de la helada piedra que le servía de lecho.

Una noche, en que la fiebre la tenía adormecida, oyó á su cabecera un ligero rumor como el que produce una luma en un cuerpo sólido; pero, acostumbrada á las visiones de la calentura, creyó que aquel ruido sólo existía en su imaginación.

No obstante, se hacía tan distinto, que hubo de conceder que era algo más que una ilusión.

—¡Gosvinta! dijo la Reina con voz débil.

Sólo le respondió un profundo silencio; hacia ya muchos días que habían separado de ella á su fiel compañera.

—¡Me he engañado! murmuró tristemente Adelaida. ¡No es ella!

Volvió á recostarse, pero el ruido se oía cada vez

más claro y más cerca de su cabeza; aquel rumor duró toda la noche.

Apénas el primer rayo de la aurora penetró por la abertura que á modo de aspillera daba luz al calabozo, la Reina oyó llamar suavemente á la puerta que comunicaba con la que ántes ocupaba Gosvinta, y, casi en seguida, la voz de la fiel sirvienta que decia:

—¡Señora!

—¿Eres tú? preguntó Adelaida.

—Yo soy, señora, vuestra fiel Gosvinta.

—¿Dónde has estado que te he llamado tantas veces y no me has respondido?

—Hace más de dos meses que me echaron del castillo. Sin saber donde ir, sin tener qué comer, anduve pidiendo limosna y contando en todas partes vuestro infortunio, para ver si hallaba algunas almas caritativas que os socorriesen. Por fin, llegué, haré diez ó doce dias á una cabaña á orillas del lago, y allí me dieron albergue por la noche. El dueño, que es un pobre hombre, me dijo:

—Decidme, ¿es cierto que la Reina Adelaida se halla prisionera en el castillo de la Garda?

—Sí señor, respondí yo. Nada hay más cierto.

—Y, ¿podriais indicarme hácia dónde cae su calabozo?

—Con la mayor seguridad.

—Pues bien, buena mujer, quiero deciros que ha

venido de Roma una persona expresamente para salvar á la Reina; que ya hay muchos montañeses empeñados en ayudarle, y que sólo deseamos saber hácia qué punto debe empezarse á abrir una mina que lleve á su calabozo.

—Esta noche os diré hácia qué ala del castillo cae; dije trasportada de alegría.

En efecto, señora; salimos al campo y les indiqué hácia donde cae vuestra prision; han empezado á abrir una mina en la roca viva y ya deben estarla terminando. ¿No habeis oido ningun rumor, ningun indicio de que se acerquen?

—Sí, respondió la Reina; esta noche he oido ruido cerca de mi cabeza.

—¡Loado sea Dios! ¡Eso es que ya se acercan, señora! ¡Valor y esperanza!... Ahora me marcho, pues he venido aquí sin que me vean. Adios, señora.

La Reina oyó los pasos de Gosvinta que se alejaba.

Un rayo de esperanza renació en su corazón para reanimarlo; le parecia que su calabozo ya no era tan sombrío, y se puso de rodillas para dar gracias al cielo por aquel socorro milagroso que le enviaba.

Así que por el tiempo pasado le pareció que las sombras de la noche se habian extendido por la tierra, volvió á oír el ruido sordo, pero tan cerca de su cabeza que no dudó de la proximidad de sus salvadores.

Incorporóse, se puso trabajosamente de rodillas y elevó al cielo una oracion por el feliz término de aquella empresa.

El ruido avanzaba cada vez más.

Por fin llegó casi al oído de la Reina; sonó así durante algunos minutos y al cabo de éstos la pared se abrió, dejando ver un pequeño boquete.

Por él asomó la cabeza de un hombre; pero una cabeza noble y que respiraba piedad y respeto.

Detrás de ésta apareció otra bien conocida; era la de Gosvinta.

—Valor, señora, dijo la antigua criada; ya estais en salvo.

Tres ó cuatro hombres trabajaban activamente en ensanchar la abertura, y así que fué bastante grande para que pasara la Reina, dijo el primero que habia aparecido:

—¡Salid, señora! ¡Huyamos!

La Reina dió dos pasos hácia la abertura de la pared.

Pero sus débiles piernas, entumidas por el frío de la prision y por la suma languidez que hacia tan largo tiempo la aniquilaba, no pudieron sostenerla y tuvo que apoyarse en la pared para no desplomarse en el suelo.

—¡Valor! repitió Martin; en nombre de Dios, de quien soy Ministro, no temais nada, señora; venid, venid al instante

—Señor, repuso Adelaida, vos equivocais la causa de mi tardanza y de mi vacilacion... No temo... Por el contrario, confio en vos como en mi mejor amigo... pero las fuerzas me faltan materialmente y creo que no podré andar.

—¡No importa, señora, os llevaremos! respondió Martin.

—Lo que importa es que salgais, añadió Gosvinta, para lo demás ya hallaremos medio.

Adelaida hizo un esfuerzo supremo y llegó al boquete.

Procuró salir y lo logró, porque sus salvadores la ayudaron.

—¡Sosténme, Gosvinta! dijo la Reina, no puedo tenerme en pié.

La fiel criada la sostuvo por un brazo, y por otro Martin, y de esta suerte atravesaron la mina, que era muy larga, alumbrando los trabajadores con algunas teas.

Dos ó tres veces el terror paralizó el movimiento de la sangre en las venas de los conductores de Adelaida, y ésta misma sintió que un terror convulso agitaba sus miembros.

Se oian gritos y pasos en las largas galerias del castillo y todos creian que habian descubierto á los fugitivos.

Pero sin duda aquel rumor tenia otra causa, porque nadie asomó por la mina y Adelaida y sus salva-

dores se hallaron al poco rato bajo la bóveda azulada del cielo.

La mina era muy larga; había costado seis meses abrirla.

Cuando la Reina se vió al aire libre, lo primero que hizo fué hincarse de rodillas y dar gracias á Dios con una oracion fervorosa por el inapreciable bien de la libertad, que al fin la concedia.

Pero no la dejaron largo tiempo en aquella postura; hiciéronla ver la urgencia de emprender el camino con toda la precipitacion posible, y acercando los caballos que tenian preparados, tomaron el de Alemania á todo escape, segun las órdenes del generoso jefe de la Iglesia Agapito II.

X.

Ya era cerca del amanecer cuando llegaron á los oídos de los fugitivos, ruidos extraños; hubo un momento en que creyeron que avanzaba un ejército formidable; tal y tan grande era el ruido, que se asemejaba al de las pisadas de infinitos caballos.

Cuando se fué acercando, ya no quedó duda alguna de que el ruido procedia en efecto de aquella causa.

Un grueso ejército se acercaba.

La Reina y sus partidarios se detuvieron llenos de espanto.

¿Eran amigos de Berenguer?

¿Eran enemigos?

No sabian qué pensar ni qué hacer.

—Valor, señora, dijo el eclesiástico Martin; sean quienes quieran, nos darán socorro al saber quién sois y al veros desvalida.

—¡Alto! gritó en este instante la poderosa voz de uno de los jefes.

Los fugitivos quedaron inmóviles, y algunos ji-

netes se destacaron de la gran masa del ejército y adelantaron hácia la pequeña tropa.

—¿Quién sois? preguntó el que parecía mandar la avanzada, procurando reconocer á los que interrogaba á la indecisa claridad del alba.

—Somos, dijo el eclesiástico Martin, fieles vasallos de Su Santidad el Papa Agapito II.

—¿Y á dónde vais?

—Hácia Alemania.

—¿Quiénes son esas mujeres?

—La una es una poderosa princesa; la otra una de sus servidoras.

Adelaida hizo adelantar su caballo y llegó cerca del que interrogaba.

—Caballero, dijo, soy la Reina Adelaida, prisionera hasta hoy en el castillo de Garda y que ha podido evadirse gracias á la proteccion del cielo; si es su voluntad que me volvais allá, estoy pronta á seguirlos.

—¡La reina Adelaida! exclamó el que interrogaba.

Y volviendo grupas fué á reunirse al grueso del ejército que se habia detenido; habló algunos instantes con un caballero de elevada estatura que venia al frente; y éste, despues de oírle, puso su caballo al galope y fué hácia la Reina que aguardaba la decision de su suerte con aquella cristiana fortaleza, tan admirable en ella y que era la más perfecta de sus dotes.

Aquel caballero traia puesto su manto blanco y rojo, y sobre su casco forrado se mecía una pluma blanca.

Llegó á donde se hallaba la Reina y, descubriendo su cabeza con respeto, dijo con acento dulce y mesurado:

—Señora, yo soy Oton I, emperador de Alemania que venia al frente de un ejército de cincuenta mil hombres, reunidos por mí para libertaros del poder del feroz usurpador Berenguer; supe por el Papa Agapito vuestra triste suerte, y me presté gustoso á socorreros; pero veo que otros han sido más dichosos que yo.

—¡Ah, señor! exclamó la Reina llena de júbilo; ¡será posible que viniérais á mi socorro! ¡Será cierto que me tomáis bajo vuestro amparo!

—Nadie os ofenderá ya, y vuestros libertadores serán recompensados por mí como merecen, dijo el Emperador; ahora en marcha, si no os halláis muy fatigada, señora, quiero dejaros libre en el castillo de Canossa, con guardia bastante para que, unida una gruesa defensa á su posicion, sea inexpugnable; tened un poco más de ánimo, que muy presto hallarán fin vuestras fatigas.

Adelaida, escoltada por el mismo Emperador, se volvió á poner en marcha; sus fieles amigos, los libertadores del castillo, la rodearon también, y, seguida del ejército, se puso en camino hácia la forta-

leza de Canossa que era, en efecto, tenuta por inexpugnable en aquella época.

Así que la luz del día avanzó lo bastante, Oton, que era joven y galán, trató de distinguir las facciones de la Reina, cuya belleza había oído elogiar muchas veces; y fué tal la impresión que la vista de aquel encantador semblante produjo en él, que estuvo á punto de dejar escapar un grito de sorpresa.

Adelaida vestía el mismo traje blanco y azul que llevaba en su prisión; pero, por un admirable privilegio de su esquisita naturaleza, había conseguido conservarle casi tan blanco y limpio como si hubiera vivido entre los más ricos tapices.

Gosvinta la había llevado un velo blanco que pudo procurarse, con el que cubrió la cabeza y el rostro de su señora.

A través del delicado y blanco tejido, pudo ver el Emperador la tez de nieve de la Reina; sus rubios cabellos y sus ojos negros; pero lo que más le conmovió fué la expresión de sufrimiento extendido por el rostro de la Reina como las nubes del otoño en la brillante atmósfera.

Adelaida se asemejaba á una flor abatida por el huracán; su mirada estaba triste; su extrema flacura hacía parecer mayores sus grandes y hermosos ojos; su tez carecía completamente de color y de animación.

Abismada en tristes pensamientos, pues pensaba

en su hija, á la que ninguna esperanza abrigaba de volver á ver; caminaba con los ojos fijos en tierra y de vez en cuando elevaba al cielo una mirada expresiva y triste, como si le pidiese su protección para la Princesa.

Ya avanzado el día, llegaron al castillo de Canossa donde dominaba Oton, que iba conquistando parte de la Italia y que muy en breve debía dictar sus leyes en el reino entero.

El Emperador instaló á Adelaida en la fortaleza y le dijo:

—Reinad aquí como soberana, señora; vuestra servidora y ese generoso Ministro del altar, lo mismo que todos los honrados pecheros que os han ayudado á evadiros, no se separarán de vos; además, dejaré bastantes valientes para que os acompañen y defiendan; ahora decidme, señora, si es que deseáis alguna cosa; sólo aspiro á complaceros en cuanto sea de vuestro agrado.

—Yo sólo ambiciono una cosa, dijo la Reina, y me atrevo á solicitarla de vuestra benignidad, magnánimo Emperador; tengo una hija en Borgoña; ¿habrá bastante seguridad para ella á mi lado? Cuenta sólo tres años y os confieso que no podré vivir dichosa lejos de ella.

—Voy á enviar ahora mismo á buscarla, señora.

—¡Ah! exclamó Adelaida vertiendo lágrimas de alegría y de reconocimiento; ¡permitidme que os be-

se las manos, señor! Sois el más generoso de los hombres, y yo os soy deudora de toda mi dicha.

—Yo seré más dichoso que vos al veros feliz, repuso Oton; ahora dadme una prenda por la que puedan darse á conocer, como enviados vuestros, mis emisarios.

—Hela aquí, dijo Adelaida presentando al Emperador una sortija de oro que llevaba en su mano izquierda; esta sortija es un dón de Lotario, mi noble, mi inolvidable esposo; que ella sirva para traerme á mi hija.

El Emperador tomó la joya, saludó á la Reina y salió de la cámara.

Poco despues, Adelaida, asomada á una de las ventanas de la torre del mediodia del castillo, veia partir el brillante y belicoso ejército del Emperador de Alemania que iba á proseguir sus brillantes conquistas en toda la Lombardia, tan maltratado por el feroz Margrave de Ivrea, que se habia hecho coronar con el nombre de Berenguer III.

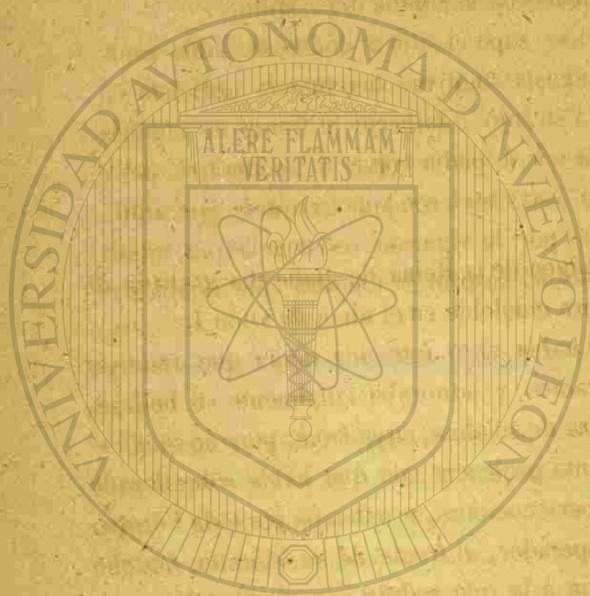
Adelaida quedó tranquila, custodiada, segura y todo lo dichosa que podia ser en el mundo, pues esperaba á su hija la tierna princesa Eruma, que era lo que más amaba en la tierra.

Gosvinta se quedó con ella y empezó de nuevo la época de paz y de sosiego que sólo habia disfrutado al lado de su esposo el benigno y generoso Lotario.

Sin embargo, la Reina se hallaba completamente

privada de la libertad; no se atrevia á salir; y el buen eclesiástico Martin era el que le decia misa todas las mañanas en la capilla del castillo.

No bien se supo el sitio á donde se habia refugiado la augusta fugitiva, Berenguer, ardiendo en ira, envió á su hijo Adalberto al frente de algunas tropas para ver si podia volver á apoderarse de la Reina, pero éstas tuvieron que retirarse con grandes pérdidas por la vigorosa resistencia que opuso la guarnicion del castillo de Canossa, que velaba sin descanso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI.

La imágen de la Reina de Italia iba grabada de una manera indeleble en el alma de Oton I.

Jamás habia visto éste una mujer que reuniese tantos encantos, y admiraba igualmente su belleza, y la belleza de su alma, cuya fama, pues no se ignoraba la santa paciencia con que habia sobrellevado todas sus persecuciones, se extendia por toda Europa.

El Emperador, al frente de su ejército, marchó sobre Pavia á la que redujo á la obediencia, y no habian pasado dos meses cuando toda la Italia le habia reconocido ya como su legítimo soberano y señor.

Berenguer se le sometió igualmente, y se amparó de su clemencia con más bajeza que humildad: Oton, que era verdaderamente grande, le concedió la posesion del mismo reino que habia usurpado, á condicion de que fuese tributario suyo.

Oton, al obrar así, era porque ya estaba decidido á casarse con Adelaida, ciñendo las sienes de ésta con la corona de Emperatriz

Su impaciencia por volver á verla era tal que no pudo resistir por largo tiempo ni áun los mismos intereses de la guerra, y se hizo anunciar de vuelta á la misma Adelaida.

Esta vivia entónces pacífica y feliz al lado de su hija Eruma, que, sin haber sido dotada por el cielo con la admirable belleza de su madre, era una niña encantadora; tenia la tez lijeramente morena de las italianas, y los ojos azules, lo que formaba un contraste singular, aunque muy agradable; sus cabellos, negros como sus ojos y pestañas, y su boca fresca y encendida, la hacian un tipo encantador y lleno de gracia.

Adelaida hubiera deseado que la dejasen en la quietud y en la soledad; tantas desgracias, tantas injurias como habia sufrido, habian apocado su ánimo y la habian hecho cobrar un apego invencible á las cosas del cielo; desengañada de la pequeñez de todas las grandezas de este mundo, las despreciaba profundamente y pasaba algunas horas del dia entregada á la oracion.

Otro efecto llenaba el alma de Adelaida, además de su amor de madre; el que profesaba á su hermano Conrado, quien, ya restablecido de su penosa enfermedad, se disponia á correr al socorro de su hermana, cuando ésta fué libertada por el clérigo Martin y las buenas gentes del campo que éste llevó en su ayuda.

Cuando Adelaida se vió libre en el castillo de Canossa, quiso remunerar á sus libertadores.

—Poco os puedo dar, les dijo una noche que los reunió en el salon del castillo; soy pobre ahora, quizá tanto como vosotros mismos, pero mi hermano el Rey de Borgoña me ha enviado algunos socorros que voy á repartiros.

—Señora, repuso Martin, estas buenas gentes han sido remuneradas generosamente por el Papa Agapito II que me dió dinero para ello; en cuanto á mí, lo estoy en demasia con el honor de haber contribuido á vuestra libertad.

—Yo debo y quiero recom ensaros por mi parte, repuso Adelaida, abriendo una cajita que contenia una crecida cantidad de oro; tomad esto.

Martin se hizo atrás, y todos sus compañeros le imitaron.

—Perdonad, señora, dijo aquel; nada queremos.

—Pero...

—Nada queremos, añadieron algunos de los otros.

—Al ménos, dijo Adelaida, quisiera saber lo que puedo hacer por vosotros.

—Dejarnos que os sigamos donde quiera que vayais.

—Pobres gentes, exclamó la Reina enternecida; ¿qué habeis visto en mí que os haya inspirado tan tierno y tan desinteresado amor?

—¿Qué hemos visto? respondió uno de los rústi-

cos por todos; hemos visto que cuidais á los enfermos del castillo como una verdadera hermana de la caridad; que, aunque debéis tener mucho miedo de volver á caer en las manos de vuestros enemigos, salís cada noche, sola, ó acompañada únicamente por dos de nosotros, á visitar á nuestras esposas y nuestros hijos en sus cabañas; eso, señora, no se puede olvidar nunca, y queremos seguirlos á todas partes.

—¡Ay! exclamó Adelaida; pobres leales que habeis compartido hasta ahora la suerte de la prisionera, ¿quién sabe si yo recobraré algun dia mi libertad? ¿Quién sabe si estoy condenada á vivir aqui eternamente? Pero no importa; sea mi suerte la que quiera, vosotros participareis de ella, yo os lo aseguro.

Un fuerte extruendo de atabales y trompetas, que se oyó á la parte exterior de la fortaleza, interrumpió á la Reina.

Todos los habitantes del castillo se sintieron poseidos, al oírle, de un invencible terror.

—¡Berenguer! ¡Berenguer! gritaban corriendo á las armas con los rostros pálidos y contraídos por la ira y por el terror.

—¡Berenguer! ¡Berenguer! repetían las mujeres estrechando á sus hijos contra el seno y corriendo á ocultarse.

Sólo la Reina conservó su admirable valor, y

era verdaderamente prodigioso ver á aquella joven, delicada y esbelta, alentar á tantos hombres de continente rudo y casi feroz con el ejemplo de su tranquilidad y sangre fria.

—¡No toméis! decía á las mujeres; Dios está con nosotros y no me quitará la libertad ahora que la necesito para velar por mi hija, pero si fuese su santa voluntad volverme á la prision, acatémosla con respeto; el que no desampara á los pajarillos y envía el rócío á la yerbecilla más pequeña de los campos, no se olvidará de mí.

Aquellas palabras calmaron algun tanto á las afligidas gentes, y el terror acabó de disiparse cuando los guardias del castillo alcanzaron á divisar desde las troneras la bandera de Oton I.

—¡El Emperador! ¡El Emperador!

Este grito de júbilo recorrió bien pronto la fortaleza de Canossa y devolvió la tranquilidad á todos los ánimos.

Bajáronse los puentes levadizos, y Oton entró con gran parte de las tropas que le seguían.

El resto acampó en la extensa llanura en donde se levantaba la fortaleza.

Adelaida, llevando á su hija de la mano, salió á recibir al magnánimo Emperador, al magnífico peristilo del castillo, y cuando llegó Oton al fin de la escalera, ella dobló una rodilla y quiso besarle la mano.

—Permitid, señor, dijo Adelaida, á una madre agradecida, que os exprese, aunque de un modo muy imperfecto, lo mucho que os debe; permitidle que os dé gracias con toda la efusion de su alma.

—¿Qué es lo que yo he hecho que las merezca? preguntó el Emperador levantando con bondad á Adelaida. ¿No es deber de todo buen caballero el amparar á la mujer desvalida, á los niños y á los ancianos? Señora, el que cumple con su deber no merece ni elogio ni recompensa.

—¡Ah! exclamó Adelaida; ¡cumplen tan pocos!

—Es porque ignoran la satisfaccion de que se privan; si la gustasen una sola vez, jamás renunciarían á ella por su propia voluntad.

—Venid y os instalaré en vuestras habitaciones, señor, dijo Adelaida haciendo señal á dos pajes de que caminasen delante de ella con hachas encendidas, pues empezaba á cerrar la noche; debéis necesitar de descanso.

—Os obedezco, dijo Oton; ahora me retiraré á descansar; pero ántes os ruego que me digais á qué hora podreis concederme mañana algunos momentos de audiencia.

—Yo estoy á vuestras órdenes, dijo Adelaida con respeto; elegid, señor, la que más os cuadre á vos.

—Os veré, pues, así que me levante.

Inclinóse Adelaida, y precedida de algunos pajes que alumbraban, y seguida de muchos escude-

ros, fué á hacer al Emperador los honores del castillo que ocupaba como soberana.

A la siguiente mañana y apenas el sol habia andado la tercera parte de su carrera, el Emperador envió á uno de sus pajes á preguntar á Adelaida si le era posible recibirle.

Contestóle que le esperaba.

Un instante despues, entró Oton I, saludó á la Reina, y, con una señal, hizo que toda su comitiva se retirase á los piés del salon.

—¿Qué sucede? preguntó Adelaida que se habia acostumbrado ya á temblar por todo; ¿ocurre alguna desgracia, señor? ¿Mis enemigos, aquellos que han despojado á mi hija del reino de su padre van á perseguirme de nuevo? ¿Teneis alguna infausta noticia que comunicarme?

—Tranquilizaos, señora, repuso Oton que parecia cortado y tímido como un adolescente; vuestros enemigos están sometidos del todo; os dejarán en la más completa paz y en la más absoluta quietud; vengo á noticiaros una cosa y no quisiera que os afligiese.

—¿Y cuál es?

—¡Temo deciroslo!

—Confiad en mi valor, dijo la Reina que, á pesar de todo, habia palidecido; pero hablad pronto.

—Pues bien, lo que quiero deciros es..... ¡que os amo!

La Reina miró asombrada al Emperador.

—Os amo, repitió éste, y vengo á deciros que, si aceptais mi mano, me consideraré el más afortunado de los hombres.

Adelaida bajó la cabeza, ruborizado su semblante con ese precioso color que es una de las mayores galas de la mujer virtuosa.

—¡Desgraciada de la mujer que no se ruboriza!

—Señor, respondió, vos me honrais más de lo que merezco y voy á responder con la sinceridad de que es digno vuestro noble proceder; he amado con pasión á mi perdido Lotario, y no os puedo dar ya las floridas primicias de mi corazón... pero si una afecion sincera y tierna os puede satisfacer, si mis cuidados y amor, ya que no mi pasión, os bastan, vuestra es mi mano.

—¡Mia es, pues! exclamó Oton alborozado; y os suplico que marcheis á Pavia donde me reuniré á vos y nos unirá un sacerdote.

—Esperad aún, repuso Adelaida, y permitidme os advierta que no quiero separarme nunca de la princesa mi hija; que deseo fijeis su suerte y aquello con que puedo contar para dotarla; perdonad, señor, estos cuidados á una madre.

—Yo os pido sólo que empleeis los mismos cuidados para los nuevos hijos con que os favorezca el cielo; y ahora oid lo que tengo intencion de hacer por Eruma; podia haberle devuelto la corona de su

padre, pero he preferido dejársela á Berenguer que os pagará á vos, para vuestra hija, un crecido tributo; es decir, que el actual Rey es el primer vasallo de la Princesa; además, he pedido ya para ella la mano del príncipe Lotario, hijo del rey de Francia; hasta la época de los esponsales, la Princesa vivirá á nuestro lado y será nuestra hija.

—¡Ah, señor, quién podrá no amaros! exclamó la Reina vertiendo lágrimas de gratitud; no dudeis, no dudeis de la verdadera y reconocida ternura que os profesa mi corazón. ¡Mañana partiré para Pavia y seré dichosa en llamarme esposa vuestra cuando sea de vuestro agrado!

—Inmediatamente, repuso Oton, sereis coronada Emperatriz de Alemania; preparaos, Adelaida, á ser al mismo tiempo que mi esposa, mi amiga y mi consejera; ninguna resolucion tomaré sin consultaros, porque hay en vos alguna cosa celestial que me subyuga y que me cautiva de un modo absoluto. ¡Sí, Adelaida, vos sereis árbitra de mis pueblos y me aconsejareis en mis empresas! Ahora quedad con Dios y permitidme que me retire para hacer los preparativos de mi dicha.

Oton salió de la estancia llevando en el rostro una expresion tal de alegría, que todas las personas de su séquito le contemplaron admirados.

Adelaida se preguntó á sí misma la causa de aquella dulce alegría que experimentaba, de aquella

intima satisfaccion que llenaba su alma, y la atribuyó á la certeza de tener ya asegurada para siempre la suerte de su hija.

Pero era otra además la causa de su contento, causa que se escapaba á su inocencia; era que el amor se habia deslizado en su corazon sin que ella lo advirtiese, conducido por los nobles procedimientos del Emperador, y habia sido la luz que alumbraba la oscuridad de su destino.

XII.

Adelaida, dejando á Eruma al lado de la fiel Gosvinta y de algunos leales servidores en el castillo de Canossa, salió para la ciudad de Pavia.

Oton I salió á recibirla con gran pompa y le presentó las llaves de la ciudad en una rica bandeja de oro.

Adelaida fué llevada casi en triunfo al palacio, en cuya capilla se unió al dia siguiente con el rey de Sajonia, al año justo de su viudez.

Oton I era viudo y tenia un hijo jóven, gallardo y valeroso llamado Luitulfo, que habia ayudado á su padre en todas sus conquistas y ruidosos hechos de armas.

El Príncipe fué tambien con su padre á libertar á Adelaida, y léjos de llevar á mal su segundo casamiento, se alegró sinceramente de aquella eleccion.

Pocos dias despues del casamiento del Rey de Sajonia con Adelaida, el mismo Luitulfo fué á buscar á la Princesa Eruma y á Gosvinta al castillo de

Canossa, trayéndolas al palacio donde residian su padre y la nueva esposa de éste.

Algunos meses pasaron en Pavia, y Oton, que deseaba acabar la conquista de la Italia, y la de Alemania, emprendió con su esposa una larga visita. seguro de que la sola vista de aquella hermosa y joven reina, tan benéfica y tan dulce, haria más que todos los combates de sus tropas.

La fama de las virtudes de Adelaida y del martirio que le habian impuesto, cuando perdió á Lotario, se habia difundido por toda la cristiandad y todo aquel país ansiaba conocerla; levantáronse, para recibirla, arcos de triunfo y en todas partes tomó el contento las formas más vivas y más verdaderas.

Todo el país, que Oton deseaba conquistar, la aclamó por soberana; y, como éste habia pensado muy bien, su vista sola consiguió más que un formidable ejército.

Poco despues de la union de Adelaida con Oton, el Papa Agapito II fué llamado á mejor vida.

Sucedióle en la silla de San Pedro, Juan XII, y el feroz Berenguer, viendo que en Agapito habian perdido los reyes de Sajonia uno de sus más celosos defensores, se olvidó de sus promesas y empezó á talar los fértiles campos que debía tener en tributo.

Negóse á pagar todo lo que debía, y así mismo se negó á obedecer á Oton y á Adelaida como tutores de Eruma, declarándose en abierta rebelion.

Hallábanse en Roma Oton y Adelaida con el príncipe Luitulfo, y una noche, ya á hora bastante avanzada, recibió Adelaida un mensaje de Su Santidad, Juan XII, en que se la encargaba pasase al instante á verle.

—¿Qué puede ser? preguntó sobresaltada la Princesa; ¿qué sucederá?

—Nada malo, respondió Oton; vé y que Luitulfo te acompañe.

La Reina fué al palacio de Juan XII.

Halló sólo al Pontífice; era un hombre grave y hasta duro; su voluntad de hierro se imponia como un dogal terrible que ninguno de sus vasallos podia separar de su cuello.

—Os he llamado á vos sola, hija mia, dijo echando sobre Luitulfo una mirada severa; ¿por qué viene el Príncipe á acompañaros?

—Tal ha sido, señor, la voluntad de su padre, repuso Adelaida.

—¡Y la vuestra!

—Tambien, repuso la Reina con firmeza; no puedo tener otra que la de mi esposo y señor.

Juan XII permaneció silencioso y como pensativo durante algunos instantes, y despues dijo:

—Bien pensado, poco me importa que esté delante el Príncipe; de él iba á hablaros.

—¡De él! repitió asombrada Adelaida.

—Sí, de él; es preciso que persuadais á su padre

para que lo envíe á refrenar las demasías de Berenguer.

—¡Yo! exclamó la Reina, ¿yo aconsejar á mi marido que envíe á su hijo á sujetar á esa fiera sanguinaria? ¡Jamás, padre mio, jamás!

—¿Y por qué no, si es conveniente, señora? preguntó Luitulfo acercándose; ya sabéis que me he criado entre los combates.

—No importa, Príncipe; jamás será mi mano la que os empuje á otro nuevo y más terrible que ninguno.

—¿Qué puedo perder en él? preguntó Luitulfo.

—¡La vida, si, Príncipe! yo os lo predigo. Si marcháis contra Berenguer os costará la vida.

—La vida de un guerrero es de Dios y de su patria, dijo severamente el Papa; Berenguer ultraja todos los días á nuestra sacrosanta religion y ultraja á Oton faltando á todas sus promesas; además, el pleito homenaje que se niega á rendir, pertenece á vuestra hija, señora; y no esperaba jamás hallaros tan mala madre.

—¡No quiera el cielo que yo busque jamás el engrandecimiento de mi hija en la guerra, en la destruccion, en la muerte! exclamó Adelaida; no quiero para ella un reino que ha de empapar tanta sangre inocente; padre mio, señor... perdonad que me niegue á hablar de esto con el Rey; yo bendigo á Dios que no le ha enviado aún tan horrible idea.

—Yo se lo diré, pues, señor, dijo Luitulfo acercándose á Juan XII; él no puede dejar este país, que acaba de someterse á su yugo; yo soy quien debe ir á castigar á ese redelde.

—¡No... no lo hagais! exclamó Adelaida juntando las manos; nunca me consolaria de vuestra muerte... porque no lo dudeis... Luitulfo, morireis á manos de esa fiera.

—Moriré al ménos con honor; esa es la suerte que he anhelado siempre.

—Príncipe, exclamó Adelaida levantándose; si apreciáis mi tranquilidad, os conjuro á que no dispongais de vuestra suerte de ese modo; al ménos, porque es el pretexto de la guerra que vais á emprender mi hija Eruma, vivid en la paz; vos no sabéis el remordimiento que me durará en tanto viva si perdeis la vida á manos de ese usurpador feroz y sanguinario; dejadle, ¡Dios nos vengará!

La Reina, dichas estas palabras, salió y se dirigió á su palacio. Luitulfo se quedó al lado del Papa, obedeciendo á una señal de éste.

—¿Qué sucede? preguntó Oton á su esposa al llegar ésta á su presencia; ¿qué hay de nuevo?

—Hay, señor, respondió Adelaida, una gran desgracia; el Papa quiere que vaya vuestro hijo Luitulfo á castigar la rebeldía de Berenguer.

—Lo mismo quiero yo, respondió el Rey, hace ya largo tiempo que me digo á mí mismo que el Prin-

cipe ó yo debemos ir á castigar las demasías de ese miserable; las atenciones que me rodean no me permiten ir á mí; así, pues, partirá él.

—¡Reflexionad, dijo la Reina, que le puede costar la vida esa funesta empresa; vos no sabeis cuál es el fiero valor de Berenguer, ni sus sanguinarios instintos... pensad en que le perdereis!

Luitulfo entró en aquel instante. Adelaida, no queriendo ya emplear más súplicas inútiles, salió de la estancia y fué á llorar á solas el triste destino de aquel jóven Príncipe.

La suerte estaba decidida; algunos dias despues, Luitulfo, al frente de un brillante cuerpo de ejército, marchó contra Berenguer y su hijo Adalberto, para recordarles todas las promesas que parecian haber olvidado.

El primer encuentro fué para el Príncipe una señalada victoria; lo mismo sucedió con el segundo y tercero, pero al cuarto quedó sin vida sobre el campo de batalla.

Adelaida sintió vivamente aquella pérdida; su corazon le había anunciado que Oton jugaba á su hijo en la contienda; en cuanto al desgraciado padre, sólo pensó en la venganza; envió á Adelaida, que se hallaba en cinta á Alemania, y él partió con nuevas tropas para castigar á los rebeldes.

XIII.

Adelaida fué recibida con grandes demostraciones de júbilo; hospedóse en la ciudad de Magdeburgo y se hicieron públicos regocijos para celebrar su llegada, que á todos colmó de gozo.

Algunas ciudades rebeldes al rey Oton se le sometieron, sólo porque Adelaida fuera su soberana, y el imperio quedó siendo propiedad de los dos esposos.

Allí dió á luz la Emperatriz á su hijo primogénito Oton, que despues reinó con el nombre de Oton II, y la Alemania le aclamó sucesor del imperio, haciendo mil extremos para celebrar su nacimiento.

En tanto, Oton, á quien desde entónces se empezó á llamar el *Grande*, vencía á los rebeldes y vencía la muerte de su hijo con torrentes de sangre.

—«Venid, señor, le escribia la Emperatriz algun tiempo despues del nacimiento de su hijo; venid ya en busca de la dulce paz y del hijo que el cielo, al quitaros otro, os ha enviado; el imperio es vuestro, y os espera; no derrameis ya más sangre, pues de

cipe ó yo debemos ir á castigar las demasías de ese miserable; las atenciones que me rodean no me permiten ir á mí; así, pues, partirá él.

—¡Reflexionad, dijo la Reina, que le puede costar la vida esa funesta empresa; vos no sabeis cuál es el fiero valor de Berenguer, ni sus sanguinarios instintos... pensad en que le perdereis!

Luitulfo entró en aquel instante. Adelaida, no queriendo ya emplear más súplicas inútiles, salió de la estancia y fué á llorar á solas el triste destino de aquel jóven Príncipe.

La suerte estaba decidida; algunos dias despues, Luitulfo, al frente de un brillante cuerpo de ejército, marchó contra Berenguer y su hijo Adalberto, para recordarles todas las promesas que parecian haber olvidado.

El primer encuentro fué para el Príncipe una señalada victoria; lo mismo sucedió con el segundo y tercero, pero al cuarto quedó sin vida sobre el campo de batalla.

Adelaida sintió vivamente aquella pérdida; su corazon le había anunciado que Oton jugaba á su hijo en la contienda; en cuanto al desgraciado padre, sólo pensó en la venganza; envió á Adelaida, que se hallaba en cinta á Alemania, y él partió con nuevas tropas para castigar á los rebeldes.

XIII.

Adelaida fué recibida con grandes demostraciones de júbilo; hospedóse en la ciudad de Magdeburgo y se hicieron públicos regocijos para celebrar su llegada, que á todos colmó de gozo.

Algunas ciudades rebeldes al rey Oton se le sometieron, sólo porque Adelaida fuera su soberana, y el imperio quedó siendo propiedad de los dos esposos.

Allí dió á luz la Emperatriz á su hijo primogénito Oton, que despues reinó con el nombre de Oton II, y la Alemania le aclamó sucesor del imperio, haciendo mil extremos para celebrar su nacimiento.

En tanto, Oton, á quien desde entónces se empezó á llamar el *Grande*, vencía á los rebeldes y vencía la muerte de su hijo con torrentes de sangre.

—«Venid, señor, le escribia la Emperatriz algun tiempo despues del nacimiento de su hijo; venid ya en busca de la dulce paz y del hijo que el cielo, al quitaros otro, os ha enviado; el imperio es vuestro, y os espera; no derrameis ya más sangre, pues de

aquella, que no es vertida con justicia, teneis que dar una estrecha cuenta.»

Pasado algun tiempo Oton respondió de esta suerte:

—«No iré, querida mia, á vuestro lado y á abrazar á mi hijo, hasta no haber encadenado las manos de este tigre feroz para que no vuelva á arañar, ya es prisionero mio, y va á ir delante de mí á esa Alemania que tan bien os ha recibido y que le destino para prision; irá á Bamberge y su esposa á la misma ciudad, donde es digna de encerrarse en un convento.»

En efecto; pocos dias despues de haber recibido esta carta la Emperatriz, entró Berenguer en Bamberge cargado de cadenas y conducido por una fuerte escolta; venia el feroz Margrave horriblemente desfigurado; los dias de cautiverio, que ya habia sufrido, habian exasperado de tal suerte su indole montaráz, que parecia haber envejecido veinte años; llevaba la barba y la cabellera blancas y crespas como dos inmensos matorrales; su mirada era fiera y provocativa, y todo el camino habia rehusado el alimento.

El mismo dia llegó Oton el Grande á Magdeburgo y tuvo el inefable placer de abrazar á su esposa y á su hijo.

—Adelaida, dijo á aquella; dentro de algunos dias partiremos para Roma á fin de ser consagrados y co-

ronados por el Papa Juan XII; restableccós pronto á fin de que os pueda yo ver en el sitio que os habia destinado y que tanto mereceis.

El infeliz Berenguer fué encerrado en la torre del castillo de Bamberge; su esposa no quiso participar de una prision que la horrorizaba; miraba con un terror invencible al tirano, y mejor se hubiera dejado morir de hambre que vivir á su lado.

Adalberto partió á nuevas guerras, pues á esto era á lo que le inclinaba su carácter fiero y belicoso.

Oton y su esposa partieron de nuevo para Roma donde los esperaba el papa Juan XII para coronarlos solemnemente á la vista del orbe cristiano.

Adelaida hubiera deseado evitar aquel nuevo viaje, y ni aun la grandeza que le proporcionaba pudo seducir ni por un sólo instante su alma recta y virtuosa; suspiraba más que nunca por la quietud de la vida doméstica; su agitada existencia la fatigaba y sólo anhelaba la quietud y el reposo desde que tenia hijos á quienes educar.

—¡Oh, mi amada Gosvinta! decia á su fiel criada, ¡qué dichosa fuera yo si pudiera cambiar el manto y la corona imperial por mi castellana blanca y la guirnalda de flores campestres, que adornaba mis cabellos en los pacíficos valles de la Borgoña! ¡Cuánto diera yo por verme allí con Oton, con mis hijos y contigo! Allí, al lado de Conrado y Matilde! ¡Qué dichosos y que pacíficos podíamos vivir! ¿Qué son

las grandezas de la tierra? Humo que se disuelve, pero que ántes fatiga con su peso y nos abruma. ¡Felices aquellos que jamás han salido de su dichosa oscuridad y que en ella pueden reunir todos sus afectos! ¡Cuánto les envidio y qué dichosa sería yo léjos del brillo y del bullicio!

Así hablaba Adelaida la víspera misma de partir para Roma, donde debía ser consagrada su hermosa frente, y adornada con la corona del imperio.

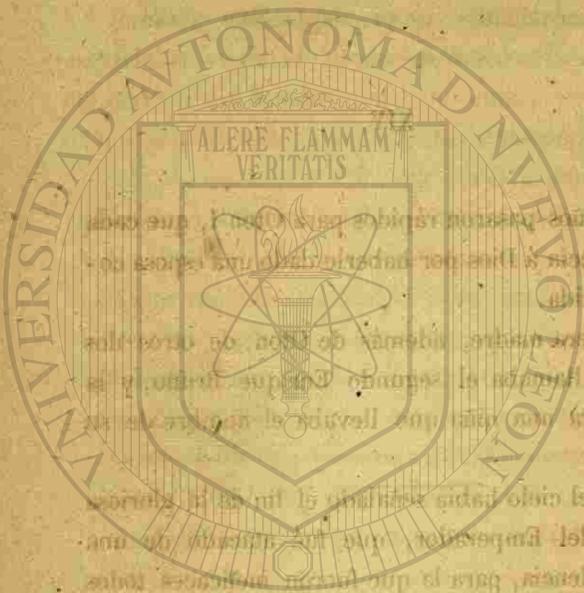
Oton pensaba de muy distinta manera; ambicioso por su esposa y por su hijo, hubiera querido poseer, no el imperio de Alemania, sino el imperio del mundo.

Preparó una lucida comitiva para que los acompañase á Roma, y hechos con la mayor prontitud posible todos los preparativos, salió con su esposa para la ciudad eterna en la que ámbos fueron coronados.

En tanto que los Emperadores llegaban al colmo de su grandeza, Berenguer desfallecía en su prision, abandonado y sólo. La suerte de los tiranos es la de ser aborrecidos, y esa amarga suerte era la que estaba deparada al asesino de Lotario, al verdugo de su esposa.

Nadie, ni aún su propia familia, se acordaba de él. Su esposa é hijo aplaudían el instante en que habían salido de su aborrecible yugo, y deseaban que jamás volviese á pesarles.

El desgraciado soberano, cuya índole rebelde era la ménos á propósito para sufrir la prision, acabó por demacrarse de un modo espantoso y murió maldiciendo sus crueldades y su implacable ambicion.



XIV.

Seis años pasaron rápidos para Oton I, que cada día bendecía á Dios por haberle dado una esposa como Adelaida.

Esta era madre, además de Oton, de otros dos hijos; se llamaba el segundo Enrique Bruno, y la menor era una niña que llevaba el nombre de su madre.

Pero el cielo habia señalado el fin de la gloriosa carrera del Emperador, que fué atacado de una grave dolencia, para la que fueron ineficaces todos los recursos de la ciencia.

Falleció en Magdemburgo en 973, y Adelaida sintió de tal suerte esta pérdida, que su vida estuvo en gravísimo peligro.

Pero al fin el tiempo pasó su suave rastrillo por aquel dolor, y si bien la huella quedó en el alma de la Emperatriz, la paz volvió á su semblante y ella á sus habituales ocupaciones y al ejercicio de la caridad.

Desde su segunda viudez, hizo voto de no con-

traer otro enlace y á pesar de los muchos soberanos que pretendieron su mano, se mantuvo firme en su propósito y dedicada sólo al cuidado de sus hijos.

Entonces fué cuando tomó verdaderamente un prodigioso vuelo la admirable caridad de la santa Emperatriz; despojábase de sus galas, y, vestida sencilla y humildemente, se iba, cubierta con un velo, á los hospitales y curaba á los leprosos y á los más repugnantes enfermos; arrodillada delante de los lechos de los pacientes, aplicaba con sus blancas manos el bálsamo saludable para las heridas, y al verla pasar por las grandes salas con la copa de alabastro en la mano, se preguntaban si no era aquella bella incógnita la misma caridad que se había humanizado para bajar al suelo desde las regiones celestiales.

A pesar de estas piadosas ocupaciones, la Emperatriz no descuidaba un instante la educación de sus hijos, sobre todo la de Oton que contaba seis años á la muerte de su padre.

Era este un niño de carácter impetuoso y apasionado, pero tan poco firme que, pasada la primera impresion, le dominaba cualquiera.

Adelaida tuvo que hacer uso de no poca firmeza y prudencia, para evitar los inconvenientes que estos caracteres suelen traer consigo; la adulacion rodeaba al jóven Príncipe desde la cuna, y no pocos procuraban indisponerle con su madre haciéndole

mirar como crueldad la prudente severidad que oponia á algunos de sus caprichos.

A pesar de todas las maquinaciones, la Emperatriz regente gobernaba el Estado con la mayor prudencia y firmeza, y á la vez hacia un Príncipe modelo de su hijo Oton.

A un tiempo mismo preparó Adelaida dos grandes solemnidades, en las que debian ser héroes dos de sus hijos, á saber: el enlace de su hija la Princesa Eruma, de quince años de edad, con Lotario, Rey de Francia, y la consagracion de Oton, el heredero del imperio, por el Papa Juan XIII, sucesor de Juan XII.

Eruma partió para Francia acompañada de su madre y de su servidumbre, y Oton salió al mismo tiempo para Roma llevando con él un lucido séquito.

La despedida de la Princesa y de sus hermanos fué tiernísima y dolorosa. Oton le abrazó repetidas veces, y parecia no poder resolverse á separarse de ella; los dos hermanos mayores se habian amado siempre con pasion. Eruma, era grave, tierna y reprimia sus arrebatos con sus juiciosas y dulces reflexiones. Oton no sabia qué hacer para agradar á Eruma, y sólo con ver una sonrisa en sus lábios era feliz.

—¿Por qué se va, madre? preguntaba á la Emperatriz su hijo mayor; ¿por qué no la casamos aquí?

—Hijo mio, respondió la Emperatriz, la voluntad de tu padre fué que Eruma fuese la esposa de Lota-

rio, Rey de Francia, y esta voluntad debe ser sagrada para nosotros.

—¿Pero no hay aquí, más cerca, dentro de Alemania mismo, grandes y aguerridos Príncipes que piden su mano?

—Sí que los hay, pero es preciso obedecer la voluntad del que ya duerme en el seno del Señor.

—Mi padre mismo hubiera tal vez cambiado de modo de pensar.

—Tal vez; pero á nosotros nos toca respetar el que manifestó; además, Francia reclama á su Reina que le está prometida desde hace largo tiempo.

Eruma y su madre partieron, pues, y Oton fué á Roma.

Al verle el Papa Juan XIII, quedó maravillado; era un niño que reunía la admirable belleza de su madre á la apostura varonil y arrogante del Emperador, su padre; su figura gallarda sin altivez, dulce sin afeminación, era encantadora; tenía una hermosa cabellera rubia y el Papa le contempló con una admiración mezclada de ternura.

—Hijo mio, le dijo, obedeced los consejos de vuestra piadosa y santa madre, si quereis ser un gran Rey; ella es la honra de las reinas cristianas, y todas debían tomarla por modelo.

Dos días despues de su llegada, el Príncipe fué consagrado con el nombre de Oton II, y volvió á reunirse con su madre que, despues de dejar á Eru-

ma al lado de su nueva familia, volvió á su córte de Alemania.

Oton II llevaba una carta del Pontífice para su madre; en ella proponía á la Emperatriz su matrimonio con la hija del marqués de Austria, jóven célebre por su hermosura y su talento, que ya brillaba en su tierna edad.

Tal alianza pareció muy bien á Adelaída, quien conocía todas las virtudes de aquella jóven, y á pesar de los pocos años que contaban los dos Príncipes, quedó concertada y se verificó al instante, yendo la esposa de Oton á vivir al lado de Adelaída para acabar de ser educada por ésta.

—La carga de mis atenciones es cada vez mayor, decia la Emperatriz á su fiel Gosvinta un dia que se hallaban solas; ántes tenía que cuidar de mis tres hijos; ahora tengo cuatro, y estos esposos niños necesitan el cuidado y la vigilancia más exquisita.

—¿Por qué, señora, no les nombrais ayos ó más crecida servidumbre? preguntaba la confidente.

—Mio es ese deber, y del cumplimiento de esos deberes nadie puede dispensarnos.

Tres años duró empero solamente aquel enlace; la jóven Princesa fué atacada de una enfermedad aguda que la llevó al sepulcro en breves dias, sin que pudieran salvarla los recursos de la ciencia.

Oton II fué víctima durante algun tiempo de la mayor desesperacion; su corazon tierno se apegaba

al cariño y á la costumbre con invencible íman, y sólo los consuelos y caricias de su madre pudieron moderar el exceso de su dolor.

Poco despues se pensó en casarle de nuevo, y Adelaida eligió á la princesa griega Teofanía, hija de Romano, Emperador de Oriente.

Era aquella Princesa una niña célebre ya por su hermosura, verdaderamente admirable, pero de carácter altivo é independiente. Oton II se enamoró de ella con tal ceguedad que, despues de verificado su enlace, sólo veía por sus ojos y sólo pensaba lo que ella quería que pensase.

Pocos dias despues de su casamiento, se paseaban los dos jóvenes por uno de los bosquecillos del jardín de Palacio. Oton contaba diez y seis años y la joven Emperatriz, su esposa, tambien la misma edad.

Despues de dar algunas vueltas, sentáronse los dos en un banco de arrayanes y jazmines; la tarde moría en calma; los ruiseñores cantaban en la espesura saludando á la luna que aparecía por entre los árboles como la soberana del cielo.

Oton miraba absorto á Teofanía, que era un modelo de esa hermosura griega tan acabada y tan perfecta.

La joven Emperatriz era alta y esbelta; su tez, blanca como pulido nácar; era de una pureza deslumbradora, y este mismo color alabastrino hacia

resaltar la hermosura de sus grandes ojos negros, llenos de fuego y de altivez.

Sus cabellos, negros tambien, caían en largos rizos sobre sus hombros y espalda; su boca era una pequeña gruta de coral y perlas.

La esplendidez de su vestido oriental hacia parecer más seductora su hermosura, digna de una estatua por su pura correccion y majestad.

La excesiva sensibilidad de Oton habia ajado ya algun tanto su belleza, que ántes era pura y fresca como una flor de Mayo; una palidez biliosa cubría sus blancas mejillas; sus rubios cabellos se iban vistiendo de oscuras tintas, sus ojos tenían una mirada más profunda, pero ménos inocente que ántes.

—¿Por qué estais triste, señor? le preguntó Teofanía despues de un largo rato de silencio, y apoyando su blanca mano sobre el hombro de su marido.

—¡No lo sé! respondió el Emperador; soy feliz.. Vos, á quien amo, Teofanía, estais á mi lado, y sin embargo, la alegría no halla cabida en mí.

—No lo extraño, repuso la griega, ni sé tampoco por qué os pregunto la causa de vuestra pena. Yo la sé; la causa es vuestra eterna esclavitud.

—¡Mi esclavitud! repitió Oton. ¿No soy yo aquí el amo?

—En la apariencia, señor; en realidad sólo sois un pobre niño esclavo.

El Emperador quedó pensativo; luego preguntó mirando á su esposa tristemente.

—¿Por qué me decís eso, señora?

—¡Porque siento veros reducido á tan miserable estado, en el cual voy yo cayendo tambien...!

—¡Vos! No acierto la causa... Hablad, señora, sin reticencias y sin embozo.

—¿No veis cómo nos trata vuestra madre?

—Con la mayor dulzura y cariño.

—Sí, sus palabras son cariñosas; pero, ¿qué prerrogativas nos deja? ¿De qué libertad gozamos? ¿Qué sois vos en el imperio? Ella es el jefe del Estado; ella es la que distribuye á sus partidarios los destinos y los honores; ella es la que gobierna, en fin.

—¿Pero no veis que yo nada sé y que su sabiduría es tan grande? ¿Quereis acaso que yo cargue con el peso del imperio?

—¿Por qué no? preguntó la ambiciosa griega.

—A mi madre la aman todos.

—Al paso que os desprecian á vos. ¿No veis que ella es la que dá? A vos os tiene prisionero, sin medios de haceros amar, débil, abatido... ¿cómo quereis que os amen?

—Pues qué, ¿sólo se ama á los soberanos por lo que dan? preguntó sorprendido Oton.

—Sólo, señor.

—Verdaderamente, yo veo que soy acogido con frialdad en todas partes, dijo el Emperador muy

pensativo; á mi madre se la recibe con aclamaciones, y á mí...

—Creedme, señor, prosiguió Teofanía; empuñad las riendas del imperio y gobernad por vos mismo. Cada uno toma en este mundo la máscara que le conviene. Vuestra madre ha tomado la de la bondad, la de la caridad, la de todas las virtudes evangélicas...

—Teofanía, dijo el Emperador severamente; no llameis máscara á la santa virtud de la mejor de las madres; no hagais ese ultraje á la más excelente, á la más benigna de las soberanas. Puesto que así es de vuestro agrado, gobernaré yo; pero mi madre será siempre el objeto de mi más constante respeto.

Por aquel dia Teofanía no se atrevió á ir más adelante en sus insidiosas sugerencias, y los dos esposos se separaron resentidos en extremo el uno del otro.

Pero en la lucha con su esposa, debia llevar siempre el débil Oton la peor parte; era ella muy astuta, y él muy inocente; ella vivia sólo para la ambicion, él era enamorado y tierno hasta la flaqueza; en ella sólo dominaba la cabeza; en él el corazón.

El jóven soberano fué el primero que se doblegó hasta el punto de rogar á su esposa que depusiese su enojo.

—No estoy enojada, repuso ella; estoy triste porque para nada teneis fortaleza, y si seguís así, creo que dejaré de amaros; yo he soñado toda mi vida con héroes; ahora me hallo con un Príncipe débil y afeminado.

—Pues bien, mi querida Teofanía, dijo Oton, que era en efecto débil, y mucho más con su idolatrada esposa; haré lo que queráis: ¿es vuestro deseo que yo me encargue del mando del imperio? ¿Quereis que despoje á mi madre de su autoridad? ¿Estareis así contenta?

—Sí, respondió la hermosa y ambiciosa Teofanía sonriendo alegremente; estaré más contenta de vos cuando mandeis, que ahora que sólo obedecéis.

—¿Pero no soy yo el que firma todos los decretos imperiales? ¿No soy yo el soberano?

—Sólo en el nombre, pues vuestra madre es quien dirige todos los negocios.

—Está bien, repuso resueltamente el jóven y apasionado Oton; la Alemania era feliz bajo su gobierno; todo ha ido prosperando en tanto me han guiado sus consejos; pero no importa; desde hoy mi madre no tendrá intervencion alguna en los negocios del Estado.

El Emperador pronunció estas palabras con el semblante contraído por una pena profunda; sabia muy bien que todos sus vasallos adoraban con de-

lirio á Adelaida y se sentían felices bajo su yugo al mismo tiempo suave y firme; pero las caricias y halagos de la jóven y bella Emperatriz, lograron mitigar su inmenso dolor y distraerle de sus molestas reflexiones.

—Pues bien, mi querida Teofanía, dijo Oton, que era en efecto débil, y mucho más con su idolatrada esposa; haré lo que queráis: ¿es vuestro deseo que yo me encargue del mando del imperio? ¿Quereis que despoje á mi madre de su autoridad? ¿Estareis así contenta?

—Sí, respondió la hermosa y ambiciosa Teofanía sonriendo alegremente; estaré más contenta de vos cuando mandeis, que ahora que sólo obedecéis.

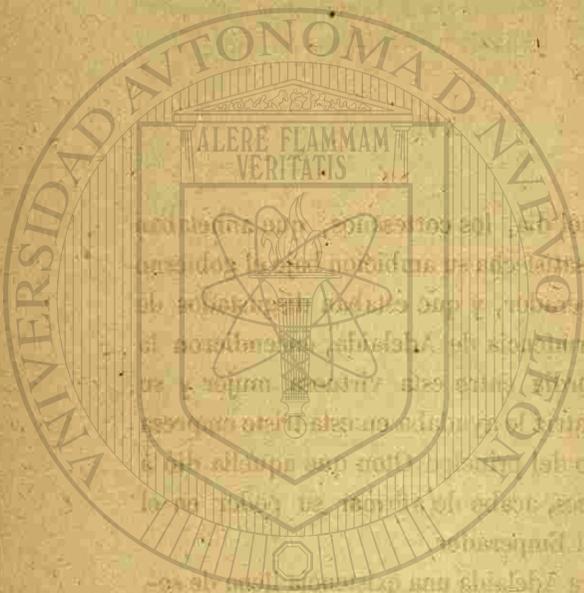
—¿Pero no soy yo el que firma todos los decretos imperiales? ¿No soy yo el soberano?

—Sólo en el nombre, pues vuestra madre es quien dirige todos los negocios.

—Está bien, repuso resueltamente el jóven y apasionado Oton; la Alemania era feliz bajo su gobierno; todo ha ido prosperando en tanto me han guiado sus consejos; pero no importa; desde hoy mi madre no tendrá intervencion alguna en los negocios del Estado.

El Emperador pronunció estas palabras con el semblante contraído por una pena profunda; sabia muy bien que todos sus vasallos adoraban con de-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Desde aquel día, los cortesanos, que anhelaban medrar y ver satisfecha su ambicion bajo el gobierno del débil Emperador, y que estaban disgustados de la firmeza y prudencia de Adelaida, encendieron la tea de la discordia entre esta virtuosa mujer y su hijo; la Emperatriz le ayudaba en esta triste empresa y el nacimiento del principe Oton que aquella dió á luz por entónces, acabo de afirmar su poder en el ánimo del débil Emperador.

Empezó para Adelaida una existencia llena de soledad y de tristeza; todos huian de su lado como del de una persona aborrecida y reprobada; abrumábanla á desaires, y aunque ella oponia á todos una indiferencia llena de dignidad, éstos se hacian tan repetidos, que ultrajaban de un modo irresistible su decoro de Princesa v de mujer.

Adelaida, á pesar de su fortaleza, sucumbió al rigor de sus pesares y cayó peligrosamente enferma; su hijo el Emperador, que no iba á visitarla á sus aposentos desde su conversacion con Teofania en el

jardín, no fué tampoco entónces á infomarse de su salud, y esta conducta acabó de traspasar el corazón de su madre, que le amaba con la mayor ternura.

La vida de la desgraciada Princesa llegó á correr el más grave peligro; pero Dios y las caricias de sus dos hijos menores, Enrique y Adelaida, consiguieron aliviarla algun tanto.

Una mañana hizo llamar á su hijo; hacia sólo dos dias que dejaba el lecho y estaba tan pálida y quebrantada, que Oton se sobrecogió al verla.

—Hijo mio, dijo la Emperatriz con la calma y dulzura que jamás la abandonaban; te he llamado porque yo no podia llegar hasta tus habitaciones y deseaba despedirme de tí.

—¡Despediros, madre mia! exclamó Oton con sobresalto. ¿A dónde vais, pues?

—Me retiro al lado de mi hermano Conrado y me llevo á tus hermanos.

—¡Y qué! ¿Huís de mí? exclamó el Emperador. ¿Os separais de mi lado?

—Ya no te hago falta, hijo mio; eres esposo y padre; eres dichoso y amado de tus vasallos; por mi parte, no quiero ser causa de discordias; he perdido el amor de los que fueron súbditos de tu padre, de los que hoy lo son tuyos, y deseo el reposo y la tranquilidad.

El Emperador, avergonzado y confuso, no supo qué responder; pero como el hombre es más justo

cuando se vé más humillado, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y respondió:

—Haced vuestro gusto, señora.

—Adios, pues, exclamó la Emperatriz abrazando á su hijo, que recibió con frialdad aquella triste caricia; ¡adios, hijo mio, y quiera el cielo hacerte dichoso!

Oton salió silencioso y sombrío.

Sólo la religion pudo sostener á Adelaida en aquella dura prueba; la desesperacion invadió su alma con densas tinieblas, pero se acordó de aquel divino precepto de Jesús que dice á los cristianos: «El que me ame, tome su cruz y sígame.»

La cruz de aquella santa mujer era por entónces la ingratitud de su hijo y su culpable desamor.

Al dia siguiente, partió con Enrique y Adelaida para la Borgoña, su pátria, gobernada entónces por Conrado, su hermano mayor.

La Emperatriz y sus hijos fueron acogidos por todo el tránsito con grandes festejos y muestras de alegría.

La Emperatriz se sintió dichosa al volver á ver aquellos bosques frondosos que habian presenciado los dias felices de su infancia; aquellas risueñas aldeas, aquellos sencillos campesinos; Conrado y Matilde, su esposa salieron á recibirla á gran distancia y la llenaron de caricias y consuelos.

El viaje de la Emperatriz, hasta llegar á la córte

de su hermano, fué un continuado triunfo. Salían de las aldeas á victorearla, los castillos le brindaban descanso y la escoltaba una lucida guardia de toda la nobleza del país.

Estas demostraciones de cariño prosiguieron durante largo tiempo. La Borgoña parecia haberse vestido de fiesta y al mismo tiempo un denso luto cubria á la Alemania como un fúnebre sudario. Todos echaban de ménos á Adelaida, sus beneficios, sus limosnas, su grata presencia, dulce y consoladora como un rayo de sol.

Matilde, esposa de Conrado, era una de las más bellas y virtuosas Princesas de su tiempo. Conocia y apreciaba á Adelaida en su justo valor y se tuvo por dichosa en que fuese á residir á su lado y al de su esposo.

Adelaida, tranquila y procurando dar al olvido la enorme ingratitud de su primogénito, se dedicó á hacer todo el bien que le era posible y á educar á sus dos hijos, que la acompañaban en sus piadosas escursiones.

Teofrasto, su anciano tutor, habia muerto ya. Adelaida, acompañada de su hija, fué á visitar el castillo que habia habitado en su compañía ántes de unirse á Lotario, su primer esposo, y los buenos campesinos, ya viejos, creian rejuvenecerse y hallar en la niña Adelaida á aquella misma doncella que habia vivido con ellos en otro tiempo; la hija les

recordaba á la madre cuando era para ellos un ángel de paz y de consuelo.

La Princesa, guiada por su madre, hacia todo lo que ésta habia hecho; visitaba á los enfermos, enseñaba á rezar á los niños y distribuía pequeñas sumas de dinero entre los necesitados.

Aquella vida apacible fué interrumpida por la llegada de un emisario del Emperador que traía una carta para su madre.

La Emperatriz le recibió sin dilacion, y leyó la misiva, que decia así:

«Un año hace, madre mia, que os habeis separado de mí y habeis salido de mis Estados, y éstos no han visto en tan largo espacio de tiempo ni un sólo día de contento; todos os llaman, todos anhelan vuestra presencia; una consternacion general aflige á mi reino, y en tanto la feliz Borgoña os posee. ¡Bastante me castiga el pensamiento de mi ingratitud para con vos! ¿Sereis tan grande, señora, que la olvidesi, y volvais á los brazos del hijo arrepentido? ¡Si así fuese, me consideraria el más dichoso de los mortales, aunque el más indigno de serlo...!»

«Yo iré á buscaros, madre mia, si consentis en habitar de nuevo este palacio que, sin vos, parece una tumba; os traeré en triunfo, y Teofania será la primera en daros todas las muestras del respeto que se os debe por vuestras virtudes y vuestra ilustre jerarquía; ella es ambiciosa porque es madre; pero sa-

be ya cuánta falta haceis á nuestro lado y que sois indispensable para mi felicidad y la de mis pueblos.»

Adelaida leyó esta carta derramando lágrimas de gozo; luego que la terminó, contestóla de esta suerte.

«Hijo mio; vuestra carta me ha llenado de alegría; yo tambien sufria lejos de vos todos los tormentos de la ausencia, y soy dichosa al ver que vos y vuestra esposa me echais de ménos; iré muy pronto para veros y para abrazar á mi querido nieto Oton; però no abandonéis, para honrarme viniendo á buscarme, vuestros Estados; yo iré acompañada de vuestros hermanos que no se han separado de mí ni lo harán nunca; ellos han sido todo mi consuelo en tanto que la suerte me ha tenido separada de vos; y por ellos me alegro tambien aún más que por mí de volver á vuestro lado.

«Abrazad, en nombre mio, á mi querida hija Teofanía hasta que yo pueda hacerlo, lo mismo que á vos.»

—Decid al Emperador que os sigo muy pronto, dijo Adelaida al emisario.

—¡Y qué, hermana mia! ¿Nos dejais? exclamó Matilde con dolor.

—¿Vais otra vez á sufrir las demasías de la Emperatriz, hermana mia? añadió Conrado con acento ofendido.

—Sí, respondió Adelaida; el recuerdo de mi hijo

no se aparta un instante de mí; ¡me necesita! ¿Qué más puedo esperar para volar á su lado?

—Hermana, repuso Conrado con tristeza; si fuera la ambicion lo que te llamara á la córte de Oton, si anhelaras grandezas, galas, homenajes, entónces compadeceria ménos tu ceguedad; pero sé que de la corona sólo han de tocaré las espinas que te hieran y no los brillantes que deslumbran; sé que han de volver á herirte esos abrojos de la ingratitud; ¿has olvidado ya lo que es Teofanía?

—No, repuso la Emperatriz con su angelical mansedumbre; es una niña muy bella á la que todos adulan, á la que todos cubren de flores el camino del mal, pero á la que nadie muestra el de la virtud.

—¿Y quieres tú tomar sobre tí la árdua, la dura tarea de mostrárselo?

—Creo que ese es mi deber.

—¿Has olvidado ya todas las penas que su índole áspera y ambiciosa te ha ocasionado?

—Sólo recuerdo que es la esposa de mi hijo, y la madre de mi nieto.

—Hermana mia, dijo Matilde; admiro tu virtud y tu fortaleza aunque no la apruebe; pero no olvides que, si algun dia te falta un asilo, aquí le hallarás siempre.

—Hé aquí, dijo Conrado, otra carta que el Emperador tu hijo me habia dirigido ya hace días; en ella me ruega que interceda contigo para que le perdones.

—¡Y no me la has enseñado! exclamó tristemente Adelaida; ¿que habrás pensado de mí?

—No creía yo digno de perdon á ese hijo ingrato; dijo Conrado, ni creía que jamás olvidases sus faltas.

—¿Pues á quién no alcanza el espléndido manto del perdon? exclamó la Emperatriz; ¿Dios, para perdonarnos, no nos manda á nuestra vez perdonar? ¡Y qué madre conserva resentimiento ó queja hácia el hijo que ha llevado en sus entrañas cuando éste le dice:—«Estoy arrepentido. . . ¡Venid!»

Conrado y su esposa callaron. Conocian la generosidad de Adelaida y sabian que nada seria bastante á separarla de su propósito de ver y ayudar á su hijo.

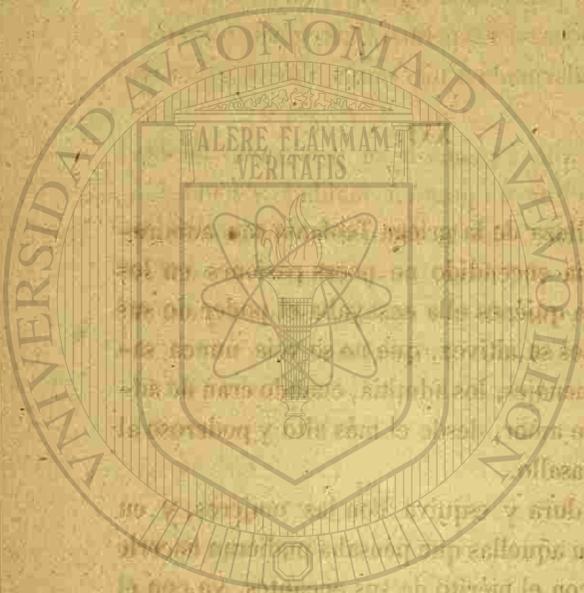
Partió, pues; despues de dar á la Borgoña una tierna despedida; oró con sus hijos sobre los sepulcros de sus padres; derramó sobre ellos las postreras flores de una mañana de otoño; visitó á sus pobres, y se alejó de allí en el corazon lleno de dolor, entre cuyas tinieblas se hacia lugar el bello rayo de la esperanza.

Su tránsito para volver á Alemania la hizo ver hasta qué extremo era amada en ambos países; en el que dejaba y en el que iba de nuevo á buscar.

Oton salió á su encuentro, y Teofanía, que en el fondo de su alma odiaba á su suegra, pero que no habia podido resistir abiertamente á la voluntad de su esposo, acompañó á éste.

Adelaida se arrojó deshecha en llanto en los brazos del Emperador; luego abrazó á su nieto con muestras de la más íntima ternura y tocó despues su parte á la rencorosa Emperatriz, cuya actitud sombría hubiera alarmado á una mujer ménos generosa que Adelaida.

Pero ésta, que á pesar de su penetrante talento era muy ignorante en punto á maldades, nada vió en la Emperatriz, sino la natural confusion de la persona injusta que reconoce su falta, y se esforzó en consolarla y hacerle ver con sus caricias que era para ella una verdadera y tierna madre.



XVI.

Era la belleza de la griega Teofanía tan admirable, que había encendido no pocas pasiones en los cortesanos en quiénes ella ensayaba el poder de sus encantos, pues su altivez, que no se veía nunca saciada de homenajes, los admitía, cuando eran de admiración y de amor, desde el más alto y poderoso al más ínfimo vasallo.

Sólo era dura y esquivada con las mujeres, y en particular con aquellas que pensaba pudieran hacerle sombra, ya con el mérito de sus encantos, ya con el de su talento y gracias.

Mas la persona á quien sobre todo el género humano detestaba Teofanía, era su suegra, la Emperatriz Adelaida.

Aún conservaba esta augusta señora una deslumbradora belleza, la que unida á su admirable ingenio y al encanto de su carácter dulce, conciliador y generoso, le granjeaba todas las simpatías.

Aquel astro oscureció el brillo de Teofanía; los cortesanos, ambiciosos de medrar, se apartaron de

ella y rodearon á Adelaida formándole un lucido y brillante cortejo; cuanto más ahelaba ella retirarse y oscurecerse, más la asediaban los homenajes y los triunfos; toda aquella gente venal sabia muy bien que el Emperador habia resignado el mando supremo en las manos de su madre, y que esta vez era para siempre.

En efecto: Oton, cansado del peso de los negocios y anhelando las fatigas de la guerra y los ardientes cuidados del conquistador, se dispuso á salir contra los griegos que asolaban la Calabria, y quedó por tanto encargada su madre de la regencia del imperio.

Adelaida, al saber esta determinacion de su hijo, alzó los ojos al cielo ofreciéndole esta nueva y dolorosa prueba.

Hacia ya algunos dias que se hallaba afligida por que, á pesar de su voluntario apartamiento, habian llegado hasta ella siniestros rumores.

Se decia que Teofania tenia un amante.

Adelaida rechazó aquella suposicion como una infame calumnia; creia á la Emperatriz, voluntariosa, dominante, y aún dura de corazon como toda persona poseida de la ambicion; pero no infiel á su esposo, que era para ella el mejor y más generoso de los hombres.

Empero muy pronto vino la evidencia á colocarse ante los ojos de la noble Princesa, que lloró de todas veras el no poder ya dudar.

Teofania amaba, ó al ménos, sostenia relaciones criminales con uno de los principales señores del reino.

Adelaida la sorprendió en una de sus citas y la reprendió con alguna severidad; pero aquel noble y tierno corazon sentia más pesar y confusion que el de la misma persona á quien amonestaba.

—Hija mia, dijo á la Emperatriz con las mejillas cubiertas del color de la vergüenza; el amante más generoso y más noble vale siempre infinitamente ménos que el peor esposo; aquel no puede estimar á la mujer que falta á todos sus deberes, y el esposo le agradece que permanezca fiel á los suyos; el esposo ama á su mujer aunque los años ó una enfermedad le arrebatan su belleza; el amante deja de amarla asi que ha perdido sus gracias.

—No sé, señora, á qué vienen todas esas reflexiones, respondió Teofania con altivez; ¿de qué me acusais?

—Os acusa la voz pública de ser infiel á vuestro esposo.

—Veo, señora, repuso la Emperatriz con acerba sonrisa, que habeis dado una nueva forma al aborrecimiento que me profesais, y que, fuerza es decirlo, os pago en la misma moneda; no sabiendo qué hacer para perderme en el ánimo de vuestro hijo, recurrís á la calumnia.

—Jamás sabrá por mí Oton su dehonra, siempre

que enmendándoos procureis acallar á los maldicientes; pero si aprovechando la ocasion de alejarse el Emperador seguis dando ocasion á esos rumores que lastiman su honra, será forzoso que lo sepa; vivid con cautela y no corrais ciegamente al precipicio.

—Cuidad de vos misma, señora, y dejadme cuidar de lo que me pertenece, respondió la Emperatriz; ya he salido de tutela, y sólo á mi esposo debo dar cuenta de mis acciones.

Teofania, dichas estas palabras, se separó de la madre de su esposo y fué á ver á éste, al que refirió llorando que había tenido con ella un fuerte altercado por un motivo muy pequeño, y que no quería seguir viviendo á su lado.

—Me aborrece, añadió y he conocido que tarde ó temprano me perderá en vuestro ánimo, esposo mio.

—No lo temais, respondió Oton, es mi madre demasiado justa y demasiado generosa para no conservarme vuestro cariño, y creed que os ama casi lo mismo que á mí; además, Teofania, yo, al partir lejos de vos, no puedo dejaros todos los cuidados del imperio.

—¿Por qué no? preguntó la ambiciosa Teofania, ¿no me creéis capaz de desempeñarlos? ¿Soy acaso tan nula á vuestros ojos?

—Sois muy jóven, Teofania, creedre; ocupáos

solamente en ser dichosa, y dejad los graves cuidados del imperio á mi querida y buena madre.

Pocos dias despues de esta conversacion, el Emperador salió al frente de su ejército.

La despedida de su familia fué llena de ternura: Oton no debía volver de aquel viaje, y su corazón leal y generoso parecia avisárselo.

Abrazo repetadas veces á su madre derramando lágrimas; abrazó á su esposa y á su hijo y los recomendó á su madre, así como la felicidad del imperio.

Adelaida sintió tan agudo dolor con aquella despedida, que su salud se quebrantó visiblemente, y la rindió una larga y peligrosa enfermedad.

Cuando volvió á la vida real, la esperaba la más aguda de las penas que podia experimentar despues de la marcha de su hijo.

La Emperatriz, desafiando todas las conveniencias del decoro y de la dignidad de su alto rango, hacia casi público alarde de sus amores, y se preparó á hacer sufrir á su suegra toda clase de ultrajes y humillaciones.

Empezó por hablarle con dureza y por contradecir todos sus deseos casi directamente; su ódio estaba escrito en todas sus acciones y en todas sus palabras con imborrables caracteres.

Desde luego se propuso comer sola con su hijo, á quien apenas veia Adelaida, siendo esta privacion la

que más le costaba tolerar, pues amaba apasionadamente al joven Oton.

Teofanía ansiaba además separar de la madre de su esposo todas las simpatías, y daba fiestas, á las que convidaba á la nobleza; pero todos sus esfuerzos eran vanos y todas las personas verdaderamente virtuosas, que se hallaban en la corte, amaban á Adelaida, que sólo procuraba escusar á Teofanía de sus sinrazones con su poca edad é inexperiencia.

La publicidad del extravío en que había caído la Emperatriz crecía cada día más, y Adelaida llegó á temer que aquellos rumores llegasen á oídos de su hijo, cuyo carácter violento é intransigente en materias de honor le era bien conocido.

Llamó, pues, al amante de Teofanía y le amonestó con cordura acerca del peligro á que se exponía, exponiendo al mismo tiempo á la Emperatriz.

Pero toda aquella cordura, prudencia y bondad fueron desatendidas; aquel hombre ambicioso pareció escuchar con reconocimiento las razones de Adelaida; pero así que salió de su presencia, fué á contar á Teofanía todo lo sucedido.

—Es un testigo importuno del que debemos des-
embarazarnos, contestó la Emperatriz.

—¡Un crimen! exclamó aterrado el amante, que todo lo temía del carácter violento y apasionado de Teofanía.

—No, respondió ella; los rastros de un crimen no

podrían quedar ocultos á los ojos de su hijo Enrique, que no se separa de ella y que la vengaría cruelmente; no es necesario un crimen; pero en el terreno doméstico y privado la haré sufrir de modo que se aleje de nosotros y nos libre de su importuna presencia.

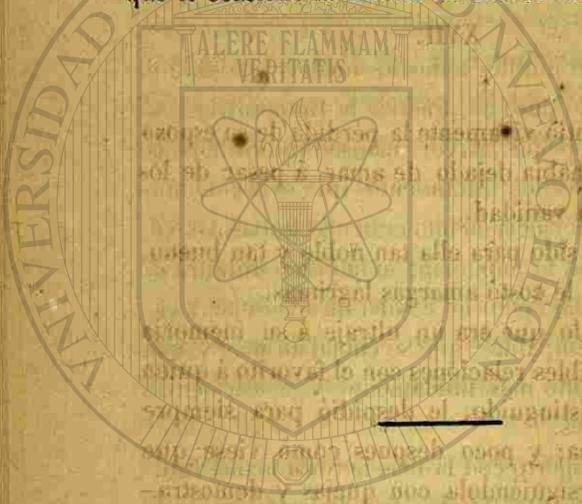
Pero fueron inútiles todos los medios que para el efecto apetecido puso en práctica la Emperatriz.

Adelaida oponía mayor mansedumbre cuanto eran más odiosos los tratamientos que experimentaba, y mayor paciencia cuanto eran más graves las vejaciones que se le imponían; su habitual dulzura no se alteraba jamás; pero no cesaba de aconsejar y reprehender á los culpables, que se enojaban más y más contra ella cuanto más fundamento y causa tenían sus reprensiones.

Adelaida soportó con la más heroica mansedumbre todos los insultos, todos los dicerios con que trataba de abrumarla. Teofanía no desperdiciaba ocasión de herirla en público y su lenguaje era siempre el más acerbo é insultante.

Adelaida la respondía con dulzura, prevenía todos sus gustos, la colmaba de cariños; más por orden suya se había quitado á los dos amantes todo medio de comunicación y era imposible que se viesan porque los espías y servidores de la Emperatriz madre se lo estorbaban en todas partes y de todos modos.

En medio de aquella penosa situación, cayó como un rayo una noticia formidable. Oton II había sido derrotado y la pesadumbre que le causó aquel primer revés de la guerra le produjo una disentería que le ocasionó la muerte en breves días.



XVII.

Teofanía sintió vivamente la pérdida de su esposo á quien jamás había dejado de amar, á pesar de los extravíos de su vanidad.

Oton había sido para ella tan noble y tan bueno, que su pérdida le costó amargas lágrimas.

Considerando que era un ultraje á su memoria seguir en culpables relaciones con el favorito á quien antes había distinguido, le despidió para siempre de su presencia; y poco despues como viese que continuaba persiguiéndola con quejas y demostraciones, le desterró del imperio.

Mas en lo que la Emperatriz no hizo cambio alguno fué en su conducta con la madre de su esposo, y entónces dió á conocer que su ódio tenia por fundamento la envidia de las nobles y hermosas cualidades que adornaban á aquella santa Princesa.

Prevaliéndose del abatimiento en que habia quedado Adelaida por la muerte de su hijo, intrigó de suerte que fué desposeida de la regencia apropiándosela ella.

Adelaida dió gracias al cielo porque la libertaba de aquella carga, pero lloró con amargura la desgraciada suerte del pueblo que iba á regir la ambiciosa y dura Teofania; revestida ésta del poder supremo, ordenó á la Emperatriz viuda que no saliese de sus habitaciones; llevó á su lado á la jóven princesa Adelaida para que no viese á su madre y dió una comision al príncipe Enrique á fin de que no defendiese á la que le habia dado el sér.

Pero el cielo, en su justicia, preparaba ya su castigo á la criminal princesa y señalaba el fin de su vida.

Aquella Emperatriz jóven y hermosa, rodeada de todo lo que hace la vida estimable y estimada, vestida siempre de brocado y pedrerías y dueña de uno de los más poderosos imperios del mundo, fué muy pronto solicitada en matrimonio por todos los príncipes que se hallaban en estado de contraerlo.

Alguno hubo en aquella época bárbara que asesinó á su esposa por ser Emperador de Alemania, pretendiendo la mano de Teofania; empero el corazón de esta Princesa era ya inaccesible al amor; la ambicion le ocupaba por completo y sólo pensaba en satisfacer su ánsia de dominio y de mando.

Un enemigo oculto y olvidado se preparaba, sin embargo, á echar por tierra todos los cálculos de su ambicion y á cortar el hilo de aquella vida que, si

no estaba manchada por crímenes, estaba á lo ménos empañada con grandes faltas.

El amante de Teofania, aquel á quien tantas veces habia reprendido Adelaida y que fué desterrado por la Emperatriz al enviudar, guardaba dentro de su alma un ódio mortal hácia la mujer á quien ántes habia amado tanto; despues de meditar durante largo tiempo el modo con que podría satisfacerlo, adoptó por fin una resolucion definitiva y esperó la ocasion propicia de poner por obra su venganza.

Una noche en que Adelaida, sola en las habitaciones que le servian de prision, oraba buscando en Dios el consuelo de sus penas, llegaron hasta ella pasos precipitados, gritos y sollozos.

Adelaida escuchó con sobresalto y le pareció oír las palabras *muerte* y *Emperatriz*.

Poco despues, una de las damas de Teofania abrió la puerta de la habitacion de Adelaida y gritó:

—¡Señora, en nombre del cielo, venid... venid!...

—¿Qué sucede? preguntó la Princesa.

—La Emperatriz, mi señora...

—¡Acabad!

—¡Se muere!

Adelaida se lanzó fuera de su estancia y corrió seguida de la dama á las habitaciones de Teofania.

En un suntuoso aposento y reclinada en un lecho formado de cojines de pluma, yacia sin color y sin voz la viuda de Oton II.

Una horrible contraccion nerviosa descomponia su semblante, que ya ibase cubriendo de manchas cárdenas.

Era espantosa la expresion de sufrimiento que se pintaba en su rostro, tan bello pocas horas ántes; por su frente corrian heladas gotas de sudor.

—¡Hija mia! querida Teofania, ¿qué tienes? exclamó Adelaida arrodillánlose al lado del lecho y olvidando todas las injurias que habia recibido de aquella desgraciada jóven.

La Emperatriz abrió los ojos que ya empañaban las sombras de la muerte.

—Señora, dijo con acento débil y quebrantado; me siento morir... perdonadme todo lo que os he hecho sufrir.

—¡Sí, os perdono, ó por mejor decir, nunca os he acusado! exclamó la Emperatriz con un acento arrancado del fondo del alma; ¡vivid, pobre hija mia, para vuestro hijo y para mí!

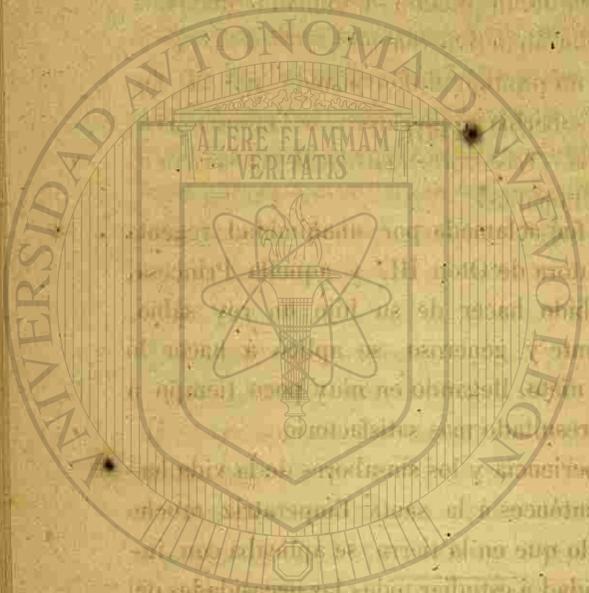
—Gracias, señora, repuso Teofania; gracias por vuestro perdon; mi temprana muerte es un castigo del cielo que tengo bien merecido por mis crueldades contra vos... cuando yo ya no exista, cuidad de mi pobre hijo... quedándole vos... no es huérfano; ¡enseñadle á rogar por mí y rogad vos misma por la salvacion de mi alma...!

Estas fueron las últimas palabras que habló Teofania.

Sus ojos se cerraron y una agonía corta y dolorosa puso fin á su vida.

La venganza de un amante desdeñado arrebató su existencia con un activo veneno.

Su muerte no produjo el desconsuelo que la de su esposo; era soberbia, imperiosa y se la temia más que se la amaba. ¡Triste prerogativa de los caracteres fuertes é indomables!



XVIII.

Adelaida fué aclamada por unanimidad regenta del reino y tutora de Oton III, y aquella Princesa, que habia sabido hacer de su hijo un rey sábio, fuerte, prudente y generoso, se aplicó á hacer lo mismo de su nieto, llegando en muy poco tiempo á conseguir el resultado más satisfactorio.

Ya la experiencia y los sinsabores de la vida hacian pensar entónces á la santa Emperatriz mucho más en el cielo que en la tierra; se aplicaba con incesante actividad á estudiar todas las necesidades del Estado y á remediar y precaver cuantos males le afligian; pero miraba esto como una pesada carga y ofrecia á Dios su grandeza en sufragio de sus culpas.

Las primeras providencias de la Gran Emperatriz fueron para colmar de mercedes y beneficios á los que habian sido sus mayores enemigos y se habian mostrado más encarnizados en su persecucion; parecia no acordarse de ninguna de las injurias que le habian inferido y los miraba como á sus más queridos hermanos.

Su caridad se acrecentaba cada día, y era tan ardiente que la hacía olvidarse de sí misma; no había artificio de que no se valiese para socorrer la indigencia y descubrir á los verdaderos necesitados.

Ya se disfrazaba de peregrina; ya de mujer del pueblo; ya se dirigía á los hospitales sola y sin séquito alguno para curar á los más repugnantes enfermos; las puertas del palacio imperial no se cerraban á ninguna hora para los necesitados, y todos los que sufrían hallaban allí amparo, justicia y consuelo.

Un gran dolor vino á amagar la existencia de la santa y ejemplar Emperatriz; la muerte de su hermano Conrado de Borgoña. En memoria de aquel Monarca, fundó y dotó el convento de Porthenay, y no pasaba un sólo día sin que hiciese decir misas y oraciones por el alma de su hermano.

Este dejó un hijo llamado Rodulfo, que, coronado, fué el III de este nombre; pero, excesivamente severo para reinar sobre unos vasallos acostumbrados á la blandura de su padre, empezó á abrumarles á impuestos y á exacciones que ellos no quisieron ni pagar ni reconocer.

Rodulfo, demasiado duro para perdonar y no queriendo tampoco llevar adelante un rigor que podía traer fatales consecuencias para el reino, recurrió á los sábios consejos de su tía, que se los dió con el amor de una madre tierna.

«Hijo mio, le escribía, todos los superiores deben tratar de saber, ántes de mandar, si el carácter de sus súbditos, si sus circunstancias particulares les permitirán cumplir su mandato; hay que examinar hasta qué punto se podrá contar con la obediencia, para no exponerse á conflictos penosos, que traen gravísimas consecuencias.

»Si la razón natural, si el buen juicio y la madura reflexion nos dicen que la obediencia es posible, y áun necesaria, nada debe desanimarnos, y si ésta no sigue al mandato, si á éste responde la voz de la rebelion, entónces es forzoso echar mano de un prudente rigor.

»Sé suave y benigno para que te amen, no tirano y duro para que te teman, porque un buen Rey no debe conquistar con la espada, sino con el corazón.

»Prefiere que te llamen el *misericordioso*, á que te llamen el *justo*; este último dictado es ménos envidiable.

»Tú has dado un paso en falso, y ya no lo puedes evitar; yo iré á sacarte de este conflicto y te devolveré el amor de tus vasallos, que te ruego no vuelvas á perder.»

En efecto, así que la Emperatriz pudo dejar la Alemania, marchó á pacificar la Borgoña, lo que consiguió de la manera más completa.

Reunió á todos los habitantes de la ciudad más

rebelde, que era donde tenia su córte Rodulfo, y les arengó con tal fuego y con tan grande elocuencia, que cada uno de ellos prorrumpió en sollozos, y todos corrieron á arrojarse á los piés del ofendido Monarca.

—¿Y qué? les dijo la Emperatriz cuando lloraban á sus piés, con aquella dulzura majestuosa que hacia su elocuencia incomparable; ¿pensais, pobres obcecados, vivir sin yugo? ¿No sabeis que la absoluta libertad es el más grande de todos los males? ¿No sabeis que el que es absolutamente dueño de sí mismo se halla como el pobre náufrago que batalla con los elementos embravecidos? Amad la obediencia que el Señor os ha impuesto como un precepto que os liberta de inmensas responsabilidades. Ese mismo Dios, soberano señor del cielo y de la tierra, obedeció á sus padres, y enseñó, con el ejemplo, que el respeto es una ley sabia y saludable.

Mirad en Rodulfo, no un tirano odioso, sino un padre severo que se desvela por vuestro bien y por veros dichosos; no todos los padres son débiles y blandos; pero todos son buenos para sus hijos.

De esta suerte y con su prudente é incomparable sabiduría, calmaba Adelaida la efervescencia de los ánimos; á cada uno decia lo que debia moderar sus iras; á cada uno lo que debia hacerle entrar en el camino del deber.

Despues que dejó sometidos á los rebeldes bor-

goñeses, Adelaida fué á visitar el monasterio de Porthenay y permaneció allí algunos dias; sentia que sus fuerzas se debilitaban y que la corona y el cetro le fatigaban más que nunca.

Deseosa de visitar las demás iglesias de la Borgoña, emprendió su peregrinacion, pues casi como peregrina caminaba modesta y pobremente, dejando en todas muestras de liberalidad y mejorando la suerte de las pobres familias de la Borgoña; la iglesia de Tours le debia grandes mercedes; despues de visitadas las iglesias, recorrió todos los monasterios de Italia y de Alemania, dotándolos generosamente y previniendo todas las necesidades que podian experimentar en lo sucesivo.

Contando ya Oton III diez y siete años, volvió Adelaida á Alemania para asistir á la ceremonia de su coronacion en Roma, que fué magnífica, y dejándole ya sentado en el trono del imperio, se retiró al convento de Seltz, en la Alsácia, que habia sido construido magníficamente á sus expensas.

Poco despues de haberse encerrado en aquel pacífico retiro, empezó á decaer su salud; contaba ya sesenta y ocho años y era tanto lo que física y moralmente habia padecido, que admiraba hubiera podido llegar al fin de tan dilatada carrera.

Aún conservaba en aquella época una admirable belleza; la santidad de su vida habia vestido su semblante de una expresion sublime; sus cabellos coro-

naban como un velo blanco su frente venerable; sus ojos estaban llenos de luz y de una plácida y dulce expresion; era suave su sonrisa como la de la aurora y de sus labios brotaban dulces y perfumadas las flores de la elocuencia.

Empezó á apoderarse de ella una extrema debilidad que la fué dejando trasparente de puro delgada: sin embargo, Adelaida no suspendia por eso sus ayunos y mortificaciones, y dormia en una tarima de madera.

Poco á poco y dulcemente se extinguió como una luz; conoció cuándo se acercaba su última hora y se preparó á morir con la santa serenidad del que va á buscar su verdadera pátria.

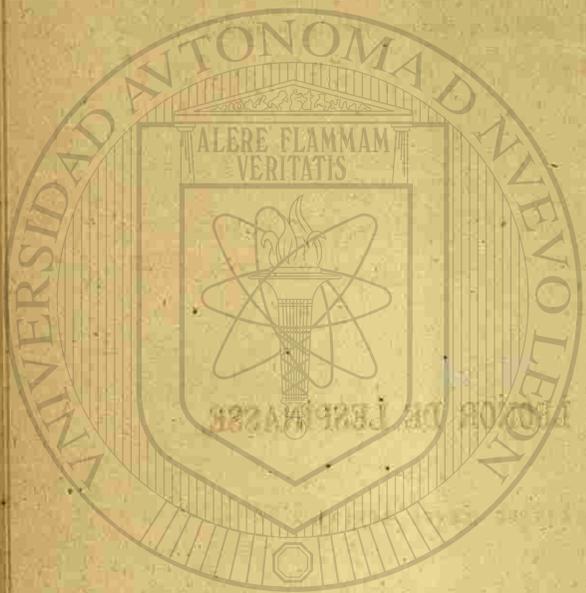
Dicen algunos historiadores respetables que la santa Emperatriz Adelaida falleció el año 996, y otro que pasó á mejor vida el 999. Lo que todos aseguran es que fué el diez y seis de Diciembre, y que la Alemania, la Francia y la Italia se cubrieron de luto y la lloraron como á una madre tierna y cariñosa durante largo tiempo.

La Iglesia canonizó á la Emperatriz Adelaida por sus esclarecidas virtudes, entre las que sobresalia la de la paciencia, que fué siempre en ella inquebrantable y ejemplar.

El Papa Silvestre II la ha llenado de alabanzas, y yo he querido hacer conocer á mis lectoras esta gran Princesa, que luce entre las glorias de nuestro

sexo como un brillante de magnificos resplandores, por el perfume de dulce y angelical mansedumbre que dejó tras sí, como un ejemplo elocuente de lo que vale esta virtud y de lo necesaria que es en la vida de la mujer.

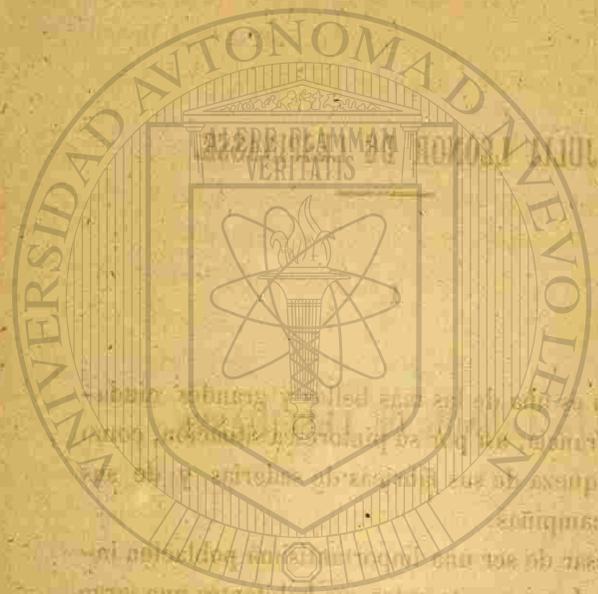
FIN DE SANTA ADELAIDA.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

JULIA LEONOR DE LESPINASSE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JULIA LEONOR DE LESPINASSE.

I.

Lyon es una de las más bellas y grandes ciudades de Francia, así por su pintoresca situación, como por la riqueza de sus fábricas de sederías y de sus fértiles campiñas.

A pesar de ser una importantísima población industrial, Lyon cuenta entre sus habitantes una gran parte de nobleza, que ocupa sus magníficos y blasonados edificios; de esta clase aristocrática hay una porción que posee rentas colosales, y otra que apenas tiene con qué vivir á la sombra de sus blasones.

A esta segunda clase pertenecía el conde de Albon, hijo quinto de una casa ya no muy rica, y padre de seis niños, todos de corta edad.

Ciertamente nadie hubiera advertido en el aspecto del Conde la penuria con que éste vivía; digno hasta la severidad, de carácter firme y duro, era á

la vez justo, recto, y se hallaba dotado de una claridad de juicio muy poco comun.

Se habia casado, á los cuarenta años, con la señorita Ursula de Laboulaye, hija de un magistrado del Parlamento de Lyon y que sólo contaba diez y siete.

Mlle. de Laboulaye era muy pobre y no habia aportado al matrimonio dote alguno; pero sus padres habian tenido los suficientes recursos para educarla bien á ella y á sus dos hermanas; era, además, de un carácter angelical, ó por mejor decir, no tenia carácter, y su marido pudo imprimirle todos sus gustos, del mismo modo que se imprime la marca de un sello en una plancha de cera caliente.

El pensamiento de esta jóven se leia claro en sus ojos azules, como se ven las guijas pintadas, que ocupan el fondo de un arroyo, á través del agua azulada y cristalina. Ursula nada deseaba fuera de su casa, y su sonrisa era dulce é ingénua.

Educada por su madre en sólidos principios de piedad y devocion, la palabra *deber* encerraba todos los sacrificios, hasta el de su vida; así colocó en su marido toda la ternura de que su alma era capaz, y despues fué amando á cada uno de sus hijos con una ardiente y entusiasta pasion.

A los ocho años de casada, la condesa de Albon tenia seis hijos y contaba apénas veinte y seis años, Ni su repetida maternidad, ni el trascurso del

tiempo, habían alterado las gracias de Ursula, que eran de las que parecen inalterables; más que en una perfecta belleza, consistia su seduccion en el encanto de la sonrisa, en la expresion pensativa y dulce de sus grandes ojos, y en el exquisito sello de distincion que imprimia á cuanto hacia y á los menores detalles de su traje.

Ursula no enamoraba á primera vista; pero iba cautivando poco á poco y para siempre el corazon y el pensamiento.

En cuanto á su esposo, hombre criado y casi envejecido en Paris, amaba á Ursula con esa última pasion, que es la más fuerte de todas; ella era su vida; ella reasumia para el Conde todas las ilusiones y todas las esperanzas; hubiera dado por Ursula á todos sus hijos, y los amaba, más por ser hijos de Ursula, que por ser suyos.

Una noche, en que ésta y su marido debian ir á un baile juntos, la Condesa se dirigió á su tocador para vestirse; pero, al mirar al reloj y al ver que era temprano, se recostó en su canapé y se durmió.

Poco despues entró el Conde; el traje de su mujer estaba preparado sobre un sillón; en la mesa de tocador habia un ramillete de rosas y jazmines, flores muy raras en aquella estacion.

El Conde se acercó á Ursula de puntillas, tomó el ramillete y lo examinó con sorpresa; ¿quién podia haber traído á su mujer aquellas flores?

En el centro se veía la punta de un papel.

El Conde lo sacó y vió que era una declaración sin firma; volvió á dejar el ramillete; se sentó; bebió un vaso de agua de un golpe, y esperó.

Ursula abrió los ojos y se levantó asustada.

—¿Qué hora es? preguntó.
—Temprano, dijo el Conde; pero ya te puedes vestir.

—¡Ah! ¡Qué hermoso ramo! exclamó la Condesa; ¿esta es una cariñosa sorpresa tuya, verdad? Toma, toma un abrazo.

Los niños entraron y rodearon al Conde, alegres con la caricia que le hacía su madre; en un matrimonio, la presencia de los hijos no impide ninguna expansión; los hijos son las sombras rosadas de la felicidad.

El Conde creyó ver en la entrada de sus hijos una protesta de la inocencia de la madre; además, la exclamación de Ursula había sido demasiado leal y espontánea.

Abrazó á la madre y á los hijos, y salió con aquella, feliz al verla tan hermosa.

Al volver á su casa, dijo á su ayuda de cámara:

—Infórmate de la doncella de la señora Condesa, de quién ha traído el ramo que llevaba esta noche.

—Yo lo he visto traer á una ramilletera, contestó el criado.

—¿Podrías encontrarla?

—Sí, señor.

—Mañana á las ocho tráela aquí, á mi cuarto, bajo el pretesto de un encargo de flores.

El Conde averiguó fácilmente que el ramillete había sido pagado y enviado por un caballero joven y gallardo, del mismo departamento; que habitaba con su madre, viuda y rica, un castillo de las cercanías y había ido á Lyon por poco tiempo.

El Conde corrió en su busca; al oírle anunciar, una palidez ligera cubrió el rostro del joven, que se vestía delante de un espejo.

—Caballero, le dijo el Conde, luego que el criado se retiró; mi visita será corta; sé que perseguís á mi mujer; desistid del propósito de seducirla, pues os mataré, lo que será una lástima, porque vuestra madre morirá también de dolor: si no os mato, me matareis á mí, lo que tampoco os será agradable, pues además de tener que espatriaros para evitar que os alcancen las severas leyes que hay sobre desafíos, mi memoria os perseguirá hasta en la hora de vuestra muerte. Mi mujer vale mucho para su marido; para vos no valdría la mitad, porque no sois capaz de apreciarla.

El joven quedó mudo de asombro oyendo aquel lenguaje; luego, se acercó al esposo de Ursula, y le dijo con nobleza:

—Quiero probaros, señor Conde, que valgo más de lo que pensais, renunciando desde ahora á la

mujer á quien amo; hoy me vuelvo al lado de mi madre, para no turbar vuestro reposo conyugal.

Y así fué; el jóven salió aquella noche de Lyon, sin que el casto reposo de Ursula se hubiera turbado, pues habia ignorado el efecto que habia hecho en el corazon enérgico y terco del caballero, quien en realidad valia muy poco á pesar de los buenos propósitos de su razon.

Y así fué; el jóven salió aquella noche de Lyon, sin que el casto reposo de Ursula se hubiera turbado, pues habia ignorado el efecto que habia hecho en el corazon enérgico y terco del caballero, quien en realidad valia muy poco á pesar de los buenos propósitos de su razon.

Algunos meses despues, el conde de Albon tuvo que hacer un viaje á la Martinica para recoger una herencia inesperada y considerable de una parienta lejana.

Ursula, para gastar ménos, propuso á su esposo retirarse con sus hijos á un antiguo castillo, que tenían á tres leguas de Lyon, y cuya posicion era muy pintoresca.

El Conde accedió, y, ántes de emprender su viaje, dejó instalada allí toda su familia.

Partió despues llevando en el alma una tristeza profunda; era la primera vez que se separaba de su esposa.

A los pocos dias de haberse ausentado su marido, la Condesa paseaba con su hija mayor, encantadora niña, que aún no tenia ocho años.

Era el mes de Mayo; la hija cogia fresas en una praderita sombreada por algunos manzanos cargados de dorado fruto, y su madre leia teniendo á su lado una sombrilla y un libro.

—Mamá, allí viene un caballero, dijo la niña.

La Condesa levantó la cabeza, y vió, en efecto, acercarse á un hombre vestido con elegancia, y que caminaba con la cabeza inclinada.

Al pasar cerca de la niña, la vió y se detuvo admirado.

—¿Qué haces aquí, encantadora criatura? le preguntó: ¿de dónde eres?

—De aquel castillo, respondió la niña.

—¿Cómo te llamas?

—Antonieta.

—¿Cómo no te he visto yo hasta ahora?

—Porque estábamos en Lyon.

—¿En Lyon!

—Sí, ahora papá se ha ido á la Martinica, y mamá, mis hermanas y yo estamos aquí; mirad, mamá está allá debajo de aquel tilo.

El caballero se volvió; miró á la Condesa y se puso pálido y luego muy encarnado.

Ursula respondió á su saludo con la tranquilidad de la persona que saluda á un desconocido á quien vé por la primera vez.

—¿Quiéres venir conmigo á un jardín donde hay muchas flores? preguntó el caballero á Antonieta.

—Con mucho gusto, si mamá quiere, dijo la niña mirando á la Condesa.

—Vé, querida mia, repuso Ursula; vé y dá gracias á ese caballero.

El jóven y la niña se fueron asidos de la mano, despues de haber dicho aquel á la Condesa:

—¿Me permitireis, señora, que lleve á la niña á su casa? Tal vez nos entretengamos demasiado...

—Con tanto más gusto, caballero, cuanto que yo voy á retirarme ya, dijo Ursula; mis demás hijos me esperan.

Dos horas despues, el amable vecino llevó á Antonieta al lado de su madre.

La niña traía un verdadero haz de flores, y muchos dulces para sus hermanas, flores y dulces que, segun dijo aquella, le habia regalado la mamá de su amigo Hugo.

Este aceptó el asiento que la Condesa le ofreció en su modesto saloncito, cuyo mejor ornato eran los seis ángeles que la llamaban madre.

Tan apacible cuadro de familia no apagó las malas resoluciones del caballero Hugo, quien allí mismo organizó un plan de seducción.

—Mi madre ignoraba que tuviese la dicha de ser vecina vuestra, señora, dijo Hugo á la Condesa; á saberlo, hubiera venido á visitaros.

—Yo iré mañana á darle gracias por la amable hospitalidad que ha dispensado á mi Antonieta, repuso graciosamente Ursula; por lo demás, caballero, hace tan poco que hemos llegado, que aún no hemos ofrecido á nadie mi casa.

Al día siguiente fué, en efecto, la Condesa á visi-

tar á la anciana madre de Hugo, señora verdaderamente piadosa y distinguida que acogió á aquella con la más afectuosa cordialidad.

Poco á poco las dos familias se hicieron una sola; los hijos de Ursula alegraban el silencioso castillo de Hago, y extendían al rededor de su anciana madre un perfume de juventud y de vida.

En el corazón de la Condesa, se abrían también todas las flores de esa primavera del alma que se llama amor, y que, una vez agostada, casi nunca reverdece por completo: viendo á Hugo todos los días, oyéndole, aspirando la corriente eléctrica del amor, comprendió que su corazón se abría á mil impresiones nuevas, y que hasta entonces aún no habían vivido; el afecto tranquilo, que profesaba á su marido, en nada se podía comparar al que Hugo le inspiraba; había creído amar, y se había equivocado.

La pasión no razona, y Ursula llegó á amar con una verdadera pasión al que ya en Lyon había querido seducirla, ignorándolo ella.

En cuanto á Hugo, respondía á los reproches de su madre con las razones que dan los hombres sin creencias á todos los desórdenes á que les arrastran sus pasiones.

—Yo huí de la Condesa, y el destino me la envía aquí: yo la amo; ¿por qué he de resirtir á mi corazón? Eso sería ridículo á fuerza de ser nuevo.

—Pero ¿y su desgraciado marido? ¿Y sus inocentes hijos? decía juntando sus manos la piadosa y buena madre.

—Un marido que tiene una mujer tan extremadamente hermosa como Ursula no debe alejarse nunca de ella.

—Ya sabes que le ha llamado un deber imperioso, hijo mío, prosiguió la anciana; las razones que das para justificar la seducción de una mujer buena y honrada, hasta hoy, de una madre de familia, son tales, que veo que tu estancia en París, como hombre rico y desocupado, te ha pervertido profundamente; tu sequedad de corazón será el castigo mayor de la desventurada Ursula; castigo cruel, pero común á las desgraciadas cuya razón no es bastante sólida para guiarlas; yo compadezco con toda mi alma á esa infeliz mujer, y la advertiré del peligro que corren su honra y la de su marido.

—Es tarde, madre mía.

—¡Cómo! ¿Habrá ya dado el último paso en la fatal senda que sigue?

—La Condesa no podrá, dentro de poco tiempo, ocultar las más fatales consecuencias de su debilidad.

La madre de Hugo dejó escapar un hondo suspiro, y luego dos lágrimas, hijas de ese dolor que es un veneno seguro para la vejez, se deslizaron por sus pálidas y marchitas mejillas.

Su conciencia de madre y de mujer cristiana estaba aterrada con la ruina y el deshonor de aquella familia; y, además, temía para su hijo la más terrible venganza del esposo tan inicua y ultrajado.

Hugo mismo estaba preocupado y sombrío; la admirable naturaleza de Ursula, el temple entusiasta y tierno de su alma, la ciega pasión que le dedicaba, no podían ser ni comprendidos ni apreciados por aquel hombre tan sumamente vulgar, maestro, sí, en toda clase de seducciones, pero ignorante completamente en cuanto á las delicadezas del corazón.

El castigo de todos los sacrificios culpables, consiste en que éstos no son comprendidos ni apreciados.

Ursula iba conociendo su error poco á poco, pero esta lentitud tenía una seguridad terrible; un ramillete á cuyas flores arranca el viento una sola hoja cada día, llega al fin á quedar del todo deshojado.

El idolo que ella se había complacido en elevar sobre un pedestal de oro, era de barro, y caía deshecho en mil pedazos.

Una mañana se levantó Hugo á la aurora y salió para París, dejando un billete para su madre y otro para la Condesa, en los que les avisaba que iba á Inglaterra y luego á Alemania, donde le llamaban asuntos de gran interés.

Ursula lloró toda la sangre de su corazón, y, en algunas horas, sus cabellos encanecieron, y su rostro se cubrió con una palidez que ya no debía desaparecer jamás.



III.

El conde de Albon procuraba activar todo lo posible sus asuntos para volver al lado de su familia; en las primeras cartas, Ursula le hablaba con entusiasmo de la familia vecina á su castillejo, y le alababa la bondad y nobles cualidades de la madre, y el bello carácter de Hugo, no ménos que su vasta instrucción.

El nombre de Hugo sobresaltó al Conde; así se llamaba el que puso el billete en el ramillete que habían llevado á su mujer.

En la segunda carta, la Condesa se ocupaba ménos de Hugo; en la tercera ni siquiera le nombraba.

El Conde, lleno de una zozobra mortal con estos síntomas alarmantes, y que á él, como hombre de mundo, le eran muy conocidos, dejó un encargado para sus negocios, y se embarcó en una fragata que salía para Francia.

Del puerto corrió sin descanso á la casa de campo donde habitaba su familia, y preguntó por su mujer.

Le dijeron que estaba en el parque, y, arrojando la brida del caballo á su criado; se dirigió al parque.

Sus hijos jugaban á la sombra de los viejos árboles: Ursula, sentada á pocos pasos de ellos, tenia la frente entre las manos, y seguía, con una mirada desolada y fija, las hojas secas que barria el viento de aquella tarde de otoño.

—¡Papá! gritó uno de los niños, corriendo hácia su padre.

—¡Papá! repitió Antonieta, corriendo también hácia él. ¡Ven! ¡Ven! ¡Aquí está mamá!

Ursula dejó escapar un grito desgarrador; se puso de pié como movida por un resorte, y en seguida se dejó caer de rodillas, mirando á su marido con los ojos dilatados por el espanto.

El aya de los niños, que andaba herborizando con un libro de botánica en la mano, acudió al grito de la Condesa, y, comprendiendo que algo muy terrible pasaba allí, reunió á los niños y se los llevó silenciosamente.

El Conde midió á su mujer con una ojeada de sangriento desprecio, y luego, alzando sobre ella su brazo, murmuró roncamente:

—¡Miserable!

Nada habia tenido que preguntar; la falta estaba allí, acusadora, terrible, sin negacion posible, á la vista del ofendido esposo.

La desgraciada mujer no se movió; el Conde pa-

só la mano por su frente, consiguió serenarse por un violento esfuerzo, y dijo:

—¡Levantáos!

Ursula obedeció.

—Muy cambiada estais, dijo el Conde tras una pausa con una amargura fria y concentrada; ¡más feliz y más bella os dejé! ¿Qué ha hecho por vos, más que yo, ese hombre de quién sin saberlo vos, os habia ya librado?

Ursula no respondió; todo su cuerpo temblaba como sacudido por la fiebre y el terror.

—No tembleis, prosiguió el Conde; escuchadme y separémonos lo ántes posible; esta escena nos mata á os dos, y yo quiero vivir para mis hijos. ¡Desde hoy, sois viuda, y libre; ahora ireis á encerraros en vuestro cuarto; yo me llevaré á mis seis huérfanos; os dejo este castillo, y cuatro mil francos de renta anual; hoy es casi todo lo que poseo; pero en tanto que se arregla mi herencia de la Martinica, trabajaré para mis hijos; por el vuestro... ¡Ya mirará su padre, como es natural!

Ursula respondió sólo con un ronco sollozo.

—Dentro de algunas horas, prosiguió el Conde, salgo para París; quedad con Dios, y él os perdone.

—¿Os llevais á mis hijos? gritó la Condesa, levantándose con la energia de la desesperacion.

El Conde en vez de responderle, fijó sobre ella la misma mirada fúnebre y cubierta de sangre con

que ya la habia envuelto como un velo de muerte; y luego, como si no pudiera soportar la vista de la mujer á quien tanto habia amado, huyó de aquellos sitios.

La Condesa corrió detrás de él; pero su marido entró en su habitacion y cerró por dentro pasando el cerrojo.

Ursula, medio loca de terror, fué al cuarto de sus hijos; pero éstos no se hallaban allí, sino en el de su padre, á donde, desde el parque, los habia conducido el aya.

La Condesa se arrodilló junto á aquella puerta cerrada, llorando las últimas lágrimas que aún quedaban en sus ojos.

Por la tarde se abrió aquella puerta: el Conde, vestido de viaje, salió delante; detrás de él iban los seis niños con el aya; todos estaban vestidos de camino.

A la vista de su mujer, aniquilada por un dolor mortal, el Conde se puso pálido como un cadáver.

—Hijos míos, dijo, abrazad á vuestra madre; se queda aquí porque está enferma.

—¡Yo me quiero quedar contigo, mamá! dijo la rubia Antonieta.

—¡No, hija mia, no! murmuró Ursula; véte con tu padre y tus hermanos; yo debo quedarme sola aquí.

Los seis niños abrazaron sin lágrimas á Ursula;

estaban tan contentos! ¡Acababan de hallar á su patrás una larga ausencia, y además iban á París.

Su madre, silenciosa y desesperada hacia algunos meses, les olvidaba, y ya no era el objeto de su tierna predileccion.

La niñez, como la vejez, es egoista; sólo la juventud, como la edad de las pasiones, es generosa y está llena de abnegacion.

Alejóse en dos coches de camino toda la familia de Ursula, y ésta, al dar la vuelta los carruajes en una eminencia que la robaba á su vista, cayó de rodillas, y alzando los ojos y las manos, exclamó:

—¡Dios mio! ¡Ya sólo me quedais vos!



IV.

La madre de Hugo vino á ver la condesa de Albon, que la recibió con frialdad; el recuerdo del amante quedaba en aquella alma dolorida como una mancha negra.

—Nadie os ama y os compadece como yo, pobre hija mia, le dijo la anciana señora; la criatura que vais á dar á luz, es todo lo que me resta en el mundo, pues mi hijo, ingrato para vos, no lo ha sido menos para mí; no sé donde está, ni me escribe; en cuanto á vos, permitidme que me cuide de lo que os conviene, y, sobre todo, de lo que conviene á la dignidad; no estais separada judicialmente de vuestro esposo, y por lo mismo llevais su nombre; cuidemos de los restos de su honor, tan cruelmente despedazado; vos, hija mia, no podeis dar á luz en la casa que ha sido de los padres de vuestro marido, á esta infeliz criatura que vá á nacer; yo he escogido para que nazca un asilo humilde, pero seguro; así que os sintais mal, avisadme.

Ursula no pudo menos de agradecer á la madre

de su seductor aquella delicadeza, y aceptó su proposición; cuando los primeros síntomas del parto se presentaron, ambas mujeres marcharon á Lyon, á donde llegaron ya entrada la noche, dirigiéndose en seguida á una de las más retiradas calles de la ciudad.

Cuando Ursula bajó del carruaje que las había conducido, vió sobre la puerta, donde se había detenido, una muestra de comerciante en sedas, y debajo este nombre y apellido;

CLÁUDIO LESPINASSE.

La anciana llamó, y una mujer de fisonomía placida y bonachona, vino á abrir.

—¿Nos esperábais, señora Brígida? preguntó la madre de Hugo.

—Sí, señora, contestó la interpelada; mi marido y yo, prevenidos por vuestra carta, estábamos hablando ahora de vuestra llegada: todo está preparado; subid, señoras, subid.

Las dos damas pasaron por la tienda, que era pequeña y antigua; atravesaron la trastienda, y subieron por una escalera estrecha, que conducía á un descansillo donde se abrían varias puertas.

Una de ellas era de una salita muy modesta; en el centro había una mesa, y sentado á ella, acabando de cenar, un hombre como de cincuenta años, en cuya casa se leía la paz de una vida laboriosa y de una conciencia tranquila.

Sus cabellos, ya grises, estaban peinados con esmero, y guarnecían una fisonomía inteligente y en la que se veía impresa la nobleza de una alma recta y bondadosa.

—Mi querido Sr. Claudio, dijo la madre de Hugo, ante todo quiero daros mil gracias, así como á vuestra digna esposa, por la complaciente bondad con que os habeis prestado á concedernos el inmenso favor que os he pedido. Dios os premiará esta buena obra que habeis de añadir al largo catálogo de las que habeis practicado en vuestra vida.

—No necesito más recompensa que el placer de seros útil en algo, señora, contestó el buen mercader; soy tan dichoso cuanto puedo serlo; mis dos hijas están bien casadas; mi hijo es la honra de mi casa y el que sostiene su crédito; todos tres nos respetan y nos aman á mi esposa y á mí para pagarnos el amor que les tenemos y el constante buen ejemplo que les hemos dado; cuando se ha caminado, como nosotros, dos tercios de la vida, se llega al fin del último sin sobresalto, sin ambición, con la paz en el alma y la sonrisa en los labios.

Ursula suspiró; aquella apacible y humilde existencia formaba el contraste más doloroso con su amarga situación.

La señora Brígida encendió una bugía y condujo á las dos señoras á una salita del piso segundo, en la que había una cama muy cómoda y muy bien mu-

llida, y un mueblaje modesto, pero brillante de limpieza.

En el centro de la estancia y en una mesa redonda, había servida un sencilla colacion.

Ante el alegre fuego que ardia en la chimenea, una cafetera dejaba oír ese agradable rumor del agua en ebullicion que espera el aromático té para convertirlo en una deliciosa bebida.

Todo estaba preparado con vigilante esmero; además de dos bugías colocadas en la mesa de la colacion, ardia sobre la chimenea un lamparilla; una cuna de caoba, muy sencilla, situada junto al lecho, mostraba su colchoncito de pluma y su blanca ropita de tela de hilo, semicubierta con una colcha de seda color de rosa.

Aquella estancia parecia más la cámara conyugal de una esposa casta y honrada, que la habitacion donde una mujer culpable iba á dar á luz un hijo adulterino.

La anciana señora tomó algun alimento, y Ursula, acosada ya con violentos dolores, se recostó en el lecho.

—No hace falta ni aún la intervencion del médico, dijo la señora Lespinasse; yo entiendo lo bastante para ayudar y servir á la señora; para cuando se le avise hay un sacerdote dispuesto; yo llevaré al recién nacido, y vos, señora, sereis la madrina.

Algunas horas despues, la condesa de Albon dió á luz una niña.

Así que rayó el dia, la misma señora Brigida salió y volvió con una nodriza; y en seguida se bautizó en la iglesia de San Pablo la recién nacida, con los nombres de JULIA LEONOR DE LESPINASSE.

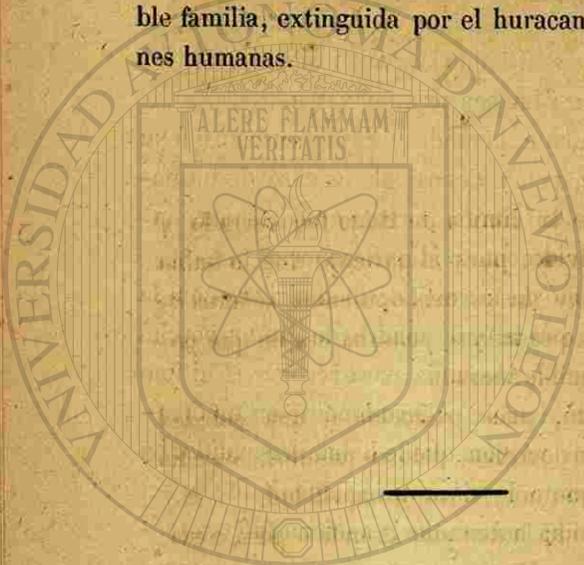
Al dia siguiente, la madre de Hugo aseguró á su nieta, por inscripcion depositada en casa de un notario de Lyon, 300 libras de renta anual, única cantidad de que libremente podía disponer.

Ursula volvió á su castillo; la nodriza, con la niña, á su pobre casa; y la madre de Hugo marchó precipitadamente á Alemania para recoger el último suspiro de Hugo, herido peligrosamente en un desafío con el conde de Albon, que le había perseguido. La pobre madre ya no le vió; murió impenitente y sin pensar en su hija; la pena de la anciana fué tan terrible, que en aquella tierra extranjera, que encerraba la sepultura de su hijo, abrieron tambien la suya, cuatro meses despues; acaso ofreció á Dios el sacrificio de sus últimos dias, para rescatar el alma de su hijo de la impenitencia final en que había muerto, que á tanto llega el amor de una madre.

Pidió que la sepultasen al lado de su hijo Hugo; y una pobre hermana de la caridad, que había velado su agonía, iba cada domingo á colocar dos hermosas coronas sobre aquella doble tumba.

Ella sola sabia el secreto de las grandes culpas y de los grandes dolores que encerraba.

Bajo ella reposaban los últimos restos de una noble familia, extinguida por el huracan de las pasiones humanas.



V.

El castillo de la familia de Hugo fué cerrado y condenado al olvido, pues el pariente que lo habia heredado, era uno de los más opulentos señores de la corte, y en lo que ménos pensaba era en que poseia aquella apacible morada.

Ursula quedó, pues, reducida á una soledad completa, y á sus acerbos dolores pasados, sucedió una dulce, aunque muy triste tranquilidad.

Su marido podia haber sido grande á poca costa, acordándole su perdon.

El verdadero, el terrible castigo de Ursula procedia del abandono, de la cobarde ingratitude del hombre á quien tanto habia amado.

Ursula estaba curada de su pasion y triste hasta la muerte.

En la amistad de su marido hubiera hallado quizá más arrepentimiento y más dolores, que en su olvido é indiferencia; las deudas pagadas no hacen ya peso, y Ursula pagó su falta al precio más amargo que un marido puede imponer.

No teniendo derechos, no tenia tampoco deberes, más que respecto de sí misma y de su hija.

Pero en la ruptura del lazo conyugal, de aquel lazo tan dulce, y que durante tantos años los habia unido, no fué Ursula el sér más desgraciado.

Su marido la castigaba; pero la adoraba. Sus hijos no podian llenar el vacío que la compañía y la sola vista de su culpable cuanto desgraciada esposa dejaban en su corazon.

Asombrado vagaba en su gran casa de París, no ya pobre, como cuando vivia con ella, sino rico con la cuantiosa herencia que recogiera en la Martinica: pero, lleno de dolor, se preguntaba de qué le servia aquella riqueza que no podia partir con la que habia llenado su corazon, con aquella cuya imágen no podía separar de su memoria.

¿Dónde estaba el eco dulce y gracioso de la risa de Ursula? ¿Dónde el débil canto, que dejaba escapar como el trino de un pájaro, cuando regaba sus macetas, cuando bordaba, cuando arreglaba sus cajas y sus vestidos? ¿Dónde aquella animacion, aquella vida, aquel rastro luminoso, que Ursula dejaba en pós de sí? ¿Dónde aquel plácido é interesante rostro que pintaba una alma noble, inteligente y buena? ¿Dónde el soplo invisible, perocálido y vivificador que hacia más sabrosa la comida, más blando el lecho, más agradable la casa? ¿Dónde el piadoso y consolador murmullo de la oracion que Ursula hacia

cada noche y cada mañana, arrodillada al pié del lecho conyugal?

El Conde sentia á su alrededor el vacío del sepulcro, porque era un hombre superior, cuya alma no se nutria del vil materialismo; el cieno le horrorizaba y huia de él con el altivo decoro de un instinto delicado y noble; él no podia tener, ni buscar, ni aceptar esos amores pagados, ni esas pasiones culpables y desordenadas que el mundo ofrece; probó á alimentar la ambicion, y no era ambicioso; las intrigas y las decepciones le fatigaron igualmente; se refugió en el estudio de las ciencias, y su helada aridez le espantó de muerte; ¿para qué queria él saber más de lo que sabia, si ignoraba la ciencia de ser feliz, única de que necesitaba?

Ya no sentia sobre su techo el roce de las alas del ángel de la guarda que Ursula imploraba con sincero y cándido fervor; yá no hallaba en sí mismo fuerza ni valor para emprender nada noble; si tenia una alegría, se decia al instante;—¿de qué me sirve si ella no la ha de participar?—Si le agobiaba un dolor, exclamaba; —¡Ella me hubiera consolado!

¡Ella! Esta palabra estaba siempre en el corazon y en los labios del Conde; ninguno de los hijos de Ursula se la asemejaba; sus hijas eran más bellas; pero bellas con esa hermosura que nada dice al alma; sus hijos se parecian al Conde, y en ninguno de ellos se habia reproducido aquel organismo esquisito,

aquella sensibilidad delicada, aquella inteligencia superior, aquella gracia suprema, inimitable y que nunca se olvida.

Con sólo una palabra, el Conde se hubiera salvado del más atroz de los suplicios: con sólo escribir *ven*, Ursula hubiera ido á su lado con el doble apresuramiento de la gratitud y del deber; pero aquella palabra no se escribió por efecto de esa fuerza varonil que el hombre toma como una prueba de la fuerza de su carácter, y que es, no obstante, la más grande de sus debilidades.

Trás de muchos dias de negras cavilaciones y muchas noches de insomnio, un dia se decidió el Conde á poner por obra un deseo que le devoraba el corazon, sin querérselo confesar á sí mismo; ansiaba ver á su mujer, y este deseo, violentamente combatido en un principio tomó proporciones tan colosales, que llegó á ser más grande que su férrea voluntad.

Habia pasado un año, y su alma estaba hambrienta de la vista de aquella mujer, que era suya y á quien él rehusaba.

Muchos dias perdió el Conde en reconvenirse á sí propio de su debilidad; ocultó aquel deseo á los ojos del mundo entero acusándose de él como de una falta imperdonable; pero, á través de todas sus sábias y profundas reflexiones, una sola idea quedaba como esculpida con caracteres luminosos en el fondo de su alma.

¡Verla!

—Ella no me verá á mí, se dijo como para disculpar ante su razon aquella sublime debilidad de su corazon tierno y generoso; yo me ocultaré, y además iré de noche y nadie lo sabrá.

El Conde pretestó un negocio en Lyon, y dejó á sus hijos con el aya, en su casa de París.

En Lyon tomó un caballo, y se dirigió al humilde y vetusto castillo, que habia visto deslizarse los tranquilos dias de su infancia, y donde á la sazón vejetaba Ursula, pobre, triste y sola.

El edificio tenía sólo un piso, y el bajo; en una de las ventanas de éste, se veía una dulce claridad.

Eran las nueve de la noche; el Conde ató su caballo á uno de los corpulentos árboles, que formaban la avenida del castillo, y se adelantó pausadamente hacia la ventana iluminada.

Era una apacible velada de otoño, de esas que aun están impregnadas con los últimos perfumes del estío.

La ventana del aposento era grande y tan baja, que, acercándose el Conde, podia ver cuanto pasaba en el aposento, con sólo subir algun tanto en las ramas de un árbol, que habia casi tocando á la pared.

Así lo hizo; sirvióse de él, como de una escala, y se apoyó en las ramas más bajas, dirigiendo su vista á través de la ventana entreabierta, con una indescribible palpacion de corazon.

Ursula se hallaba sola, sentada ante una pequeña mesa redonda, que sostenía una lámpara; sobre la misma mesa, había un libro abierto, en el cual leía la Condesa, apoyando la mejilla en la palma de su blanca y delgada mano.

Aquella suave figura parecía más dulce por el contraste del traje negro que vestía, con la delicada elegancia de su talle, y la gracia tranquila de su rostro; sin embargo, aquel rostro blanco y satinado, como las hojas de la camelia, llevaba el sello de largas y crueles penas; sus ojos, velados por anchos y transparentes párpados, estaban rodeados de una aureola azulada, producto de largos días de llanto, y de eternas noches de insomnio; en las sedosas masas de sus cabellos castaños, se veían algunos mechones de plata, hijos, no de los años, sino del dolor.

Ursula acababa de cumplir veinte y ocho estíos.

Un encaje blanco, al derredor de su esbelta garganta, y otros dos, que servían como de marco á sus manos, constituían todo lo que alteraba su sobrio traje; pero los pliegues de la falda dibujaban una figura griega, con una esquisita pureza y una adorable gracia de líneas.

Ursula prosiguió leyendo algunos instantes; después, como fatigada, separó su vista del libro; cruzó ambas manos sobre las rodillas; sus hermosos ojos se perdieron en el vacío, y quedó entregada á una meditación, que debía ser muy dolorosa, porque

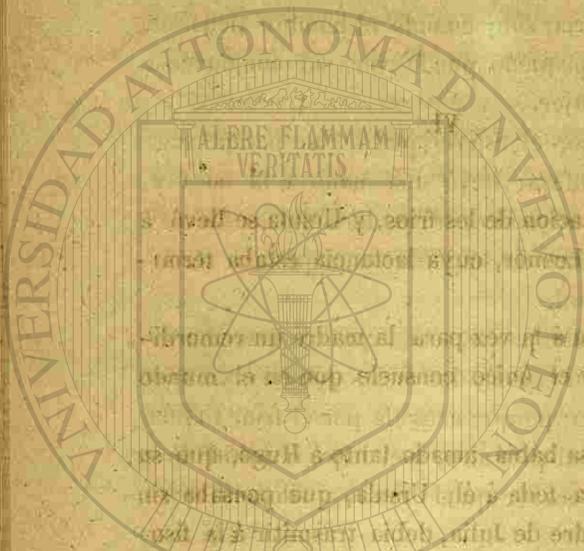
muy pronto dos lágrimas cristalinas cayeron por sus mejillas.

A la vista de aquellas dos gotas de llanto, el Conde iba á llamarla; sólo cuando el hombre tiene el corazón muy pequeño puede ver sin conmóverse llorar á una mujer.

Sin embargo, el esposo pudo aún parápetarse tras de su fortaleza; llevó una mano á la boca y bajó del árbol, huyendo para poder sollozar sin que nadie fuese testigo de su generosa pequeñez, de su sublime debilidad.

Desde aquella noche, cada quince días iba el Conde á ver á su esposa; dos meses después, ya sólo pudo ver la casa; porque acosada por el frío, Ursula subió á habitar el piso alto, y el bajo, ó destinado á la estación de verano, quedó mudo y silencioso como un sepulcro.

El Conde, después de un largo viaje, quedó reducido á contemplar un rayo de luz, que se escapaba de entre las espesas cortinas.



VI.

Pasó la estación de los frios, y Ursula se llevó á su hija, Julia Leonor, cuya lactancia estaba terminada.

La niña era á la vez para la madre un remordimiento vivo y el único consuelo que en el mundo tenia.

La Condesa habia amado tanto á Hugo, que su hija se parecia toda á él; Ursula, que pensaba sin cesar en el padre de Julia, debia transmitir á la fisonomía de su hija la imagen que llevaba en el alma.

Habiendo dejado de amar á Hugo, y muerto éste, esta semejanza era otro castigo para la Condesa.

Al terminar la primavera, Ursula recibió una carta de París, que la hizo estremecer; la letra del sobrescrito era del Conde, y las armas de éste se veian en el sello.

Ursula abrió la carta temblando, y leyó estas palabras, trazadas evidentemente con una mano trémula:

«Me quedan ya pocas horas de vida; venid, para

que os quedeis al cuidado de vuestros hijos, que os respetan y os creen inocente; mi deber era conservarles puro y sin mancha vuestro recuerdo; venid; os perdona y os espera;

EL CONDE DE ALBON.

Ursula lloró amargamente, al leer esta carta.

—¡Ah! exclamó; ¿por qué sólo ha sabido este hombre generoso ser grande al borde de la tumba? ¿Por qué ha sacrificado su vida á ese fantasma que se llama mundo? ¿Por qué ha rehusado ser dichoso? ¡Cruelles leyes del honor! ¡Vosotras habeis impuesto á mi marido un árido sacrificio, que ha dado por fruto su muerte, y que Dios condena, porque él no absuelve á los que dan demasiado tarde su perdón!

Julia volvió al lado de su nodriza, y madama de Albon tomó precipitadamente el camino de París.

Cuando llegó á la capital de Francia, sus hijos salieron á recibirla y la llevaron al lado del Conde, que ya no salía de su habitacion; la Condesa abrazó muchas veces y con un delirio apasionado á los seis niños, que la rodeaban llorando y riendo á la vez, colmándola de besos y de caricias; aquellos pequeños egoistas, que dejaron alegres á su madre, para irse á París tres años ántes, la echaban entónces de ménos, porque su padre, enfermo mortalmente, de nada les podia servir, clavado como estaba en un sillón por su dolencia.

Ursula se acercó al sillón en que el Conde de Al-

bon se hallaba recostado; el desdichado enfermo se asemejaba más á un espectro que á un hombre; el soplo corrosivo de la venganza y del dolor habia desecado toda la sávia de su naturaleza, y habia puesto del color del pergamino sus mejillas y su frente; sobre su cráneo amarillento, se balanceaban algunos mechones de cabellos blancos; sus ojos hundidos estaban apagados; no obstante, al yer á la Condesa, lució en ellos una rara y terrible mezcla de ternura y de rencor, de ódio y de indecible adoracion; dejándose llevar al fin del instinto feroz de la venganza, como para no desmentir la fragilidad humana, el Conde se volvió hácia su mujer, que se habia arrodillado junto á su sillón, y le dijo con voz cavernosa señalando á su vestido negro.

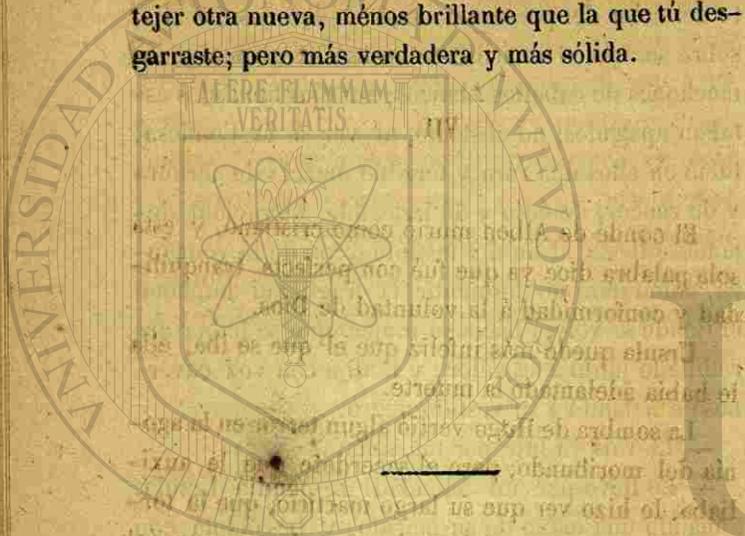
—¿Llevais ya luto por mí, señora?

—¡Le llevo por mi felicidad! respondió Ursula, tomando una mano de su marido, y besándola con humilde ternura, al mismo tiempo que dejaba caer en ella una lágrima.

La grandeza cristiana de aquella respuesta anadó el ruin espíritu de venganza que habia dictado la pregunta, y las llamas del instinto del mal se apagaron en las mejillas del moribundo.

—Ahora que he tenido el honrado valor de llamarte, quisiera tener la facultad de poder vivir, dijo el Conde trás una pausa; pero ya que esto no me sea posible, será feliz mi muerte, si estás á mi lado.

cuando yo muera trae á tu hija sin padre, entre tus demás hijos; yo te doy ese permiso, para que Dios me perdone el no haber sabido perdonar á tiempo. El no haber querido recoger los girones de mi dicha, para tejer otra nueva, ménos brillante que la que tú desgarraste; pero más verdadera y más sólida.



VII.

El conde de Albon murió como cristiano, y esta sola palabra dice ya que fué con perfecta tranquilidad y conformidad á la voluntad de Dios.

Ursula quedó más infeliz que el que se iba; ella le había adelantado la muerte.

La sombra de Hugo vertió algun terror en la agonia del moribundo; pero el sacerdote que le auxiliaba, le hizo ver que su largo martirio, que la tortura de su corazon, del cual no pudo arrancar el amor que profesaba á su culpable esposa, eran bastante expiacion de sus faltas.

Ursula cerró los ojos á su marido, y de buena gana hubiera dado toda su vida sólo por prolongar algunos años más la existencia de aquel; para ella duraba aún la expiacion, terrible, amarga; tenia que vivir.

Ella heredó el martirio de su esposo; y sólo despues de haberle perdido, fué cuando verdaderamente llegó á amarle con profunda y desolada pasion.

A pesar de la expresa recomendación de su esposo, la condesa de Albon no quiso llevar por entonces á Julia á su lado, y la dejó en casa de su nodriza; era muy pequeña y la buena mujer que la había criado, había perdido á todos sus hijos y la amaba apasionadamente.

Ursula se dedicó, con el más amoroso esmero, al cuidado de sus seis hijos, de cuya vista y compañía había estado privada por espacio de tres años; ella adoraba á todos; pero ninguno de ellos, excepto Antonieta, podía pagarle aquel profundo amor, porque sus naturalezas vulgares no admitían ni una leve parte de la ternura que llenaba el corazón de la Condesa.

Antonieta era la más cándida y afectuosa de sus dos hijas, y era también la que más había conservado el recuerdo de su madre, y la que se apegó á ella con una profunda adhesión; la segunda, cuyo nombre era Carolina, estaba dotada de una fatal naturaleza, solapada é hipócrita, que ocultaba bajo una exagerada humildad, una absoluta sequedad de corazón y una envidia devoradora.

Sus cuatro hijos estaban unidos por una terrible igualdad, pues todos eran bruscos, avaros y de carácter duro é inflexible.

La dulce y tierna naturaleza de la Condesa concentró todo su consuelo y todas sus simpatías en su hija mayor, que era la que mejor la comprendía, y

ámbas se identificaron, consolándose en sus dolores y partiendo sus alegrías.

—Mi querida Antonieta, dijo un día la Condesa á su hija, que ya contaba doce años; vas á acompañarme en un viaje que me es preciso hacer; ¿vendrás de buena gana?

—¡Oh, mamá, qué pregunta! exclamó la rubia niña, echando sus brazos al cuello de la Condesa; ¡ese viaje será una fiesta para mí! ¿Es largo?

—Un poco; vamos á Lyon; tengo que visitar á una niña... á la hija de una amiga mía.

—¡Dios mío! mamá, ¿qué tienes? exclamó Antonieta mirando asombrada á su madre; te has puesto muy encarnada, y tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Es que... amaba mucho á la madre de esa niña, repuso Ursula esforzándose por dominar su doloroso rubor; al morir, me encargó á su pobre é inocente Julia.

—¿Cuántos años tiene ahora? preguntó Antonieta.

—Va á cumplir cinco dentro de dos días.

—¿Y no tiene papá?

—No, hija mía.

—Como yo, dijo Antonieta con un suspiro.

—Sí, como el tuyo, su padre ha muerto.

—Ya que hemos de pasar con Julia el día de sus cumpleaños, ¿quieres que le lleve algunos juguetes míos, querida mamá, preguntó Antonieta; y además, la caja de dulces que me trajo ayer mi prima Amelia?

—Con mucho gusto, respondió la Condesa abrazando de nuevo á su hija; yo deseo, Antonieta mía, que ames á Julia como si fuera otra hermana tuya.

—Y así lo haré, dijo la niña; basta que sea huérfana y desvalida.

Por la tarde salieron para Lyon la Condesa y su hija. Carolina las vió subir al carruaje con una mirada de rencor; envidiaba á su hermana, y no sabia hacerse amar.

En la puerta de la casita de la nodriza, se hallaba sentada Julia á la llegada de su madre y de su hermana; era su asilo humilde y alegre, situado en la campiña á una legua de Lyon y que sólo albergaba á la nodriza, á su marido, á Julia y á una cabra blanca con manchas negras; este animal era la compañía constante de la niña, y á la llegada de la Condesa, se hallaba colocada delante de Julia, que, arrodillada en el suelo, doblaba su diminuta estatura, para mamar la leche que le ofrecia la buena y mansa Bebé.

Al ruido del carruaje, dejó Julia su sabrosa ocupación, y sujetando á la cabra para que no se marchase, volvió hácia la dama y la niña, que descendían ya de aquel, el más gracioso y animado rostro de querubin, que se puede imaginar.

Una espesa y lujosa cabellera castaña, que se conocia habia de volverse negra al llegar á la adolescencia, se enrollaba en gruesos rizos naturales sobre

su frente, morena por el sol y el aire, pero que ya ostentaba una noble forma; dos cejas oscuras y sedosas, graciosamente arqueadas, cortaban aquella frente, y bajo ellas, se abrian dos ojos negros, rasgados hasta las sienes, límpidos, aterciopelados, llenos de candor y de claridad.

La nariz de Julia, que no era bonita, era tambien acaso por esto, la facion más encantadora de su rostro, su boca pequeña y purpurina, algo seria, tenia una adorable expresion de gracia indolente y de bondad; sus mejillas, frescas y abultadas, tenian la ideal pureza de contornos que Murillo ha dado á sus ángeles; aquella carita morena con cabello castaño y ojos negros, era un poco redonda, y estaba terminada por una delicada barbilla, adornada de un precioso hoyuelo, que se reproducia en cada mejilla.

Veíase en aquel semblante algo de la indomable fiereza que habia caracterizado á Hugo, y todas sus faciones ofrecian una admirable semejanza con las de su padre, si bien se hallaban suavizadas por el dulce é irresistible encanto de la infancia.

Julia iba muy bien vestida; pero su pequeño pañuelo de sarga verde, se hallaba suelto, y dejaba ver su pecho desarrollado y moreno, que ya ofrecia formas encantadoras; por un contraste natural é hijo de la irreflexion de su edad, Julia habia arrojado lejos sus zapatitos y una de sus medias, y sus piés blan-

cos, pues por estar cubiertos no tenían que sufrir como la cara y los brazos las injurias de la intemperie, se parecían á los del niño Jesús, según nos le han hecho conocer los pintores.

—¡Julia! exclamó la Condesa á la vista de la niña, que la miraba con asombrados ojos. ¡Julia, hija mía, ven aquí! ¿No me conoces?

La pequeña mano que sujetaba á Bebé, se separó del lomo de la cabra, y ésta, ya en libertad, echó á correr por una pradera vecina.

Julia se puso de pié, y se acercó á la Condesa que ya alargaba hácia ella los brazos.

—¿Me conoces? repitió Ursula, llenando de besos la frente y las mejillas de su hija.

—Sí, eres la señora que me llevó á la casa grande, respondió Julia; mamá Ursula.

—¿Dónde está Catalina? dijo la Condesa mientras Antonieta se apoderaba de su hermanita.

—Aquí, aquí estoy, señora, respondió la nodriza; yo no pierdo jamás de vista á mi niña.

Y una mujer alegre y fresca apareció en el umbral de la casita.

La Condesa dió la mano á Catalina diciéndole algunas palabras de gratitud; luego añadió:

—Hoy comeremos aquí mi hija y yo; es el cumpleaños de Julia, y á la tarde me la llevaré.

—¡Cómo, señora... ya! exclamó la buena Catalina con lágrimas en los ojos.

—Es preciso, contestó Ursula; debe ya dejar el campo por la ciudad.

—¿Pero la vais á llevar á París?

—No, querida Catalina; por ahora, la dejo más cerca de vos; se quedará en Lyon, al lado de la honrada familia Lespinasse.

—Méenos mal, dijo la nodriza con acento de triste resignacion; si de repente me hubiéseis privado de ver á mi pobre Julia, acaso hubiera muerto, señora Condesa; así me iré acostumbrando poco á poco á la ausencia, porque no dudo que muy pronto os la llevareis á París.

La Condesa suspiró; llevarse á Julia á su lado, era el voto más ardiente de su corazón; pero temblaba ante el carácter duro de sus hijos, y el natural, ruin y envidioso de Carolina, que debían imponer una cruel tortura á la pobre Julia.

—Aún tardaré algun tiempo en llevarla á París, dijo, y por ahora, la dejaré, como os he dicho, en casa de Mr. Lespinasse; así él, como su esposa, desean tener á Julia á su lado; pero vamos adentro para que Antonieta dé á su amiguita los juguetes y dulces que la trae.

El día se pasó con rapidez. Julia, cuyo carácter revelaba ya un fondo triste, á pesar de su tierna edad, demostraba hallarse muy contenta al lado de su hermana, y devolvía á la Condesa sus caricias con verdadera ternura y sensibilidad.

Por la tarde se separó de Catalina y de su marido casi sin sentimiento, y subió muy contenta al hermoso coche, desde el cual le tendía sus brazos la Condesa, y en el que sabía que Antonieta iba á subir también.

La pobre nodriza lloraba en cambio desconsoladamente, y sólo pudo mitigar su aflicción la esperanza de ir á ver á su niña al día siguiente muy temprano.

Al cerrar la noche, llegaron á Lyon la Condesa y sus dos hijas, y se apearon en casa del buen mercader.

Los cinco años pasados desde que nació Julia, en cuya noche les conocimos, no habían envejecido casi nada á Mr. y á Mad. de Lespinasse; la misma paz residía en sus venerables semblantes; la misma grata benevolencia en su sonrisa; hallábase reunida toda la familia en la salita que ocupaba el anciano matrimonio, y esta familia era ya dilatada, pues cada una de sus dos hijas casadas, tenían hijos á su vez.

Los señores de Lespinasse contaban ya nueve nietos.

Su hijo único, en vísperas de casarse con la hija de otro honrado negociante, se hallaba también allí; era un gallardo jóven de fisonomía pensativa y dulce.

La Condesa y sus hijas fueron recibidas con esa

franqueza cordial, más agradable y natural que los trasportes más ruidosos; la Condesa dejó á Antonieta y á Julia jugando con los nietos de los felices esposos de Lespinasse, y pidió á éstos un rato de conversación.

Ambos esposos la condujeron al aposento donde había nacido Julia, y cerrando la puerta, quedaron aislados del resto de la familia.

—Amigos míos, dijo la Condesa á los venerables esposos; vosotros me hareis la justicia de creer que yo, más que una mujer pervertida, he sido una mujer desgraciada, y que el nacimiento de Julia ha sido, no sólo mi única falta, sino también su más terrible castigo.

—¡Oh, señora! repuso el anciano Lespinasse; al abriros nuestra casa, lo comprendiamos así; el vicio la hubiera encontrado cerrada; para el infortunio se halla siempre abierta.

—Pues bien, señor Cláudio, continuad vuestra caritativa obra, repuso Ursula: aún despues de muerto mi marido, respeto de tal suerte su nombre, que no me decido á llevar aún á la casa conyugal á mi hija menor; guardádmela por algun tiempo; entretanto, yo iré ahorrando alguna suma para Julia, no de lo que pertenece á sus hermanos, eso me parecería un robo que yo haría á mis hijos, sino de esas superfluidades, de esos caprichos, de ese lujo que pudiera tener en mi casa y en mi persona, y

que usan todas las señoras de mi clase; yo me privaré con gusto de todo lo que pueda y reuniré para Julia un dote regular que hará más fácil su colocación.

—Nosotros tendremos á Julia todo el tiempo que dispongais; dijo la señora Brígida; casi la miramos como cosa propia, y nuestro paseo los domingos se reducía á ir á verla á casa de su nodriza, á donde le llevabamos dulces y juguetes.

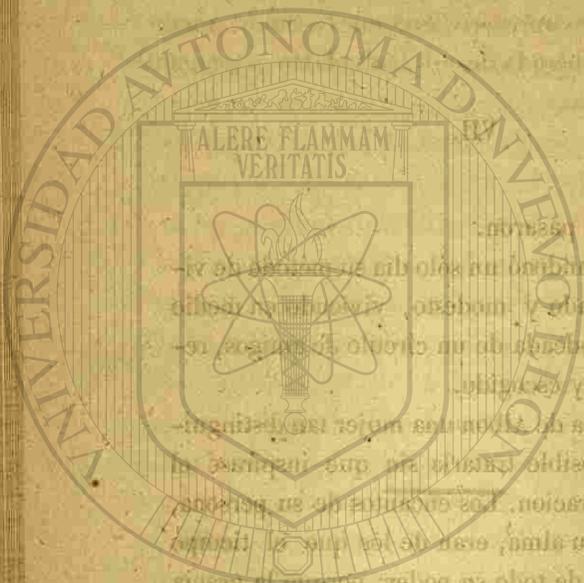
—Por lo mismo que sé que amais verdaderamente á Julia, no titubearé en dejarosla, dijo la Condesa; pero os encargo que se le busque desde luego maestro de lectura, escritura y música, para que vaya aprendiendo los primeros rudimentos; ya que ha de ser pobre, deseo que su educacion sea lo más brillante posible, pues acaso á ella tendrá que deber una existencia independiente y tranquila; su educacion y sus alimentos serán costeados por la modesta renta que su abuela le dejó, y para lo que falte, cuando los gastos vayan siendo mayores, acudid á mí con toda confianza.

Al día siguiente muy temprano, la Condesa y su hija mayor salieron para Paris, ántes de que Julia despertase; Antonieta y su madre la llenaron de besos, y la dejaron entregada al dulce reposo de los ángeles.

Ursula, al separarse de su hija, sofocó con pena los sollozos que subian á su garganta; pero alzando

los ojos al cielo, dijo con esa voz del corazón que nadie percibe en el mundo, y que no obstante es tan distinta para Dios:

—¡Yo quiero ofrecerte este nuevo dolor, sombra querida y venerada de mi inolvidable y ofendido esposo!



VII.

Algunos años pasaron.

Ursula no abandonó un sólo día su método de vida sencillo, retirado y modesto, viviendo en medio de sus hijos, y rodeada de un círculo de amigos, reducido, pero muy escogido.

Era la Condesa de Albon una mujer tan distinguida, que era imposible tratarla sin que inspirase el cariño y la admiración. Los encantos de su persona, así como los de su alma, eran de los que el tiempo no borra á pesar de todo su poder; porque la gracia y la nobleza de las maneras, así como la dulce expresión de una alma buena, son imborrables y hacen amable hasta la misma vejez.

La Condesa no podía resolverse á traer á Julia á su lado, ya porque creía incompatible la presencia de aquella niña, con el respeto debido á la memoria de su marido, ya también por temor de exponerla al odio de sus demás hijos, que mirarian en ella una intrusa. Cada mes iba á ver á Julia acompañada de uno de sus hijos; pero en vano procuraba de esta

manera acortar poco á poco la distancia que separaba á Julia de sus hermanos, los hijos del Conde, áun sabiendo que era ésta una pobre huérfana y una extraña para su madre, demostraban á la hija de Hugo una antipatía instintiva y una frialdad hiriente.

A los diez y nueve años, y cuando Julia ya contaba diez, se casó Antonieta con un hombre á quien amaba y de quien era amada tiernamente; el novio pertenecía á una familia distinguida; pero contaba con muy modesta fortuna; no obstante, Antonieta era una de esas mujeres que constituyen por sí solas una gran riqueza; hermosa, inteligente, activa, económica, laboriosa, ofrecia el modelo de las jóvenes, y debía ser tambien el de las esposas; la Condesa habia llegado aún á tiempo para imprimir su sello en el carácter y en el alma tierna de su hija mayor; y Antonieta, que creciendo léjos de su madre, hubiera sido una mujer comun, al lado de Ursula llegó á ser una mujer notable, honrada y verdaderamente angelical.

No sirvió lo mismo la compañía de su madre, á Carolina; aquella helada naturaleza, aquella alma árida no podia recibir sello ninguno, pues estaba formada de un conjunto desolador de egoismo y de envidia; nunca habia sentido la necesidad de orar; nunca se humedecian sus ojos, ni al leer una de esas páginas que conmueven el corazon cuando éste es recto, ni al oír narrar una accion generosa, ni al ver en

el teatro una situacion patética y tierna; no sintiendo, carecía de entusiasmo, y sólo encerraba en su pensamiento el cálculo egoista de la mujer sin corazon y la codicia de las naturalezas rastreras y vulgares.

Cuando volvió Ursula de acompañar á su hija mayor á la casa conyugal, se sintió más sola que si habitase en medio de un desierto; su aislamiento la helaba; sus dos hijos mayores habian partido hacia largo tiempo, el uno como guardia marina, y el otro agregado á la legacion de Rusia; quedaban á su lado Carolina y sus dos hijos menores, el uno sombrío y concentrado, que empezaba la carrera eclesiástica, y el otro brusco y calavera, que habia optado por la del foro.

¿Quién podrá pintar el martirio que experimenta una mujer, dotada de las nobles cualidades de la Condesa de Albon, en perpétuo contacto con un sér como Carolina? Ni los lazos mismos de la sangre pueden llenar el insondable abismo que los separa; Ursula era madre, y amaba á su hija con ese cariño profundo, inseparable del carácter de tal; pero si su corazon disculpaba sin cesar los sinsabores que Carolina le causaba, su razon le hacia ver la funesta parte que habia cabido á aquella jóven en el reparto de buenas y malas cualidades; era imposible toda expansion entre aquellos dos séres. Carolina trataba la ensibilidad de su madre, de necesidad; su dulzura,

de fingimiento; su entusiasmo, de locura; á la vez, envidiaba sus gracias y el atractivo irresistible que Ursula ejercía sobre cuantos la trataban; no sintiéndose amada por nadie, Carolina acusaba á su madre de arrebatarle todas las simpatías, y era que no conocía que para ser amada, es preciso ser amable, y que la sequedad de corazón y la frialdad del alma se comunican á todos, y levantan al derredor de esos desgraciados seres una muralla de hielo.

En vano trató Ursula de salvar la distancia que la separaba de su hija. Carolina no la entendía. Con Antonieta, pasaba la Condesa muchas horas en una dulce conversacion; con Carolina, era imposible cambiar más de dos ó tres palabras; con Antonieta, daba largos paseos y tenía amenas lecturas; hasta el silencio parecía elocuente entre las dos; al lado de Carolina, se sentía helada, yerta, y su alma se replegaba como las hojas de una sensitiva.

Poco á poco, y sin saber cómo, la madre y la hija se hallaron casi completamente separadas. Carolina no salía de su cuarto, y la Condesa permanecía en el suyo; reunía á la familia á la hora de la comida, y entonces la Condesa procuraba entablar alguna conversacion en la que tomasen parte todos sus hijos. Carolina respondía apenas al llamamiento maternal; hablar con ella de literatura, de historia, de artes, de sentimiento, era hablar en griego; sus hermanos, que á pesar de la diferencia de carácter

amaban á la Condesa y respetaban en ella su esquisita y delicada dignidad, contestaban y mantenían la conversacion hasta el fin de la comida, si no con calor y entusiasmo, con inteligencia y con cierta amenidad.

El Conde de Albon tenía una sobrina, llamada Amelia, de la cual oímos hablar á Antonieta al mencionar una caja de dulces que le había regalado, y que ella cedió á Julia el día de su cumpleaños; aquella joven estaba dotada de una rara belleza y amaba casi filialmente á la Condesa, que á su vez la quería de todo corazón, ya por su natural inclinación á amar, ya también porque la sobrina de su esposo lo merecía por sus hermosas cualidades.

Amelia se había casado hacia cuatro años con Mr. de Vichy-Chamroud, hijo de una noble familia de Borgoña, y seguía con su tía una correspondencia amena y activa; la Condesa dejaba ver en sus cartas la melancolía que la aquejaba, y se lamentaba con Amelia de hallarse á su edad destituida de todo afecto, y, por decirlo así, sola en el mundo en medio de sus hijos.

«Tía mía, le respondió Amelia, yo he hallado un remedio muy fácil y muy seguro para esa soledad moral que os rodea; lleváos á Julia á vuestro lado; yo, aunque sé por vos el triste secreto de su nacimiento, le he hecho creer alguna vez que le he escrito, que todo os lo debe y que, huérfana y sola en

él mundo, á no ser por vos, hubiera muerto, ó á lo ménos, hubiera vivido en la oscuridad de la aldea donde la han criado; llamadla, pues, á vuestra casa, y dejad ya una delicadeza que nadie puede agradecer, porque nadie la comprende. Julia será para vos á la vez una hija y una amiga. Julia os amará, os comprenderá y será, en vuestro aislamiento, una dulce y grata compañía.»

La Condesa comprendió que su sobrina tenía razón, y dos días después de haber recibido la carta de ésta, salió para volver con Julia, que aún seguía en casa de la buena familia Lespinasse, donde hacía la vida más apacible y más tranquila, habiendo cumplido los catorce años de su edad, casi sin apercibirse de ello.

El hijo único de Lespinasse se había casado ya, y Julia era el consuelo y la alegría del anciano matrimonio, que había llegado á mirarla como á su verdadera hija.

La educación de aquella niña no podía ser más brillante; sabía la música con perfección, dibujaba admirablemente, y poseía el inglés y el italiano, que hablaba y traducía con gran pureza y exquisita gracia de dicción.

Julia había demostrado una comprensión tan rápida, una constancia tan poco común para el estudio, una imaginación tan viva, tan poética y tan florida, que la más pequeña semilla que se dejase caer en

aquella tierra virgen y llena de fertilidad, producía flores para dar después ricos y sabrosos frutos.

Su parte física estaba tan desarrollada como la intelectual; era alta, aunque delgada; pero aquella delgadez distaba mucho de la flacura y no le prestaba un aspecto esquelético, sino que completaba una figura delicada y llena de distinción y de gracia.

Sus ojos pardos, grandes y rasgados, eran negros algunas veces, según á la luz que se les mirase, y según también el pensamiento que dominase en ella; aquellos ojos coronados de dos cejas finas y sedosas, eran magníficos y dejaban ver toda el alma de la joven como un límpido espejo; ora se fijaran con una ternura elocuente y llena de promesas, ora pintasen el placer, el dolor, la indignación ó la alegría, los ojos de Julia eran siempre hermosos y expresivos.

Su tez, lijeramente morena, era un poco sonrosada; sus cabellos oscuros prometían, para dentro de pocos años, el negro del azabache; su boca era pequeña, seria y á la vez dulcemente expresiva; la nariz presentaba una forma linda y delicada; la frente sin ser ancha, era abovedada y noble, y aparecía como acariciada por las ondas naturales de su copioso cabello.

Un traje sencillo, pero esmerado, hacía resaltar aún las gracias de Julia, que sólo tenía un defecto y una desgracia; era orgullosa, y á la vez en extremo

melancólica, acaso por una consecuencia natural de su mismo orgullo.

¡Felices las personas que, careciendo absolutamente de amor propio, por nada se ofenden, y miran la vida por su lado más alegre!

¡Desgraciadas las que, como Julia, son esclavas de su activo pensamiento, y se hieren en todas las pruebas de la vida!

Julia recibió con tristeza la noticia de tener que dejar al anciano matrimonio, en cuya casa había hallado tanto cariño y ternura; sin embargo, la dulce imagen de la Condesa, que conservaba en el fondo de su alma desde que se hallaba en la cuna, se convirtió para ella de repente en una grata realidad, y, al saber que ya no se alejaría de ella, la abrazó con tierna efusión.

Muy cruel fué para los esposos Lespinasse la separación de su querida niña, como llamaban á Julia; la señora Brígida lloraba, y el señor Cláudio, á despecho de sus esfuerzos, sentía también llenos de lágrimas sus ojos; uno y otro la abrazaron tiernamente muchas veces, y la Condesa, después de hacerles prometer que irían á ver á Julia á París, y de expresarles su gratitud con aquella delicadeza que daba tanto valor á sus palabras, subió con su hija á la silla de posta, que debía conducir las á la gran capital, donde Julia iba á entrar por la primera vez.

Por las venas de Ursula, parecía correr una nue-

va vida; contaba ya cerca de cuarenta y dos años, y el dolor y la soledad de su existencia le hacían aparentar algunos más; pero en aquella hermosa mañana de invierno bañada de sol y de alegría, en que se llevaba á Julia á París, parecía haber andado hácia atrás en la senda de la vida.

Las profundas arrugas de su frente habían desaparecido; una grata y casi alegre sonrisa entreabría sus labios. ¡Ya no estaba sola! ¡Ya tenía á Julia, á su Julia, á su única hija después de Antonieta, pues aunque tenía otros hijos, éstos sólo se los había dado la naturaleza, en tanto que sus queridas Antonieta y Julia lo eran también por todas las simpatías de su alma.

Pero, ¿quién podrá describir el airado recibimiento que hicieron á la pobre Julia, Carolina y sus dos hermanos?

La aversión, la envidia, el desprecio y el rencor se pintaron en las facciones de Carolina, que midió á su hermana de arriba á abajo con una ojeada sangrienta, al presentársela su madre como la huérfana de cuya suerte estaba encargada hacia muchos años.

—Si me hubiérais dicho, señora, que iba á vivir con nosotros esta señorita, observó Carolina con un acento que en vano procuraba hacer tranquilo, hubiera dejado yo esta casa para irme á vivir á la de mi hermana.

—¿Acaso debo yo pedir permiso á mis hijos para hacer lo que tenga por conveniente? preguntó la Condesa con doloroso asombro.

—No digo tal, respondió la irascible Carolina; pero á lo ménos debiais dar alguna noticia de vuestras intenciones, cuando éstas pueden perjudicar á vuestros hijos; la presencia de esta desgraciada señorita nos contraría desde luego mucho á mis hermanos y á mí.

Los hijos de la Condesa no apoyaron ostensiblemente las palabras de su hermana; el uno silbaba una cancion de moda cerca de la ventana y mirando á la calle, para ahorrarse el trabajo de dar á conocer su opinion; el otro miraba á Julia con una insistencia que ya habia hecho asomar el rubor á las mejillas de la jóven.

La Condesa sorprendió aquella mirada, y tembló, más por la expresion que encerraba, que por la cólera que manifestaba Carolina.

Era la mirada de un libertino.

—Yo, señorita, no os molestaré para nada, dijo Julia dulcemente, en tanto que una lágrima humedecía sus hermosos ojos; estoy tan agradecida á la señora Condesa, que cuanto la pertenece es sagrado para mí, y tendré el mayor cuidado en no disgustaros: sólo dejaré mi cuarto cuando vuestra señora madre me lo ordene.

Una risa despreciativa fué toda la contestacion

de Carolina, á tan dulces palabras; la envidia no perdona ni la bondad, ni la suave moderacion del carácter, y á la vez que se ofende de todas las superioridades, no sabe, ni podria adquirir ninguna; como veneno corrosivo, la envidia deseca á la vez el cuerpo y el alma, convierte la sangre en ponzoña, y desgasta á la par los buenos instintos y la sávia de la vida.

Carolina, que de niña era bonita, llevaba impresa en toda su figura desde que empezó á tener uso de razon, el sello de la terrible enfermedad moral que la aquejaba; su color era amarillento y bilioso; su mirada, torva siempre y ladeada, daba frio en el corazon; la envidia la devoraba, y su aspecto encogido y sombrío, hacia el más perfecto contraste con la dulce y expresiva belleza de la hermosa Julia y con la mirada leal y límpida de sus grandes y rasgados ojos.

Más linda era Carolina que Julia; pero los malos instintos, cuando se estampan en el semblante, destruyen la más acabada hermosura, por extraordinaria que ésta sea, al paso que un alma noble y pura envía á las facciones un reflejo sublime, superior á la belleza.

Desde el dia en que la desgraciada Julia entró en la casa maternal, fué víctima de las iras de su envidiosa hermana, que la odiaba por instinto y sin saber que lo era.

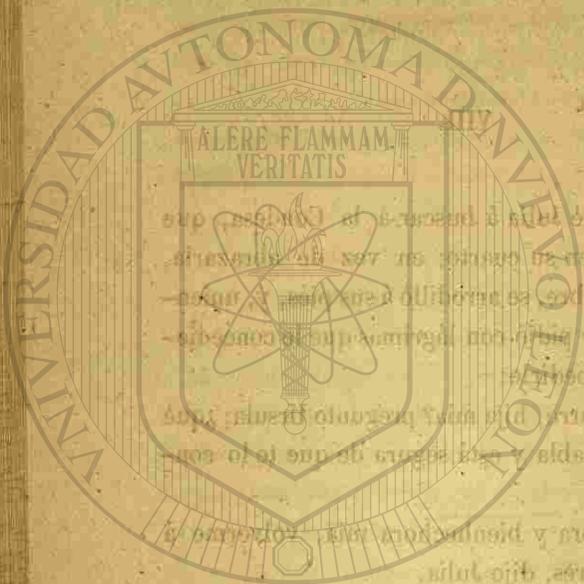
En vano la señorita Lespinasse, obedeciendo á los deseos de la Condesa, puso á disposicion de Carolina todos sus conocimientos y habilidades; aquella rehusó, con tanta constancia como obstinacion, el aprovecharse de la instruccion que se la ofrecia, y Ursula fué más desgraciada de lo que habia sido hasta entónces.

A la vez que Carolina odiaba á Julia, demostrándolo de una manera harto clara, sus hermanos hicieron de aquella pobre niña el blanco de un cariño demasiado tierno y muy culpable. Horacio, que era el mayor, y cuyas pasiones eran más vehementes de lo que su habitual indiferencia demostraba, se dedicó á complacer á Julia, con un ardor extraordinario, y muy poco en armonía, por cierto, con la frialdad y casi dureza que en los primeros dias le habia manifestado.

La pobre niña vió llena de terror aquella adhesion sombría, aquella persistencia en seguirla, aquellas miradas que no la abandonaban jamás; asustada á la vista de unos síntomas que no podian ocultarse á su perspicacia, huia de Horacio, y no salia de su estancia hasta que oia salir de la suya á la Condesa; mas era en vano; á la puerta de su cuarto, Horacio la acechaba constantemente, y no podia salir y entrar sin que él la viese.

Si aquel afecto hubiera tenido á lo ménos la noble apariencia de un cariño que apoyaba su base en

el corazon, acaso Julia hubiera correspondido á él, y, como la hermana de René, se hubiera hecho culpable sin saberlo; pero el fuego de los sentidos tiene siempre algo de odioso y repugnante para las almas más nobles y bien templadas.



VIII.

• Una tarde fué Julia á buscar á la Condesa, que se hallaba sola en su cuarto; en vez de abrazarla, segun su costumbre, se arrodilló á sus piés, y, uniendo las manos, le pidió con lágrimas que le concediese lo que iba á pedirle:

—¿Qué te ocurre, hija mia? pregunto Ursula; ¿qué deseas de mí? Habla y está segura de que te lo concederé.

—Deseo, señora y bienhechora mia, volverme á casa de mis padres, dijo Julia.

—¿Quieres dejarme! ¿Y por qué? exclamó la Condesa desconsolada; ¿qué te falta aquí? ¿Qué quieres?

—La tranquilidad, respondió Julia; y luego añadió bajando la voz; vuestro hijo, señora, me da miedo.

—¿Por qué? preguntó Ursula con voz trémula.

—Porque me persigue con su amor.

La Condesa dejó escapar un grito de terror; luego inclinó la cabeza y permaneció durante largo tiempo sumergida en una amarga meditacion; pero

levantando al cielo los ojos, y como si le pidiese valor para consumir un doloroso sacrificio, se inclinó hácia su hija, y le dijo:

—Levántate, siéntate á mi lado, y escucha:

Julia obedeció.

—Tú no eres, como piensas, la hija del honrado comerciante Cláudio Lespinasse, continuó la Condesa cuya voz era cada vez más temblorosa; ¿eres mi hija...!

—¡Vuestra hija! respondió asombrada la jóven; eso no es posible; si yo fuera vuestra hija, no me hubiera criado léjos de vos; ¿quién podia privarme de mi sitio al lado de mis padres?

—¡Tu padre murió, balbuceó Ursula, bebiendo de nuevo el amargo cáliz de una confesion vergonzosa; tu padre murió, y no era el mismo que el de mis demás hijos...!

Julia miró asombrada á su madre; su inocencia la envolvía con un velo demasiado tupido para que pudiera comprender fácilmente lo que se le decía; pero su talento era tan penetrante, que la intuicion hizo lo que no podia hacer la experiencia, y un ardiente rubor cubrió su juvenil semblante.

Hubo un rato de cruel silencio, que rompió al fin la pobre madre.

—No consentiré yo en que salgas de mi casa y de mi lado, mi pobre Julia, dijo; la penosa confesion que acabo de hacerte, debe servir sólo para escudarte

de los ruegos de mi hijo, que es tu hermano; los corazones como el tuyo, tienen una sed inextinguible de afecciones, y tal vez Horacio consiguiera al fin conmoverle; ahora estoy segura de que no será así, y á pesar del trabajo que me ha costado la confesion que acabo de hacerte, me siento tranquila; sufre mientras puedas, hija mia, y está segura de que el dia en que sea necesario que yo confie á tus hermanos el secreto de tu nacimiento, no vacilaré en hacerlo, si así te puedo librar de una persecucion que toma tan distintos y terribles aspectos.

Desde entónces, el carácter de Julia cambió por completo; á la dulzura que formaba su base, sucedió un amargo y continuo malestar; ella era feliz creyéndose la hija legítima del honrado comerciante Cláudio Lespinasse; pero se sentia profundamente desgraciada siendo el vástago espúreo de la noble casa en que vivia: el pan que comia la humillaba; los desprecios de que la abrumaba Carolina, eran para ella mucho más insoportables que cuando ignoraba los lazos de la sangre que la unian á aquella jóven; sentia hácia su madre una profunda compasion, y la amaba de todas veras, pero no podia estimarla.

Las persecuciones de Horacio aumentaban de dia en dia; lo que en su principio habia sido un capricho vergonzoso, iba ya convirtiéndose en una profunda pasion, y se ennoblecía con los obstáculos; un dia en que halló á Julia sola en el salon, se dejó caer Hora-

ció á sus piés y le suplicó con lágrimas que le diese alguna esperanza.

—Esperanza..... ¿de qué? preguntó Julia tan conmovida entónces á la vista de aquel dolor verdadero, como indignada habia visto ántes las groseras persecuciones de su hermano.

—De que me concedereis algun dia un poco de afecto, respondió el jóven.

—Yo no os quiero mal, dijo Julia; y además, es mi deber amaros.

—¡Cómo! ¿Qué decís?

—Soy vuestra hermana; repuso la niña en un arranque de simpatía por aquella profunda pena, y tendiendo á Horacio su mano para que se levantase del suelo.

La fisonomía del jóven cambió por completó; pintóse en ella al principio el asombro, y despues una furiosa indignacion.

Horacio llamó á sus hermanos, y delante de Julia les repitió lo que ésta acababa de decirle.

—Esta señorita debe tener por fuerza el juicio trastornado, observó desdeñosamente Carolina.

—Sí, sí, está loca, añadió Horacio con una amarga carcajada.

—El loco por la pena es cuerdo, dijo el otro hermano; hoy mismo hay que obligar á nuestra madre á que la ponga en la calle.

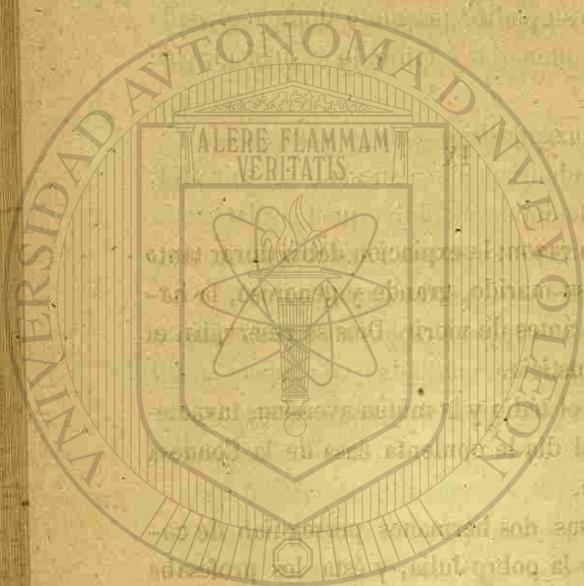
—Julia ha dicho la verdad; exclamó detrás de los

cuatro jóvenes una voz que temblaba de indignacion; es mi hija y vuestra hermana.

—Todos quedaron mudos de asombro.
—¿Quién era su padre? preguntó Horacio alzando la cabeza con altanería y mirando á su madre de frente.

—¡Ya le ha juzgado Dios! contestó la Condesa.
Horacio saludó friamente á su madre y se retiró; sus hermanos le imitaron; Julia quedó sola con la Condesa, y se arrojó llorando en sus brazos.

—¡Perdon! exclamó; ¡perdon, madre mia!
—¿Qué más dá? repuso Ursula con triste sonrisa; este dia tenia que llegar; no habia yo agotado aún el amargo cáliz de mi expiacion, y aún me quedan que apurar las héces.



IX.

Ursula tenía razón; la expiación debía durar tanto como su vida; su marido, grande y generoso, la había perdonado antes de morir. Dios se reservaba el derecho de la justicia.

La tristeza, el tédio y la mútua aversion, invadieron desde aquel día la opulenta casa de la Condesa viuda de Albon.

Carolina y sus dos hermanos perseguían de común acuerdo á la pobre Julia, y ésta les profesaba un horror que no podía disimular.

No era sola la señorita de Lespinasse la que sufría sus vejaciones y sus desprecios; la Condesa era la primera víctima de sus despiadados hijos.

Los tres se hacían servir las comidas á distinta hora, y desde el día de la fatal relacion, no volvieron á sentarse á la mesa con su madre, ni á salir con ella ni á entrar en su cuarto.

Mientras los amigos de la casa permanecían en el salon, algunas veces se hallaban allí los hijos del Conde; pero nunca dirigían á su madre la palabra

como lo pudieran evitar; y, si se veían obligados á hacerlo, era con notoria frialdad.

En cuanto á Julia, era de todo punto imposible que permaneciese con ellos un segundo; pues la abrumaban con tales desprecios, que la pobre niña tomó el partido de estarse en su cuarto durante las veladas.

Ursula, incapaz ya de resistir tantos golpes, empezó á desfallecer; acometióla una enfermedad de consuncion, que la puso en pocos meses al borde de la tumba, y que la desdichada Julia veía crecer con terror sin poderle prestar alivio alguno.

En medio del horror de su situacion, hubo día en que, como de un crimen, pidió perdon á su madre por haber nacido.

Ursula padecía, más que por nada, por la triste existencia de su hija; veía trocarse en receloso, sombrío é irascible su carácter angelical, dulce y flexible; su talento florido; su fresca y rosada imaginacion, se envolvían en tintas siniestras y buscaban el fondo de todo, ahuyentando las ilusiones que arrullan el alma, como arrullan su nido una banda de cándidas palomas.

La poesia huye siempre ante la amarga realidad, y triste de aquel cuyo único apoyo consiste en la razon, y que ya no se deja mecer por la esperanza.

La fisonomía de Julia habia cambiado tambien de carácter y de expresion; sus ojos, tan transparentes

y tan dulces, presentaban ya un fondo sombrío y como reflejando de continuo amargos pensamientos; su sonrisa era violenta y dolorosa; en medio de sus ojos, existía ese pliegue que se forma á fuerza de meditar en cosas tristes, ó por un exceso de trabajo de la imaginacion, ó acaso por ámbos motivos; dos años pasados en un continuado martirio, habian secado aquella dulce floescencia de la primera juventud, y habian hecho de Julia una mujer extremadamente meditabunda y profundamente desgraciada.

La Condesa, debilitada por la incesante pena que le causaba la sorda y continúa guerra que existía entre sus hijos, cayó al fin en una penosa dolencia; la fiebre no la abandonaba; los espasmos nerviosos se sucedían casi sin intervalo, y una extrema languidez la tenia constantemente sujeta en un sillón.

Aún era bella, sin embargo; soportaba sus padecimientos con una resignacion verdaderamente cristiana, y la dulzura que resplandecía en su rostro no habia sido alterada por sus padecimientos; ofrecía á Dios todos sus dolores, y el dulce contentamiento y la grata paz interior de un alma buena no podían tener una más elocuente manifestacion que la que revelaba el aspecto de la Condesa.

Cuando la amarga idea de la soledad en que iba á dejar á sus dos hijos, la llevaba á un abatimiento demasiado profundo, elevaba al cielo su corazón, y decía:

«Yo os ofrezco, Señor, en satisfaccion de mis faltas, todo lo que aquí abajo estoy pasando; cuando me saqueis de esta cárcel mortal, llevadme al lado del dulce compañero de mi vida, del esposo que me disteis y al que tanto ofendí.»

La Condesa quiso ir á morir á su casa de Lyon, á la casa donde habia vivido cuando se casó, y que habia sido testigo de su felicidad conyugal. Carolina, que no era capaz de comprender aquel deseo, tuvo aún el triste valor de censurarlo, y se prestó de muy mala gana á los preparativos del viaje, sin permitir, no obstante, que Julia le ayudase en lo más mínimo.

Ursula, acompañada de sus hijos, partió á morir donde habia vivido días de paz y de virtud, únicos que se pueden contar como vida sobre la tierra. Julia, que era la que la habia cuidado durante toda su enfermedad, iba sentada á su lado, y apoyaba sobre su pecho la cabeza dolorida de la Condesa. Carolina y Horacio contemplaban aquel tierno grupo con desprecio, y despues se miraban con una malvada sonrisa; cuando se fijaba en Julia, aquella mirada decia con una aterradora claridad:

—«Pronto acabará tu dominio, aborrecida criatura; pronto podremos arrojarte de nuestro lado.»

Llegaron á Lyon, donde ya se hallaba el hermano mayor de Carolina; la Condesa, extenuada con la fatiga del viaje, se acostó al instante, y el médico, que ya se hallaba preparado y esperando, le declaró

que habia sido muy imprudente exponerla á aquella fatiga.

Elegó la noche, y Julia, firmemente decidida á pasarla al lado de su madre, se sentó á la cabecera del lecho; sus hermanos pasaron la velada en la estancia; pero cuando las horas avanzaron y el cansancio del viaje se hizo sentir más, cada uno se retiró á buscar el reposo.

Julia quedó allí, sumergida en una amarga meditacion; su madre, su único apoyo, su sola amiga, se moria; ¿qué iba á ser de ella en un mundo que le era absolutamente desconocido, y en el cual, en su misma familia, tenia los más crueles enemigos?

—¡Oh! pensaba la pobre Julia; ¡si yo pudiera, madre mia, detener tu muerte á costa de la mitad de mi vida...! A lo ménos, viviria tranquila los pocos días que me restan, y luego pediria al cielo que nos abriese á las dos un mismo sepulcro.

Julia, pensando así, se inclinó hácia el lecho y apoyó sobre la mano de su madre, su rostro bañado de lágrimas.

A este contacto, la Condesa abrió los ojos; la agonía no habia descompuesto aún aquel amable y dulce rostro, que, cubierto de palidez, parecia sonreír á su hija con inefable dulzura.

—¿Estás sola, Julia? le preguntó.

—Sí, madre mia, respondió la jóven.

—Tanto mejor, dijo Ursula con un suspiro de al-

vio y de consuelo; así, hija mía, podremos hablar de tu porvenir.

Y haciendo un penoso esfuerzo, mostró á Julia una cinta de seda negra que siempre llevaba al cuello, y de la cual pendía una pequeña llavecita de plata.

—Desátala, dijo, y guarda esta llave; ahora toma otra que hay debajo de mi almohada, y abre aquella papelera.

Julia obedeció.

—¿No ves en ella un cofrecito de ébano? preguntó la Condesa.

—Sí, madre mía; respondió Julia.

—Tómalo, pues; con esa llave de plata, que acabas de sacar de mi cuello, le podrás abrir; guárdalo con cuidado, porque contiene papeles importantes, y, entre ellos, la copia de la inscripción que asegura tu renta; el original existe depositado en casa de un notario de Lyon, cuyo nombre verás en el mismo documento.

Julia puso el cofrecito sobre la papelera.

—Ahora, añadió Ursula, abre la gaveta de la derecha, y en el primer cajon hallarás algun dinero; tómalo, porque lo he ido reuniendo para tí, y te está destinado; esa cantidad será, hija mía, tu único recurso, pues ya sabes que nada tienes que esperar de tus hermanos.

Julia cerró la gaveta, guardó la llave, y salió con

el cofrecito que puso en sitio seguro, volviendo despues al lado de su madre.

Como si la Providencia hubiera querido sólo dar tiempo á la Condesa para llenar aquel deber, turbóse la vista de ésta no bien lo hubo cumplido, y empezó á desfallecer.

Una postracion mortal la invadió de un modo tan completo, que parecia no divisar ya ningun objeto de los que la rodeaban.

No obstante, buscó y halló la cabeza de su hija, que estaba arrodillada junto al lecho, y aproximándola á ella estampó en su frente un beso, á la par que sus lábios murmuraban una bendicion.

Julia, asustada al ver que se desplomaba sobre el lecho, salió de la estancia y fué á llamar á la puerta de la Carolina, que no tardó en acudir, siguiéndola sus hermanos.

Apénas tenía el alba con una débil claridad los cristales del aposento de la Condesa, cuando ésta exhaló el último suspiro, despues de haber oido las exhortaciones del piadoso sacerdote que la habia asistido, y que, en los últimos dias, le habia administrado los Santos Sacramentos.

Ursula murió tranquila y sosegadamente, y sólo llevó al sepulcro una pena, la del abandono y desamparo en que dejaba á su hija menor.

Antes de que la condesa de Albon espirase, Carolina y sus dos hermanos salieron de la estancia, y

Julia fué la que cerró los ojos á su madre y la que la colocó en su atahud.

Hácia el medio dia llegó Antonieta, avisada del riesgo en que se hallaba su madre, á quien á pesar de la rapidez con que hizo su viaje, ya no pudo hallar viva.

La hermana mayor y la menor lloraron juntas la pérdida de la Condesa, con verdadero desconsuelo y profunda aflicción.

En la noche de aquel mismo dia, Julia llamó á Horacio al cuarto mortuorio, y en presencia de Antonieta le entregó la llave de la papelerá.

—Tomad, le dijo: sé que bajo esta llave hay encerrada una gran suma, que la Condesa me ha autorizado á guardar para mí; pero no he querido apoderarme de ese dinero, porque no me pertenece segun los términos de la ley.

Antonieta y su mismo hermano miraron absortos á aquella jóven, que era su hermana, y capaz de tan gran desinterés; pero Horacio recobró al instante su carácter áspero y brutal, y contestó:

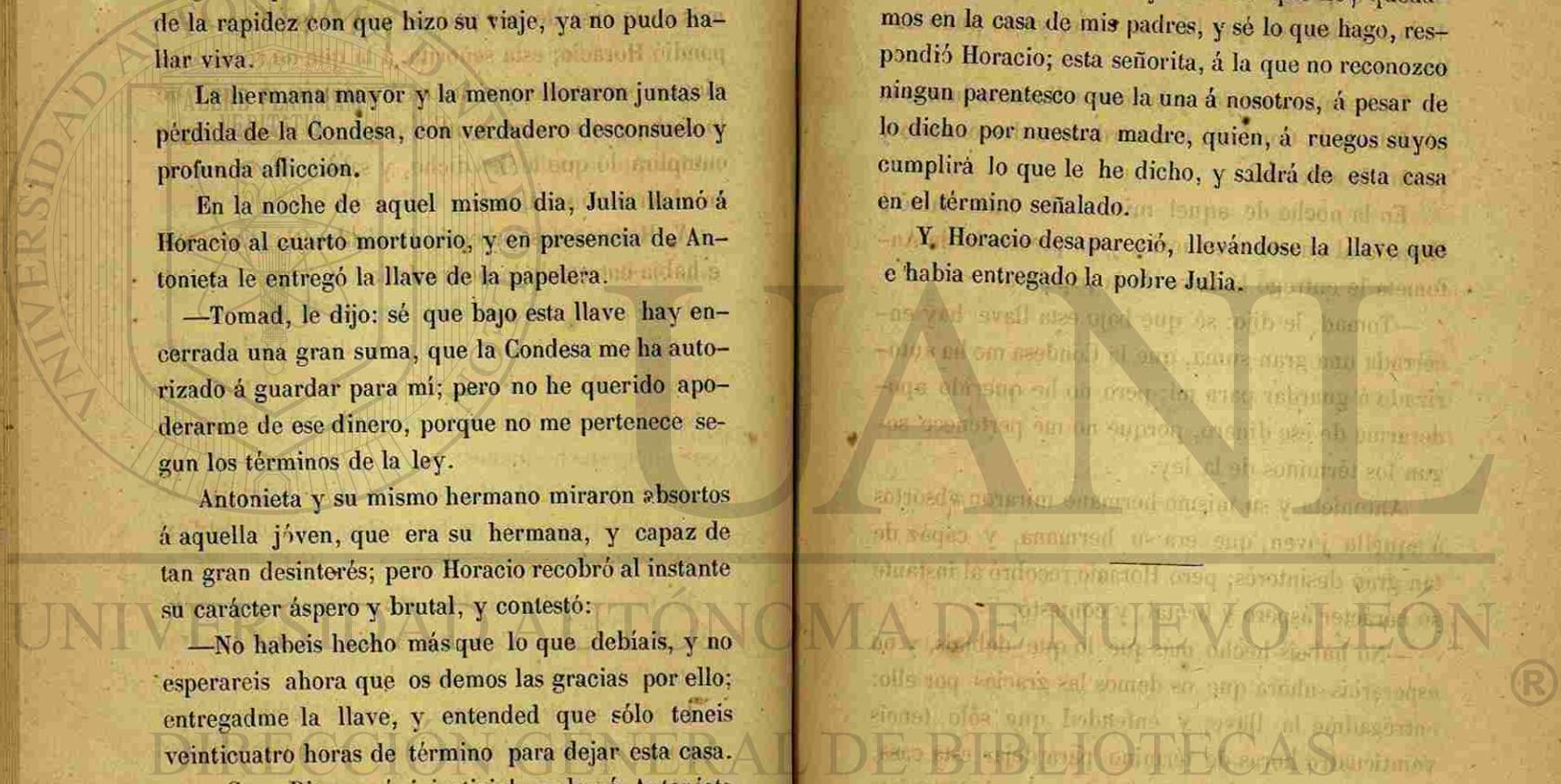
—No habeis hecho más que lo que debíais, y no esperareis ahora que os demos las gracias por ello; entregadme la llave, y entended que sólo teneis veinticuatro horas de término para dejar esta casa.

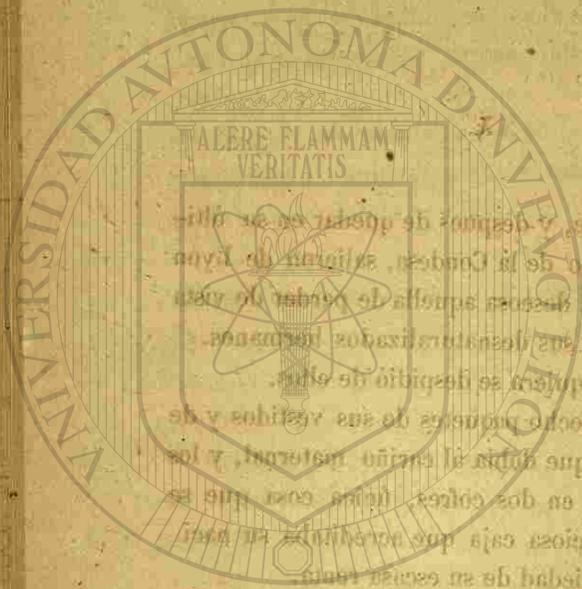
—¡Gran Dios, qué injusticia! exclamó Antonieta lanzándose á Julia; ¿es posible, desgraciada niña, que te hayas desposeído de tus únicos recursos? ¿Y

es posible que tu hermano consienta en arrebatar-
telos.

—Soy el hermano mayor de los que hoy quedamos en la casa de mis padres, y sé lo que hago, respondió Horacio; esta señorita, á la que no reconozco ningun parentesco que la una á nosotros, á pesar de lo dicho por nuestra madre, quien, á ruegos suyos cumplirá lo que le he dicho, y saldrá de esta casa en el término señalado.

Y Horacio desapareció, llevándose la llave que e había entregado la pobre Julia.





Aquella noche, y despues de quedar en su último asilo el cuerpo de la Condesa, salieron de Lyon Antonieta y Julia, deseosa aquella de perder de vista lo ántes posible á sus desnaturalizados hermanos. Carolina ni siquiera se despidió de ellos. Julia habia hecho paquetes de sus vestidos y de algunas alhajas que debia al cariño maternal, y los habia encerrado en dos cofres, única cosa que se llevó, con la preciosa caja que acreditaba su nacimiento y la propiedad de su escasa renta.

Las dos hermanas se dirigieron primero á Paris, y Antonieta escribió á su marido que lo hacia así para no dejar abandonada á su jóven hermana y buscarle una colocacion honrosa.

El primer pensamiento de Julia habia sido arrepentirse, por no haberse refugiado en casa de la honrada familia Lespinasse, cuyo apellido llevaba: pero Antonieta, que deseaba para su hermana otra suerte más brillante, la disuadió de semejante idea. —¿Cuál será allí tu colocacion? le dijo; te casarás

X.

Aquella noche, y despues de quedar en su último asilo el cuerpo de la Condesa, salieron de Lyon Antonieta y Julia, deseosa aquella de perder de vista lo ántes posible á sus desnaturalizados hermanos.

Carolina ni siquiera se despidió de ellos.

Julia habia hecho paquetes de sus vestidos y de algunas alhajas que debia al cariño maternal, y los habia encerrado en dos cofres, única cosa que se llevó, con la preciosa caja que acreditaba su nacimiento y la propiedad de su escasa renta.

Las dos hermanas se dirigieron primero á Paris, y Antonieta escribió á su marido que lo hacia así para no dejar abandonada á su jóven hermana y buscarle una colocacion honrosa.

El primer pensamiento de Julia habia sido arrepentirse, por no haberse refugiado en casa de la honrada familia Lespinasse, cuyo apellido llevaba: pero Antonieta, que deseaba para su hermana otra suerte más brillante, la disuadió de semejante idea.

—¿Cuál será allí tu colocacion? le dijo; te casarás

á lo más, con algun honrado comerciante; no, no es eso lo que nuestra madre deseaba para tí, y tampoco lo deseo yo; ¿no irias de mejor gana á cuidar de la educacion de los hijos de nuestra prima Amelia? El cargo de institutriz, para cuyo desempeño eres tan apta, por su talento y brillante educacion, tiene crecidos honorarios; y, además, en casa de Mad. de Vichy tratarás de continuo á personas de distincion, cuyas relaciones podrán serte muy útiles.

—Si Amelia me desea en su casa, contestó Julia con dulzura, no puedo pensar en un asilo mejor; ¿pero seré yo capaz de dirigir la educacion de sus hijos? Yo creo, hermana mia, que tú me juzgas, al creerlo así, con demasiada benevolencia.

Antonieta, segura de la aptitud de la jóven, escribió aquel mismo dia á su prima, y Mad. de Vichy puso á la disposicion de Julia su casa, invitándola á que fuese á encargarse de la educacion de sus hijos con una regular pension.

Dos dias pasaron en París las dos hermanas, al cabo de los cuales, Julia tuvo que decidirse á emprender sola el camino de Borgoña.

Mas ¡ay! al ir á buscar el cofrecito que contenia los documentos que acreditaban su nacimiento, no lo encontró. Antonieta la amaba sin duda alguna; pero amaba tambien á sus demás hermanos, y, sobre todo, amaba á sus hijos; temia que Julia pudiese reclamar algun dia la sucesion de su madre, y se apo-

deró de los papeles; no obstante, en el sitio que ocupaba el cofrecito, estaba, bajo un sobre, el duplicado de la inscripcion de la renta, propiedad exclusiva de Julia, como legado de su abuela paterna.

Julia salió de París, sin que preguntase á su hermana por sus papeles; era altiva y se hubiera desdenado de hacerlo; pero, desde aquel dia, juró que no la miraria más que como á una extraña; juró que se bastaria á sí misma, y renunció á todos los lazos de la familia y de la sangre, sin conservar otro recuerdo grato y dulce que el que dedicaba á su madre.



XI.

La humilde ciudad de M.... en Borgoña, que era donde habitaba Amelia, y donde su esposo ejercía el cargo honorífico de presidente del Parlamento, ofreció á Julia una morada tranquila.

Mad. de Vichy tenía dos niñas y un niño que contaban respectivamente diez, nueve y siete años.

La casa del Presidente, era la más espléndida de la ciudad; su servidumbre la más numerosa y tenía carruaje; no obstante, Julia fué relegada á un segundo piso aislado y frio, y no por falta de consideración de su prima, sino por disposición de su esposo, hombre duro é intratable, que habia llevado muy á mal la admisión de Julia en su casa, pues deseaba que únicamente su esposa estuviese encargada de la educación de sus hijos, y creía que este era el deber de una madre.

Pero Amelia, cuya salud era muy delicada y que queria proporcionar un asilo á su jóven parienta, se desentendió de las opiniones de su marido, y abrió

las puertas á la huerfanita, que se hallaba entonces próxima á cumplir los diez y siete años.

A pesar de la buena voluntad de Mad. Vichy, era tanto lo que temía á su marido, que no se atrevía á demostrar á su joven prima, no digo cariño, sino ni aún leves deferencias; recién llegada Julia, comía á la mesa de la familia; pero el mal humor del dueño de la casa, y la violencia en que estaba, eran tan visibles, que pidió como un favor á su prima que se la sirviese en su habitación, donde comería con los tres niños.

—¡Ay, querida mía! exclamó Amelia; ¿y piensas acaso que mi marido permitirá que sus hijos coman en otra mesa que la suya? No, por cierto; en el caso de que no quieras comer con nosotros, tienes que reducirte á la soledad.

—Por triste que sea, repuso Julia, la prefiero al disgusto continuo de ver que molesta mi presencia, y desde hoy comeré sola.

Mr. de Vichy había prohibido á su mujer y sus hijos que tratasen á Julia como parienta, diciendo que él la miraba sólo como una intrusa en la noble familia Albon.

¿Qué pluma podría imitar el lento suplicio á que se vió condenada aquella criatura, á la que eran tan precisas las expansiones para vivir, como el aire para respirar?

¡Cómo describir las torturas del completo y abso-

luto aislamiento, cuando la sávia de la juventud llena las venas, cuando las ilusiones llenan la mente!

Julia vivía rodeada de hielo, y su fuego interior la consumía; había soñado en el amor, la amistad, y nada conocía, y los fantasmas evocados en sus sueños, hacían de ella como el humo que va á perderse en el cielo.

Miraba al rededor suyo, y no hallaba á quien amar, ni de quién ser amada; la soledad moral la consumía; el aislamiento la anonadaba; en vano procuraba apegarse á aquellos niños, cuya educación la habían confiado; en vano trataba de ganarse el afecto de Amelia; el cariño de sus educandos era harto débil é insignificante para lo que su gigante corazón necesitaba, y Amelia, fría por temperamento, y cohartada además por el excesivo temor que le imponía el carácter de su esposo, no respondía al ánsia de cariño que vivía en Julia.

Así pasaron cuatro años; la señorita Lespinasse vivió durante ellos en el más completo retiro, pues aunque al salón de Mr. y Mad. de Vichy acudían las personas más notables de la población, Julia jamás se presentaba en él, y dedicada enteramente á los tres niños, pasaba con ellos las primeras horas de la noche, y las dos ó tres que la quedaban en la soledad, hasta que llegaba la de recogerse, las empleaba en el estudio, único y fiel amigo que le quedaba y que no es jamás ingrato.

Los habitantes de M... conoçian à aquella jóven de verla en la iglesia, ó paseando con los hijos del Presidente; admiraban todos su exquisita elegancia, la belleza de su rostro, y el aire de melancolía que se advertía en toda su persona; pero jamás la veían ni en el teatro, ni en ninguna otra de las diversiones que, aunque en corto número, ofrece de vez en cuando una población de alguna importancia.

De este modo trascurrieron los primeros y más floridos años de aquella desgraciada juventud.

Un día notó Julia un inusitado movimiento en la casa; los criados iban y venían con aire afanado; la camarera de la Presidenta se ocupaba en arreglar la mejor habitación del piso principal, y la misma Amelia se mezclaba en los preparativos, sacaba de los armarios la vajilla de plata antigua, herencia de la familia de su marido, y los manteles más ricos de Flándes.

Julia, aunque no era curiosa, se admiró ante semejantes preparativos, y preguntó á la criada, destinada al servicio de sus educandas, si se esperaba á algun huésped en la casa.

—Y tanto como esperamos, señorita, respondió la camarera; nada ménos que á la señora marquesa Du-Defant, hermana del señor; una de las damas más consideradas en París, pero que está ciega.

—¡Ciega! ¡Qué desgracia! exclamó Julia; ¿y es anciana?

—Tiene más años que el señor, y raya en los cincuenta, poco más ó ménos; pero, aunque no ve, está acostumbrada á tanto lujo y delicadezas, y es tan fino su tacto, que todo es poco para contentarla, y los señores desean que lo pase lo mejor posible durante el poco tiempo que ha de estar aquí.

—Eso es muy natural, observó Julia; ¿y cuándo llega?

—Se la espera esta noche.

—Mañana, cuando ya haya descansado, hacedme el favor de pedirle permiso en mi nombre para ir á saludarla.

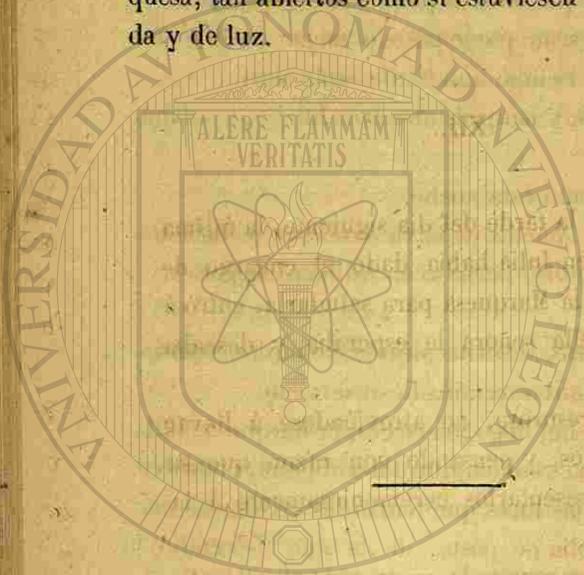
—Así lo haré, señorita, dijo la camarera retirándose cuando hubo terminado su servicio.

Por la noche, llegó, en efecto, la Marquesa; Julia, asomada á una ventana que daba al pátio, pudo verla, gracias á las luces que tenían los criados al derredor de la silla de posta, de la que descendió la marquesa Du-Defant.

Era una dama de alta estatura, y que debía haber sido maravillosamente bella, á juzgar por los restos de hermosura que aún conservaba; su continente no podía ser más noble y más digno; un rico traje de camino, y una cofia de encajes, daban á su figura una elegancia que sólo podía venir de París, y que para la pobre Julia de Lespinasse, era aún desconocida.

En la vacilacion de su marcha, al subir la esca-

lera apoyada en el brazo de su hermano, se conocía la falta de vista; pero Julia alcanzó á distinguir desde su ventana, los grandes y negros ojos de la Marquesa, tan abiertos como si estuviesen llenos de vida y de luz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VERACRUZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII.

A las tres de la tarde del día siguiente, la misma camarera, á quien Julia había dado el encargo de pedir permiso á la Marquesa para saludarla, entró á decirle que aquella señora la esperaba y deseaba verla.

Julia salió presurosa, no atreviéndose á llevar consigo á los niños, y pensando con razon que su padre querría presentarlos ceremoniosamente á la Marquesa.

Esta se hallaba recostada en un canapé; llevaba un traje de terciopelo color de cereza, adornado de encajes y una cõfia tambien de encaje; un collar de gruesas perlas ceñía su cuello y armonizaba con sus ricos pendientes; una profusion de cabellos rubios, cuyo color armonioso no había podido aún blanquear el tiempo, se escapaba de su escofieta como una lluvia de oro.

Por un capricho de la naturaleza, las cejas de la Marquesa, sus ojos y sus pestañas, eran negros como el azabache; su nariz recta, su boca pequeña y sen-

sual, conservaban aun una gran parte del encanto de la juventud; sus manos eran admirables, lo mismo que sus pies, que mecía y enseñaba con una gran coquetería.

Sin embargo, á través de una indisputable belleza, y de una distincion que tenia no poco de imponente, la señorita Lespinasse vió un poderoso auxiliar; la Marquesa estaba pintada con exajeracion, y en sus mejillas se veían lunares postizos puestos con tanta maestria, como si la persona que los llevaba contase sólo veinte años; su talle perfecto estaba, no obstante, muy comprimido; y Julia se preguntó, con dolorosa sorpresa, por qué la Marquesa á su edad se mortificaba de aquella suerte, y más estando sumergida en una oscuridad completa.

Querida mia, dijo Mad. Du-Deffant, que habia oído las ligeras pisadas de Julia; seais bien venida; no sabia que tenia tan bella huésped a mi hermano, porque éste sólo dice lo que quiere; pero me he alegrado mucho de hallaros aquí, y vuestra compañía será para mí como un perfume de juventud que me recordará la mia, pasada ya; como una poesia viviente, que disipará la prosa de mi calabozo eterno.

—Yo valgo muy poco para alcanzar tan dichosos fines, señora, dijo Julia tomando la mano que la Marquesa le tendia, y estampando en ella un respetuoso beso; pero lo que valgo es vuestro, y si mi compañía puede seros grata, no os faltará duran-

te todo el tiempo que mis obligaciones me dejen libre.

—¿Sois el aya de los hijos de mi hermano?

—Sí, señora.

—Amelia me ha dicho que vuestra instruccion es muy poco comun y que poseis un verdadero y elevado talento; tampoco me ha ocultado lo que el carácter desapacible é imperioso de mi hermano os hace sufrir.

La señorita Lespinasse guardó un prudente silencio, no queriendo caer en el lazo que temia se le estaba tendiendo.

—Por más que no me concedais que mi hermano es casi feroz, yo lo sé, continuó la Marquesa con una irreflexion muy chocante en su edad; yo soy una de las victimas de su carácter, y lo he sido más; pero sólo salí de su poder para caer en otro peor; en el de mi marido, al que sufrí algun tiempo porque me casaron con él siendo muy niña; mas de quien me separé, apenas pude tener una voluntad; decidme, ¿por qué habeis venido á esta casa, que tiene tanto por lo ménos de convento como de prision?

—He venido, señora, para hallar en ella un asilo seguro y decente, contestó Julia, que, aunque admirada de la volubilidad de su interlocutora, sentia, no obstante, dilatarse su corazon al contacto de aquel carácter á la vez enérgico y franco.

—¿No teneis padres? preguntó Mad. Du-Deffant.

—No señora, respondió Julia.

—¿Y hermanos?

—Tampoco; porque los que tengo no me miran como á tal.

—¿De modo que no dependeis de nadie?

—Desgraciadamente no, señora.

—¿Ni contáis con medio alguno de vivir?

—Sólo con una modesta pension y con lo que mi trabajo me proporeiona.

—¿Sois de familia regular?

—Mis padres eran de la primera nobleza, respondió Julia con melancólico orgullo.

—¿Dónde viven?

—Soy huérfana, señora.

—Yo pensaré en vuestro porvenir, querida mia, dijo la Marquesa afectuosamente; y por lo pronto, sabed que me haceis un gran favor con venir á hacerme algun rato de compañía el tiempo que permanezca en casa de mi hermano, que no será mucho. Igualmente os pido que no dejéis de asistir por las noches al salon; es una cosa verdaderamente inhumana el que os dejen pasar sola las veladas en vuestro aposento con vuestro talento y esmerada educacion.

Despues de haber pronunciado estas palabras con una gracia y una sensibilidad inimitables, Mad. Du-Deffant, habló con Julia de artes y literatura, admirándose de lo profundo y vario de los conocimientos

que atesoraba, y despidiéndose de ella con verdadero afecto.

Julia salió de la habitacion de la Marquesa con el corazon más consolado, y por decirlo así, más alegre; habia hallado un sér inteligente que la comprendia; habia desaparecido en parte el manto de hielo del frio egoismo que la envolvía desde hacia tanto tiempo; aquella alma entusiasta, aquella viva imaginacion, habia padecido demasiado en la fria atmósfera en que vejetaba, para no acoger con un júbilo mezclado de gratitud el rayo de sol que se le aparecia.

Excéptica ya en muchos puntos de aquellos que resuelve la razon y la lógica, Julia conservaba, en lo que toca á los sentimientos, una rara virginidad y una adorable frescura de impresiones; habia discurrido y meditado, amarga y quizá demasiado profundamente; pero no habia amado á nadie más que á su madre y á los buenos esposos Lespinasse; y aquel cariño tranquilo y dulce, no podia llenar las aspiraciones de su alma ardiente y esforzada.

Desde el dia en que habló á la Marquesa, la profesó un afecto tierno, y apoyado en una profunda y sólida estimacion de su talento y sobresalientes cualidades.

Mad. Du-Deffant era, como ya queda dicho, hermana de Mr. Vichy; habia sido educada en un convento, y de él salió á los quince años para casarse

con el Marqués Du-Deffant, que ya había cumplido los cuarenta y ocho.

El Marqués era grave y silencioso; María, que éste era el nombre de la Marquesa, lijera, coqueta, se había casado sólo por el ánsia de brillar, pues su hermosura no la hubiera inclinado hácia aquel esposo. á ser más crecida su fortuna; así es que desde los primeros días de su union, chocaron aquellos dos caracteres tan opuestos, y María empezó á detestar un lazo que no le proporcionaba ninguna ventaja y que le traía muchos sinsabores.

Cinco años arrastraron ambos la pesada cadena, ó más bien la arrastró María sola, pues su marido, usando de las prerogativas de la fuerza y del derecho, en nada violentaba sus gustos, ni trató una sola vez de ceder algun tanto en favor de los de su jóven y linda esposa.

Un dia, propuso la Marquesa á su marido una separacion amistosa, y añadió para justificar su pretension:

—Lo que te pido es mi vida y mi tranquilidad; si alguna vez me mirases, verias que mi salud está quebrantada, y que la existencia claustral á que me condenas, es insoportable para mí; así, pues, espero que accedas á mi demanda, y que, entregándome lo poco que poseo, añadas aquello que tu generosidad te aconseje.

El Marqués era un hombre digno, y aunque fati-

gado del mundo y de sus placeres, no había dejado en él su hidalguía y generosidad; se avino á los deseos de su mujer; le hizo entrega escrupulosa de su escaso dote, y añadió de su propia cuenta y bienes una renta regular y capaz de ponerla al abrigo de todas las necesidades de la vida.

María empezó á vivir á su gusto; bien pronto se vió rodeada de adoradores; su casa de París, no muy grande, pero sí muy elegante, se llenó en breve de personas importantes, atraídas por la belleza y el talento de la Marquesa; una jóven de veinte años, que llevaba un titulo, que poseía una fortuna más que regular, que era muy bella y que estaba dotada de un talento extraordinario, aumentado por el estudio, no podía menos de hallar muchos y buenos amigos.

Además, la sociedad francesa, en aquella época, perdonaba muy fácilmente el escándalo, en gracia de la hermosura y del talento; la Marquesa llegó muy pronto á ser una de las mujeres más admiradas y más celebradas de París; se ambicionaba con ánsia el placer de visitarla, y numerosos rivales, se disputaban el honor de atraer sus miradas y de poseer su corazón.

María dividía todo su tiempo entre sus libros y el amor; muchas veces se engañó, y amó verdadera y profundamente; pero en breve se convencía de que era su imaginacion solamente la que cubria

aquellos idolos de galas, y no tardaban en caer del pedestal y en convertirse en polvo, si acaso queria analizarlos su fria razon.

Conoció á uno, sin embargo, superior á los demás, y á éste fué á quien dedicó por más largo tiempo su cariño; era el presidente Henaul, y este hombre eminente supo ser para la Marquesa un amante modelo, y despues el más adicto y entusiasta de sus amigos.

Mas, ¿quién puede lisonjearse de vivir feliz cuando desatiende las leyes del decoro, cuando cierra los oidos á esa voz terrible que se llama CONCIENCIA? La Marquesa, irreligiosa y pesimista, se libró de algunas amarguras, por la misma desgracia de serlo; pero el cielo, que no deja jamás las faltas sin castigo, le impuso el más terrible y más comun entre las personas que se le asemejan.

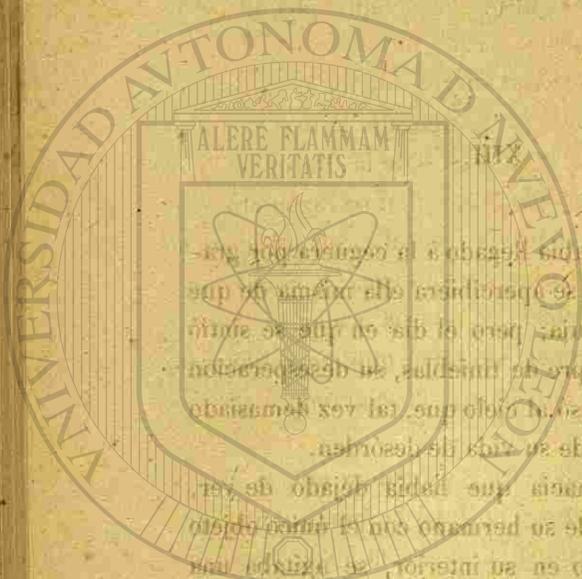
María, jóven, rica, pues habia aumentado su caudal con algunas especulaciones felices, bella, rodeada de atenciones y de afectos, estaba siempre consumida por el hastío; su fastidio era mortal y le impedía disfrutar de las aparentes ventajas con que le brindaba su suerte; en vano procuraba combatirle con todas sus fuerzas; en vano, porque resistía á todos los remedios y la envolvía como un sudario del que le era imposible salir.

El mundo se encargó de fomentar y de acrecer una funesta propension á sacudir el yugo sacrosanto de la religion, que ya existia en la Marquesa; exce-

sivamente incrédula, no hacia alarde de su excepcionalismo; pero llevaba clavado en el pecho el dardo mortal, y su desventura iba siempre con ella y la seguia á todas partes.

De aquella aridez interior de un alma grande, pero en cuyo fondo se ha apagado la luz fecundadora de la fé, nacia el hastío de la Marquesa, y el profundo malestar que la invadia; su razon era más grande que todo cuanto la rodeaba; sus ilusiones no resistian á lo inflexible de su lógica, y como todos los espíritus rebeldes, no queria acatar lo que no llegaba á comprender, sin saber que, en religion, la humildad es la verdadera y única grandeza que nos puede consolar.

Tal era la fatal, pero encantadora mujer, que se interpuso en el camino de Julia Lespinasse; una profunda é intensa simpatía unió á la jóven desilusionada, y á la mujer excéptica, y ya cercana á la vejez.



La Marquesa había llegado á la ceguera por grados, y casi sin que se percibiera ella misma de que su vista se extinguía; pero el dia en que se sintió cercada para siempre de tinieblas, su desesperacion fué inmensa, y acusó al cielo que, tal vez demasiado justo, la castigaba de su vida de desórden.

Pocos meses hacia que había dejado de ver, cuando fué á casa de su hermano con el único objeto de distraerse; pero en su interior, se agitaba una idea fija; la de buscarse una compañera jóven y dotada de talento, que conservase á su alrededor á sus amigos con los encantos de su figura y de su conversacion, y con quien pudiese conversar ella misma.

Puede suponerse la satisfaccion con que encontró á Julia en casa de su hermano, y cuánto se alegró de que aquella fuese libre y casi pobre, aunque no pobre del todo; la reproduccion que buscaba de sí misma, aunque en más pequeña escala, estaba allí; la amiga cariñosa, sumisa, fierna, sensible y dotada

de la distincion que el gusto esquisito de la Marquesa deseaba, estaba allí; allí, donde ménos esperaba hallarla.

Muy pronto formó su plan; dominante por naturaleza y por costumbre, y nada apegada á los lazos de la familia, le importó muy poco el privar de su aya á los hijos de su hermano, ó mejor dicho, ni se detuvo á pensar si les ofendia con semejante accion; estudió á Julia, y cuando ya creyó que la tenia conocida á fondo, le propuso que se fuera con ella á París.

—Sereis, le dijo, mi señorita de compañía, si esto os place; en la eterna noche en que vivo, veré por vuestros ojos, y me comunicareis vuestras impresiones; á la vez salís de esta dependencia, que os debe ser penosa, y que hacen mayor el carácter adusto de mi hermano y el excesivamente débil y apocado de su esposa; no os digo lo que os daré, ni quiero señalaros una pension; yo creo que una amiga no debe estar asalariada, sino partir con su amiga lo que ésta tenga.

Julia, desinteresada por carácter y naturaleza, aceptó con gratitud; y una mañana, con gran asombro de Amelia y con mucho enojo de parte de su marido, la Marquesa anunció, al levantarse de la mesa, que se marchaba con Julia.

—¿Te llevas á esta señorita? preguntó Mr. de Vichy; está bien; yo me alegro de que desembaraces

de ella mi casa; creo que no te arrepentirás de tu eleccion; sois tal para cual.

El Presidente volvió la espalda, y salió del comedor, dejando aquellas palabras groseras é hirientes por despedida.

Su esposa sintió con más verdad y con más ternura la separacion de la jóven; la abrazó con lágrimas, y, llevándola al hueco de una ventana, le dijo estrechando sus manos.

—Mi querida Julia, os compadezco por la determinacion que habeis tomado, y sé que vuestra union con la Marquesa durará poco; ¡ah! ¿Por qué dejais este pacífico asilo por la tempestad? Verdad es que en él teniais tambien algunas penas; pero, ¿dónde no se padecen en la tierra? Ya veis que yo soporto las mias con valor, y Dios me recompensa dándome esa dulce paz que sólo es compatible con el cumplimiento del deber.

Julia quiso responderle que allí no tenía ella porvenir alguno; pero era demasiado orgullosa para eso, y guardó un altivo silencio.

—¡No sabeis aún en cuán peligrosa sociedad vais á encontraros á los veinte años! prosiguió la Presidenta; ¡no sabeis que es aquello un círculo de excépticos, de descreidos, de filósofos á la moda que os halagarán para corromperos! El ser demasiado instruida es muy perjudicial para la mujer, y ésta no necesita más ciencia que la de saber sentir y sufrir

con resignacion; dentro de poco, Julia, la noble y desgraciada sombra de vuestra madre llorará al veros muy fatalmente cambiada; ella vivió siempre en una modesta oscuridad; y si es cierto que hasta en ella la azotaron las pasiones, tambien lo es que, á lo ménos, conservó puras é intactas su fé y sus creencias religiosas, como el faro salvador de su vida.

—Señora, respondió Julia con alguna acritud, porque se impacientaba de no tener razones que oponer á los temores de la Presidenta; señora, aquí no he sido tratada como tenia derecho á esperar; me he cansado ya de la humillante servidumbre.

—Os indignais porque os convezco de que obrais mal, observó tristemente Amelia; en esto sólo haceis lo que hacen todos los que defienden una mala causa: la razon es tranquila, y no hace cargos; no quiero responderos que, si la estancia en mi casa os era poco grata, podiais haberla cambiado por otro asilo semejante y que os ofreciera más ventajas, bien para el corazon, bien para la fortuna; no; no intentaré convenceros, porque os veo muy resuelta á llevar á cabo vuestro proyecto; id, hija mia, ¡y haga el cielo que no se cumplan mis tristes presentimientos y que no echeis de ménos este asilo, que era para vos decoroso, y que yo os ofrecí con la mejor voluntad!

Amelia, dichas estas palabras, besó á Julia en la frente, dejando allí la huella de una hermosa y santa lágrima; puso en manos de la jóven un bolsillo

lleno de oro, como pago de sus últimos honorarios, y salió en seguida para ir á buscar á su esposo y á sus hijos.

Julia partió con la Marquesa, que la condujo á Paris, manifestando por ella el más vivo entusiasmo.

Pero no era la Marquesa Du-Deffant mujer en quien el entusiasmo pudiese ser durable; exajerada en todo y excesivamente apasionada, llegaba muy pronto al extremo del afecto, y una vez allí, su cariño iba en descenso, con la misma rapidez que habia subido.

Julia halló en casa de la Marquesa un salon brillante y lleno de la sociedad más escogida; los literatos más distinguidos de la época se reunian en él, y los hombres más eminentes de Paris tenian á gloria formar la corte diaria de las dos señoras.

Sin embargo, la belleza y la edad de Julia debian darle una gran preeminencia sobre la Marquesa, y aunque la galanteria más esquisita presidiese en el salon de Mad. Du-Deffant, los veinte años de la señorita Lespinasse, conquistaban otra clase de simpatias que los cincuenta de la Marquesa.

En aquel salon fué donde se dió á conocer el talento de Julia, uno de los más brillantes y de los más notables de su época; su hermosura, á la vez dulce, altiva y melancólica; la elegancia de su figura, la admirable distincion de sus maneras, y el delicado gusto que dominaba siempre en su traje y

en todas sus acciones, le atrajeron una nube de adoradores, y el nombre de Julia Lespinasse se hizo célebre en Paris.

En honor de la verdad, debe decirse que la jóven dama de compañía de la Marquesa se dedicó á complacer á ésta con la más viva solicitud, con el más tierno empeño: desde que la Marquesa despertaba, Julia corría al lado de su lecho, ayudaba á la doncella á vestirla y peinarla, y la entretenía sin cesar con su conversacion y con las gracias de un talento siempre variado y florido: ella era la verdadera vista de la Marquesa, que no tenía ninguna, y para la Marquesa guardaba las agudezas de su ingenio y toda la ternura de su corazón.

Julia estaba verdaderamente agradecida á madame Du-Deffant, porque la había sacado de la oscuridad en que yacía: la oscuridad para ella era la muerte, y necesitaba una atmósfera cálida en que moverse, como las mariposas necesitan el sol ó la llama artificial que la remeda.

En el salon de la Marquesa fué donde Julia conoció al célebre geómetra D'Alembert, jóven aún y de una figura simpática y agradable; aquel hombre eminente concibió por Julia una violenta pasión: olvidada la gravedad de su carácter y la melancolía que ántes le había dominado, convirtióse casi en un niño, y pasaba las horas en muda contemplacion delante de aquella mujer que había llegado á ser due-

ña absoluta de su corazón y de todos sus pensamientos.

Julia se apercibió muy pronto del efecto que producía, pues este efecto no se oculta á ninguna mujer por cándida é inexperta que sea, y, sin embargo, aquella pasión profunda, aquel afecto noble y lleno de ternura, no halló eco en su corazón.

¿En qué consiste que el amor verdadero es tan pocas veces correspondido? La experiencia enseña que no puede subsistir, ó que, á lo ménos, es muy rara la pasión que guarda un equilibrio perfecto; el grande el profundo amor es casi siempre pagado con la tibieza, y cuando aque^l se apaga, acaso se aviva con las luces de la pasión lo que parecía próximo á extinguirse.

La señorita de Lespinasse no podía amar al ilustre geómetra, que le dedicaba una pasión tan pura, tan generosa y noble; le concedía, sí, algun cariño y una alta estimacion de las brillantes prendas que reunía; pero á no haber sido por haberse encargado de unirlos la casualidad, esa diosa protectora de los amantes, jamás D'Alembert hubiera logrado de Julia otra cosa que una buena amistad.

El primer año de la estancia de Julia Leonor en casa de la Marquesa, fué feliz para las dos; apasionada vivamente de su dama de compañía Mad. Du-Deffant, hallaba bello y bueno cuanto aquella hacía y decía, pues la afecion embellece hasta las acciones

más insignificantes de la persona querida; pero así que se apercibió de que le robaba Julia una gran parte de los homenajes de sus amigos y admiradores, la Marquesa tuvo celos del talento de Julia y de su belleza, que, aunque no podía contemplar, veía aún más encantadora de lo que era en realidad.

Otro año pasó tomando cada día formas más visibles y alarmantes el disgusto de la Marquesa, disgusto que se transmitió también al ánimo de Julia, herida por semejante injusticia; porque ella amaba verdaderamente á la Marquesa, y le agradecía su protección y su apoyo como un beneficio.

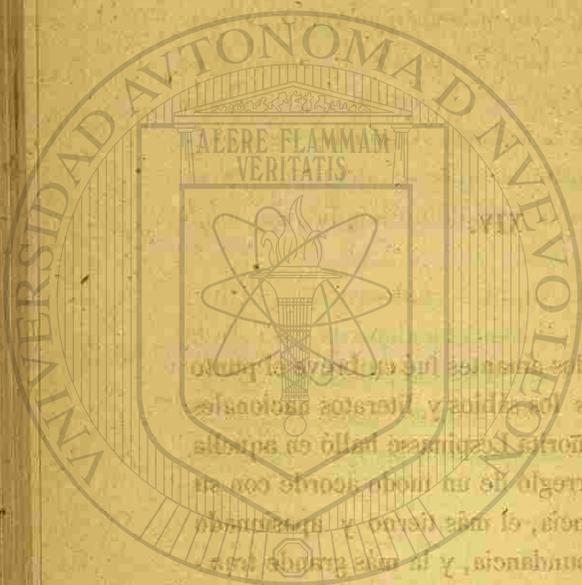
Aquella rivalidad de mujeres, no podía detenerse en un punto razonable: crecía cada hora, y así debía suceder; cuando la causa es miserable, los efectos son aún más ruines y despreciables que la causa; poco á poco la Marquesa cayó en la debilidad de hacer mil desaires á Julia, y ésta, que era orgullosa y susceptible hasta el extremo, llegó á atesorar en su pecho un raudal de hiel contra la que ya no consideraba como su bienhechora, sino como su rival y enemiga.

Un día en que se hallaba sola en el salon con D'Alembert, se quejó á él de las sinrazones de la Marquesa, y le dijo que iba á salir de su casa.

—¡Y bien! ¡Venid á la mía! le dijo aquel, reinad en ella como reinais en mi corazón, y yo seré el más dichoso de todos los hombres.

Julia Leonor era ya atea, lo mismo en punto á religion que en cuanto á la moral: la época además autorizaba todos los desórdenes que se cubrían con el manto del amor. Luis XV pasaba la mitad de su vida en el famoso *Parque de los ciervos*, y ni él ni nadie extrañaron que la señorita Lespinasse, generalmente conocida y admirada por su talento, admitiese las ofertas y la protección de un hombre tan eminentemente como D'Alembert.

Después de una ruptura ruidosa y formidable, Julia Leonor de Lespinasse abandonó la casa de la Marquesa, y se fué á la del filósofo; el Rey le concedió una pensión de 1.500 francos, como sancion de su falta de decoro y de respeto á las leyes de la decencia y del pudor.



La casa de los dos amantes fué en breve el punto de reunion de todos los sábios y literatos nacionales y extranjeros: la señorita Lespinasse halló en aquella morada, que ella arregló de un modo acorde con su buen gusto y elegancia, el más tierno y apasionado cariño, la mayor abundancia, y la más grande tranquilidad, si es que ésta cabe en una vida que no está en armonía con la conciencia y con las leyes de la religión y del honor.

XIV.

La casa de los dos amantes fué en breve el punto de reunion de todos los sábios y literatos nacionales y extranjeros: la señorita Lespinasse halló en aquella morada, que ella arregló de un modo acorde con su buen gusto y elegancia, el más tierno y apasionado cariño, la mayor abundancia, y la más grande tranquilidad, si es que ésta cabe en una vida que no está en armonía con la conciencia y con las leyes de la religión y del honor.

No obstante, Julia se hallaba en aquella situacion con pocas penas, ó mejor dicho, sin ninguna; la fé de su infancia, aquella fé que le habian trasmitido tan pura, tan sencilla y tan tierna, primero su nodriza, despues la familia de Lespinasse, y por último, su pobre y buena madre, se habia apagado en su alma con el contacto fatal de la naturaleza depravada y rebelde de la Marquesa Du-Deffant, y luego con el

trato de los sábios y filósofos pesimistas, que constituían la sociedad habitual de aquella señora.

Sus continuos estudios por una parte, el desengaño recibido por su misma hermana al arrebatarse la las pruebas de su nacimiento, y las fatales relaciones que habia adquirido, habian embotado la voz de la conciencia; voz augusta que no puede desoirse por largo tiempo, y que la desgracia debia levantar de nuevo en el corazon de Julia.

En compañía de D'Alembert fué donde adquirió la señorita Lespinasse su verdadera fama de mujer de talento; dedicóse á estudiar la literatura; pero, más afecta á pensar que á expresar sus pensamientos, sólo escribió dos excelentes capítulos añadidos al *Viaje sentimental de Sterne*; al mismo tiempo, D'Alembert, escribía y publicaba un admirable *Retrato* de su amiga, que dió una fama universal, así al autor como á Julia, que era la persona retratada por la mano del amor y del talento.

Poco á poco la serena y grave hermosura de Julia se alteró de una manera considerable; sus facciones, redondeadas y dulces, se hicieron angulosas; el sentimiento dejaba la plaza al pensamiento; las largas disertaciones, las cuestiones científicas y filosóficas, las sutilezas del espíritu, la continua controversia, habian reemplazado á la mujer sentimental y dulce, por la mujer sabia, racionalista y un tanto pedante.

—¿Por qué me amais? preguntaba ella un dia á D'Alembert; ya no soy aquella hermosa mujer que vos habeis retratado; ya no soy bonita, ni apenas soy buena; ya no tengo ilusiones ni esas amables debilidades que forman el encanto mayor de la mujer.

—Es verdad, contestaba tristemente Mr. D'Alembert; ya no sois nada de lo que érais, valeis mucho ménos que cuando os conocí; no pienso en mi amor, sino en mi felicidad.

—No os entiendo, dijo Julia, fijando en su amigo la profunda mirada de sus negros ojos.

—Escuchadme con atencion, repuso el geómetra tomando la mano de la señorita Lespinasse; yo os amo lo mismo que cuando os conocí, ó aún más; el amor no puede estar jamás estacionado; ó crece ó descende; el amor estacionado es sólo amistad; pues bien, Julia, mi amor crece cada dia, á cada hora, á cada instante; esto os extrañará acaso, conociendo vos y confesando con vuestra habitual franqueza que valeis mucho ménos que ántes; pero sabed que el amor nunca es más grande, más ciego, más apasionado, más terrible, que cuando no tiene razon de ser.

—¿Luego no sabeis ya que me amais? preguntó Julia sonriendo.

—¡Sí, lo sé! Os amo, no por lo que valeis, sino por lo que mi corazon os estima, porque el amor,

no estriba en el mérito de la persona amada, sino en la ilusión de la persona que ama.

—¿Y si llega día en que os cureis de vuestra inmensa ceguedad, ó en que perdais por completo vuestra ilusión?

—No es fácil, respondió D'Alembert.

—¿Por qué?

—Porque yo no me quiero curar.

—¿Y si variáis de modo de pensar?

—¡Jamás!

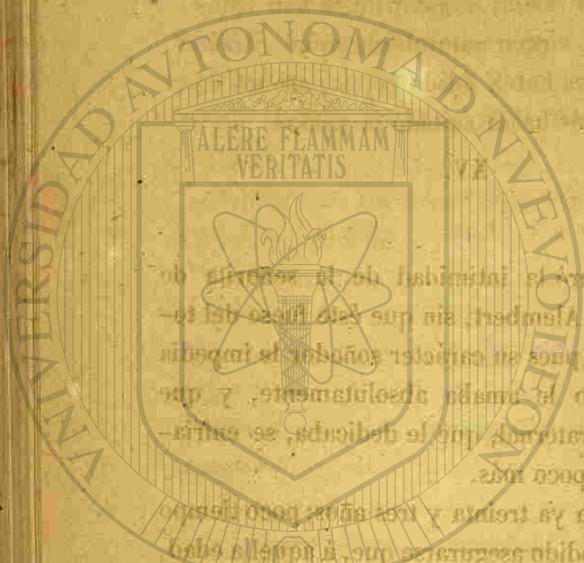
—No podeis responder del porvenir como yo tampoco puedo responder á mi vez, dijo la señorita Lespinasse; pero dejemos esto, y decidme por qué sois desgraciado al contemplar el cambio que se ha operado en mí.

—Porque sé que ese cambio jamás hubiera tenido lugar si me hubiéreis amado; sólo el amor conserva la debilidad de carácter y la profunda delicadeza de la mujer; sólo el amor la hace ser apasionada por todo lo bello y lo bueno de la vida; si amárais, no pensaríais tanto, ni irais con tanto empeño al fondo de las cosas; si amárais seríais ménos sábia, y sólo anhelaríais poseer la ciencia incomparable del amor; todavía no habeis estado enamorada, y tiemblo por mí el día en que lo esteis.

—Yo no amaré jamás, dijo Julia moviendo tristemente la cabeza, ese es mi destino; creedme, amigo mio, lo que os concedo á vos, es todo lo que puedo

conceder, y acaso mi corazón no está formado para más tiernos y ardientes afectos.

—Alembert tenia razon; el amor debia aún fecundar aquella rica y virgen naturaleza, aquel corazón que tan pocas veces habia latido por los afectos humanos, y que jamás habia agitado la pasión.



Diez años duró la intimidad de la señorita de Lespinasse y de Alembert, sin que éste fuese del todo despreciado, pues su carácter soñador le impedía ver que Julia no le amaba absolutamente, y que hasta el afecto fraternal, que le dedicaba, se enfriaba cada día un poco más.

Julia contaba ya treinta y tres años; poco tiempo ántes hubiera podido asegurarse que, á aquella edad, no había ya en ella ni sombra de belleza, y sin embargo, su amante vió de repente, que sus ojos adquirían un brillo y una dulzura inusitadas, que la palidez de sus mejillas se animaba con un rosado color, que cierta cosa, dulce y tierna, palpitaba en todas sus facciones.

—Llegó la hora de mi desgracia, se dijo el hombre ilustre, cuyo nombre era tan glorioso; Julia ama, y el amor ha fecundizado su corazón como la gota de rocío fecundiza el seno de la rosa que le dá entrada en él.

Y con una calma triste y paciente, el filósofo esperó la confidencia de su amiga.

Esta no tardó en llegar.

Julia era soberbia, desconsiderada y dura; pero, por lo mismo, no sabia fingir ni queria disimular.

Una mañana fué al cuarto de Alembert; se sentó á su lado, y tomándole la mano, le dijo:

—Oídme con paciencia, amigo mio; yo amo, y no es á vos: perdonadme.

Alembert esperaba esta confesion; pero amaba de tal modo á Julia, que al oirla de su boca, palideció, como si le hubieran dado una puñalada en el corazón.

No obstante, hizo un exfuerzo violento, y respondió:

—Lo sabia.

—¿Quién os lo habia dicho?

—Yo que lo he adivinado, al veros tan animada y feliz.

—En efecto, mi corazón siente; vivo y no vejeto; amo al marqués de Mora, ese jóven español que vos conoceis, y que hace poco tiempo nos ha sido presentado en casa; ahora decidid vos si debo permanecer aquí, á condicion de que vivamos como hermanos, ó si debo marcharme.

—¿Estais segura de que el marqués de Mora merece vuestro amor? preguntó Alembert, que parecia sumergido en tristes cavilaciones.

—No sólo no estoy segura, sino que lo ignoro, respondió Julia; el corazón me habla por la primera vez... harto tarde es... dejadme que lo ceda sin meditar.

—¿Pero y si ese hombre fuese un malvado?

—Le amo, y desgraciadamente no dependo de nadie.

—¿Y si os ocasionase disgustos?

—Los sufriré; vale más vivir sufriendo, que vejetar sin sentir pena ni dolor.

Alembert alzó los ojos al cielo, con muda é inmensa amargura.

—¡Ah! exclamó; ¿por qué no me habeis amado á mí?

—Acaso porque vos me habeis amado en demasia. Yo tambien me hago la misma pregunta y me dirijo la misma acusacion.

—¿Estais segura de amar al Marqués?

—Segurísima; pero responded á mi pregunta; ¿debo irme, ó quedarme para ser vuestra hermana?

Alembert reflexionó durante un instante; y despues, alzando la cabeza y mirando á la ingrata Julia con unos ojos en los que rebotaba la más generosa ternura, le dijo alargándole la mano:

—¡Quedaos, y quiera Dios que ese hombre, ú otro que valga ménos, no me vengue de vos!

—Sois, en efecto, muy generoso, murmuró Julia besando aquella mano, en la que cayó una lágrima;

perdonadme, amigo mio, y culpád sólo á la fatalidad si no os he amado como vos mereceis, y como yo hubiera deseado; yo soy más digna que vos de compasion!

Desde aquel dia, el marqués de Mora fué á visitar á la señorita de Lespinasse diariamente, y ésta sintió crecer su pasion por la misma ilógica y fatal razon *de no tener razon de ser*.

El Marqués era un bello jóven de veinticuatro años, delicado, y victima ya de una afeccion de pecho, consecuencia natural de su desarreglada vida en París; sin embargo, á pesar de su irreflexion natural, se apasionó de Julia de una manera vehemente y casi loca, y desde el instante en que pudo tratarla, puede decirse que sólo vivió ya para aquel amor.

Corrigióse de todos sus malos hábitos pasados, y empezó su educacion sentimental é intelectual con el trato de aquella mujer superior y tan distinta de cuantas habia conocido.

Cuando se han probado los placeres del espíritu, es muy difícil contentarse con los de la materia; el Marqués no se separaba del lado de Julia, y ésta á su vez se enamoró de él con esa profunda y verdadera pasion, que por ser la primera es la más fuerte y la más imborrable de todas.

Poco tiempo despues de la amarga declaracion que hizo Julia al filósofo diciéndole que amaba al marqués de Mora, escribia aquel á un amigo suyo

las siguientes tristes palabras, al final de una tristísima carta:

«La geometría es mi mujer, y mi única distraccion en esta triste casa.»

Muy pobre idea da, en verdad, de la señorita de Lespinasse la falta de delicadeza con que siguió ocupando la casa de Alembert amando á otro hombre; la dignidad y todos los sentimientos del decoro se oponian á ello, y hubiera sido más noble para Julia ganar su pan con su trabajo ó ceñirse á las dos pensiones que disfrutaba, que aceptar la hospitalidad del hombre que la habia amado, y aún la amaba; pero pudiera creerse que cada época trae consigo sus sentimientos particulares, y que cuando una nacion vé pervertidas en lo general sus costumbres, todos los afectos de sus individuos se envilecen y toman el colorido de la despreocupacion general.

Luis XV y Mad. de Pompadour extendian sobre la Francia entera el velo de sus impurezas; aquel régio mártir de la disipacion, se convertia en miserable esclavo de sus pasiones, y abdicaba cuanto de noble, grave y generoso se abrigaba en su alma.

Julia, además, se hallaba profundamente herida en su amor propio por el filósofo; jamás le habia hablado de matrimonio, y alguna vez que ella habia arriesgado débilmente la proposicion, Alembert habia dado á conocer, con toda claridad, el horror con que miraba el lazo indisoluble, que muchas veces, á

la par que une los destinos, desune los corazones y la voluntad de los contrayentes.

—No, respondió aquel hombre célebre, con la vehemencia que le era propia: no amándote tanto como te amo, no me casaría contigo: amándote con pasión, me casaré ménos; el génio, y áun el talento, necesitan completa, absoluta libertad; todas las trabas que el mundo impone, sirva para amenguarlo: Julia mía, permanezcamos libres, y no hables nunca de enajenar mi voluntad, ni de atentar á la tuya.

Julia se ofendió de aquella respuesta; pero cuanto más honda fué la herida, más cuidado puso en ocultarla: su amigo no la conoció; pero la herida sangraba sin cesar, y la sangre que brotaba ahogó poco á poco el escaso cariño que profesaba á Alembert.

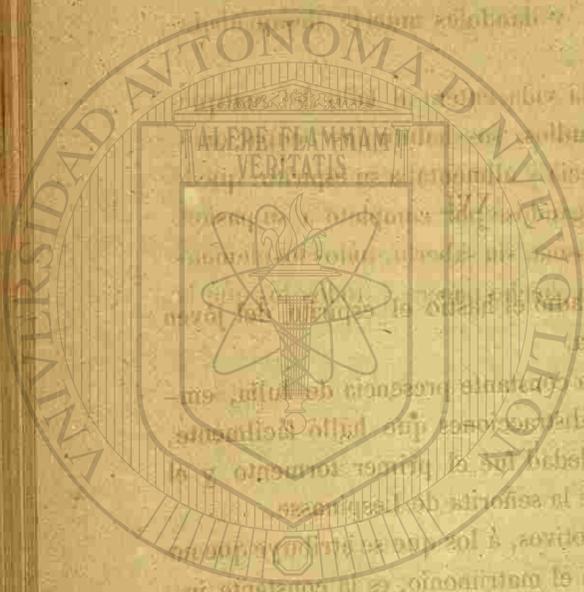
De esta suerte, los dos antiguos amantes vivían juntos, bajo el mismo techo, sin que Julia sintiese dificultades en su situación.

Un día, sin embargo, Julia se halló sola en la casa de su amigo: Alembert se había mudado á otra, incapaz ya de soportar por más largo tiempo el tormento que le costaba el ver la intimidad de Julia con su rival.

De esta suerte, la señorita de Lespinasse se halló de repente con el Marqués en esa completa libertad, en esa intimidad de todos los instantes, que es el en migo más cruel del amor, y á la cual es imposible

renunciar, cuando ningun obstáculo se opone á ella; pero que como un castigo del cielo, va minando todas las ilusiones, y dándoles muerte desapiadadamente.

Julia pasaba la vida entera al lado del marqués de Mora: sus estudios, sus habituales ocupaciones, todo lo que enaltecia y alimentaba su espíritu, quedó olvidado; y entregándose por completo á su pasión, aniquilaba ella misma, sin saberlo, todos los elementos que la habían hecho nacer, y todos los que la podrian alimenta.



XVI.

En breve invadió el hastío el espíritu del joven marqués de Mora.

Cansado de la constante presencia de Julia, empezó á buscarse distracciones que halló fácilmente, y la frecuente soledad fué el primer tormento y el primer castigo de la señorita de Lespinasse.

Uno de los motivos, á los que se atribuye que no dure la pasión en el matrimonio, es la constante intimidad y la precision de verse los esposos á todas horas, y Julia, que no tenia las ventajas de una union legitima, no tuvo tampoco el talento de preservar á su amor de los inconvenientes que podian matarle.

El marqués de Mora, más joven que ella, y hablando que ya no se daba á su espíritu el pasto agradable y nutritivo, que deseaba y que habia admitido sin esfuerzo, huía de Julia, cansado de la monotonía de unas relaciones que habian ya perdido su más firme base en el abandono de su trabajo y del cultivo intelectual.

Una noche salió despues de la comida, sin decir á dónde iba; era la primera vez que sucedia esto, y Julia manifestó alguna sorpresa.

—Voy á ver á un amigo de mi familia que ha llegado de Madrid, dijo; pero volveré pronto á tu lado.

Las horas pasaron; á las diez llegó un criado del Marqués, trayendo para Julia una canastilla de dulces de parte de aquel.

Preguntóle Julia que dónde estaba y que cuándo volvería, pero el criado permaneció impenetrable y se marchó.

Julia esperó al Marqués hasta las dos de la mañana, á cuya hora volvió á su casa.

—Perdóname, le dijo, besándole la mano; me han comprometido á cenar ese amigo de que te hablé y algunos otros, y no he podido dejarles ántes; los dulces eran de nuestra mesa.

Julia suspiró; la primera nube aparecia en el horizonte de su dicha, pero era tan rosada, que aún no le causaba ningun terror, y sólo temia como un vago presentimiento de su desgracia.

Al dia siguiente el Marqués estuvo inquieto y distraido; llegó la noche y no habló de salir, pero su malestar era visible, y muy temprano aún se retiró á su cuarto prestando una fuerte jaqueca.

Julia quedó sola, con la frente apoyada en la palma de su mano, y sumergida en amargas meditaciones.

En aquel instante pensó en Alembert.

—¡Cuánto habrá sufrido, Dios mio! se dijo.

Como si su pensamiento, recorriendo los espacios hubiera llegado hasta el que le ocupaba, llamaron á la puerta.

Un momento despues, Alembert estaba á su lado; tomóle una mano, se la besó, y Julia sólo pudo responderle con dos lágrimas que se deslizaron por sus mejillas.

—¡Eres desgraciada! dijo el filósofo; lo sé, lo creo, mi pobre Julia; y por amargas que hayan sido mis predicciones, acaso la realidad es más amarga.

La señorita Lespinasse no contestó.

—¿Te trata mal ese hombre? preguntó Alembert; ¿ha dejado de amarte?

—¡Sí! á lo ménos, lo temo! murmuró Julia.

—Entonces, vente conmigo; mi casa te espera como la oscuridad espera un rayo de luz.

—¡Imposible! dijo Julia.

—¿Por qué?... ¿No dices que ya no te ama?

—¡Pero le amo yo!

—¡Extraña fatalidad! exclamó Alembert; y despues de una de aquellas meditaciones profundas, que eran en él tan frecuentes y que daban tan admirables frutos de generosidad y abnegacion, añadió:

—¡No importa! yo te amaré.

—¡Jamás! repuso Julia; jamás, amigo mio, tendré el triste valor de ofrecerte en recompensa de tu ar-

diente y generoso amor, un corazón que pertenece á otro; eso es imposible para mí.

—Pero... ¿Y si ese hombre te condena á la tristeza, á la soledad, al abandono...?

—Me resignaré á todo.

—¿Por qué no le abandonas tú?

—Lo haré el día que deje de amarle.

—¿Y esperas poderlo conseguir?

—Creo que sí.

—¡Ah! exclamó el filósofo; ¡qué desgracia es que el amor no sea durable ni jamás correspondido!

—Si pudiese conseguirse uno y otro, la tierra sería el cielo, respondió Julia tristemente.

—Pues bien, observó Alembert; yo me contento sólo con tu amistad; vuélvete conmigo; nada habrá que yo no haga para consolarte; sé fuerte, mi pobre Julia; sufrirás algunos días, pero luego se calmará tu dolor; y una vida laboriosa y velada por mi tierno y constante cariño, ocupará el sitio de la triste y borrascosa existencia que ahora llevas.

—¡Oh, amigo mio! exclamó la señorita Lespinasse apoyando su triste y bella cabeza en el pecho del filósofo; ¡mi sólo y buen amigo! ¿Por qué no te he dedicado yo el puro y generoso amor que merecias? ¿Por qué inexplicable fatalidad no he podido pagar ese afecto que no merezco yo, pero que sé apreciar en lo que vale? Déjame, prosiguió irguiéndose con una especie de fiereza; déjame soportar mi

suplicio; y no pretendas que lo divida contigo; yo debo cumplir mi destino, que acaso sea muy desgraciado; amo á ese hombre, pero él matará este amor, y yo debo asistir á la agonía de un afecto tan mal colocado.

—Si en esta pasión hallases el último desengaño, dijo Alembert, no temblaría tanto por tu suerte; pero te conozco; tu inextinguible sed de afecciones, te hará correr de abismo en abismo; tú necesitas, como el aire que respiras, amar y ser amada; privada de afecciones legítimas, sin padres, sin hermanos, sin esposo, sin hijos, buscarás los afectos en todas partes, cruzando como pobre peregrina los desiertos del mundo. ¡Cuántos desengaños te esperan! ¡Cuántas amarguras! ¡Todo cuanto hay en mí de noble, de bueno y generoso, se extremece al pensarlo! ¡Julia, acepta la salvación de mi mano: ¡cásate conmigo!

—¡Jamás! respondió la señorita Julia de Lespinasse.

—¿No hemos vivido juntos diez años? ¿No conoces ya lo que te amo? ¿No conoces mis opiniones, mi carácter? ¿Qué puedes ya temer?

—La desgracia de los dos.

—¿Acaso somos así felices?

—Unidos con un lazo eterno é indisoluble, seríamos más desdichados.

—Por favor, Julia, por tu bien, piensa en lo que te propongo.

—Jamás, repitió Julia, jamás me casaré contigo; esa es mi resolución irrevocable.

—¿Es qué renunciás para siempre al matrimonio?

—Contigo, sí.

—¿Y con otro?

—No lo sé, respondió Julia; no sé lo que será de mí, ni á dónde me arrastrará el huracán de mi destino; á tí te quiero y estimo demasiado, para hacer-te el triste presente de mi mano, que en otro tiempo te hubiera dado.

En aquel instante entró el Marqués.

Ninguna muestra de disgusto dió al ver allí á Alembert; le saludó con afabilidad, se dejó caer en un sillón, habló de cosas indiferentes, y despues se retiró á su cuarto dejando solos á los dos antiguos amantes.

—Este hombre ya no te guarda el más pequeño resto de cariño, dijo Alembert á Julia, y lo que es peor, ya no te estima.

—¡Lo veo! ¡Lo siento! murmuró la pobre mujer apoyando sobre el corazón su pálida mano; pero por Dios, ¡no seas tú el que me haga ver por completo toda mi desgracia!

XVII.

Una mañana, Julia Lespinasse hizo decir al marqués de Mora que le esperaba en el salón, y que le súplicaba le concediese una entrevista de una hora.

Hacia ya que no le veía muchos días; pues comía fuera de casa, y se retiraba á una hora muy avanzada de la noche, y algunas veces á la madrugada.

Julia pasó por la terrible gradación que separa el amor apasionado de la helada indiferencia, con el amor y la constancia de una mártir, con una constancia digna de más noble causa.

El Marqués, que aunque era voluble é inconstante, no era descortés, le contestó que al momento iría á encontrarla, y aunque hacia poco rato que se habia metido en el lecho, se levantó y se vistió con esmero.

Julia llevaba un traje negro; su hermoso y pensativo rostro, guarnecido de largos bucles negros y sedosos, se destacaba de aquel sombrío color como una delicada azucena; sus grandes ojos negros esta-

—Jamás, repitió Julia, jamás me casaré contigo; esa es mi resolución irrevocable.

—¿Es qué renunciás para siempre al matrimonio?

—Contigo, sí.

—¿Y con otro?

—No lo sé, respondió Julia; no sé lo que será de mí, ni á dónde me arrastrará el huracán de mi destino; á tí te quiero y estimo demasiado, para hacer-te el triste presente de mi mano, que en otro tiempo te hubiera dado.

En aquel instante entró el Marqués.

Ninguna muestra de disgusto dió al ver allí á Alembert; le saludó con afabilidad, se dejó caer en un sillón, habló de cosas indiferentes, y despues se retiró á su cuarto dejando solos á los dos antiguos amantes.

—Este hombre ya no te guarda el más pequeño resto de cariño, dijo Alembert á Julia, y lo que es peor, ya no te estima.

—¡Lo veo! ¡Lo siento! murmuró la pobre mujer apoyando sobre el corazón su pálida mano; pero por Dios, ¡no seas tú el que me haga ver por completo toda mi desgracia!

XVII.

Una mañana, Julia Lespinasse hizo decir al marqués de Mora que le esperaba en el salón, y que le súplicaba le concediese una entrevista de una hora.

Hacia ya que no le veía muchos días; pues comía fuera de casa, y se retiraba á una hora muy avanzada de la noche, y algunas veces á la madrugada.

Julia pasó por la terrible gradación que separa el amor apasionado de la helada indiferencia, con el amor y la constancia de una mártir, con una constancia digna de más noble causa.

El Marqués, que aunque era voluble é inconstante, no era descortés, le contestó que al momento iría á encontrarla, y aunque hacia poco rato que se había metido en el lecho, se levantó y se vistió con esmero.

Julia llevaba un traje negro; su hermoso y pensativo rostro, guarnecido de largos bucles negros y sedosos, se destacaba de aquel sombrío color como una delicada azucena; sus grandes ojos negros esta-

ban melancólicos y como velados por una sombra de tristeza; sin embargo, á través de la terrible huella de sus largas penas, se leía en su rostro una irresolución firme y friamente meditada.

—Buenos días, Julia, dijo el Marqués entrando y tomando afectuosamente la mano de su amiga; ¿tengo la dicha de poderte servir en algo?

—Sí, señor Marqués, contestó graciosamente aquella; sentaos y escuchad.

—¿A qué viene ese tono ceremonioso? exclamó asombrado el Marqués.

—Ese tono es el que debo tener con vos; ¿qué somos ya el uno para el otro?

—Yo soy para tí el que siempre he sido, dijo el Marqués; ¿acaso lo dudas? Algunas ocupaciones, asuntos graves...

—Yo no os pido excusas ni las admito, señor Marqués, dijo Julia con altanería; si sois para mí lo que ántes érais, yo no lo soy ya para vos, y, por lo mismo, os suplico que me trateis con algo más de consideración que de franqueza.

—Sea como gustéis, señora, dijo el Marqués inclinándose, sólo deseo complaceros.

Una amarga sonrisa entreabrió los labios de Julia; reinó el silencio por algunos instantes, siendo ella la primera que le rompió, no sin hacer un esfuerzo violento para comunicar á su voz toda la posible tranquilidad.

—Señor Marqués, dijo; yo os ruego que me digáis qué motivo os he dado, no para dejar de amaros, de eso no os pido cuenta, porque sé que no se manda al corazón, sino para que hayais usado conmigo de doblez y falsía.

—No entiendo esa pregunta, balbuceó el español, cuyo pálido semblante se coloreó súbitamente con un penoso rubor.

—Me entendeis, repuso Julia; vuestra turbación me lo dice demasiado claro; me entendeis, y os ruego que me respondais: ¿qué motivo os he dado para que no me hayais dicho lealmente que habeis dejado de amarme?

—¿Y quién os ha dicho que no os amo?

—¡Basta! ¡Quiero ahorraros el vergonzoso trabajo de mentir! exclamó la señorita de Lespinasse; los dos hemos procedido indignamente; vos, sujetándome á un martirio que no teniais el derecho de imponerme; yo, sufriendo ese martirio; desde hoy, señor Marqués, todo acabó entre nosotros.

—¿Qué decís! exclamó el Marqués; que sintió levantarse lleno de vida en su corazón el amor que habia creído muerto para siempre.

—Que todo ha terminado entre los dos.

—¡Es imposible, Julia! ¡Perdonadme! ¿Qué importan algunos extravíos, algunas distracciones pasajeras? ¡Mi corazón es todo vuestro!

—El mio no os pertenece ya.

—¡Me engañais, y os engañais á vos misma, Julia! No lo dudeis!

—¡Qué estúpido orgullo el de los hombres! exclamó la señorita Lespinasse con amarga cólera; ¿no quereis creer que he dejado de amaros?

—¡No!

—¿Por qué?

—¡No quiero creerlo!

—¡No os conviene persuadiros de ello, lo sé! repuso Julia; ¿pensais, caballero, que el corazon de una mujer puede exprimirse impunemente como se exprime el zumo de una naranja, y que mi corazon torturado por vuestra ingratitud, por vuestra indiferencia, puede recobrar su sávia cuando vos lo deseais? ¿Pensais que valeis tanto, que sólo necesitais decirme *ven*, para que yo vuele á vos? ¿Pensais que mi amor es inmortal, y que resiste á todas las pruebas, por duras, por amargas que éstas sean? ¡Os equivocais! ¡Todo cuanto hay en mi alma de digno, de noble y levantado, grita ahora en contra vuestra! ¡Yo no os amo ya! Entendedlo de una vez; ¡no os amo!

El Marqués bajó la cabeza ante la fiera y luminosa mirada de Julia Leonor de Lespinasse, que corroboraba sus enérgicas palabras, con una elocuencia tan poderosa como incontestable.

—¡Perdon! murmuró trás una pausa.

—Perdonado quedais, dijo la señorita Lespinasse

suavizando su voz, que adquirió de repente una dulzura infinita; ¡perdonado quedais para siempre! ¡Adios!

Y se levantó del sillón donde habia estado sentada hasta entónces.

—¿Os vais? preguntó el Marqués.

—Esta noche salgo de París.

—¿Pero á dónde os dirgís? ¿Qué será de vos?

—No paseis penas por mí, dijo la señorita Julia de Lespinasse sonriendo; pensad en vos, que bien lo necesitais.

—¡No os entiendo, Julia!

—Estais viviendo con la gente más perdida de París, que ya ha arruinado vuestra fortuna y vuestra salud.

—¿Quién os ha dicho...?

—¿Olvidais que os amaba? exclamó Julia; ¡he preguntado y he sabido amargas verdades!

—Y os han engañado, Julia.

—Tanto mejor para vos.

—¿No podreis volver á amarme?

—¡Jamás!

—¿Y si fuera de nuevo digno de vos?

—No podreis serlo nunca, por poco que yo valga.

—¡Sed mi esposa! exclamó el Marqués en un rapto de generosidad, que él creyó heroica, y que Julia halló muy ridicula.

—¡Gracias! respondió; rehusó la corona de Marquesa que me ofreceis.

—¿Y por qué?

—Podría aceptarla, si, aunque no os amo, os estimase; pero habeis herido todavía más por completo mi estimacion que mi amor.

—Yo os ofrezco más que Alembert, dijo con ironía el Marqués.

—Os equivocais, respondió Julia; él tambien quiso casarse conmigo.

—¿Y le rehusasteis?

—Sí; á él no le amaba lo bastante, aunque le profesaba la más alta estimacion.

—De modo, que para aspirar al alto honor de ser esposo vuestro...

—Hay que ser digno á la vez de mi estimacion y de mi amor.

—Morireis soltera, dijo el marqués de Mora con grosería vengativa y enconada; yo os lo predigo.

—Teneis razon, repuso Julia con tristeza; moriré soltera; si pensais que me herís con vuestra grosería, os equivocais mucho; sí, moriré soltera, y prefiero eso á casarme sin estimacion y sin amor; ahora, adios, y que el cielo os haga dichoso; se lo pido con todo mi corazon; de todas veras.

Julia dejó el salon, y se encaminó á su cuarto; una vez allí, se dejó caer en un sillón, y exclamó,

inclinando la cabeza sobre su pecho y uniendo las manos sobre sus rodillas.

—¡Dichas de la tierra! ¿Dónde estais? ¿Será mi destino no columbraros jamás? ¡Aves de paso, sólo he sentido sobre mi frente el roce de vuestras alas, cuando os ausentábais de mi para siempre!

—Yo os ofrezco más que Alembert, dijo con ironía el Marqués.

—Os equivocais, respondió Julia; él tambien quiso casarse conmigo.

—¿Y le rehusasteis?

—Sí; á él no le amaba lo bastante, aunque le profesaba la más alta estimacion.

—De modo, que para aspirar al alto honor de ser esposo vuestro...

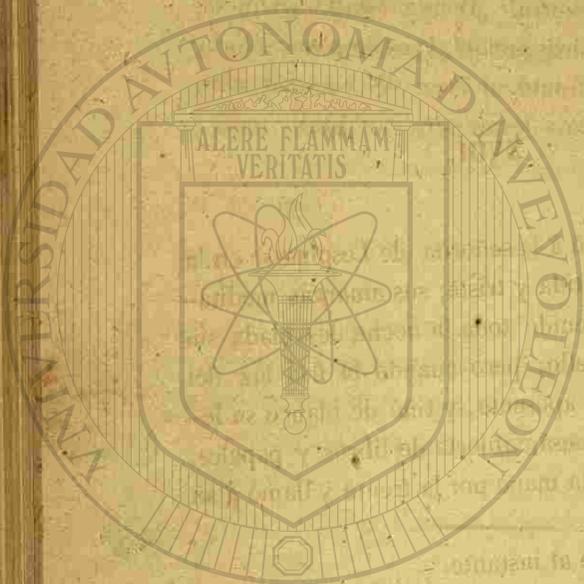
—Hay que ser digno á la vez de mi estimacion y de mi amor.

—Morireis soltera, dijo el marqués de Mora con grosería vengativa y enconada; yo os lo predigo.

—Teneis razon, repuso Julia con tristeza; moriré soltera; si pensais que me herís con vuestra grosería,

os equivocais mucho; sí, moriré soltera, y prefiero eso á casarme sin estimacion y sin amor; ahora, adios, y que el cielo os haga dichoso; se lo pido con todo mi corazon; de todas veras.

Julia dejó el salon, y se encaminó á su cuarto; una vez allí, se dejó caer en un sillón, y exclamó,



XVIII.

La aurora halló á la señorita de Lespinasse en la misma actitud abatida y triste; sus amargas meditaciones la habian tenido toda la noche desvelada sin darse cuenta de ello; pero cuando la fria luz del alba penetró en su aposento, y tiñó de blanco su lecho intacto, y su mesa cubierta de libros y papeles, volvió en sí, pasó la mano por la frente y llamó á su doncella.

Esta se presentó al instante.

—Recoje toda mi ropa y los objetos que me pertenecen, Páula, dijo la señorita de Lespinasse; ciérralo en los cofres, y pon en uno sólo dos ó tres trajes y alguna ropa blanca; ese es el que me llevaré; al cuidado de los demás, al de la casa, y esperando órdenes mias, te quedarás tú.

—¿Se vá acaso de París la señora? preguntó Páula admirada.

—Sí, sólo tardaré en dejarle el tiempo que tarde en llegar una berlina de viaje, que tú irás á buscar ahora mismo.

—¿Y no acompaño yo á la señora?

—No, mi buena Páula; mas no pienses que por eso renuncio á tus servicios; sabrás dónde estoy, y cuando vuelva á París yo, volverás tú á mi lado; hasta nueva orden, ya te he dicho que te quedarás aquí.

Páula salió tranquilizada, y Julia se quitó el traje negro que llevaba desde la víspera, y se puso otro de camino, recogiendo por sí misma sus joyas en un cofrecito.

De cuando en cuando, una lágrima caía en las manos de Julia ó en los objetos que iba ordenando.

La berlina llegó; Julia subió á ella, y dijo al postillon:

—A N... en Borgoña.

Sepultóse despues en el fondo del carruaje; se envolvió en su capa, y cerrando los ojos, quedó sumergida en una meditacion triste y profunda.

Repasaba su vida entera, y se preguntaba qué era lo que habia hecho de bueno ó de útil en ella, y su conciencia le respondia:

—¡Nada!

En efecto; su mision no podia haber sido más extéril y más nula; ni habia hecho la felicidad de ningun sér en la tierra, ni habia sido madre siquiera, ni habia llevado á cabo ningun trabajo importante, fruto de su talento ó de su aptitud material para cosas asimismo materiales.

—Más feliz es, se decia, la modesta y humilde

hermana de la caridad que yo; ella, á lo ménos, se acuesta cada noche con la certeza de haber hecho algun bien; pero yo, planta extéril, si he dado algunas flores, no han producido fruto alguno, y llegaré al ocaso de la vida sin haber visto brillar el sol de la dicha sobre mi triste frente.

Julia se equivocaba en parte al pensar así; ella, como todos los séres humanos, tenia una mision que debia llenar, debia ofrecer á su sexo el ejemplo del heroismo del amor, debia mostrarle hasta qué extremo puede sufrir el corazon de una mujer.

Cuando llegó á casa del Presidente, bajó de la silla de posta y la despidió entrando sola en el gran pátio, y sorprendida del silencio que reinaba por todas partes.

El portero, que se paseaba con aire grave, se acercó á ella, preguntándole qué se le ofrecia.

—¿No me conoceis, Pedro? observó la señorita de Lespinasse, dirigiéndose al viejo conserje, que doce años ántes la saludaba cada mañana.

—Algo recuerdo vuestra fisonomía, señora, respondió el conserje; pero no su nombre.

—Soy mademoiselle de Lespinasse.

—¿La señorita Julia?

—La misma.

—Muy cambiada estais, repuso Pedro; ¿quereis ver á la señora Presidenta?

—Sí, por cierto: ¿se hallará ahora en el cuarto de

su esposo? Es, en efecto, muy temprano; pero acabo de llegar.

—¿No sabéis que el señor Presidente ha muerto?

—No sabia nada.

—Ya hace cerca de año y medio que pasó á mejor vida: su hijo está en París; una de las señoritas se ha casado, y sólo la menor está al lado de su madre; venid, señorita, y os acompañaré, pues ya deben estar levantadas.

Pedro subió con Julia la ancha escalera, atravesaron el vestíbulo y una gran antesala: allí tiró el conserje de una campanilla, y apareció una doncella.

—Acompañad á esta dama al cuarto de la señora Presidenta, dijo Pedro.

—No, no, llevadme al salon, dijo Julia un tanto confusa, y avisad á la señora: mi buen Pedro, yo no soy ya de la casa, y los sentimientos de vuestra ama pueden haber cambiado con respecto á mí.

—¡Cambiar la señora! exclamó el viejo criado; no lo creais, ella se acuerda de vos, y os nombra muchas veces; pero pasad al salon conmigo, en tanto que la avisan.

Julia se sentó, admirándose de la emocion que experimentaba: casi temia la vista de aquella mujer tan sencilla y tan pura: en París, las culpas de la galanteria no lo eran; pero en aquella humilde ciudad, donde no habia penetrado el aire pestilente de la corte, la virtud vivia aún con toda su majestad, y pare-

cia que se respiraba en el ambiente, y que residia entre aquellas antiguas cortinas de seda y entre aquellas paredes vestidas de gruesas telas.

Poco tardó en abrirse una puerta, que dió paso á una esbelta y elegante figura de mujer.

Era Amelia; los años, al resbalar sobre su frente pura, no habian dejado ninguna huella; aún era jóven, y aún su tranquila belleza se ostentaba tan radiosa como cuando vivia al lado de su marido en los primeros tiempos de su enlace; sus cabellos eran rubios y espesos, y el azul subido y tranquilo de sus ojos no habia sufrido ni la más leve alteracion.

—Perdonad, señora, que os haya hecho esperar, dijo adelantándose hácia Julia; pero, al mirarla, una emocion súbita se pintó en sus facciones y exclamó:

—¡Julia!

Luego le abrió los brazos y la estrechó contra su corazon.

—¡Muy cambiada estás! le dijo, despues de una páusa, mirándola con una tristeza atenta; veo que la vida de agitacion y de goces artísticos que llevas, fatiga más que la mia.

—¿Sois dichosa? preguntó la señorita de Lespina-
sse, estrechando las manos de Amelia.

—Tanto, respondió ésta, cuanto puedo serlo en este valle de dolores.

—Yo he sido y soy muy infeliz.

—¿Te queda, al ménos, la paz de la conciencia?

preguntó Amelia, interrogando los ojos de su prima Julia.

Esta bajó tristemente la cabeza.

—Veo que no, dijo la Presidenta, y te compadezco; ¡es el sólo bien positivo de la tierra!

Reinó el silencio durante algunos instantes, y Julia fué la que le rompió.

—Perdonadme, querida Amelia, el olvido en que he vivido respecto de vos y de vuestra familia; ignoraba hasta la muerte de vuestro esposo; estaba ofendida con vos... y ha sido preciso que todo me faltase en la tierra, para que mi corazón buscase al vuestro; no podía olvidar que me arrebatásteis las pruebas de mi nacimiento; yo no hubiera pedido nada jamás á la familia de Albon, que siempre me desconoció; soy demasiado orgullosa para eso.

—¿Y si lo hubiérais hecho? dijo Amelia, cuyas mejillas se cubrieron de rubor; pensad en que amo á los míos, y en que además soy madre; aquella familia ha desaparecido casi por completo, y acaso la sucesión alcance á mis hijos; Antonieta vive en Burdeos, pero atacada de una enfermedad al pecho que no la perdonará. Carolina ha muerto del dolor de no casarse, lo que hubiera sido imposible, atendido su carácter; tres de los hijos del Conde han muerto también, y el que resta ha emprendido un largo viaje á la India occidental; perdóname, Julia, y permite que yo á mi vez me queje de tu olvido, y despues que te

pregunte si eres realmente desgraciada, ó si tus desgracias son hijas de tu imaginacion.

—Soy una de las mujeres más infelices del mundo, dijo Julia; soy sola en la tierra, y á nadie amo sino á vos.

—¿Son, pues, mentira las relaciones que te atribuían con un jóven que lleva un título español?

—No, amiga mia; pero esas relaciones han terminado, como casi todos los amores de la tierra, por el hastío del hombre que me amaba.

—¿Y por el tuyo?

—No; el amor no lo sienten jamás igualmente los dos amantes á la vez; yo le quera

—¿Y te ha dejado?

—Yo me he separado de él, á pesar de haberme ofrecido, para retenerme, que se casaria conmigo.

—¿Y no has aceptado?

—Ya lo veis.

—¿Por qué?

—Porque ya no le estimaba.

—Veo, mi pobre Julia, exclamó la Presidenta abrazando á la señorita Lespinasse, que tu corazón es muy noble, á pesar de los errores á que tu imaginacion te ha arrastrado; ¡pluguiese el cielo que hubieras hallado un hombre digno de tí, con el cual te hubieras podido unir y ser dichosa!

—Le hallé, y no lo fuí tampoco.

—¿Por qué no te casaste con él?

—El lo rehusó; luego quiso hacerlo, y me llegó á mí la vez de no admitir.

—¡Qué triste destino el tuyo! ¡Ah! ¡Por qué dejaste este apacible asilo! ¡Por qué llegaron hasta tí las palabras de la Marquesa!

--¿Sabeis de ella? preguntó Julia vivamente.

—Sí, respondió Amelia; vive sola en París, y á no ser por sus amigos, que la acompañan y consuelan á porfía, ya hubiera muerto de tristeza y de fastidio; pero, añadió Amelia, ven conmigo; te llevaré al cuarto que has de ocupar, y así que cambies de traje, te presentaré á mi hija María, única que está ya á mi lado; ¿te acuerdas de ella? Era la más bonita de las dos; Luisa se ha casado. Gaston está en París; ea, ven, y veamos si tu antigua educanda te reconoce también como su madre.

La Presidenta tomó la mano de Julia, y la llevó á una estancia adornada con suma sencillez, pero con gran comodidad; era la misma que habia ocupado la señorita Julia de Lespinasse cuando estaba encargada de la educacion de los hijos de Mad. de Vichy.

Con una profunda emocion, volvió á ver allí su cama colgada y cubierta de muselina blanca, el escritorio en que habia confiado al papel todos sus pensamientos, cuando no contaba con ninguna amistad en la tierra; el armario y la cómoda que habian guardado sus modestos trajes de institutriz, y el re-

clinatorio ante el cual se arrodillaba cada noche para rezar sus oraciones.

Amelia la dejó sola para que cambiase de traje, y Julia, en vez de abrir sus maletas que ya habia traído un criado, se dejó caer en una silla, y se puso á llorar amargamente.

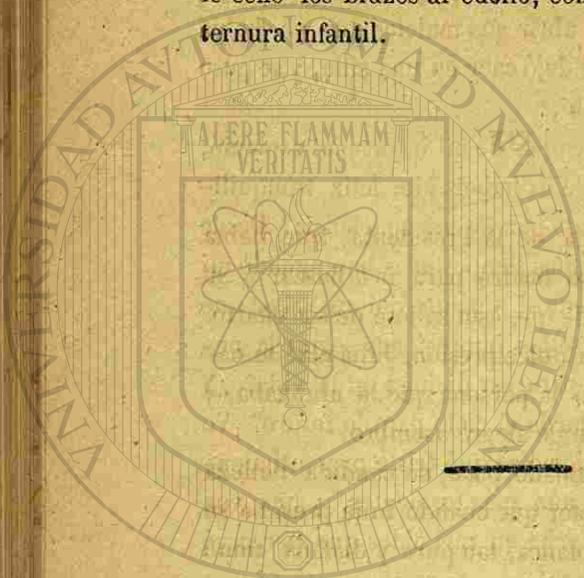
—¡Oh! ¡Felices tiempos de mi inocencia! exclamó; ¿dónde estais? ¿Dónde os habeis ido, feliz tranquilidad de mi alma, grata paz de mi conciencia? Desde que vivia aquí, ¡cuántas tempestades han agitado mi vida! ¡Cuántos tormentos! ¡Cuántos dolores! ¿Por qué no pueden modelarse las impresiones segun la necesidad de sentir las para ser dichosa en la vida? ¿Y qué es lo que me guarda el cielo para lo futuro? ¡Yo siento agitarse en mí, no sé qué triste presentimiento, que me anuncia aún más tormentos, y una voz ronca y formidable grita en mis oídos que pereceré envuelta en el huracán!

Julia calló, ocultó su semblante entre sus diminutas manos, y dejó correr por sus hermosas mejillas gruesas y abundantes lágrimas.

Pero su llanto se agotó muy pronto; sólo cuando el alma es aún inocente y conserva ilusiones, hay muchas lágrimas en los ojos; cuando las pasiones han rugido en ella, el llanto es escaso, corrosivo, abrasador.

El desaliento siguió á las lágrimas, y Julia hubiera permanecido por largo rato sumergida en él, á

no haberse abierto la puerta de su cuarto, para dar paso á una graciosa jóven, que entró de puntillas, y le echó los brazos al cuello, con una expresion de ternura infantil.



XIX.

Era María, la hija de la Presidenta, que habia pedido permiso á su madre para ir á buscar á su antigua aya, ántes de que ésta saliese de su cuarto.

Al sentir aquella dulce presion, Julia alzó la cabeza, fijó sus ojos en la persona que la abrazaba, y dejó escapar un grito de alegre asombro.

María habia cambiado poco; su cándida belleza tenia el mismo carácter que cuando Julia presidia su educacion; su cara blanca, tan pura y diáfana como un camafeo antiguo, estaba alumbrada por dos grandes y hermosos ojos azules; agrupábanse sus cabellos rubios en anchas bandas sobre su frente pura y tersa como la de una niña; era su boca un capullo de rosa, que sólo se habia entreabierto para besar y reir, y el conjunto de toda su figura presentaba un tipo lleno de encanto, de juventud y de alegría.

—¡Ah, señorita Julia! exclamó abrazando á su antigua aya; ¡qué dichosa soy al veros! ¡Cuánto, cuánto me he acordado de vos!

—Mi querida María, respondió Julia, yo tambien

guardaba una dulce y tierna memoria vuestra, y he pensado mil veces en vos y en vuestros hermanos; sobre todo desde que soy desgraciada.

—¿Sufrís acaso? preguntó la jóven; pero sí, lo veo en el abatimiento de vuestras facciones; ¡ah, mi querida amiga! ¡No salgais ya de nuestro lado! ¡No nos dejéis! Mi madre y yo somos dichosas; sólo se ha alterado nuestra tranquilidad con la muerte de mi buen padre, y ahora estamos aún algo tristes, pero ya conformadas con su pérdida: no os separeis de nuestro lado.

—¡Ojalá pueda hacerlo, mi querida María!

—¿Y quién os lo impide?

—No siempre podemos disponer de nuestra voluntad, y los acontecimientos nos arrastran muchas veces á lo que no quisiéramos hacer.

—Pero vos sois sola y dueña de vuestras acciones.

—Desgraciadamente, sí.

—Pues bien, quedáos, os lo repito; mi madre os necesitará en breve.

—¿A mí?

—Sí; cuando se quede sola.

—¡Sola! ¡Pues qué! ¿Os vais?

—De la ciudad no, respondió María que se puso muy colorada; pero.....

—Ya comprendo, dijo Julia más instruida por aquel rubor que por las mismas palabras de la cándida jóven: ¿os vais á casar?

—Eso es, me caso muy pronto.... esta misma noche quizá conoceréis á mi futuro... ¡Oh, sé que os agradará!

—No dudo de vuestro buen gusto; ¿es la boda del agrado de vuestra madre?

—¡Oh, sí! Como que mi padre la dejó dispuesta ántes de morir! Ya sabeis que la voluntad de mi padre era su ley.

—En efecto; y ahora veo que, en cuanto á vos, se vé lo que sucede pocas veces.

—¿Qué?

—Que el deber está de acuerdo con el corazón.

—Verdad es, respondió María dejando vagar por el espacio sus bellos y límpidos ojos azules; yo amo mucho á mi novio; ¡es tan gallardo, tan elegante! Se llama Ernesto de Guibert, y ha escrito dos tragedias que se han representado en París.

—¡Ah! repuso sonriendo la señorita de Lespinasse, ¿es Mr. de Guibert vuestro futuro?

—¡Sí! ¿Le conocéis?

—Le he visto dos veces en el salón de una de mis amigas.

—¿Y qué os parece?

—Apénas le miré; conozco mejor sus obras, que á su persona.

—¿Y qué os parecen aquellas?

—Muy medianas.

—No importa; repuso María algo picada en su amor

propio; ¡ojalá no tuviera talento alguno! Así se le pasaría la manía de escribir, y no volvería á París.

—¿No os agradaría vivir allí?

—No; quiero mejor estar aquí, cerca de mi madre, y tener tranquilidad en mi casa; dicen que en París se vuelven infieles todos los maridos.

—¡Ay, hija mía! exclamó Julia; los que no aman á sus esposas, les son infieles en cualquiera parte del mundo que se hallen! Poco estimable es una fidelidad debida á la falta de ocasiones de faltar á ella; pero no temais, mi buena y querida María, vos valeis tanto, que, donde quiera que vivais, no hallará vuestro esposo nada mejor que vos.

—Gracias por vuestra opinion, mi querida amiga, dijo María abrazando á Julia; yo deseo mucho que veais á Ernesto, para que me digais dos cosas; si vale lo que yo pienso como hombre, y si me ama; y ahora venid, y os ayudaré á vestiros; mi madre nos esperará impaciente en el salon.

Y la amable niña empezó, en efecto, á ayudar á Julia, que se despojó de su traje de camino, y se puso un peinador para arreglar sus cabellos, desatándolos sobre su espalda.

—¡Oh, qué hermosos rizos! exclamó María; ¡parecen vuestros cabellos un manto de seda negra! ¡Cuánto diera yo por tener una cabellera semejante!

—¿Puede haber ninguna más hermosa que la vuestra?

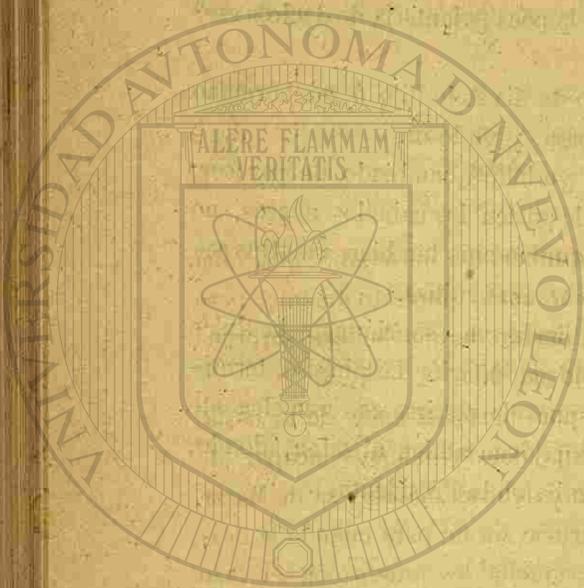
—A Ernesto le gustan más los cabellos negros que los rubios.

—¡Cómo! exclamó Julia riendo, en tanto que se peinaba; ¿ha tenido la poca galantería de deciros eso? ¿A vos?

—A mí, no; pero un día se lo dijo á mi hermano que se hallaba en casa, y yo lo oí.

—Tranquilizáos; ya habrá cambiado de parecer; y además, aunque le gusten los cabellos negros, no es una razon para que no ame tambien vuestras sedosas y admirables trenzas rubias.

María, tranquilizada ya, sonrió con la dulce confianza de su edad; la señorita Lespinasse, terminó su *toilette*, y despues de vestirse con una elegante sencillez, siguió á su jóven amiga al salon, donde, en efecto, las esperaba ya la Presidenta.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

XX.

Mr. Ernesto de Guibert era un hombre que valía muy poco, así moral como intelectualmente; pero en lo físico estaba dotado de una belleza sorprendente, y, por decirlo así, fatal.

No merecía él, por cierto, el amor de la casta, bella, é inocente hija del Presidente: incapaz de apreciar la exquisita y delicada naturaleza de María, le preparaba un martirio sin fin para cuando la desgraciada suerte de aquella les uniese con el lazo conyugal.

Lo que dominaba, sobre todo, en aquel hombre, era una vanidad que llegaba hasta una estupidez casi feroz; jamás había sabido si las mujeres que había amado eran bellas ó no, si estaban dotadas de brillantes cualidades de corazón, de talento ó de carácter, ó si eran vulgares y prosáicas; para él la mujer de más precio, era la que hacía más ruido, fuera cualquiera la causa que lo produjese; la cortesana más desvergonzada, la actriz más en boga, y, si hubiera sido posible, la mujer más criminal de la

tierra, eran para él los tipos predilectos; María le agradaba porque, además de pertenecer á una familia ilustre y de ser muy rica, era muy bella; nada tenía de vulgar aquella niña cándida y á la vez distinguida en todos sus gustos y aspiraciones; donde quiera que entrase, era seguro que debía producir sensacion, y Ernesto de Guibert lo adivinaba así con su vanidoso instinto.

No había podido hallar en París una sola mujer que se le pareciese; las mujeres frívolas le causaban un hastío insoportable; sin estar él dotado de talento, adoraba el talento con una verdadera pasion; había querido tener gloria, y había escrito para el teatro dos tragedias, pero tan medianas, que se olvidaron al instante, así las obras como á su autor.

Herido en su amor propio, Ernesto de Guibert estuvo muchos días enfermo; donde había buscado la satisfaccion de su amor propio, había hallado solamente el ridículo; desapareció de los salones y sus numerosas amigas le vieron eclipsarse por completo.

Salió entónces de París, y fué para consolarse á recojer la módica herencia que le había dejado un tío suyo en el Havre, herencia que debía ayudar á sus locos gastos.

Pasó despues á Borgoña donde habitaba su anciana madre, y allí conoció á María, fijándose al instante en ella, por el hecho de ser la jóven más rica y más bonita de la poblacion.

María le amó con ese primer amor, lleno de pureza y de ilusiones, y la boda quedó decidida volviendo Guibert á París y á su vida disipada, y llena de aventuras.

Su fortuna con las mujeres tenia explicacion; pocos hombres pudieran compararse en ventajas físicas con Mr. de Guibert; su belleza varonil, era notable por su carácter y su perfeccion artística; sus grandes ojos, de un azul sombrío, hacian un contraste delicioso con sus abundantes cabellos, negros como sus cejas y pestañas. Su tez era blanca y mate; una boca perfecta, una nariz griega, una frente noble, y que prometía un talento que su propietario no tenía, unas manos admirables y una estatura elevada, hacian de Ernesto de Guibert uno de los ídolos del bello sexo.

Y, sin embargo, el fuego de aquellos ojos ocultaba una sequedad completa de corazon; la gracia y elocuencia de su lenguaje, una depravacion profunda; el amor propio era el móvil de todas las acciones de Mr. de Guibert, y era capaz de cometer hasta las faltas más vergonzosas, si estas faltas hubieran podido llamar la atención pública.

La misma noche del día que llegó á M... la señorita de Lespinasse, ésta le vió en el salon de la Presidenta; reuníanse allí algunas personas de toda confianza y de las más importantes de la poblacion, y se jugaba en las primeras horas de la noche, em-

pleándose despues algunas otras en tocar varias piezas de música.

Entre aquellas gentes anticuadas, Julia sobresalía como el modelo de una elegancia espiritual é inteligente, que no consiste sólo en las prendas del traje sino tambien en el modo inimitable de llevarlas; la belleza de Julia, bien que ya marchita por largos pesares y por la ausencia de la juventud, era la belleza de una musa.

Dos apretadas trenzas de cabellos negros ceñían su bella frente, un tanto estrecha como la de las estatuas griegas; sus grandes ojos negros parecían mirar más allá de este mundo; su palidez nacarada era de ese matiz delicado que se advierte en las hojas de la camelia; un traje blanco, de muselina, muy sencillo, dejaba ver su garganta de cisne, sus torneados brazos, algo delgados, y la entrada de su pecho y hombros.

Vestida así, y sin otro adorno que una rama de yedra entrelazada con sus negros cabellos, se la hubiera podido tomar por el génio de la melancolía y de los amores poéticos.

Fácil es imaginar el contraste que ofrecía Julia con todas aquellas mujeres ataviadas con modas ridículas, pretenciosas, y que contaban cinco ó seis años de atraso.

Las mamás ostentaban vestidos de brocado del año en que se casaron; las hijas, inclusa María, esta-

ban ataviadas con trajes recargados de cintas, flores y lentejuelas; había jóvenes rubias que llevaban cintas y flores amarillas, de tales colores, que parecían colocadas allí de exprofeso para afeár el matiz de sus cabellos. María, encerrada en un corsé que no la dejaba moverse, estaba mucho ménos bella que con su traje de mañana.

La Presidenta vestía severamente un traje de raso negro con ricos brillantes y perlas de gran valor.

Julia aparecía allí como una blanca azucena que hubiera brotado en un campo de amapolas; el encanto que se desprendía de ella era tal, que se hizo sentir hasta de todas aquellas buenas y prosáicas mujeres.

—¿De dónde ha venido esa señorita de Lespinasse? preguntó, al ver entrar á Julia orgullosa y tranquila, una jóven á María.

—De París, respondió ésta.

—¿La conocías hace tiempo?

—Ha sido mi aya; tú tienes cuatro años ménos que yo, y no puedes recordarla.

—¡Es cierto; pero qué rara es!

—¿Rara? ¡A mí me parece muy bella!

—¡Tan pobremente vestida!

—Ella no es rica.

—Ese vestido blanco es bueno, á lo más, para casa; el presentarse así, es un insulto á tu madre y

á tí, lo mismo que á todas las que venimos á acompañaros.

—Sin embargo, á la parte masculina de la asamblea, la señorita Julia de Lespinasse parece muy bien: mira como la contemplan todos aquellos caballeros.

—Ella les está provocando con los ojos.

—¿Ella? ¡No lo creas!

—Estoy segura, y tú lo estarás también cuando venga Mr. de Guibert.

—¿Qué quieres decir?

—Que si mira así á tu prometido, estás perdida sin remedio; te lo aseguro.

—¡Dios mío! ¡Qué triste idea! exclamó palideciendo María; ¡ofendes á Julia y á Ernesto pensando de ese modo! Y además, ella ya no es joven.

—¿Qué importa eso?

—A mí me quiere como si yo fuera su hija.

—Témelo todo de esas malditas parisienses.

María bajó la cabeza pensativa y confusa; una lágrima acudió á sus ojos; pero, reconviniéndose de su tristeza como de una falta, procuró serenarse y distraerse.

Al mismo tiempo, una señora de edad avanzada, de aspecto altanero, y soberbiamente embutida en un vestido de raso amaranto, decia á Mad. de Vichy, mirando rencorosamente á Julia:

—Permitidme, querida amiga, que os diga una co-

sa importante; habeis hecho muy mal, trayendo á esa mujer á vuestro salon.

—Y señaló á Julia con un gesto despreciativo.

—Cuando yo considero á *esa mujer* digna de estar á mi lado, creo que vos debeis considerarla lo mismo, dijo la Presidenta con alguna frialdad; ya conocéis en esa parte mi modo de pensar.

—Conozco, mi querida Amelia, que sois más débil que rígida; mi marido que, como sabéis, hace poco ha llegado de París, está bien informado acerca de la historia de la señorita Lespinasse.

—¿Sabrá entónces que allí está admitida en los círculos más escogidos? preguntó Amelia procurando disimular su turbacion.

—No, amiga mía; sólo sabe sus escandalosos amores con el marqués de Mora, el cual, desde que Julia le ha dejado, ha vuelto á estar más enamorado que nunca de ella, y está haciendo toda clase de extravagancias.

—Y puesto que ha roto esos amores, ¿qué más se la puede pedir? dijo Amelia.

—Debia ir á purificarse á un convento.

—No seamos tan intolerantes, mi querida señora, dijo la Presidenta; teneis hijas, y yo también, y no sabemos á dónde pueden arrastrarlas su corazón y sus pasiones; esperemos, para culpar á Julia, á no tener nada que temer.

—Lo que más me indigna, dijo la dama del traje

amaranto, volviéndose muy sofocada hácia otra dama vecina; lo que no puedo soportar, es que mis hijas se vean obligadas á alternar con esa aventurera; no volveré á traerlas hasta que ella se vaya de aquí.

—Lo mismo haré yo, dijo la otra señora; ya está dando un mal ejemplo, atrayéndose las miradas de todos los hombres.

La entrada de Ernesto de Guibert puso término á estas conversaciones.

Era el sol de aquel salon; el hombre á la moda de la humilde poblacion de M..., el ídolo de las damas, que envidiaban sinceramente á María.

La Presidenta, como para dar á la señorita Lespinasse un público testimonio de afecto y deferencia, tomó el brazo de Ernesto y se dirigió al sitio donde estaba sentada aquella.

—Mi querida Julia, le dijo; te presento á Mr. Ernesto de Guibert, prometido esposo de mi hija María.

Julia volvió sus hermosos ojos hácia la persona que le presentaban, á la vez que Mad. de Vichy continuaba:

—La señorita Julia de Lespinasse.

Mr. de Guibert se inclinó con galantería, y esta accion le impidió ver lo que pasaba en el rostro de Julia.

—«Yo no sé, decia ésta algun tiempo despues escribiendo á una de sus amigas, yo no sé cómo las demás mujeres entienden el amor; yo, por mi par-

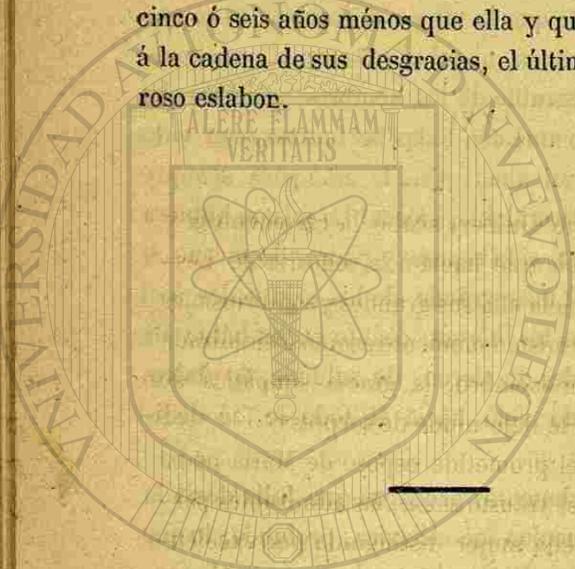
te, puedo decir que le sentí de súbito, y que le sentí de modo que comprendí amaba por la primera vez de mi vida; mi pensamiento, mi voluntad, mi sér entero, pertenecieron á Mr. de Guibert desde el primer momento que le ví; yo no conocia ni su carácter, ni su corazón, ni sabia entónces si era el mejor ó el más miserable de los hombres; ¡sólo sé que le amé! ¡Que le amé con todas las fuerzas, con todo el arrebató de mi alma! ¡Que le amé para siempre con una pasion formidable, eterna! Lo mismo hubiera hecho si hubiera sido esposo y padre; lo mismo si hubiera sido el más grande de los criminales ó el más glorioso de los héroes; cuánto en mí habia de noble, de grande, de tierno, de sublime, de dulce, de amoroso, todo voló hácia él; todo le fué dedicado.»

Los acontecimientos probaron que Julia decia la verdad; la conmocion fué eléctrica, profunda; lo que habia sentido por D'Alembert y luego por el marqués de Mora, no era nada comparado con lo que sintió por el prosáico, vanidoso, aturdido é insustancial Mr. de Guibert.

¿Habrá quien pueda negar la existencia de esas pasiones rápidas y profundas? Acaso sí, pero no seremos nosotros; esas pasiones han producido las catástrofes amorosas de Abelardo y Eloisa, de Isabel de Segura y Diego Marsilla, de la Marquesa de Villars, y de tantas otras como consigna la historia y

nosotros recordamos con la simpatía que inspira siempre el verdadero y grandioso amor.

Tal fué el que sintió Julia Lespinasse por el prometido esposo de su antigua educanda, que tenía cinco ó seis años ménos que ella y que debía añadir á la cadena de sus desgracias, el último y más doloroso eslabor.



XXI.

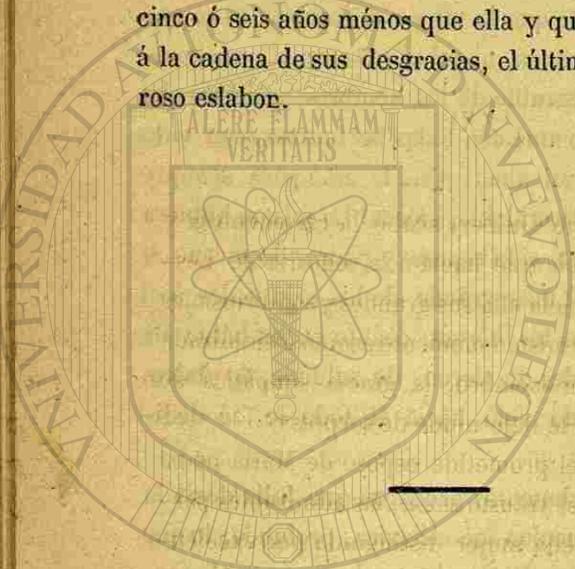
Cuando Ernesto Guibert acabó la ceremoniosa y elegante reverencia que hacia á la señorita de Lespinasse, levantó hácia ella sus grandes y sombríos ojos azules; casi en el mismo momento asomó á su mirada una expresion de asombro; la gracia simpática de Julia era tal, que le dejó mudo de sorpresa.

Nadie como el prometido esposo de María podia apreciar, en aquel vetusto salon, las admirables perfecciones de aquella mujer distinguida por excelencia; hombre de mundo y dotado, ya que no de talento, de un esquisito gusto artistico, midió con una mirada inteligente la aérea y elegante figura de Julia y su expresiva cabeza, pintándose al instante en su mirada una apasionada admiracion.

Yo no sé si habreis observado alguna vez, lector ó lectora que benevolmente sigues esta historia, el extraño poder que los hombres sin corazon ejercen sobre las mujeres; el hecho es fatal, pero no por eso ménos cierto; rara, muy rara vez se ven dos séres

nosotros recordamos con la simpatía que inspira siempre el verdadero y grandioso amor.

Tal fué el que sintió Julia Lespinasse por el prometido esposo de su antigua educanda, que tenía cinco ó seis años ménos que ella y que debía añadir á la cadena de sus desgracias, el último y más doloroso eslabor.



XXI.

Cuando Ernesto Guibert acabó la ceremoniosa y elegante reverencia que hacia á la señorita de Lespinasse, levantó hácia ella sus grandes y sombríos ojos azules; casi en el mismo momento asomó á su mirada una expresion de asombro; la gracia simpática de Julia era tal, que le dejó mudo de sorpresa.

Nadie como el prometido esposo de María podia apreciar, en aquel vetusto salon, las admirables perfecciones de aquella mujer distinguida por excelencia; hombre de mundo y dotado, ya que no de talento, de un esquisito gusto artistico, midió con una mirada inteligente la aérea y elegante figura de Julia y su expresiva cabeza, pintándose al instante en su mirada una apasionada admiracion.

Yo no sé si habreis observado alguna vez, lector ó lectora que benevolmente sigues esta historia, el extraño poder que los hombres sin corazon ejercen sobre las mujeres; el hecho es fatal, pero no por eso ménos cierto; rara, muy rara vez se ven dos séres

unidos por una gran pasión, que uno ú otro se merezcan; la mujer más apasionada, más casta, más tierna, más sincera, más sensible, se enamora hasta la locura del hombre más duro, más ligero, más inconstante, y ménos dotado de buenas y sobresalientes cualidades.

No es extraño que una mujer depravada se enamore de un hombre de honor; pero es constante que las mejores presas las hacen los libertinos en las mujeres irreprochables.

Julia no era ni de estas últimas, ni tampoco una mujer sin pudor; lo mismo en sus relaciones con D'Alembert que en las que habia sostenido con el marqués de Mora, el decoro habia presidido, si no en el fondo, en las formas, al ménos; de aquellos dos hombres, era el uno demasiado noble y generoso, y demasiado galante el otro para que no trataran á Julia con toda clase de miramientos y de consideraciones, y si aquella no fué con el Marqués de Mora la más amada de las mujeres, se vió sin duda la más considerada de todas.

Empero estaba decretado, por el que todo lo puede, que aquella mujer habia de sufrir, como expiación de sus errores, el más cruel de los martirios, y que la sola vez que amase en su vida, habia de ser sin ser correspondida.

Ernesto se sentó al lado de Julia, despues que la Presidenta se alejó de allí, una vez hecha su mútua

presentacion, y dirigió á aquella algunas frases galantes.

—Muy léjos estaba yo de esperar la dicha que he tenido esta noche, dijo mirando á la señorita de Lespinasse con aquellos ojos que hablaban incesantemente de pasión, y que tan bien sabian mentir; yo os conocia ya de París.

—Y yo tambien, dijo Julia sonriendo con esa expresion penosa, que comunica á la fisonomía toda emocion excesivamente violenta.

—¿Será verdad? exclamó el prometido de María; ¿habeis reparado en mí?

—Sí, por cierto; os ví en una casa donde fui presentada á fines del último invierno.

—¡Yo os veia en todas partes!

—¿Qué decís?

—Que iba donde me figuraba que podria encontraros.

Las mejillas de Julia se cubrieron de un vivo sonrosado; la palabra de aquel hombre, aunque fria y vulgar, hacia latir su corazón con una violencia inusitada.

—Sí, prosiguió Guibert, que mentia con un descarado pasmoso; os he seguido mil veces, sobre todo, cuando ibais al bosque de Vincennes en carruaje abierto con el marqués de Mora; mi caballo iba siempre cerca del vuestro.

Ernesto Guibert dijo esto con admirable aplomo;

sin embargo, una sola vez había visto casualmente á la señorita Lespinasse en el bosque; pero felizmente para él, acertó en lo que aseguraba.

—En efecto, dijo la señorita Julia de Lespinasse; el bosque de Vincennes era el paseo favorito del Marqués.

—¡De cuánta tristeza mía, y de qué dulces esperanzas ha sido testigo ese bosque! murmuró Ernesto como si hablara consigo mismo; ¡cuántos sueños le he confiado!

—¿Sueños de ambicion? preguntó Julia sonriendo con una dulzura, que D'Alembert se hubiera extrañado de hallar en ella.

—No, respondió Ernesto; no eran de ambicion.

—¿De gloria?

—¡No!

—¿Pues en qué soñabais?

—¡En el amor!

—En efecto; ya debiais amar entónces á María, dijo Julia con un acento que ella pensó hacer jovial y que estaba lleno de lágrimas.

Ernesto la miró en silencio, durante algunos instantes, de una manera que Julia quiso en vano sostener, inclinando al cabo la cabeza con las mejillas encarnadas.

—¿Por qué no podeis leer en mi corazón? dijo Ernesto despues de aquella larga mirada, que había sido como el beso de sus dos almas.

Y sin añadir una palabra más, se levantó, y dió una vuelta por el salón.

—¿Qué teneis esta noche, amigo mio? le preguntó María acercándose á él; ¡aún no me habeis saludado! ¿Qué os pasa?

—¡Nada, nada, perdonadme! respondió él bruscamente; ¡estaba distraido!

La pobre niña le miró con asombro.

—Perdonad, María, repitió Mr. de Guibert suavizando la voz; os buscaba para sentarme á vuestro lado; no me siento bien esta noche... venid, venid aquí.

Y la llevó al hueco de una ventana, y la hizo sentar en un canapé, medio velado entre las gruesa cortinas de seda.

Julia se hallaba en frente; desde que Ernesto se había levantado de la silla que ocupaba junto á ella, había permanecido con la frente inclinada, y como agobiada de un tumulto de ideas penosas; su pecho se agitaba como el ala de una paloma herida; cuando alzó la cabeza y vió á los prometidos esposos que hablaban en voz baja y se miraban sonriendo, le pareció que un dardo envenenado atravesaba su corazón.

Mr. de Guibert, á la vez que entretenia á la señorita de Vichy, miraba atentamente á Julia; vió el efecto que le hacia el verle al lado de María, y se dijo:

—Esa mujer es mía.

—Desde aquel instante, puso todo su cuidado en encender el volcan de los celos en el alma apasionada de Julia, y á la vez que se mostraba más rendido y más enamorado con María, miraba con más insistencia y con más fuégo á la señorita de Lespinasse, que seguía con angustia todos sus movimientos.

—¿Qué os parece nuestra amiga? preguntó cándidamente María á su futuro esposo.

—¿Qué amiga? aqui veo á muchas, contestó Ernesto.

—Habló de la recién llegada.

—¡Psch, así, así! Ha debido ser bella.

—¡Y lo es todavía!

—Lo que es eso, no os lo puedo conceder.

—¿Por qué?

—Porque, al miraros, me formo una idea de la belleza, que no está acorde con la señorita de Lespinasse.

—¡Lisonjero! ¿Y le negareis tambien el talento como la belleza? Vamos, decid, decid.

—¡Léjos de mi tal idea!

—¿Se lo concedeis?

—Sí, doliéndome de que tenga tanto.

—¿Por qué?

—Porque su talento es el que ha conducido á esa pobre mujer á la mala vida que ha llevado.

—¿Que ha llevado mala vida?

—Sí, mi querida María; pero no espereis que os

entere de cosas que desconoce vuestro candor; conservad la inocencia de vuestra alma, y permitid que sólo os diga una cosa: evitad el trato con la señorita de Lespinasse.

—Pero, cómo, ¿viviendo aquí?

—De la mejor manera posible; sobre todo, no salgais con ella á la calle.

—¡Si ha sido mi aya!

—No importa: por fortuna, en la actualidad no lo es; cuanto ántes se vaya á París, mejor; no me agrada su amistad para vos; además, debe tener un carácter de hierro: debe ser dominante, voluntariosa, dura; vos seriais siempre la víctima, mi pobre María: creedme.

Mr. de Guibert, despues de haber dicho estas palabras, se levantó, dió algunas vueltas por el salon y volvió á acercarse á Julia.

Lo que la dijo entónces apoyado en el respaldo de su silla, nadie lo oyó; pero cuando se separó de allí, los ojos de la señorita de Lespinasse brillaban con un fuego inusitado; su corazon palpitaba aceleradamente, y sus mejillas, ántes pálidas, se hallaban vestidas de un delicado color de rosa.

Nunca habia estado tan bella.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXII.

Si algun castigo terrible puede dar el cielo á la mujer, es, sin duda, el despertar en su alma una passion, cuando ya ha pasado los límites de la juventud, y toca en los de la edad madura.

Mad. Stael ha pintado con una maestría sin ejemplo, un amor profundo, sentido en esa edad fatal, en que el corazón es joven todavía, y en que el amor es la última dicha, sin que en lo venidero haya con que reemplazarlo.

¿Quién puede olvidar su CORINA, modelo de abnegacion, de ternura, conjunto de talento y de gracias, criatura celeste, que, vivió PARA AMAR, segun ella misma dice, al cerrar los ojos para siempre?

¿Quién no ha sentido temblar su corazón, ante el terrible contraste que ofrecen la esposa y la amada de Oswald?

La esposa, entrando en la carrera de la vida, joven, hermosa, llena de gracias, rodeada de opulencia y á la vez desvalida, pues que su anciana madre baja á la tumba; la amada, llegando al último límite de la ju-

ventud, igualmente desvalida y sola, lejos de la belleza, y sintiendo muertas en el alma todas las ilusiones por la ingratitud del hombre que la amó, del único hombre á quien ella pudo y quiso amar, ¿qué lector hay, si sabe pensar y sentir, que no vea agitarse y temblar su corazón ante este terrible choque de las pasiones humanas?

Y sin embargo, en esa triste historia dibujada por la delicada mano de una mujer de genio, ¡cuánta nobleza resplandece! ¡Ninguna pasión ruin y baja viene á mezclarse con tantos grandes y levantados afectos! En el centro de esa historia, que vivirá tanto como los siglos, el rubor habita como en morada propia; pero ni la envidia, ni la venganza, ni la cobarde mentira alteran la limpidez del cuadro, y el sentimiento resplandece en él rodeado de la aureola del martirio.

Oswald, casado, casi sin saberlo, con Lucila Edghermont, no puede ménos de amarla, y de rendir un justo homenaje á su inocencia y á su virtud; pero, á la vez, no puede arrancar de su alma el recuerdo de Corina, á la que ama desde que ha hecho traición á su tierno y generoso amor; ni el afecto de padre basta á distraerle; su hija sólo le es cara, cuando le recuerda los rasgos de Corina; en todas partes vé la imágen de la mujer desventurada, que estuvo unida á él con los lazos del sentimiento y del espíritu; con esos lazos que no se rompen jamás, porque son los más íntimos y tiernos.

Puede olvidarse á la persona á la cual se ha amado; pero no á aquella con quien se ha pensado y vivido en la santa comunidad del pensamiento.

Oswald no podía, pues, olvidar á Corina, y conservó el amor que le tenía hasta despues que esta dormía ya en su tumba.

Ernesto Guibert se halló en una situación, igual ó muy semejante, á la del jóven y desgraciado lord inglés; pero lejos de estar dotado, como aquel, de una naturaleza superior, era un hombre vulgar, que no merecía ni el dulce afecto de su prometida, ni la viva pasión que habia inspirado á Julia.

Esta era la que ofrecía mayor semejanza con la heroina que Mad. Stael habia de mostrar al mundo muchos años despues; y la misma María de Vichy se parecía mucho á Lucila en su suave belleza y en las angelicales dotes de su carácter, lleno á la vez de abnegación y de ternura.

Puede suponerse que un hombre como Ernesto Guibert no trataría de renunciar, ni al rico casamiento que tenia arreglado con María, ni á los amores con Julia Lespinasse, amores que tan fáciles se le presentaban.

Desde aquella noche no hubo artificio que no pudiese por obra para acercarse más y más á Julia; á la vez redoblaba sus atenciones y las muestras de amor á María, y rogaba á la Presidenta que apresurase el término de su enlace.

Pero si él tenía bastante fuerza de voluntad para disimular lo que pasaba en su interior, no sucedía lo mismo con Julia; su amor la vendía y rebosaba en su mirada, en su voz y en todas sus acciones; la Presidenta, que sentía y pensaba, comprendió que algo nuevo le sucedía: la observó; la vió distraída, cabilosa, triste, y comprendió muy pronto cuál podría ser la causa de su pena.

—Tú amas, mi querida Julia, le dijo un día: ¿acaso has dejado algun sentimiento fuerte y profundo en París?

—No, señora, respondió Julia ruborizándose al pensar en la traicion con que correspondía á las pruebas de afecto de aquella excelente dama.

—No me engañes, repuso Amelia amenazándola con el dedo; tú amas aún al marqués de Mora, y yo, si no las tienes, puedo darte algunas noticias de él.

—¿Vos? exclamó Julia.

—Sí, querida mía; el Marqués va á regresar á Madrid, segun se dice, muy enfermo del pesar de haberte perdido.

La señorita de Lespinasse sacudió tristemente su bella cabeza.

—Hace ya largo tiempo que el Marqués no piensa en mí, dijo.

—¿Y si no fuese así? ¿Y si lo que yo te digo fuese una verdad?

—Lo sentiría, señora.

—¿Por qué?

—No tengo empeño alguno en hacer infeliz al Marqués.

—¿No le amas ya?

—No, señora.

—Mi querida Julia, dijo la Presidenta gravemente y tomando la mano de su amiga; óyeme con atención, y acaso tu modo de pensar variará algun tanto; tu opinion está arruinada, si no respecto de cierto círculo ilustrado en que vives, á lo ménos, respecto de la mayor parte de las gentes sensatas; perdóname que te hable así, pues ante todo debo rendir culto á la verdad y á la franqueza.

Julia inclinó la cabeza con una triste indiferencia; Amelia prosigió de este modo:

—En tanto, Julia mía, que ha durado tu bella juventud, la atmósfera cálida, en que vivias, te bastaba, y yo soy capaz de comprenderlo, ¡pero, ay! ¿Qué te quedará cuando esa juventud haya pasado por completo? La libertad, tratándose de la mujer, tiene otro nombre; se llama *aislamiento*; y bien, Julia, ¿por qué no quieres conjurar la desgracia que te amenaza con un eficaz remedio? ¡Cásate!

—¡Casarme! repitió Julia; ¿y con quién?

—Con el marqués de Mora.

—Ya le rehusé, señora.

—Y él insiste ahora de nuevo en que seas su esposa.

—¿El insiste? preguntó Julia estupefacta.

—Sí, hija mía.

—¿Quién lo ha dicho?

—El; ha escrito á Mr. de Guibert, á quien conoce y trata con intimidad, á fin de que me encargue que le consiga tu mano.

El silencio siguió á estas palabras.

Julia le rompió, y dijo gravemente á la Presidenta, que esperaba ansiosa su respuesta.

—Señora, no puedo casarme con el Marqués, y os suplico se lo hagais saber así.

Amelia fijó entónces una mirada recelosa en la señorita de Lespinasse.

—Mira por el porvenir, querida Julia, le dijo; y piensa en que lo que haces me ha de parecer muy extraño.

—No lo creo, balbuceó Julia; lo repito, señora; no puedo casarme con el marqués de Mora.

—¿Por qué?

—No le amo.

—¿Amas á otro? preguntó Amelia con alguna dureza.

Julia guardó silencio.

—¡Responde! ¿Amas á otro? insistió la madre de María, mirándola fijamente.

—Señora, yo no creo que deba daros cuenta de mis pensamientos, exclamó Julia, á cuyos ojos acudieron lágrimas de dolor.

—Yo no te la exijo tampoco; sólo te suplico que me abras tu corazón.

La Presidenta pronunció estas palabras con un acento semejante á una caricia.

—Pues bien, señora, dijo Julia; amo á otro.

—¿Hace mucho?

—Hace pocos días.

Amelia palideció.

—¿Amas... como otras veces? le preguntó mirándola atentamente.

—Amo por la primera vez de mi vida.

—Entónces, exclamó la Presidenta con un movimiento de despecho amargo, ¿qué es lo que has sentido por el Marqués y por D'Alembert?

—¿Lo que he sentido? observó Julia, cuyas mejillas se colorearon súbitamente; ¿lo que he sentido? ¡La necesidad de amar! ¡La sed de hallar un afecto que llenase mi vida! ¡El afán profundo de un alma que busca algo que no encuentra! ¡Eso buscaba, eso! ¡Yo pensé amar á D'Alembert y me engañaba! ¡Pensé amar al Marqués, y me engañaba también! ¡Hoy amo! ¡Hoy vivo!

—¿Y... es correspondido tu amor?

—¡A la vez lo creo y lo temo!

—¡Mi pobre Julia, dijo Amelia tras otro rato de significativo silencio, te compadezco, sí, te compadezco profundamente! ¡Acaso es tu destino correr sin cesar tras del amor verdadero, y acaso también no le

halles jamás! ¡Tu alma insaciable sólo va tras de lo imposible, ¡y teniendo lo posible tan cerca de tu mano, lo dejas escapar! ¡Haces traición á tí misma y á los demás, y nunca alcanzarás un instante de reposo; concédeme, sin embargo, lo que voy á pedirte; yo, esposa y madre irreprochable; yo, que he sido para tí buena siempre, y siempre generosa amiga!

—¡Hablad, señora! balbuceó Julia penetrada de respeto y de enternecimiento ante la actitud que habia tomado la Presidenta.

—¿Accederás á mi súplica?

—Nada puedo negaros de lo que esté en mi poder otorgar.

—Pues bien; respeta el sosiego de mi casa y la felicidad de mi hija: ¡huye de aquí!

—¡Cómo! exclamó Julia palideciendo horriblemente: ¿sabéis?...

—Todo lo sé, ó á lo menos, todo lo adivino; ¡huye, huye de aquí!

—¡Huiré! murmuró Julia con voz apagada; pero es posible que él me siga.

—No le oigas: ¿me lo prometes?

—No puedo, señora.

—¿Qué dices?

—No quiero ofrecer lo que no podré cumplir.

—¿Tanto le amas?

—Más de lo que os sabría pintar.

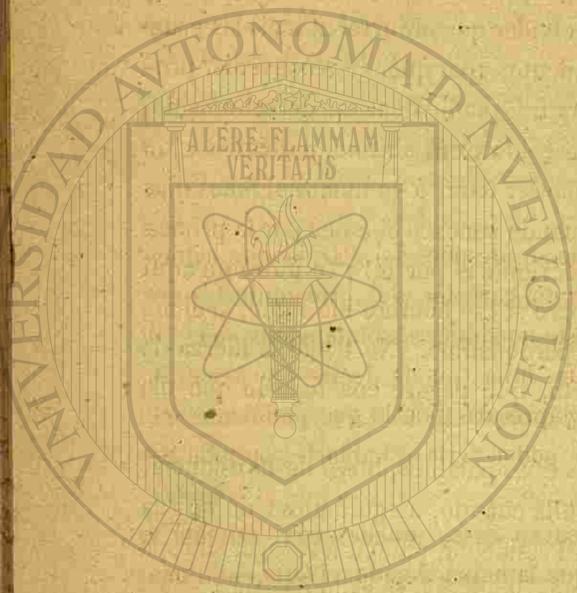
—¿Olvidas que te abrí mi casa, que te acogí en ella

y que ahora no te la he cerrado, ni aún sabiendo la vida que has llevado en París?

—No, señora, repuso Julia; nada de eso olvido y tampoco puedo olvidar que me arrebatásteis las pruebas de mi nacimiento; ¿por qué me reconvenís? prosiguió con amargura: ¡nadie tiene ese derecho ménos que vos! ¡Yo he caído en el abismo, por carecer de familia! ¡Dejadme ser feliz, á lo ménos algunos dias de mi vida, y cuando conozco el amor por la primera vez, no me acrimineis por él! ¡Yo huiré de aquí para siempre, pero si ese hombre me sigue, si él me ama á su vez, perdonadme! ¡No tengo la fuerza de rehusar un afecto, que pagaré con todo lo que me resta de vida!

Julia, dichas estas palabras, huyó de la estancia, y sólo volvió á ella cuando, asegurándose de que la habia dejado la Presidenta, pudo ir á recoger su ropa y los pocos efectos que habia llevado de París.

Sin despedirse de Maria, de su madre, ni del mismo Ernesto, salió aquella noche para la capital de Francia.



XXIII.

Puede suponerse, despues del retrato que hemos procurado hacer del carácter del prometido esposo de María, que éste no sintió absolutamente nada al saber la huída de Julia; puede decirse que casi se alegró de ella, y apresuró todo lo que pudo su marcha á París, para poder verla y hablarla con toda libertad.

Julia entró en su casa, mucho más contenta y animada de lo que la habia dejado. Páula, su doncella, se sorprendió al verla: las facciones de la señorita Espinasse tenian una radiosa expresion: ¡amaba! es decir, ¡vivía! Aquel amor llenaba su alma de luz y de armonías, y la hacia sentir algo que jamás habia experimentado, y que era como una doble existencia. ®

No bien llegó, su primer cuidado fué escribir á Ernesto, excusándose de haberse marchado sin despedirse de él.

La respuesta fué el mismo Ernesto, que la sor-

prendió una mañana, cuando tenía en su sala un reducido círculo de amigos, de su mayor intimidad.

Julia sintió, al ver á aquel hombre, todas las alegrías celestiales, que puede sentir el que llega á un fin anhelado largo tiempo, sin esperanza alg una de lograrlo.

Cuantos se hallaban con ella conocieron en su semblante lo que pasaba en su corazon.

Algunos hombres eminentes, que habian ido á verla, se miraron con expresion de lástima.

Conocian demasiado á Ernesto Guibert.

Cuando todos se fueron, Ernesto se quedó sólo con Julia, y la convicción de las relaciones de los dos quedó para siempre establecida.

—¿Habeis dejado á vuestra prometida? le preguntó la señorita Lespinasse.

—¡Todo lo he dejado por vos! contestó él con entusiasmo: ¿os ofende esto?

La débil Julia le tendió la mano.

—Yo os amo, continuó Ernesto; yo os amo como á nadie he querido: ¿pero vos me amareis?

—Sí, respondió Julia, demasiado cierto es que mi corazon os pertenece; pero vais á casaros y yo debia ser fuerte y defenderme de mí misma.

—¿Por qué? no me casaré.

—¡Arrebatat á María su esposo! ¡Eso seria vergonzoso y criminal!

—¿Y qué hacer? ¿No me amais? ¿No os amo?

—Dejadme pensar hasta dentro de dos dias, dijo Julia; necesito meditar lo que he de hacer; yo anhe-
lo, ante todo, vuestra estimacion, y, obrando mal, no podria obtenerla.

—¿Qué es lo que no excusa el amor? exclamó Ernesto: ¡tened piedad de mí! ¡Renuncio de buena gana á la mano de María; me consagraré á vos por completo; pensad en lo que os amo, y tendreis lástima de mí!

—¿Habeis olvidado la edad que tengo? preguntó Julia.

—¡Sí!

—¡Cuento diez años más que vos!

—¡Qué importa! el corazon no tiene edad!

—Dentro de poco, seré vieja, y vos sereis aún joven, Ernesto.

—Nada temais, y dejadme el cuidado del porvenir á mí sólo.

—Me alucinais; pero no alcanzais á convencerme, dijo tristemente Julia; sin embargo, yo no sé resistir á esta pasion, la primera, la única de mi vida, y me dejaré arrebatat por ella.

Ernesto la besó la mano, y durante algun tiempo permaneció con ella todavía, hablándole de una manera, que no pasaba de ser vulgar, pero que Julia, ciega de una manera absoluta con su amor, creia llena de elevacion.

—No volvais hasta dentro de tres dias, le dijo al

despedirse de ella; necesito calma para reflexionar y para estar sola conmigo misma.

—El amor que reflexiona, ¿es amor? preguntó apasionadamente Ernesto.

—¡Sí! es amor, y verdadero, repuso Julia; no lo dudeis, esperad y volved.

Aquella misma noche, Mr. de Guibert cenaba con algunos amigos en casa de una de las más célebres cortesanas; cada uno contaba la historia de sus más recientes amores. Ernesto exclamó después de haber apurado una copa de espumoso Rhin, dando con ella sobre la mesa:

—Todas esas aventuras no valen nada comparadas con la que me ocupa ahora.

—Os ocupará lo de siempre, observó el marqués de Mora, que era uno de los comensales, ¡vuestra boda!

—¡Os equivocáis!

—¿No vais á casaros?

—He aplazado mi casamiento; amo apasionadamente á otra mujer... ó me ama ella á mí, lo que viene á ser casi igual.

—¿Es una mujer á la moda? preguntaron las convidadas.

—Lo ha sido, y mucho.

—¿Por su belleza?

—Aún más por su talento.

El marqués de Mora se estremeció.

—¡Su nombre! gritó una de las damas.

—¡Callad! exclamó el Marqués; ¡no sé qué sentimiento me dice que ese nombre no puede ser pronunciado aquí!

—¿Por qué? exclamó Ernesto, que se hallaba casi borracho; ¡vos lo sabeis tambien!

—¡No me equivocaba! exclamó el Marqués.

—Probablemente no; es la señorita de Les...

Un tremendo bofetón cortó la palabra al libertino, que sacó la espada, y se arrojó sobre el marqués de Mora, con tal rapidez, que, ántes de que éste pudiese parar el golpe, le habia atravesado el pecho.

Al amanecer, y para huir del castigo que le amenazaba, Ernesto Guibert salió para los estados de Holanda, dejando para Julia una carta, en la que decia que habia dado una estocada al marqués de Mora, para castigarle de haber hablado mal de ella, y le ordenaba que fuera á reunirse con él.

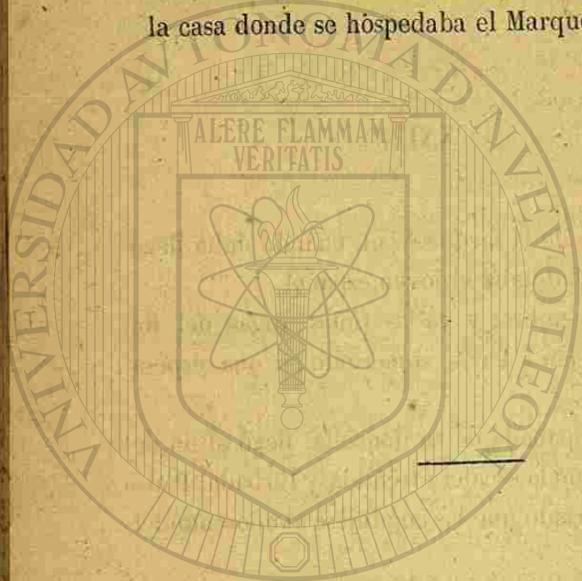
No bien habia leído este billete, Julia recibió otro que abrió en seguida y que decia así:

«Venid... ¡me muero, y quiero daros el último adios!»

EL MARQUÉS DE MORA.»

Julia vaciló; aquel hombre la habia infamado pú-

blicamente, según le decía Ernesto en su carta; pero se moría; su corazón generoso se sobrepuso á su resentimiento; se envolvió en un velo negro, y fué á la casa donde se hospedaba el Marqués.



XXIV.

Las cuatro de la tarde serian, cuando Julia llegó á la casa que habitaba el joven español.

Corria Diciembre, y ya las tintas vagas del fin del día envolvian á París, sumergido en una espesa niebla.

Julia, acompañada de su doncella, llegó al fin de su viaje, y subió la escalera trémula y turbada; Páula rogó á un criado que las condujese al aposento del señor Marqués.

—El médico ha ordenado que no le vea nadie, respondió el lacayo algo confuso; y como además ha venido el padre del señor Marqués...

—¿Ha venido su padre? repitió Julia con voz temblorosa.

—Sí, señora.

Julia permaneció un rato pensativa; después, como cediendo á una decisión súbita, dió dos pasos hácia la puerta, y dijo á Páula:

—¡Vamos!

—¡Cómo! ¡Sin verle! exclamó la camarera; ya que hemos venido, irnos así...

—El señor Marqués puede reconvenirme por no haber permitido la entrada á la señora, dijo el lacayo, y su padre tambien; acaso tienen en grande estima su visita; por lo mismo, si la señora me lo permite, iré á avisar su llegada.

—¡Id! dijo Julia bruscamente, y dejándose caer en un asiento.

El criado volvió muy pronto; detrás de él apareció la austera figura de un caballero anciano, cuya cabeza estaba completamente blanca con el hielo de los años.

—Quien quiera que seais, señora, dijo á Julia inclinándose con respeto, en vuestra cualidad de dama, venís á honrar la casa de mi hijo; ahora pasad á esta cámara contigua, y me direis, si os place, cuál es el objeto de vuestra visita.

—Sólo deseo ver al Marqués, dijo Julia alzando el velo que llevaba caído delante del rostro.

—No es ya jóven, ni apenas es bella, pensó el anciano; no debe ser esa fatal mujer que le ha dominado durante tanto tiempo; y, alzando la voz, añadió:

—El doctor ha ordenado que se le rodee de silencio y de quietud; no obstante, agradezco tanto vuestro cuidado por mi hijo, que yo mismo voy á conducirlos á su lado.

Y con un ademan lleno de nobleza y de cortesía,

navitó á Julia para que le siguiese al aposento en que se hallaba el Marqués.

La alcoba del enfermo se hallaba casi en completa oscuridad; sólo una lamparilla derramaba sobre la chimenea una débil luz; en el fondo, y en un lecho esculpido y cubierto de encajes y de terciopelo, descansaba el Marqués, adormecido por la fiebre.

—No le habéis, dijo el anciano; se halla ahora en lo más fuerte del acceso, y aunque presumo que vuestra vista sólo puede producirle una impresion consoladora, tal vez áun de este género pudiera serle funesta.

En aquel instante el Marqués dejó escapar un débil suspiro, y volviéndose del lado opuesto al en que permanecía, llamó con voz oscura y fatigada:

—¿Padre mio?

—Aquí estoy, respondió el anciano

—¿Ha enviado á preguntar por mí?

—¿Quién?

—¡Ella... Julia...!

—No, hijo mio, ¡olvida á esa mujer!

—¡No puedo! respondió el Marqués agitándose con una angustia creciente; ¡el que la ha conocido, el que la ha amado, el que ha participado de su vida, como yo, no la puede olvidar!

—¡Ella te olvida, pobre hijo mio!

—¡Pero yo no! ¿Quién sabe lo que le habrán dicho? ¿Quién sabe si ese hombre le habrá contado

que yo fui el que la infamó, y que él me ha herido en su defensa? ¡Si ella supiera la verdad... hubiera venido... si, hubiera venido!

—¡Aquí estoy! dijo la dulce voz de Julia, que sonó como empapada en lágrimas.

Y, arrodillándose al lado del lecho, tomó la mano del Marqués y la besó, inundándola de llanto.

—¡Ya sabia yo que vendrias! gritó el Marqués con un acento que salía de su alma.

—¡Fra ella! murmuró el padre alzando al cielo sus ojos y sus manos.

—¿Qué te han contado? continuó el herido apoyando su mano en la cabeza de Julia; ¿qué te han dicho? ¿Me han pintado á tus ojos como culpable? ¡Habla! ¡Pero no! Yo te lo contaré: ¡escucha; ese hombre estaba en una orgía donde tambien me hallaba yo para olvidarte... porque no te apartas jamás de mi memoria; él se embriagó... dijo que tenia amores contigo, y yo le di un bofetón... él sacó entonces la espada y se arrojó furioso sobre mí... ¿te ha contado así el hecho? ¡Dilo! ¡Dimelo!

Julia meció la cabeza tristemente.

—¡Lo sabia! exclamó el herido: ¿Y tú á quien crees? ¿A él, ó á mí?

—¡A vos! respondió Julia con acento de profunda convicción.

—¿Y volverás á amarme?

Julia guardó silencio; despues de una pausa, du-

rante la cual el Marqués la observaba con ansiedad, respondió:

—Curaos ahora; pensad sólo en vivir; ¡mi gratitud hácia vos será eterna! ¡Y ahora, adios! Volveré á veros, y no digo que á cuidaros, porque, teniendo aquí á vuestro padre, no me necesitais.

La señorita Lespinasse salió de la estancia, despues de haberse despedido del anciano con un noble ademán de cabeza.

—¿Es esa la mujer á quien tanto amas? preguntó el padre del Marqués con asombro.

—¡Sí, padre mio!

—¿No habias dejado de amarla?

—¡Ojalá! Pero lo que me alejó de ella durante algun tiempo, fué el cansancio del amor satisfecho; cuando la perdí, comprendí que su amor era el alimento de mi alma!

—¿Qué te seduce en ella? ya no posee ni juventud, ni belleza; su reputacion está perdida.

—Todo eso es verdad; y sin embargo, ¡no puedo olvidar á esa mujer! ¡Posee un encanto fatal, al que cedo sin poderlo evitar! ¡Mi alma está sedienta de ella! ¡La pasion no merece ese nombre, sino cuando es ciega!

—¡Duerme, pobre hijo mio! ¡Descansa, murmuró dulcemente el anciano; de ese fatal amor, ella misma te ha de curar! ¡No te ama, ni te ha amado jamás!

—¿Quién os lo ha dicho? exclamó el Marqués.

—¡Su mirada! ¡La expresion de su rostro! Yo no me engaño, no; esa mujer no te ama, y yo la compadezco; porque, si te amase, como mereces, sólo por verte dichoso, hubiera yo consentido hasta en tu casamiento con ella.

—Yo se lo ofrecí, y lo rehusó.

—¿Qué! ¿Tú le ofreciste hacerla tu esposa?

—¡Sí, padre mio! ¡Sin vuestro consentimiento! Perdonadme.

—¿Y ella?...

—Rehusó.

—¿Acaso merece ser amada esa mujer? pensó el anciano; acaso la pasión de mi hijo por ella no es tan loca ni tan ciega como á primera vista parece; es menester el más exquisito cuidado y que así que mi hijo pueda soportar la fatiga del viaje, me le lleve á España para que olvide á esa fatal mujer, que tan poco vale á primera vista, y cuyo poder es tan formidable.

Julia iba todos los dias á informarse por sí misma del estado del Marqués; las primeras veces el padre de éste la recibió con cierta frialdad altanera; pero bien pronto se apercibió de que aquella mujer no iba en busca del amor de su hijo, y de que ninguna mira ambiciosa la conducia cerca de su lecho, siendo guiada más bien por un sentimiento de amistad.

El Marqués convalecía de su herida; pero á la vez la afección al pecho, que padecía, se exacerbaba más

y más; la tos era mas frecuente; sus ojos adquirían aquella brillantez funesta, presagio de una catástrofe cercana, y en su rostro se veía esa diafanidad, esa limpidez de tintas, signo seguro de una enfermedad que no perdona.

Un dia tomó la mano de su anciano padre, y le dijo con acento suplicante y tierno:

—Yo quisiera pedir os un favor, más caro para mí que la vida.

—¡Habla! repuso el anciano estrechando aquella mano enflaquecida.

—Pues bien, padre mio, sed ahora mi amigo como lo habeis sido siempre, y procurad leer en el corazón de Julia.

—¿Qué quieres saber?

—¿Si me ama aún algo, ó si podrá volver á amarme!

El anciano sacudió tristemente la cabeza.

—¿Quién sabe? repuso el pobre jóven; ¡el corazón de la mujer es un abismo! Ella viene á verme todos los dias... yo leo en sus ojos la ternura...

—¿De la amistad, hijo mio!

—Os repito lo mismo; ¿Quién sabe? preguntadle si puedo tener esperanzas, decídmelo; si no, sin decirme nada, disponed nuestro viaje á Madrid; esa será la señal de que Julia no me ama: Padre mio, yo tengo tal fé en vos, que confío hareis cuanto os sea posible para mi felicidad.

—¡Qué extraña pasión! exclamó el pobre padre mirando á su hijo; ¿por qué te separaste de esa mujer cuando ella te concedió su intimidad?

—No lo sé, entonces me sentía fatigado, y era acaso por el peso de mi felicidad; busqué algo que me distrajes, y ella, ofendida huyó de mí, pero al perderla, comprendí lo que perdía, y el amor volvió á dominar por completo mi corazón. ¡Oh, el que una vez ha amado á Julia, no la puede olvidar jamás! Ella alimenta el espíritu de una manera tan completa, que éste permanece encadenado á ella con lazos indestructibles; es el amor del alma lo que dá, y conforme se ocupaba ella de mi desarrollo intelectual, mi corazón se lanzaba hácia el suyo lleno de entusiasmo; ¡Qué son los amores de los sentidos, los que más fácilmente se hallan, comparados con ese dulce lazo del alma! Aquella perfecta unidad de mi pensamiento con el suyo; aquella comunidad de impresiones; aquel vibrar de mi alma al compás de la suya como dos cuerdas montadas al unísono; aquel himno dulce de gratitud que mi inteligencia eleva á la suya, ¿á qué compararlo ya? ¡Vivir al lado de Julia, es vivir dos voces! ¡Su alma, entusiasta y generosa, se comunica á cuanto toca, y todo toma bajo sus ojos tintas bellas é incomparable colorido! ¡Oh, padre mio! Mi pensamiento vaga gimiendo en torno de Julia, como pajarillo que ha perdido el nido de flores donde reposaba, y que deshizo la borrasca.

—¡Desgraciado! exclamó el anciano enjugando el sudor copioso que bañaba la frente de su hijo, ese desarrollo fatal y excesivo de tus facultades intelectuales y de tu corazón, es lo que ha desarrollado á la vez en tí una enfermedad incurable y mortal.

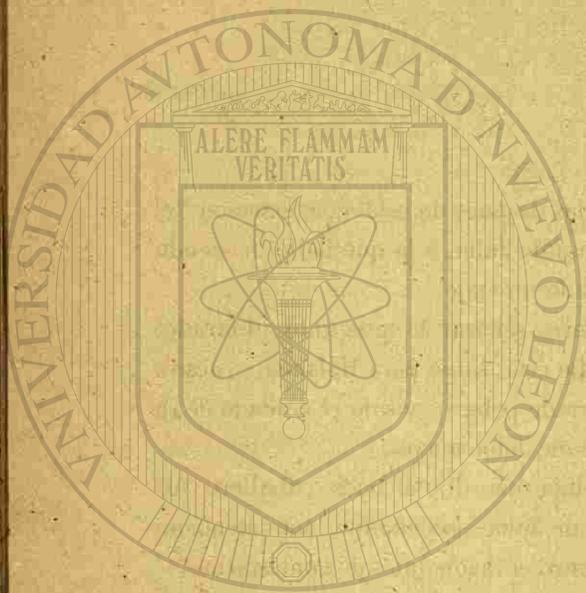
—¿Qué importa? exclamó el joven alzando al cielo una mirada ardiente: ¿Qué importa? Yo puedo decir hoy:—¡He vivido!—Julia me ha mecido, durante el tiempo que he poseído su amor, en una atmósfera de delicias, que tenían su asiento en las más nobles facultades del alma; ¡esos son los recuerdos, que no se olvidan ni se apagan jamás! Sepa yo de una vez, padre mio, si ella puede amarme todavía para esperar ó...

—¡Acaba! dijo el padre con angustia.

—¡O morir!

—¿Tan poco valgo yo para tí? exclamó el anciano, de cuyos ojos cayeron dos lágrimas; ¿no vivirás para acompañar mis últimos años?

—¡Bien lo quisiera! exclamó el joven, echando los brazos al cuello de su padre; ¡bien lo quisiera, padre mio, y trataré de hacerlo! Sí, yo quiero vivir por vos y para vos; yo quisiera, yo anhele olvidar á esa mujer... ¡pero no puedo!



Dos ó tres días despues de esta conversacion, el anciano fué á casa de Julia, á la que halló haciendo los preparativos de un viaje.

—¿Salís de Paris, señora? le preguntó admirado.

—Sí, respondió ésta; salgo para Holanda; vuestro hijo está ya fuera de peligro, y sólo el cuidado de su salud era lo que me detenía aquí.

—Escuchad, hija mía, dijo el buen caballero tomando la mano de Julia, éseuchadme con atencion, y examinad vuestro corazon ántes de contestarme.

Mi hijo os ama más que nunca; si se separó momentáneamente de vos, fué porque el ejemplo de otros jóvenes de su edad le arrastraron á locuras que están muy léjos del amor; pero el amor verdadero de su vida, el amor único, su sólo amor, lo habeis poseído y lo poseis vos; yo hubiera deseado para él, un enlace más ventajoso bajo el punto de vista del nacimiento y de la fortuna, pero veo cuánto os ama, y su dicha es lo que más me interesa en el mundo; yo vengo, pues, á deciros:

—¡Julia, sed la esposa de mi hijo! ¡Sed mi hija querida! ¡Aceptad la posicion y el nombre que os hace falta en el mundo!

Julia se inclinó llorando, y besó la mano venerable que tenia asida la suya.

—Señor, dijo tras de algunos minutos de penoso silencio; hace poco tiempo, me hubiera tenido por muy dichosa accediendo á vuestros deseos; y en cuanto á vuestro hijo, aunque ya no le amo, yo hubiera recogido los restos del cariño que le tuve, y hubiera edificado con ellos el edificio de su felicidad; pero hoy es tanta mi desgracia, que no puedo daros ni la más leve esperanza de acceder á una cosa que debía mirar como un supremo bien.

—Esperaba esta contestacion, observó el anciano, y no he venido aquí con la certeza de alcanzar fácilmente un sí, sino con el ánimo firme de convencer; ¡dejáos, pues, convencer, Julia! ¡Un anciano, cuya vida es irreprochable, os lo pide; un padre os lo ruega; un hombre de honor os lo suplica por la vida de su hijo!

Y juntando las manos, el pobre padre se dejó caer á los piés de Julia.

—¡Dios mio! exclamó ésta; ¿por qué no me ahorrarais el dolor de apurar tan amargo cáliz? ¿O por qué no me dais valor para apurarlo?

—Dadme el motivo de vuestra negativa, si es posible, continuó el anciano; ¡sépallo yo, al ménos!

—¡Y bien! os lo diré, aunque nada nuevo os haré saber, mi querido señor; yo amo á otro.

—Ese amor pasará como el que teniais á mi hijo, querida Julia; sustituidle por un afecto tranquilo, y este afecto dedicadle á mi hijo.

—Yo no amo ahora como amaba al Marqués, dijo la señorita de Lespinasse con un profundo abatimiento; aquello era el amor de la imaginacion; ahora es mi corazon el que ama; el abandono en que me dejaba vuestro hijo, heria mi amor propio; el abandono del hombre á quien amo ahora, me mataria.

Y Julia, al decir estas palabras, alzó al cielo una mirada que se hubiera podido llamar profética.

Reinó el silencio de nuevo; el anciano, con la cabeza inclinada sobre el pecho, meditaba profunda y dolorosamente. Julia permanecía inmóvil; pero de vez en cuando un estremecimiento nervioso agitaba sus bellos hombros y la elevada entrada de su seno.

—¿Sabeis quién es ese hombre? preguntó de repente el padre del Marqués.

—Apénas sé nada de su vida, y no tengo curiosidad alguna por saberlo.

—¿Y le amais?

—Porque le amo tengo miedo de despreciarle.

—Vuestro amor, entónces, ¿no tiene su base en la estimacion ni en ninguna de las nobles cualidades que conservan el cariño?

—No, señor.

--¿Por qué le amais?

—Por una fatalidad inexplicable, que rechaza mi razon, que mi reflexion condena.

—¡Ese hombre os ha infamado públicamente! exclamó airado el anciano; ha arrojado inicuaente vuestro nombre en la mesa de una orgia, rodeada de multitud de cortesanas y de hombres embriagados! ¿No lo sabeis?

—Sí, porque vuestro hijo me lo ha dicho.

—¿Y lo dudais aún?

—No, señor.

—¡Y ese hombre infame os ha engañado despues diciendo que él os habia defendido, y culpando cobardemente á mi hijo, que fué vuestro defensor! ¿No pensais en esto?

—¡No quiero pensar en ello! ¿De qué me serviría?

—De restituiros el sentimiento de vuestra dignidad!

—Es más fuerte mi amor que toda otra consideracion.

—¡Julia, dijo el anciano, hay pasiones que degradan y otras que ennoblecen; la vuestra es de las primeras; ni vuestros amores con D'Alembert, ni los que habeis tenido con mi hijo os han hecho perder la consideracion de cierto círculo; pero vuestros amores de hoy, vuestra ceguedad, os darán muy amargo fruto! ¡Ese hombre, en vez de protegerla y honrarla, rebaja y difama á una mujer! ¡Ese hombre os tratará

mal, y os pondrá en el número de las cortesanas! ¡Ese hombre no os ama ni es capaz de amar!

Julia guardó un triste silencio

—¡Pobre mujer, prosiguió el anciano; si tuviérais veinte años, aún podriais esperar en el porvenir! ¡Pero dar ahora las primicias de vuestro corazon á ese hombre, es lo mismo que buscaros la muerte! ¡Oh, qué fatalmente habeis colocado vuestro último amor! ¡Qué mal haceis en no asiros á la mano salvadora que os tiendo!

—Lo sé, y lo lloro más de lo que vos podeis pensar, dijo Julia con abatimiento.

—Sacudid, pues, ese marasmo mortal, ¡pobre hija mia! exclamó el anciano; ¡pensad! ¡Batallad con vos misma! ¡Dad oidos á la razon! ¡El vencerse á sí propio, es la más grande y la más gloriosa de las victorias! Luchad, y acaso la alcanzareis.

Julia repitió su triste ademan de desaliento.

El anciano caballero, impacientado ya por aquella resistencia pasiva, pero más hiriente para su orgullo que los más ciegos arrebatos, sintió que la cólera rugía en su alma, y que montaba hasta su frente en nubes de sangre.

—Voy dejando de compadeceros, exclamó sordamente, y no quisiera salir de aquí despreciándoos; ¿No sabreis darme, á lo ménos, alguna esperanza?

—¡No puedo!

--¡Mirad que os la pido, ménos que por mi hijo,

por disculpar el que os haya amado! ¿Por qué os empeñais en descender á mis ojos?

—Más descenderé si miento.

—¿Teneis la seguridad de amar siempre á ese hombre? ¡Responded!

—¡Desgraciadamente, sí!

—¿No variareis nunca? Hablad con la mano puesta en el corazón.

—Puedo responder de él.

—¡Pues bien! exclamó el anciano caballero levantándose iracundo; escuchad lo que os predigo; ¡vos quitais la vida á mi hijo! ¡Vos le precipitais en el sepulcro! ¡Pero á vuestra vez, perdereis en ese amor maldito los restos de vuestro honor, y vuestra existencia, sí! ¡Ese hombre os matará á fuerza de penas, á fuerza de desprecios!

—¡Tal vez tengais razon! dijo Julia; pero yo os suplico que, en vez de culparme, me compadezcáis!

—¡Julia! ¡Hija mia, exclamó el anciano volviendo á su acento suplicante, yo os compadezco, sí! ¡Mi corazón se quebranta al pensar en la dicha que perdeis y en la que nos quitais á mi hijo y á mí! ¡Mirad, allá en una de las provincias de España, en una tierra llena de luz y de flores, está el castillo de nuestros mayores, rodeado de bosques frondosos, de viñedos y de jardines! ¡Aquel cielo azul está siempre bañado con la luz dorada del sol! ¡Bulliciosas y claras fuentes saltan entre grandes calles de álamos

y de encinas; la luna parece siempre límpida y serena, y la naturaleza prodiga por todas partes sus ricos y variados frutos! ¡Y luego en el interior del palacio, hallareis por todas partes objetos que os hagan amar la vida; las imágenes de mis antepasados os sonreirán cuando entreis allí, y sereis la soberana de mis numerosos vasallos, y de mi dilatada servidumbre! ¡Mi hijo, y yo mismo, os adoraremos y no tendremos otro pensamiento, otro afán, otra esperanza que amarnos! ¡Julia, venid con nosotros!

—¡Oh, dejadme ya! ¡Por piedad, dejadme, señor! exclamó Julia sollozando, ¡cuanto más me insta vuestra generosidad, tengo que parecer más ingrata á vuestros ojos! ¡Hoy salgo para Holanda!

—¿Rehusais?

—¡Es preciso! ¡Os estimo demasiado para engañaros... yo amo á ese hombre con el primero, con el único, con el último amor de mi vida! ¡Quizá esto será leve, y mi fatal pasión me abrirá el sepulcro! ¿Pero, cómo huir de mi destino? Yo doblo la cabeza y me resigno.

—¡No, no es el destino, como impiamente decís, lo que os empuja hácia ese hombre! exclamó el anciano levantándose con ira; ¡sois vos! ¡Vos la que correis á vuestra perdición! ¡Se os alarga una mano salvadora, y la rechazais! ¡Os ofrezco un nombre, una posición honrosa, el afecto salvador de un esposo, y todo lo rechazais! ¡Hora llegará en que lloréis

lo que ahora haceis...! Adios, continuó el anciano; ¡mi hijo morirá! ¡Pero vos morireis tambien, víctima de esa pasion indigna!

Salió el anciano, dichas estas palabras; la pobre Julia quedó, durante algunos instantes, muda é inmóvil, con las manos cruzadas sobre las rodillas; despues meció la cabeza como para sacudir los pensamientos que la asediaban, y llamó á su doncella, encargándole que apresurase los preparativos del viaje.

XXVI.

El marqués de Mora salió para Madrid con su padre casi á la misma hora en que Julia Lés-pinasse salia para Holanda.

Incapaz de hacerse superior á aquella pasion fatal, iba sumido en tan completo abatimiento, que le tenia como sumergido en un sueño profundo.

Al volver su padre de casa de Julia, le habia dicho estas solas palabras:

—Esta noche salimos para Madrid.

El Marqués alzó los ojos hasta el rostro del anciano, y éste le abrió los brazos, confundiendo largo rato sus lágrimas, con las de aquel amigo generoso que, al abrir los ojos á la luz, habia hallado apoyado en su cuna y le acompañaba al sepulcro.

Al llegar á Madrid, el Marqués se sintió tan enfermo y abatido, que hubo necesidad de llamar á los médicos, quienes ordenaron que se acostara.

En vano su padre puso por obra cuantos recursos pueden hallar el amor y la riqueza reunidos; el Marqués se preparó á morir.

Los lazos que le habian unido á Julia eran tan fuertes que, al romperse, habian roto el hilo de su vida; una agonia de un mes le precipitó en el sepulcro y murió con el nombre de Julia entre los labios.

Ante el cadáver de su único hijo, el anciano padre escribió estas únicas palabras, que dirigió á Julia en París.

—«¡Ha muerto! ¡Temblad por vos! ¡Dios es justo!»

Julia recibió este billete hallándose ya de vuelta en París; al llegar á Holanda, no halló ya á su amante. Mr. Guiber habia salido para Inglaterra con una actriz de muy poco mérito.

Julia se informó, y lo supo; supo tambien á qué calle habia ido á parar Mr. de Guibert en Lóndres y le escribió una carta llena de dolor y de ternura.

Entónces empezó la correspondencia que ha hecho inmortal el nombre de Julia Lespinasse. Ernesto le contestó diciéndole, que le habian calumniado y que se volviese á París, donde él se le reuniría muy pronto y se justificaria á sus ojos.

Julia obedeció, y esperó.

En efecto, Mr. Guibert no tardó en dejar su conquista para reunirse á Julia; sin amar á aquella mujer, porque su naturaleza, á la vez grosera y vursátil, no era capaz de comprender el amor, sentia por ella alguna cosa desconocida para él hasta entónces; era acaso el sentimiento de su vanidad, que se veía

halagada con la pasion que habia logrado inspirar á aquella mujer superior.

Pocos dias permaneció al lado de Julia; el edicto contra los desafíos existia siempre terrible y amenazante; aquellos dias, apénas salió de casa y se dedicó por completo á enloquecer á la pobre mujer que le adoraba con tanta ceguedad.

—¿Por qué me quieres? la preguntaba él algunas veces.

—¡No lo sé! respondia Julia ingénuamente: he visto algunos hombres que valian tanto ó más que tú, y que no han logrado inspirarme amor; te amo porque ese es mi destino.

Por una particularidad extraordinaria, Ernesto, amaba más las cartas de Julia, que á la misma Julia; delante de ella, su inferioridad era tan notable, que él mismo sentia su peso; las cartas que ella le dedicaba, le enaltecian á sus propios ojos.

En fin, al cabo de algunas semanas, volvió á salir de París y se fué á M... donde María le esperaba con toda la impaciencia de su cándido amor.

Algunos dias despues de su salida, la señorita de Vichy, que ignoraba cuanto habia sucedido entre su madre y Julia, escribió á ésta una afectuosa carta, que terminaba así:

«No quiero dejaros, mi querida amiga, sin deciros que soy feliz; completamente feliz; Ernesto, que me habia olvidado, al parecer, á causa de los disgustos

que le habia proporcionado su desafío, ha vuelto más enamorado que nunca; ¡si supiérais de qué atenciones me rodea! ¡Cómo me mira, cómo me escucha! ¡Y, este es el verdadero amor, y yo estoy orgullosa de haberlo inspirado!

«Mi madre está muy enojada con él, y dice que, si no fija pronto el día de nuestro casamiento, va á prohibirle la entrada en casa; ¡ya veis si es injusta.»

Por el mismo correo recibió la señorita de Lespinasse otra carta de Ernesto, que decia así en su primer párrafo:

«Pienso, Julia mía, que no crearás una sola palabra de todas las tonterías que te escriba esta niña, cuya candidez empalagosa me fatiga; he debido venir para deshacer el proyecto de mi boda, y porque necesitaba ver á mis parientes; ¿no confias en mí? ¿No sabes que te amo con todo mi corazón? Dime que sí lo sabes; que no dudas de mi amor, y que á tu vez, me amas siempre.»

Julia respondió á esta carta con aquel profundo sentimiento, con aquella ternura elocuente, que daba á su pluma tan mágico poderío.

«Mi razón, decia á Ernesto, condena que hayas ido al lado de la mujer á quien habias elegido por esposa; si me amas á mí, la sombra de mi amor debe interponerse entre esa pobre niña y tú; además, ¿á qué engañarla? ¿Qué te ha hecho? En tu conducta veo más que incósecuencia, veo perversidad de corazón;

si la amas, olvídame; cortemos el hilo de este amor, que es para tí un estorbo en el camino de la vida y para mí un manantial de dolores; tu recuerdo no se apagará jamás en mi corazón, y me despediré para siempre del amor; ya no soy joven, Ernesto! Los postreros reflejos de la pasión iluminarán el último tercio de mi vida, como una luz radiosa y dorada; yo no te culparé ni de abandono ni de ingratitud; manchada me encontraste, y nada has añadido de amargura al triste destino que he debido al cielo; pero créeme; ¡es para mí más amargo el pensar que estás engañando á esa pobre niña, que el saber que soy yo la engañada.»

Ernesto no respondió á esta carta, manifestándose á la vez ofendido y desdenoso.

Julia, que, aun sin confesárselo á sí misma, esperaba que la tranquilizase y que le dijese que renunciaba por completo á la mano de Maria, cayó en una tristeza tan profunda, que Páula, su camarera, y entonces la única persona que verdaderamente la amaba, llegó á temer por su vida.

Aquel silencio, que no rompía ni una sola palabra del hombre que amaba tan locamente, la envolvía como un sudario, la mataba; pasaba las noches paseándose por su cuarto y sin dormir un sólo instante; no podia tomar alimento alguno, y muchas veces hablaba sola como una sonámbula.

Por fin llegó un día, en el que, no pudiendo resis-

tir más á su tormento, tomó la pluma y escribió á Ernesto, pidiéndole una palabra de consuelo, una señal de interés.

Tal rebajamiento del orgullo y de la dignidad sólo tienen explicacion en un amor inmenso; y no deben achacarse á una alma venal, si se recuerda con qué heroica constancia rechazó Julia una corona de marquesa, y el título glorioso de esposa de D^e Alembert, sólo porque no amaba á quien se lo ofrecia.

Mr. Gaiber respondió á Julia con una carta apasionada; no queria ni pensar en una ruptura, pues aquella pasion halagaba su vanidad, y hubiera pagado cada una de las cartas de Julia, con un sacrificio, á ser esto preciso para poseerlas; le daba esperanzas de ir muy pronto á Paris, y le decia que habia tenido una entrevista con la Presidenta, en la que le habia dicho que renunciaba á la mano de su hija; le aseguraba que no salia inmediatamente de M... por el mal estado de salud de su anciana tia; pero que muy en breve podria hacerlo, pues gracias á los esfuerzos de la Presidenta y de sus amigos, estaba salvado todo el peligro á que le exponia su lance con el Marqués.

Julia creyó, al leer esta carta, que caia sobre su corazon un celestial rocío.

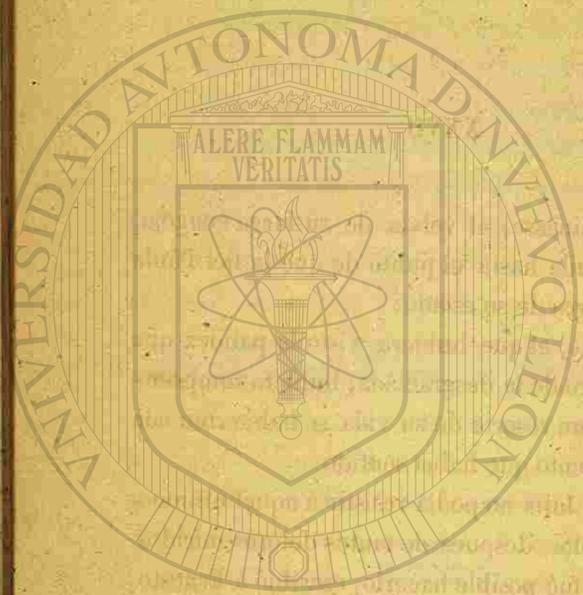
El estilo era hinchado, altisonante, casi ridiculo; pero su amor lo embellecia todo, porque este es el inmenso poder del amor verdadero.

Al dia siguiente de escribir esta carta, llegó otra de M...; la letra era de Maria.

Julia tembló sin saber por qué; abrió la misiva con mano trémula, y leyó:

«Amiga mia; acabo de casarme con Ernesto; soy dichosa y os abrazo.»

Julia lanzó un horrible grito, y cayó al suelo yerta, sin color, y sin voz.



XXVII.

Julia Lespinasse, al volver de su larga congoja, pareció tranquila hasta el punto de que la fiel Páula se engañó acerca de su estado.

No obstante, el que hubiera visto la palidez que cubría el rostro de la desgraciada, hubiera comprendido que algún resorte de su vida se había roto con el choque violento que había sentido.

Y así era; Julia no podía resistir á aquel último y formidable dolor, después de tantos dolores sufridos.

No bien le fué posible hacerlo, escribió á Ernesto, diciéndole que sabía su casamiento.

«Os hubiera perdonado todo, ménos el engaño, decía: ¿qué os había hecho para martirizarme con tanta crueldad? Pero el cielo me vengará, y mi sombra doliente se interpondrá en todas vuestras dichas.

»Sed dichoso, y haced feliz al ángel que os ha dado el cielo por compañera; ¡ah! ¡Si ella hubiera sabido que yo os amaba, nunca hubiera sido vuestra! Pero su madre, siempre ambiciosa, se lo ha ocultado, atenta sólo á conseguir vuestra alianza, que ella cree

brillante bajo el punto de vista de la fortuna, y que, sin embargo, no lo es.»

Por una terquedad extraña, Ernesto Guibert no quiso romper, ni aún despues de casado, aquella correspondencia que le encantaba.

«Lo que el amor de Mr. Guibert—dice uno de nuestros escritores—hizo sufrir á la señorita de Lespinasse, seria increíble si sus cartas no nos diesen un brillante testimonio de ello; sufrió alternativamente el desdén, la frialdad, y hasta el casamiento de aquel hombre, quien, para recibir las admirables cartas que ella le dirigia y que halagaban su vanidad, arrastraba por el fango de una ruptura diferida aquel amor exaltador.»

Ernesto contestó tiernamente á la carta de la señorita Lespinasse, haciéndole ver que un compromiso anterior le habia obligado á casarse con María, pero que su corazón era siempre de Julia.

Poco despues recibió ésta una carta de la Presidenta en la que se quejaba del lazo en que habia caído respecto del esposo de su hija, el cual la habia engañado acerca del estado de su fortuna.

Julia puso entónces en juego todas sus relaciones; habló á las personas más influyentes de París, y Ernesto Guibert fué agraciado con dos pingües pensiones y un honorífico cargo público.

Ernesto fué á París con su esposa, para disfrutar de los beneficios de Julia; pero manifestó por ella

tal despego é indiferencia y tan negra ingratitud, que la desgraciada comprendió toda la maldad, toda la falsía, toda la venalidad del corazón de aquel hombre.

Los gérmenes de una enfermedad mortal existían en ella, y los últimos desengaños la desarrollaron hasta un punto tan doloroso, que sus más íntimos amigos empezaron á temer por su vida.

D' Alembert fué uno de los primeros que corrieron á su lado: halló á Julia vestida de negro, recostada en un canapé, y tan pálida y débil, que parecia la sombra de sí misma.

Ya sus nobles y expresivas facciones llevaban estampada la huella de la muerte; ya sus negros ojos tenían una inclinación hácia el cielo, como si mirasen más allá de este mundo; ya su sonrisa parecia pintar las tristezas de la separación de la tierra y la aspereza de una vida mejor.

—¡Cómo os vuelvo á ver! exclamó D' Alembert contemplando á la señorita Lespinasse: ¡Cuánto más dichosa érais cuando vivíais á mi lado! ¿Por qué no me amásteis lo bastante para haber sido mi esposa?

Nadie puede evitar su suerte, amigo mio, respondió Julia alargando al filósofo su enflaquecida mano; yo tengo esa creencia, y quizá me ha conducido á ella la atmósfera antireligiosa en que he vivido siempre; he sido muy infeliz desde que me separé de vos; y acaso lo que he sufrido es un justo desagravio de la ingratitud con que pagué vuestro

generoso amor; ¡pero qué amargamente he vivido durante muchos años! ¡Ah, si lo supierais, me compadeceríais!

—Lo sé, repuso D' Alembert; os conozco y sé hasta qué punto sois capaz de amar, ¡ah, mi pobre Julia, ¡qué triste suerte os ha cabido al nacer!

—Sí, muy triste, repuso la señorita de Lespinasse; sin padres, educada sólo por la ternura de la desgraciada mujer que me dió el sér; rechazada por toda mi familia, y sin haber conocido el verdadero amor, mi vida ha sido una cadena no interrumpida de dolores; cuando he tenido la felicidad cerca, mi razon la ha rechazado, y cuando ha estado léjos de mí, mi corazon la hallado en vano; hoy la tumba abierta me reclama, y pronto me dará un asilo.

—¡Olvidad á ese hombre ingrato, exclamó D' Alembert; olvidadle; no os merece, ni es digno de que le consagreis una sola de vuestras lágrimas!

—¡Ojalá pudiera, suspiró Julia, ojalá pudiera olvidarle, y llegar al fin de mi vida con el corazon vacío de todo amor! Yo necesito el descanso despues de tantas tempestades; pero no lo lograré en la tierra, y tengo que ir á buscarlo en el sepulcro.

D' Alembert dejó caer algunas lágrimas sobre la mano de Julia que tenia entre las suyas.

—Cuando yo haya muerto, dijo ésta, consagrad á mi memoria un débil, pero público homenaje de afecto; es lo más que podeis hacer por mí.

—¡Sí! exclamó D' Alembert; ¡lo tendreis! ¡Vuestro recuerdo me acompañará miéntras viva y me seguirá á ese mundo mejor donde espero hallaros; esperemos, Julia! ¡Yo os amo aún, yo siento tanto perderos, que, por volveros á hallar, quiero creer... y creo! ¡Refugiémonos en los horizontes de la fé!

Julia respondió con una inefable sonrisa y quedó pensativa.

D' Alembert la contempló, con amor y tristeza, inmóvil y mudo durante algunos instantes; de repente vió que los ojos de Julia se iluminaban espléndidamente, y que sus facciones perdian su tension, y que su frente, cargada de las tempestades del dolor, adquiria una celestial serenidad; dos lágrimas brotaron de sus hermosos ojos, y se deslizaron por sus pálidas mejillas; y volviéndose hácia Páula, que se hallaba á pocos pasos de distancia, le dijo con voz dulce:

—¡Vé á buscar á un sacerdote!

La Presidenta y su hija fueron á ver á la pobre Julia, ántes de que ésta dejase el mundo en que tan poco dichosa habia sido.

María lloró amargamente apoyada en el pecho de su amiga; la pobre niña veia ya demasiado claro, y era la primera en culpar á su marido del horrible crimen de ingratitud y de una odiosa sequedad de corazon.

Una carta de Julia que Ernesto se habia dejado

sobre la mesa de su cuarto; una de aquellas admirables cartas que encerraban un mundo de sensibilidad y de ternura, la habia puesto al corriente de todo.

—¡Perdonadme! exclamó arrodillándose delante de Julia, ¡perdonadme, mi querida, mi infeliz amiga! ¡Yo no sabia el inmenso mal que os causaba, y aún así no puedo perdonarme á mi misma.

—Sólo deseo vuestra dicha, mi amada María, dijo Julia; sed dichosa con Ernesto, y no me lloreis; soy más dichosa muriendo, que viviendo en este mundo de dolor.

Julia vivió aún algunos días, que fueron los más dichosos de su vida, pues los pasó entregada á las dulzuras de la religion; en aquella fuente inagotable de consuelo, fué donde halló la fortaleza que su alma abatida necesitaba.

Su vida se fué apagando poco á poco como una lámpara falta de alimento; pero el hombre ingrato, causa de su muerte, no fué ni una sola vez á verla, ni á darle el más leve consuelo.

Julia no le llamó tampoco; la imágen de aquel hombre estaba en el fondo de su alma, y, sólo con cerrar los ojos, la veia, no como era, sino embellecida con el prestigio de su amor.

Llegó un dia en que, falta de fuerzas, la desgraciada Julia se postró en el lecho; una fatiga mortal la agobiaba y sofocaba su respiracion; pálida é inmóvil,

con la cabeza sostenida en dos magnificas almohadas, recibió allí los últimos testimonios de afecto de sus amigos, que se agruparon al rededor del lecho mortuorio.

Llegaba entonces Julia Lespinasse á los cuarenta y cuatro años de edad; mas á pesar de las pasiones que habian agitado su vida, el alma inmortal se reflejaba en sus facciones prestándoles destellos de vida y juventud: aquella sensibilidad exquisita, aquella ternura llena de abnegacion, aquella lealtad generosa, todas las bellas cualidades que formaban el conjunto de su carácter, no podian dejar en pós de sí un sello vulgar, sino uno tan sublime, que no podia ser borrado, ni aún por la misma mano de la muerte.

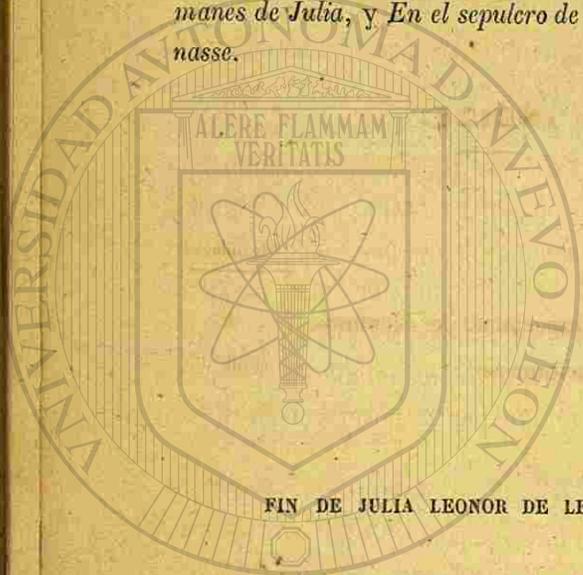
En una noche de estío, alumbrada por una clara y bella luna, Julia quiso dejar su lecho para morir; hizo acercar un ancho sillón á una ventana que daba á un jardín, y apoyada en el brazo de su fiel Páula, llegó hasta él con paso lento y fatigoso.

Una vez sentada, volvió hácia la luna sus fatigados ojos, y pareció buscar allí el supremo consuelo; sus lábios se movian dulcemente; poco á poco sus facciones tomaron una expresion radiosa; unió las manos, y dijo con voz inspirada y dulce:

—¡Recíbeme, Señor, en las mansiones de eterna luz! ¡Disipa las sombras de mi alma, y acójeme en tu seno!

Con estas palabras salió su último suspiro.

D'Alembert cumplió su palabra, según le había ofrecido, y publicó dos opúsculos titulados: *A los manes de Julia*, y *En el sepulcro de la señorita Lespinasse*.



FIN DE JULIA LEONOR DE LESPINASSE.

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Santa Adelaida, Emperatriz de Alemania.	9
Julia Leonor de Lespinasse.....	151

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ANDALUCÍA
BIBLIOTECA GENERAL DE BUENOS AIRES

BUENOS AIRES